







COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros días.*

Obra escrita en francés por MR. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y tradu-
cida por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda Edición,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte.*

TOMO OCTAVO.

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1830.



DONATIVO
DE
FLORENTINO ZAMORA LUGO



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

POLONIA.

Polonia significa pais llano, y con efecto no tiene mas montañas que las que la separan de la Hungría, pues las otras no son mas que montecillos. Allí hay selvas con escelente caza, lagunas, pocos rios grandes, llanuras de mucho trigo, y con todas las producciones de la naturaleza, minas, y sobre todo una de sal, única en su especie, y que está habitada como una ciudad. Sin embargo de su abundancia tiene poco comercio por la soberbia de la nobleza y la indolencia del pueblo. Los judíos son los que le hacen casi todo, y son tantos los que allí se han establecido, que la Polonia se llama el paraíso de los judíos. Los polacos son los únicos pueblos del universo, que con ley espresa han prohibido formar marina.

Pocas naciones hay que en tan alto grado gocen de la fuerza corporal y del vigor de la salud, lo cual puede atribuirse al temple del clima, á la sobriedad del pueblo, y al continuo egercicio; y

tambien dicen que contribuye el uso de los baños frios. La nobleza es afable, liberal, hospitalaria, cortés con los estrangeros, dura con sus vasallos, delicada en el pundonor, vana y magnifica en sus vestidos y equipages. Desde la infancia la instruyen en las letras, y habla fácilmente un latin poco correcto. Apasionada por la libertad, se vende gustosa á las facciones y partidos; pero el pueblo es ignorante, pobre, esclavo en toda la fuerza de esta voz, porque le encarcelan, venden, truecan, le golpean, y aun le matan como quieren.

Si del gobierno se ha de formar juicio por los efectos, no le hay peor que el de Polonia: era un caos de reglamentos, que se contradecian, y engendraban una anarquía casi continua. No era soberano el rey ni lo era el senado, sino el primer noble que pronunciaba en la dieta *veto*, esto es, *prohibo*. Esta sola palabra detenia todas las deliberaciones, y suspendia toda decision. Muchas veces no se conseguia retractarla sino á sablazos, y por esto las dietas eran casi siempre tumultuarias, como debia suceder en una junta de hombres armados, en la cual las dignidades no tenian autoridad coactiva que refrenase; el último noble se tenia por tanto como el primero; y en donde la riqueza mandaba, y egecutaba la codicia.

El mismo desorden habia en las tropas. Por cualquier rumor que se esparciese por las provincias relativo al gobierno montaba á caballo toda la nobleza, se alistaba con el gefe que la agradaba, y formaba un ejército inmenso; pero sin disciplina ni sumision, y casi siempre sin provisiones, porque los impuestos estaban mal arreglados y mal pagados. Si querian infantería era preciso traerla

de los otros países de Alemania, pues la nobleza polaca se guardaba muy bien de armar á sus paisanos para no hacerlos aguerridos ni apartarlos de sus trabajos, que constituian su principal riqueza. Igualmente se llamaba á este estado *el reino ó la república* de Polonia. Las rentas principales de la corona eran los impuestos sobre las ciudades, sobre los judíos, y sobre las minas de sal que acaban de quitarla. Un rey de Polonia, que no fuese rico por sus propios fondos, seria el príncipe mas pobre de la tierra, viviendo entre los magnates mas opulentos y poderosos que cuantos se ven en otros países. La ley que regia á los nobles era el sable, la que gobernaba á los paisanos era el baston de los señores, y dichosos aquellos que los encontraban equitativos ó indulgentes.

Hecha esta pintura sucinta del estado antiguo y moderno de la Polonia, puede inferirse que su historia apenas puede interesar sino al polaco noble. En el espacio de ochocientos ó novecientos años, que es el tiempo conocido, no se lee sino guerras emprendidas sobre la eleccion de reyes. Estos se tomaban de la nacion ó estrangeros: alguna vez voluntariamente, y muchas por fuerza: ya los espelian, ya volvian á llamarlos. En un tiempo eran los hijos del difunto, en otras circunstancias iba la nacion á buscar un noble desconocido, pues en esto no habia regla fija. Dichoso seria el gobierno que con esta libertad colocase al mérito en el trono; pero en Polonia la eleccion fue casi siempre obra de los partidos y facciones, y estas rara vez son justas y bien intencionadas.

El noble polaco leia con ansia la coleccion de estos debates sangrientos, en que veia que sus ma-

yores habian hecho figura; pero si el pueblo leyera ¡con cuánta indignacion hubiera conocido la opresion en que siempre habia gemido, y qué arrojos no hubiera emprendido por quebrantar sus cadenas! Solamente pues la nobleza polaca es la que, como hemos dicho, puede interesarse en su historia; y así para no cansar con la relacion de las intrigas, que todas se parecen en sus violencias, y siempre tienen el mismo paradero, nos contentaremos con recoger, segun las datas de sus reyes, los hechos mas importantes.

La infancia de la Polonia no tiene aquellas ilusiones de la cuna de otros pueblos del Norte; esto es, los hechizos y la magia, que se conservan por tradicion de padres á hijos en las canciones de los Bardas, que deben mirarse como los analistas de aquellos helados climas. A la Polonia se la ve de repente en su adolescencia; pues en 559, y en tiempo de Lech, el primer rey ó duque que se conoce, ya dicen los historiadores polacos que descendia por línea recta de Jafet, hijo de Noé. Dejó, como Alejandro, su imperio al mas digno, y este fue Viscimir, guerrero ilustre, que llevó sus armas por todos los paises vecinos. Muerto este, la nacion oprimida con sus victorias, y arruinada con sus conquistas, quiso probar otro gobierno, y se entregó al de doce grandes señores, que llamó Palatinos ó Vayvodas. Se cansó de estos, y volvió al gobierno ducal ó real.

Enamorados los polacos de las grandes prendas de Vanda, hija de uno de sus reyes, la dieron la corona. Esta princesa poseia en supremo grado los atractivos de su sexo, á los que daba realce un entendimiento superior y un aliento varonil. Era

justa , templada , elocuente , y aseguraba con su afabilidad los corazones que cautivaba con su hermosura. Ritogar , príncipe teutónico , pretendió su mano , amenazando á la Polonia con todas las plagas de la guerra si se la negaba. El orgullo de Vanda , que pudiera haber cedido á las insinuaciones del amor , se irritó contra unos deseos significados tan imperiosamente. Aceptó el desafio , venció á Ritogar en una batalla , y este se quitó la vida de vergüenza ó desesperacion. Se dice que le vió Vanda al atravesarse con su espada ; y que al advertir la noble figura y gracias del príncipe que estaba espirando , no quiso sobrevivirle , se arrojó al rio Weser , y se anegó.

Despues tomaron los polacos el gobierno aristocrático , y los atormentaron y saquearon los húngaros y los moravos , porque sus gefes , que no se entendian entre sí , los defendieron mal. Se puso á la frente de ellos Premislao , un carretero , y mereció por sus victorias el trono. Fue un gran príncipe , afecto á los estados ; y aunque debia su elevacion á la guerra , era amigo de la paz. Para elegir su sucesor se entregaron los polacos á una casualidad , prometiendo la corona al que espoleando su caballo llegase primero al término señalado. Uno de los competidores hizo sembrar la palestra de puntas de hierro , reservándose una senda para sí. El stratagema le salió bien en cuanto á la carrera ; pero descubriéndole un jóven fue electo él en su lugar.

Este tomó el nombre de Lech II , y en todas las ceremonias públicas hacia llevar delante de sí el vestido rústico de que habia usado cuando era particular ; pero no lo hacia por ostentacion , sino

Años
de J. C.
550.

porque siempre conservó la memoria de su anterior estado, y esta memoria le alentaba á todas las virtudes. Las transmitió á sus dos descendientes inmediatos; pero degeneró su biznieto Popielo, porque con su excesiva condescendencia para con su esposa, que era cruel y calumniadora, hizo dar veneno á tres tíos suyos, excelentes príncipes, que habian sido sus tutores. Quedaron sus cadáveres espuestos á las injurias del aire, y salieron de ellos ratones que devoraron á Popielo, á su muger y á sus hijos. En 860 se acabó en él la primera estirpe de los duques ó reyes de Polonia.

El título de duque, que hasta entonces habia sido como alternativo con el de rey, cesó enteramente cuando Piasto sucedió á Popielo. Era Piasto constructor de carros como Premislao, y debió su elevacion á un milagro semejante al de la viuda de Sarepta. Habia recibido de Dios, como ella, una botijilla de aceite inagotable, que estuvo por bastante tiempo distribuyendo á los necesitados en una grande escasez, y la nacion agradecida le dió la corona. Fue en el trono el consolador de la viuda, el tutor del huérfano, y el ángel tutelar del pobre y del infeliz. Ni era político ni guerrero, pero valian sus virtudes por muchos talentos. Sosegó muchas conmociones intestinas, y aunque la nobleza no estaba contenta con la eleccion de un plebeyo, temió sublevarse abiertamente contra un príncipe que en todo respiraba la felicidad de sus vasallos. Dió excelente educacion á Ciemovito su hijo, que no degeneró de sus virtudes, y pasaron estas á los hijos de sus hijos. Ciemonislao, uno de estos, que murió en 964, fue llamado el ojo de la cristianidad. Micislao, aunque gozó de todos los atributos

de la regalía, pensó que si no obtenia de la Santa Sede el título de rey, no debia admitirle: le solicitó inútilmente; pero el papa se le concedió á su hijo.

Boleslao es famoso por sus hazañas, porque se apoderó de la Bohemia y la Moravia: subyugó la Pomerania, la Sajonia, la Prusia y la Rusia; y cuando despues de muchas conquistas pensó en dejar las armas, se dedicó á que sus vasallos gozasen el fruto de sus victorias, haciendo feliz al pueblo que habia hecho poderoso. Todavía pretendieron los príncipes vencidos inquietar su vejez, y precisaron á este soberano respetable á cubrir sus canas con el capacete. En su última espedicion dió muestras de clemencia, poco comunes en aquellos tiempos. Entonces los prisioneros de guerra se hacian esclavos; pero él concedió la libertad á los que cautivó, y los envió sin rescate penetrados de estimacion por sus virtudes. 999.

En agradecimiento al padre llamaron al trono á Micislao su hijo; y aunque este esperimentó contradiciones en su elevacion, las venció todas. La tranquilidad que despues gozó le dejó libertad para entregarse á los escesos que abreviaron sus dias, aunque estos no los pasó sin gloria militar. 1005.

Eligieron los polacos á su hijo Casimiro, todavía jóven, y nombraron por regente á su madre Richsa. Gobernaba esta mal, y la estrañaron del reino; pero no salió con las manos vacías, porque antes habia enviado á Alemania los tesoros que no habia disipado enteramente su esposo Micislao, y que eran el fruto de las conquistas de Boleslao. El jóven Casimiro, pagando las culpas de su madre, tuvo tambien que huir; se refugió á Francia, y 1034.

por devoción ó por la situación en que se hallaba, se hizo monge en la abadía de Cluni. Allí permaneció tan olvidado de todos, que cuando los polacos, cansados de la anarquía que los desolaba, le buscaron para colocarle segunda vez en el trono, le descubrieron con mucha dificultad. Le dispensó el papa los votos, y él hizo pagar á toda la Polonia la dispensa, estableciendo el dinero de san Pedro, que se pagaba todos los años á la Santa Sede. Desde el reinado de Casimiro se cuenta la data de la autoridad de los papas en Polonia. En su juventud habia frecuentado este príncipe las escuelas de la universidad de París; toda su vida conservó el gusto por las ciencias, y procuró esparcirlas por todo su reino. Ejerció con esplendor y buena fama las virtudes pacíficas, sin dejar de manifestar valor y constancia siempre que las circunstancias lo pedían.

1058.

Dejó Casimiro tres hijos, y coronaron á Boleslao, que era el mayor. Este hizo la guerra al rey de Bohemia, y venció á los húngaros; pero principalmente acometió á la Rusia, como que habia resuelto conquistarla. Regularmente una sola batalla decidía en aquellos tiempos la suerte de un reino, porque eran muy raras las plazas fuertes, que pudiesen detener como diques las inundaciones repentinas, y mucho menos las irrupciones de la caballería polaca. A Boleslao le detuvo la plaza de Kiovia; pero la sitió, y tomó despues de una larga resistencia; y en lugar de castigar la tenacidad de los habitantes, como se acostumbraba en aquellos tiempos bárbaros, alabó su valor, y premió sus esfuerzos, librándola del saqueo, y de los insultos de su ejército. Era Kiobia la mas rica y voluptuo-

sa entre las ciudades del Norte. Los polacos se infestaron del contagio de los placeres, y de este modo un egército endurecido con la severidad de la disciplina, se convirtió en una multitud torpe y afeminada. El mismo Boleslao, que hasta entonces habia llevado la corona con toda dignidad, se abandonó á la mayor sensualidad; y así él como sus soldados se entregaron tanto á la vida muelle de aquella ciudad, que parecia haber olvidado todos la Polonia.

Siete años dicen que estuvo este egército sin pensar en sus hogares. Las mugeres polacas, irritadas con la indiferencia de sus maridos, y con la preferencia que daban á las de Kiobia, determinaron tomar ruidosa venganza, y todas unánimes admitieron los esclavos á los derechos de sus esposos. Con la noticia de esta resolucion, que pasó no menos por la unanimidad que por el hecho, abandonaron los maridos al monarca, acusándole altamente de su deshonra, y se volvieron amenazando con que habian de lavar su afrenta en la sangre de las infieles esposas; pero ya estas se habian prevenido, armando á sus amantes contra sus esposos. Hubo una batalla sangrienta, y las mugeres incitadas por la desesperacion, peleaban al lado de sus esclavos, y buscaban en el combate á sus maridos, creyendo borrar su delito, sepultando el hierro en el corazon de unos hombres tan interesados en castigarle.

Mientras estaban batallando llegó Boleslao al frente de un egército levantado en Rusia, y empezó á herir indistintamente á las mugeres, á sus galanes, y á los soldados que habian abandonado sus banderas. Este ataque repentino reunió las mu-

geres, los maridos y los esclavos, y presentaron á su soberano muchos combates desesperados, con los cuales se vió Polonia inundada de la sangre de sus habitantes; y para colmo de la miseria se dividió en bandos con el cisma que entonces despedazaba la Iglesia; porque escomulgando el papa á Boleslao, le abandonaron sus vasallos, y á poco tiempo no estuvo segura su vida en sus estados, y tuvo que huir á Hungría con su hijo Micislao. Dicen que se vió el infeliz monarca reducido á tanta miseria, que bien por ocultarse, ó bien para ganar el sustento, tuvo que hacer de cocinero en un convento de la Carintia, en donde murió.

1082. A Ladislao, hermano de Boleslao, no le dió el papa mas título que el de duque; y fue un príncipe que por su inacción causó alborotos en su familia y en el estado, permitiendo que Sbigneo, su hijo natural, combatiese de poder á poder con Boleslao, que era su hijo legítimo. Este venció en la competencia sobre la corona; pero casi todo su reino estuvo en movimiento é inquietud por los manejos del hermano. A Boleslao III le presenta la historia como héroe, y le compara con Boleslao Crobri, llamado el *Grande*. Venció en cuarenta batallas, y por haber perdido una murió de pena. Repartió su ducado entre cuatro hijos.

1139. Tocó la mejor parte con el título de duque á Ladislao II, llamado el *Necio*, escesivamente dócil siempre á los consejos de su muger, la cual le indispuso con sus hermanos, le inspiró que les quitase su parte; y por querer tenerlo todo perdió lo que gozaba, y le depusieron; pero su sucesor Boleslao IV, le dejó como por condescendencia la Silesia. Vivió el nuevo duque en buena correspon-

1146.



Ferocidad de Micislao.

Elevado por eleccion Micislao al trono de Polonia acreditó que no lo merecia, pues ademas de pródigo y opresor de sus vasallos, su ferocidad llegó á tanto que quando le faltaban delinquentes con quienes exercitarla, hacia dar tormento á los animales para satisfacerla. Verdad es que ha habido siempre demasiados feroces; pero deleitarse en serlo es sin duda el ultimo termino de la ferocidad.

dencia con los otros dos hermanos Micislao y Casimiro ; no les envidió la parte que su padre les habia dejado ; y así le ayudaron á contener los esfuerzos que hizo Ladislao para recobrar el trono. Llegó Boleslao á creerse tan seguro que se puso en camino para la Tierra Santa ; y experimentando felicidades y reveses de la fortuna , tuvo que regresar á Polonia , en donde le acometió el emperador Barbaroja escitado por su parienta , la muger de Ladislao. Micislao ayudó á su hermano Boleslao á rechazar á los alemanes , y en recompensa de este servicio cayó en sus manos el cetro cuando murió Boleslao. Se le disputaron los hijos de Ladislao ; pero él le recibió por eleccion de mano de los estados.

No pudieron estos hacer cosa peor. A este Micislao le llamaron el *Viejo* , porque subió ya anciano al trono. Fue pródigo , opresor y cruel ; escediendo á los demas príncipes malos y atroces en que á falta de delincuentes en quienes egercitar su ferocidad , hacia dar tormento á los animales. Le depusieron : castigo demasiado suave para semejante monstruo. Casimiro , el último de los cuatro hermanos , era de genio en todo diferente : benigno , humano y virtuoso. Cuando le ofrecieron la corona , hizo escrúpulo de aceptarla , recelando violar la propiedad de su hermano ; pero se convenció con este discurso que oyó en la junta de los estados : " La eleccion supone un contrato entre el rey y el pueblo : Micislao ha faltado á las condiciones que se le prescribieron cuando le dimos la preferencia sobre los hijos de su hermano , y por consiguiente ha sido legitimamente depuesto." Hizo Casimiro por su hermano cuanto pudo,

1173.

1176.

dándole tierras y dominios; pero no quedó satisfecho Micislao; y Casimiro ofreció volverle la corona antes que esponer la Polonia á una guerra civil. No quisieron los estados sujetarse á la dominacion de un príncipe á quien habian desechado; y se opusieron á la dimision de Casimiro. Continuó Micislao en atormentar á su hermano, ya con sus manejos secretos, ya con las armas; y el príncipe reinante, que no era menos valeroso que indulgente, no cesó de vencerle, ni se cansó de perdonarle. Esta lucha se acabó con la muerte de Casimiro, que dejó la fama de soberano el mas benigno, justo, liberal y afable que habia tenido la Polonia.

1194.

Volvió á empezar el combate con Lesko hijo de Casimiro, por sobrenombre el *Hermoso*. Consiguó Micislao que su sobrino le cediese el trono; pero volvió á sentarse en él con los mismos vicios que le habian derribado; y sin duda hubieran vuelto á deponerle, si la muerte, efecto de sus torpezas, no hubiera prevenido las diligencias de sus vasallos. Tenia por máxima que solo está obligado un soberano á observar su juramento mientras su seguridad ó su provecho no exigen que le rompa. Dieron los polacos la corona á Lesko, que se vió siempre entre alborotos civiles y guerras estrangeras, las cuales en su reinado fueron infelices. Hicieron los tártaros una irrupcion tan terrible en Polonia, que ni la edad, ni el sexo, ni la nobleza hallaban compasion en aquellos salvages. Abrasaron las provincias por donde pasaron, y quitaron la vida á los habitantes que no pudieron llevar cautivos. Huyeron los grandes á Ungria: el pueblo buscó su asilo en lo mas oculto de los bosques,

ó en los lugares mas inaccesibles: Lesko fue asesinado sin saberse cómo ni por qué; y se presume que acaso cayó bajo del hierro de alguna faccion.

A pesar de los malcontentos le sucedió su hijo Boleslao, llamado el *Casto*. Halló un competidor en su tio Conrado, hijo de Casimiro, y unos enemigos temibles y porfiados en los caballeros teutónicos, los cuales ocupaban la Prusia, y codiciaban de la Polonia las provincias confinantes; pero de todas estas dificultades salió con su habilidad, y dejó la corona á un pariente suyo, á quien habia adoptado, llamado Lesko el *Negro*. La muerte de este, despues de mil desgracias, que no le dieron lugar para hacer felices á sus pueblos, dejó la Polonia entregada á los sangrientos esfuerzos de muchos rivales.

Henrique, por sobrenombre el *Honrado*, y de la antigua familia de los Piastas, subió al trono, reinó cinco años, y le dieron veneno. Le sucedió Primislao, á título de descendiente de los Piastas; pretendió establecerse con mas solidez, haciéndose coronar solemnemente, y tomando el título de rey, que ya estaba casi olvidado en Polonia; pero esta ceremonia, aunque autorizada por el papa, no le libró de las empresas de un competidor llamado Ladislao, cuyo derecho á la corona estaba muy distante. Fuese por composicion ó por fuerza, se redujo cada uno de estos dos príncipes á una parte del reino; pero cuando Ladislao podia reunirle todo bajo de su cetro, por la muerte violenta de Primislao, en que él no se mezcló, le depusieron los polacos por sus vicios, y llamaron á Wenceslao rey de Bohemia. Disgustados los polacos por la mala administracion de este, y porque en todo

1226.

1279.

1284.

1294.

1299.

1300.

preferia á los bohemos, se aprovechó Ladislao del descontento general, haciendo muchas promesas á sus vasallos, y aceptando condiciones de reforma. Volvió á subir al trono, y se portó en él con tal prudencia que se olvidaron todos de los estravíos de su juventud.

1333.

La estimacion que se habia merecido el padre sirvió de escala á Casimiro su hijo para subir al trono. Tambien este halló enemigos en los caballeros teutónicos, de los cuales le habia dicho su padre que siempre desconfiase. Defendió contra ellos sus fronteras por el lado de la Prusia, y las adelantó por el de la Rusia. Este Casimiro, llamado el *Grande*, escribió leyes; pues los polacos antes no conocian mas que tradiciones de padres á hijos. En los casos difíciles se escribia en el papel una fórmula de juramento, la ponian en manos de la parte que habia de pronunciarla, y si el lector se detenía ó se equivocaba era condenado; pero ambas partes pagaban la multa á beneficio de los jueces. Costó trabajo á Casimiro que admitiesen su código porque abolia esta costumbre extravagante, y otras lucrativas tambien para los señores.

Este príncipe fue para sus pueblos un modelo de integridad, de sabiduría y prudencia, si se exceptua su divorcio en el cual fue muy injusto con su esposa, recomendable por sus virtudes, para colocar en su lugar una concubina artificiosa y enredadora; pero ni una ni otra le dieron heredero. Deseando conservar en la sangre de los Piastas el trono de Polonia, tomó Casimiro sus medidas para que despues de él pasase á su sobrino Luis, rey de Hungría, hijo de hermana. Aunque el gobierno de este, por demasiado parcial en favor

1376.

de los húngaros, no agradó á los polacos, le sufrieron.

Por su muerte eligieron á su hija Eduvigis, 1384
con la condicion de que no tomase esposo sino con auencia de la nacion polaca. Muchos príncipes pretendieron su mano; y Guillermo de Austria que fue en persona á obsequiarla, encantó á la princesa por su hermosura, galanteria y magnificencia. Tambien se presentó Jasellon, gran duque de Lituania, ofreciendo reunir para siempre sus dominios á la Polonia. En esta ocasion hicieron los estados lo que la mayor parte de los padres, que tratando de colocar á una heredera rica, no piensan tanto en casarla conforme á su inclinacion, como en hacerla todavía mas rica. A pesar de la declarada inclinacion de su jóven reina á favor del príncipe de Austria, la obligaron á dar la mano al lituano; y así como en algunos de los casamientos en que no se atiende al gusto, sucede tal vez que no por eso sean menos felices los esposos, se verificó así en este matrimonio. Se hizo la reunion de la Lituania, añadiéndose para siempre á la corona este ducado, aunque de un modo independiente.

Una de las condiciones era que Jasellon abrazaria la religion cristiana, y la estableceria en Lituania: se bautizó pues, y tomó el nombre de Ladislao. Unos le cuentan por el cuarto rey, y otros por el quinto de este nombre, lo cual manifiesta mucha confusion en la cronología de los príncipes antecesores. Eran los lituanos gentiles, y adoraban al fuego, á varios árboles, á serpientes y á otros animales de sus oscuros bosques, y aun se cree que sacrificaban víctimas humanas. Ladislao destruyó las guaridas de tan extravagantes di-

vinidades; hizo predicar la fe por una clerecía instruida por él mismo, y edificó varias iglesias y monasterios.

No se vé que emplease la violencia ni la persecucion, y se sabe que era de genio benigno. Se mostró demasiado fácil y confiado, haciendo gobernador del ducado á su hermano Skirgeto, sin reparar en que podia darle pesadumbres; le acompañó con Swidrigeto, otro hermano, que fue segundo error, á que se siguió el tercero asociando en el mismo empleo á su primo Visawia para balancear la autoridad de los tres; pero con estos desaciertos se llenó la Lituania de alborotos, que pasaron á Polonia. A favor de sus divisiones hicieron los caballeros teutónicos irrupciones con toda felicidad; pero por último los venció Ladislao, y aun pudiera haberlos destruido, ó dado por lo menos un funesto golpe al órden, si se hubiera aprovechado de sus ventajas; pero en su corte se forjaron secretas intrigas que le determinaron á conceder la paz á los caballeros cuando mas la necesitaban. Era Ladislao hombre de discernimiento, penetracion y talento para gobernar. Los errores en que incurrió procedieron de la bondad de su corazon; y sus vasallos reconocieron estas estimables prendas, honrándolas en su muerte con el mas sincero sentimiento.

Jamas habia tenido la Polonia mas asegurado su poder que en el reinado de Jasellon y de sus descendientes. Cuando le sucedió su hijo Ladislao no pasaba de la edad de nueve años. Una irrupcion que hizo en Hungría Amurates, emperador de los turcos, empuñó á la Polonia, por convenio, en una guerra contra este poderoso monarca; y

Ladislao, autorizándole el senado, tomó en persona el mando del ejército aun antes de la edad en que la constitucion le permitia manejar las riendas del gobierno. Apoyado con las victorias del valiente Huniado, precisó al turco á pedir la paz, y este la juró solemnemente; por lo que los húngaros, encantados de ver el valor de un monarca tan jóven, le dieron su corona.

Al legado del papa, que en esta santa guerra acompañaba á Ladislao, le pareció que no se habia aprovechado lo bastante de aquella ocasion de humillar á los infieles; y pidiendo dispensa del juramento rompió el tratado, de lo que se siguió una guerra sangrienta y la famosa batalla de Varnne, en la cual murió el rey gloriosamente; pero con la vergüenza de haber faltado al juramento, y de no haber disfrutado de las dos coronas mas que las espinas. Junto á él mataron al legado, que era el verdadero perjuro, pues habia abusado de la credulidad del jóven príncipe para que no estuviese á lo tratado.

Eligieron á su hermano Casimiro IV, el cual, 1445. sin acometer directamente á los turcos, los auventó lejos de Polonia, cubriendo sus fronteras con las guarniciones que puso en las provincias intermedias no sujetas. Tambien debilito las fuerzas de los caballeros teutónicos, favoreciendo á los rebeldes de Prusia, y recibéndolos bajo de su proteccion. Por último, logró la satisfaccion de ver llamado á la corona de Ungría á su hijo mayor Ladislao, que juntó con esta la de Bohemia. En el reinado de Casimiro se presentaron por la primera vez en la dieta de la nacion diputados no nobles de las provincias; y aquellos estados se arrogaron el poder

legislativo que hasta entonces habia pertenecido esclusivamente al rey y al senado. Este príncipe hizo comun la lengua latina con un edicto, en que mandó que la estudiasen los nobles, de cuya clase la guerra se habia llevado grande número, y aun estinguido familias enteras. Estaban el comercio y la industria en el estado mas deplorable; pero Casimiro, á pesar del senado, hizo útiles mutaciones en la administracion; y así murió mas estimado que sentido.

1492.

Dejó cuatro hijos, y le sucedieron tres, no segun el órden del nacimiento sino en sentido inverso de la naturaleza. No se trató del primogénito Ladislao, porque le escluyeron los polacos, pareciéndoles demasiado temible con sus coronas de Hungría y de Bohemia. Segismundo, que le seguia en edad, se halló al frente con un duque de Mazovia, que formó un partido poderoso en la dieta de eleccion, la cual tomó el arbitrio de no elegir á uno ni otro, sino á Alberto, tercer hijo de Casimiro. Era este de temperamento débil: vivió poco; y declarándose pretendiente Segismundo, prefirieron

1501.

á Alejandro, que era el cuarto hermano; pero no habiéndole dado la naturaleza mas salud que á Alberto, pasó una vida valetudinaria. Procuraba alegrarla con las diversiones, y las pagaba con tanta profusion, que á los estados les pareció del caso poner para en adelante freno á los caprichos dispendiosos de su soberano; é hicieron una ley llamada *el estatuto de Alejandro*, en la cual se le prohibia al rey disponer de las rentas de la corona sin el consentimiento de los estados y de la dieta.

Le llegó por último su turno á Segismundo. Este, mientras sus hermanos menores ocupaban

el trono de Polonia, habia vivido como soberano en la Lituania, por lo que sus esfuerzos para conseguir la corona no habian sido vivos ni perjudiciales al reino. Cuando la consiguió fue su principal cuidado confirmar una ley de su hermano, llamada *Statum Alexandrinum*, que prohibia las donaciones perjudiciales al interes público. Le pareció necesaria esta ley contra la prodigalidad de los soberanos á favor de los sabios y artistas. "Estos, decia, merecen que se les anime, pero este estímulo debe tener sus términos." Confirmó pues Segismundo esta prohibicion económica. A los caballeros teutónicos los habia precisado Casimiro á hacer homenaje de la Prusia á la Polonia; y aunque el marqués de Brandembourg siendo gran maestre le negó al principio, despues se sujetó á él para conseguir la proteccion de Segismundo contra su órden, de la cual se habia separado, abrazando la doctrina de Lutero; y de este modo se debilitó el poder de estos caballeros con la division de sus dominios entre ellos y su gefe.

Segismundo fue uno de los grandes reyes que ocuparon el reino de Polonia; y su epitafio, en el cual no hay exageracion, le da el título de vencedor de los rusos, de los válacos y de los prusianos, con otro título mas honorífico, cual es el de padre de la patria. Solamente tuvo el sentimiento de ver que la Bohemia, la Hungría y la Silesia saliesen de la familia de los Jasellones, recayendo por casamiento en la casa de Austria, su rival. Este Segismundo, que por el vigor de su temperamento hizo contraste al de sus hermanos Alberto y Alejandro, vivió hasta ochenta años, y es conocido por sus extraordinarias fuerzas corporales.

1548.

Habia tomado con tal acierto sus medidas para asegurarse sucesor, que Segismundo su hijo no tuvo necesidad de eleccion. Vivió este príncipe en un tiempo en que las otras monarquías se veian inquietas por los alborotos que introdujeron las nuevas sectas; pero él libró de ellas á su reino, no persiguiendo sino velando con toda atencion para que las nuevas opiniones no se esparciesen en él, pareciéndole que las falsas ilustraciones no merecian comprarse á costa de la sangre humana. No tuvo mas que una guerra, y esta contra los moscovitas, á los cuales ofreció la paz aunque vencedor. Era genial en él hacer todos los sacrificios necesarios para la felicidad de su pueblo, lo que es el mayor elogio de los monarcas. Gobernó á la Polonia como á su familia: no habia cosa mas benigna que su administracion interior, y toda su vida hubiera sido irrepreensible si cuando anciano y enfermo no se hubiera dejado dominar por una favorita, cuyos consejos le apartaron de las sendas de la virtud, y de los caminos de la sana política. En él tuvo fin la línea masculina de la familia de los Jasellones. La vida regalada á que se habia entregado no le dejó pensar en hacer á los polacos el servicio de arreglar la sucesion, hallándose sin hijos: precaucion que hubiera evitado las pretensiones de los estrangeros, con las cuales se hizo venal la dieta de la nacion.

1574.

Para formarse idea clara de lo que sucedió muerto Segismundo, debiéramos figurarnos la dieta de Polonia como una grande feria, adonde acudian los príncipes estrangeros y sus embajadores para comprar los votos. Por una parte manifestaban los pretendientes sus riquezas, provincias que unir á

la Polonia, ventajosos casamientos, suntuosos presentes, y sobre todo buenos vinos y magníficos convites: poderosísimo cebo para la multitud de los nobles polacos, que en semejantes ocasiones se desquitan de aquella frugalidad que es habitual en ellos mas por necesidad que por virtud. No se juntaban menos que treinta y seis mil; los gefes ostentaban su crédito y habilidad en reunir los votos de muchos territorios, y otros ponian precio á su voto personal. Las bellas armas, joyas, ricas estofas y finas pieles se mostraban en las tiendas ó se ofrecian en los tocadores. Se presentó la casa de Austria con toda su gravedad, lisonjeándose de que los polacos saldrian á recibir al archiduque, hijo del emperador Maximiliano, que era el que les indicaba; pero los polacos no le admitieron, porque no querian un señor tan soberbio y poderoso. Ofrecia el czar provincias enteras que añadir á la Polonia, y una perpetua paz entre los dos estados si le querian elegir; pero mas quisieron esponerse á los peligros de la guerra que entregarse á un déspota. El rey de Suecia se ofrecia; pero era protestante. El duque de Prusia, sobre ser demasiado jóven, mostraba por otra parte poco espíritu. El elector de Sajonia, príncipe de grande mérito, tambien era herege, y ademas de esto aleman, que para los polacos de aquel tiempo era un pecado y una mancha indeleble. Un marqués de Amspach, y un vayvoda de Transilvania, se ayudaban bastante bien en la dieta, como otros pretendientes menores, cuyos manejos ambiciosos se cruzaban, y solo servian para prolongar la asamblea con grande satisfaccion de los *Piastas* que se regalaban muy bien, y se enriquecian á costa de los pretendientes.

Entre tanto, como todo tiene su término, en el mayor calor de las solicitudes llegó de Francia Juan Crasoski caballero polaco, tan grande de espíritu como pequeño de cuerpo. Habia sido bien admitido de la reina Catalina de Médicis, y festejado por Henrique, hermano del rey Cárlos IX, duque de Anjou, y por toda su corte. Volvia lleno de estimacion en favor de este pais y de las personas que le habian hecho su mansion tan agradable; y era un objeto de curiosidad el tal viagerito, porque todos le rodeaban, y estaban escuchando con ansia lo que decia de la magnificencia de la corte de Francia, y de las perfecciones del duque de Anjou. Contaba como este príncipe era un jóven, que habia señalado su valor en los campos de Jarnac y de Moncontour, su grande aficion á la religion católica, los golpes que habia dado á la heregía, y que si la malevolencia no detenia su brazo, él era capaz por sí solo de cortar todas las cabezas de aquella maldita hidra que devoraba la Francia.

No se sabe si Crasoski llevaba encargo de hacer estos elogios, ó si por sí mismo, y sin otras miras, seguia las inspiraciones de su zelo; pero fuese uno ú otro, él comunicó su entusiasmo á los demas, y muchos magnates, palatinos, vayvodas y starostes, creyeron que tan grande héroe seria una preciosa adquisicion para la Polonia. Enviaron á Crasoski á Francia para que dijese las disposiciones en que se hallaban; y los negociadores encargados de que se lograsen las intenciones de la Francia, lejos de descuidarse ni hacerlos esperar mucho, accedieron á cuanto pedian los polacos, á saber: la seguridad de mantenerles sus leyes, pagar

la Francia las deudas del rey difunto, gratificaciones á la nobleza y una armada en el Báltico para oponerse á los rusos: proponiendo ademas de esto que el jóven monarca se casaria con la princesa Ana, hermana de Segismundo. Esta era de edad crecida: y Enrique convino en todo, á escepcion del último artículo, cuya decision reservó para cuando llegase á Polonia.

Recibieron al nuevo rey con una espresion de alegría universal, y él encantó igualmente á todos sus vasallos con su aire magestuoso y las gracias de su juventud. Estaban enamorados de sus modales, de su elocuencia persuasiva, de la elegancia con que se esplicaba en latin; lengua favorita de los polacos. Notaban con admiracion su talento en sostener la dignidad de su clase sin aquel aire de superioridad que hasta entonces habian afectado los monarcas del Norte. Miraban con complacencia los polacos en aquel agradable exterior el presagio de un reinado feliz. Mas apenas habia empuñado Enrique el cetro de los Jasellones, cuando se vió heredero del de la familia de Valois; y abandonó las bellas esperanzas que le daba la estimacion, afecto y confianza de sus vasallos adoptivos para ir á sumergirse entre los alborotos que agitaban á sus vasallos naturales, y que fueron el remolino en que pereció. Se consideraban los polacos como insultados en la preferencia que hacia de la Francia; y por mas que cuando salió de Polonia ofreció asistir á los dos reinos, ellos dijeron, que volviese inmediatamente, ó renunciase. Viendo que dilataba la renuncia pensaron en otra eleccion.

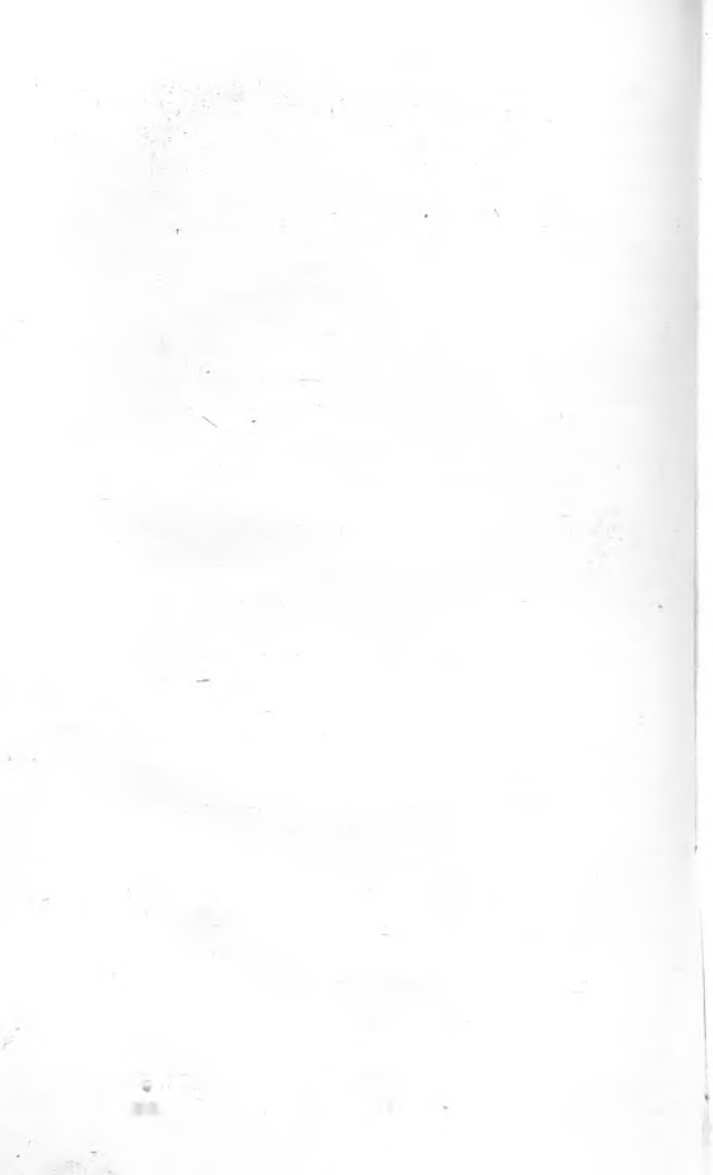
Como los polacos acababan de experimentar un príncipe estrangero que los dejó, parece que no de-

bieran pensar en otra eleccion semejante; pero buscaron un rey en la casa de Austria, y eligieron al emperador Maximiliano. Viendo que tardaba este en aprovecharse de su felicidad, un partido, al principio débil, puso los ojos en Esteban Batori, transilvano, cuyo mérito en su estado de particular hacia contrapeso al esplendor del nacimiento del príncipe austriaco. Recibió Esteban su primera educacion en un campo; y su valor, capacidad y prudencia le merecieron la estimacion de los soldados, y grande respeto en el pueblo. Habia vacado la soberanía de Transilvania, y con general consentimiento nombraron á Batori sin haber pretendido este honor. Sus talentos y sus virtudes le allanaron asimismo el camino al trono de Polonia, que tampoco pretendió, pero no dejó pasar la ocasion: y mientras Maximiliano regateaba sobre ciertas condiciones, lo aceptó Batori todo: llegó, y se casó con la hermana de Segismundo, que tenia sesenta años. Verdad es que siempre se mantuvo apartado; pero así empezó un reinado benigno y glorioso. Al principio tuvo que reprimir los esfuerzos de los moscovitas. No podia el czar perdonar á los polacos que habiendo él pretendido su corona se la hubiesen negado, y les hizo la guerra como bárbaro. No se contentaban sus soldados con quitar la vida, sino que atormentaban con mil suplicios; y fue tanto el miedo que inspiraron, que los habitantes de Wender, no pudiendo resistir á sus armas, antes que entregarse á tan cruel enemigo, socavarón sus casas y los apoyos de sus paredes, enterrandose gloriosamente en las ruinas de su patria. A los furores de los bárbaros opuso Batori sus victorias, y la humanidad para con los prisioneros.



Desesperacion de los wenderanos.

No pudiendo resistir los habitantes de Wender al Czar de Moscovia, cuya crueldad les era notoria, resolvieron perecer con su patria antes que entregarse á tan inexorable enemigo; y socavando los cimientos y apoyos de sus casas, se enterraron vivos entre sus ruinas. ; Que siendo tan torpe el hombre quando busca recursos para su conformidad, sea tan ingenioso en su desesperacion!



Reconocen todos en él la gloria de haber disciplinado á los cosacos, civilizado y suavizado sus feroces costumbres. Los reunió en ciudades cuando antes se desdeñaban de semejantes habitaciones; pero les dejó las costumbres que pudieran ser útiles, como el gusto á una vida dura, que no temia la intemperie de las estaciones, y su sobriedad mayor que la de los espartanos. Campañas enteras hacian sin otro alimento que una especie de bizcocho negro, que ellos comen con ajos. Son robustos, infatigables, y valientes soldados: de ordinario pelean á caballo, y no saben lo que es atrincherarse: su fortificacion son los carros, poniendolos al redor. De detras de esta fortaleza ambulante salen con ímpetu, y si los rechazan vuelven á retirarse á ella, y se defienden con tenacidad. Entre estos hombres estableció Batori el comercio y las manufacturas cultivadas en Polonia. Al paso que las creaba entre los cosacos, las perfeccionaba en Polonia. Su conducta en los once años que reinó le mereció aquel epitafio singular, que aunque escrito con antitesis, espresa la mas exacta verdad: "En el templo fue mas que sacerdote: en la república mas que rey: en el tribunal mas que jurisconsulto: en el ejército mas que general: en la accion mas que soldado: en la adversidad y perdon de las injurias mas que hombre: defensor de la libertad mas que un ciudadano: en los afectos de su corazon mas que amigo: en el comercio mas que sociable: en la caza contra fieras mas que un leon; y en toda su vida mas que un filósofo." No obstante, no pudo este filósofo corregir la violencia de su genio, que algunas veces le arrastraba á excesos que se acercaban á frenesí; y aun se dice que uno de ellos al re-

cibir una mala noticia le causó la muerte.

1587.

La esperiencia de tan buen réy, escogido entre ellos mismos, no sanó á los polacos de la manía de buscarle en los estrangeros, y así abrieron la palestra á los competidores; y por efecto de las intrigas que autorizaba su régimen, en lugar de un monarca, se hallaron con dos: Maximiliano, archiduque de Austria, y Segismundo, príncipe de Suecia. Maximiliano fue vencido y hecho prisionero en una guerra que duró tres años, al cabo de los cuales desistieron de sostener su eleccion sus partidarios, que habian gastado ya el dinero que les habia dado. Segismundo tuvo á su contrario por tan poco formidable, que se aventuró á darle libertad, sin exigirle rescate sino solamente la renuncia.

La Polonia padeció mucho en la competencia de los dos rivales, primera infelicidad. Sufrió tambien muchas calamidades cuando fue preciso socorrer á Segismundo, ya rey de Suecia, contra Carlos su tio, que invadió aquel trono. Otra plaga para la Polonia fue el haberse propuesto Segismundo colocar un hijo suyo en el trono de los czares. Por último, fue desgracia de la Polonia que el afecto de Segismundo á la casa de Austria, á la cual debiera mirar con indiferencia por la competencia del archiduque, pero que su zelo por la religion católica se la hacia amable, haciendo con ella una alianza agresiva, le atrajo guerra con los turcos. Estas fueron las ventajas que lograron los polacos por la eleccion de un príncipe estrangero, aunque en sí mismo muy bueno, y cuyas prendas estimables escedian á sus defectos; pero le hicieron fatal á la tranquilidad de su pueblo sus preocupaciones, y la obstinacion en sus proyectos.

Parecia que Ladislao, su hijo de primer matrimonio, debiera sucederle de derecho, bien que con la aprobacion de la dieta; pero su madrastra procuró ganar los votos en favor de Juan Casimiro, hijo suyo. Este príncipe, en vez de suplantar á su hermano, se puso á la frente del partido que se declaraba por él; y por otra parte Ladislao antes de sentarse en el trono, ya, por decirlo así, le habia conquistado con las victorias que ganó contra los turcos y rusos; pero dejó á su sucesor una guerra terrible contra los cosacos, ocasionada por la crueldad de un gobernador polaco. Para castigar este á un gefe cosaco, llamado Kzmielnieski, por su soberbia y algunas palabras picantes, le puso fuego á la casa con ánimo de abrasarle en el incendio. En este perecieron la muger y un hijo del cosaco; pero el padre se libró, sublevó su nacion, y asoló la Polonia con la rabia de un furioso, que tenia prendas tan amables que vengar. Cuando murió Ladislao tenian aquellos bárbaros consternado todo el reino.

Le sucedió Casimiro, aunque con alguna repugnancia de parte de la nobleza, la cual no le creia á propósito en aquellas circunstancias Segismundo su padre, y Ladislao su hermano, eran muy afectos á los Jesuitas: lo cierto es que estos tuvieron en sus reinados grande autoridad. Casimiro se habia criado entre los Jesuitas, y habia tomado su hábito y profesado: de allí le sacó el papa, creándole cardenal; y esta profesion de un estado pacífico daba motivos para rezelar que la eleccion no fuese aceptada cuando necesitaban de un guerrero. No obstante, le eligieron rey; y al punto la nobleza, cuyas tierras estaban mas espuestas á las aso-

laciones de los cosacos, propuso al monarca que saliese á campaña: respondió que no era tiempo de combatir, sino de tratar: que los polacos habian hecho una injusticia, y no debieron poner fuego á la casa de Kzmielnieski, y que así era preciso reparar aquel agravio. Por mas que le instó la nobleza permaneció inexorable, y ella resolvió salir sin él á campaña. Se juntó pues en cuerpo de ejército, la vencieron los cosacos, y fue fortuna suya tener entonces por mediador á Casimiro, que hizo la paz con los cosacos con condiciones equitativas; y no porque temia la guerra, pues en otra ocasion, habiendole agraviado los cosacos los acometió fieramente, y los precisó á volver al primer tratado.

Tambien venció Casimiro á los rusos que habian hecho una irrupcion en Polonia; pero no fue tan feliz con los suecos. Cárlos Gustavo su rey, que habia puesto la mira en la Polonia, mantenía un partido en ella. Descontenta casi toda la nobleza con que Casimiro no se prestase á su sistema de dominacion, tanto con respecto al pueblo como en el gobierno, le abandonó ó se volvió contra él cuando el sueco entró en el reino. Resistió Casimiro cuanto pudo; pero viendo que la mayor parte de la nobleza se le habia declarado contraria, y que era imposible reducirla á su obligacion, porque le habian limitado mucho su autoridad: como hombre prudente que solo estima las dignidades por lo que valen cuando son tantos los cuidados que las acompañan, juntó una grande suma de dinero, la hizo pasar á Francia, y fue á gozar allá de la vida tranquila que le negaba su patria.

1670.

Esta desercion puso en convulsion todo el reino, y la tuvieron no sin razon por renuncia. Se

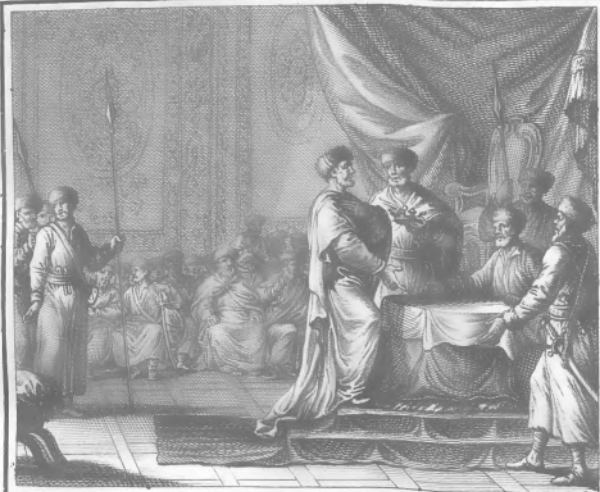
juntaron los nobles á la eleccion: y como no todos habian concurrido á los disgustos de Casimiro, se hicieron unos á otros reconvencciones, que se decidieron á sablazos. Restablecido el sosiego empezaron á examinar el mérito de los pretendientes, que todos eran extranjeros. El primero que se presentaba era el Czar para su hijo, al cual habia criado á la polaca. Hablaba este príncipe la lengua del pais, y habia adoptado sus modales y costumbres; prometia abrazar la religion católica, entregar cuatro millones en la caja de la república, restituir las plazas tomadas á la Polonia, y poner cuarenta mil hombres para que los otros pretendientes no turbasen la tranquilidad del reino. Esta última oferta no era ilusoria, pues podia realizarla inmediatamente, sacandolos de un ejército de ochenta mil que estaba en la frontera esperando la decision; pero justamente la proporcion de efectuar esta promesa era la que hacía temblar á los polacos en vez de lisonjearlos. No obstante, ¿cómo podian menos de aceptarla en el desamparo en que se hallaba el reino, alborotado con las disensiones domésticas, é incapaz de defenderse contra una irrupcion, cuando los otros concurrentes, que eran los duques de Lorena, de Neuburg y de Condé, no ofrecian mas que mérito sin fuerza? En esta tribulacion creyeron que el Czar sentiria menos la repulsa si se eligiese á un polaco.

Habia un caballero llamado Miguel Coribut, descendiente de Jasellon por línea colateral, de carácter benigno y sin ambicion, aunque por no ser rico no era de grande influjo. Se hallaba este en la dieta entre la multitud de los electores; no faltó quien por casualidad pusiese en él la consideracion

y pronunciando su nombre, pasó este de boca en boca, se multiplicaron los votos á su favor, y se vió electo rey de Polonia Coribut, con grande admiración suya. Se sorprendió mas cuando le llevaron á un trono, que de repente levantaron en medio de la asamblea. Protestó su incapacidad; y con lágrimas suplicaba que no le colocasen en un puesto en que iba á ser el juguete de la nacion. Le prometieron ayudarle á llevar el peso de la corona, y cedió con estas seguridades; pero cuando fue preciso obrar contra los rusos desde luego, y despues contra los turcos y los tártaros, que confiados en el desórden acudian contra la Polonia como á presa segura, le negó la nobleza el servicio, ó sirvió mal. Se vió el rey precisado á hacer una paz nada ventajosa, de la cual le culparon en todo; y esta pesadumbre se dice que le llevó al sepulcro. Si hubiera vivido algunos dias mas pudiera haberse consolado con la noticia de una señalada victoria, que el gran general de la corona Juan Sobieski ganó á los turcos que habian renovado la guerra.

1674.

No le pareció suficiente á Sobieski este triunfo para presentarse descubiertamente como uno de los pretendientes al trono. Habia aspirado á este su ambicion cuando se retiró Casimiro, pero lo sobresaliente de los competidores no le permitió declarar entonces su proyecto; y en la vacante actual observó la misma conducta con mejor éxito. Se alistó alternativamente bajo los estandartes de los concurrentes; debilitó sus partidos destruyendo á los unos por medio de los otros; y declarándose en el momento oportuno, salió electo, no tanto porque la nobleza le diese con toda sinceridad sus votos, como porque el pueblo manifestó unánimemente



Coribut aclamado.

Quando vacilaban mas los polacos sobre la eleccion de monarca, hizo memoria uno por acaso de Miguel Coribut, que se hallaba presente, aunque por su moderacion confundido entre los demas electores; y pasando de uno en otro su nombre, se halló electo Rey de Polonia con gran sorpresa suya. Era sin duda digno por sus prendas; pero; quan pocas veces logra tan uniforme reunion de votos á su favor el mérito!



su deseo. Apenas le nombraron cuando esplicó el designio de continuar la guerra contra los turcos, y se encargó de mantener á su costa mil hombres de infantería. Con este egeemplo se animaron los senadores, los nobles y los grandes á hacer los mismos esfuerzos, cada uno á proporcion de sus rentas; y esta fue la primera vez que vió Polonia un cuerpo de infantería nacional. El desco que tenia Sobieski de volver á las hostilidades le hizo dilatar su coronacion, y no aceptó los honores de esta solemne ceremonia hasta que con dos años de victorias aseguró la tranquilidad de la república, borrando la mancha del último tratado.

No hallaba Sobieski otro gusto que el ruido de las armas, y de esta inclinacion se valió el emperador Leopoldo para empeñarle en su socorro contra los turcos. Se cubrió de gloria cuando los hizo levantar el sitio de Viena; pero el agradecimiento del emperador fue muy tibio cuando se visitaron á consecuencia de accion tan memorable; bien que la estimacion general le desagravió ampliamente de la tibieza con que el austriaco disfrazó su despecho. Volvió Sobieski á su reino, y no halló la felicidad ni el gusto que debiera prometerse. Con sus cuidados habia restablecido la policia, las leyes habian vuelto á su vigor; y esto mismo era lo mas desagradable para la nobleza, que no gustaba de ver reducida su dominacion tiránica á los límites de la justicia, y así no perdia ocasion de dar á entender su descontento.

Bien le esperimentó este príncipe cuando quiso asociar á su hijo al trono; y así murió con la pena de contar casi por seguro que no permaneceria en su familia el cetro que él habia ganado. Le

censuran de avaricia , sin duda porque no era pródigo con los cortesanos ; y le imputaron este defecto , aunque su tesoro estuvo abierto siempre para las necesidades del reino. En los últimos años de su vida era con exceso condescendiente á los consejos de la reina , francesa , muger de espíritu ; pero atrevida , inconsiguiente y apasionada. En esta conducta de Sobieski no habia tanta debilidad quanto cansancio del gobierno , y disgusto que le causaban las contradicciones. Era hombre que no procuraba ocultar su resentimiento , y á los grandes que no eran de su gusto se lo manifestaba demasiado ; pero aunque en esto no era político , en todo lo demas se le reconocia por tal. Ademas de la lengua materna entendia el latin , el frances , el italiano , el aleman y muchos dialectos turcos ; y tanto se admiró su elocuencia en el senado , como su valor en el campo de Marte. Con justo título se le cuenta por uno de los monarcas mas completos que reinaron en Polonia.

1696.

La predileccion de la reina por su hijo segundo , y sus esfuerzos para adquirirle la pluralidad de votos en perjuicio del primogénito , perjudicaron á los dos : pues con esta conducta perdió casi toda la influencia en la dieta celebrada para la eleccion. Se fue insensiblemente reduciendo el número de los competidores , y de seis que antes eran entre naturales y estrangeros , al cabo de un año de intrigas , solo quedaron dos , Federico Augusto , elector de Sajonia , y el príncipe de Conti. Reducido el asunto á estos términos , se juntaron los nobles en número de cien mil en la llanura de Varsovia. Estaba cada palatinado repartido por compañías bajo de sus propios estandartes , y to-

dos los electores á caballo armados de lanzas. El aire y continente anunciaban lo importante que se consideraba cada uno: como que no hay cosa que inspire mas altanería que la facultad para hacer un rey y la proporcion para venir á serlo; y no puede dudarse que entre los cien mil no habia uno que no tuviera este derecho, y no pudiera concebir esta esperanza.

Se colocaron pues los senadores cada uno en su division, y empezaron sus arengas. Aun estaba hablando el obispo de Ploko cuando la nobleza de su palatinado exclamó: *Viva Conti*. Pasó este nombre de boca en boca, é iba á concluirse ya la eleccion cuando el palatino de Culm solo con la palabra *veto*, se opuso á todo el torrente con peligro de su vida. Quisieron pasar adelante, y dijo á gritos: que se violaban las leyes. La eficacia de sus reclamaciones, y las razones con que las sostenia, hicieron dejar la eleccion para el dia siguiente. No fue muy tranquila aquella noche: se visitaron unos á otros, y mas fue lo que se bebió que lo que durmieron.

Al amanecer se presentaron los dos partidos casi iguales en fuerza: unos proclamaban á Conti, otros á Federico, y fue tal la confusion que no podian recogerse los votos. No obstante parecia que la preponderancia estaba por Conti. Se dividieron abiertamente; y proclamando cada uno á su candidato, hizo que el representante del electo prestase el juramento. Uno y otro partido mandaron cantar el *Te Deum*: publicaron manifiestos: cada uno se proclamaba observador de las reglas, y acusaba á su contrario de haber faltado á ellas. A la guerra de pluma sucedió la de la espada; pero co-

mo el sajón estaba cerca con un ejército y dinero, superó con facilidad á Conti, que no había llevado mas que algunas cantidades de corta consideración que juntó de los caudales de sus amigos. De este modo quedó Federico electo; pero su ambición, como se dice de los que iban á tratar con las cortesanas de Corinto, compró bien caro el arrepentimiento.

No hemos señalado la época en que Polonia pasó de monarquía á ser república, y sería difícil fijarla. Se fue insensiblemente introduciendo el gobierno republicano por medio de las condiciones coartivas que sucesivamente impusieron á los competidores á la corona; y á estas condiciones llamaron *pacta conventa*. Eran los diplomas de su libertad, y el pueblo siempre estaba dispuesto á darla estension. Así se formó la lucha, que ha tenido en continuas turbulencias á la Polonia.

Los mismos partidarios de Federico cuando ratificaron la elección, le fijaron el número de tropas que había de tener, y las circunstancias que le podrian autorizar para llamar á sus sajones. Pero no eran tan precisos los términos de esta convención, ni los sucesos tan previstos, que con pretextos diferentes no pudiese apresurar la marcha de un ejército, escediendo las fuerzas estipuladas para que se apoderase de las fortalezas, ó tomase situaciones capaces de causar cuidado á la república.

Todo esto sucedió con el nuevo rey: le rodearon sus sajones, de quienes por ser sus vasallos naturales se fiaba mas que de los polacos; y para aficionarlos mas los colmó de favores. De esto se rezelaron los polacos, y viendo atentados en esta conducta sus privilegios, formaron asociacio-

nes para mantenerlos. ¿De qué sirven, decian, tantas tropas en tiempo de paz, sino para sujetarnos? Federico Augusto, para eludir la fuerza de este argumento, y tener á los polacos ocupados, declaró sin fundamento la guerra á la Suecia; pero en lugar de contribuir á asegurar su autoridad esta guerra injusta, le precipitó en un abismo de males, pues se halló al frente del famoso Cárlos XII, en quien de ordinario se celebra solo el valor, siendo preciso reconocer tambien su política. Este fomentó á los descontentos, sus victorias dieron fuerza á los manifiestos de los polacos confederados, y para con los pueblos acreditaron sus victorias estos mismos manifiestos. Mudaron de opinion acerca de Federico, porque fue desgraciado; y en una dieta convocada por el vencedor, le declararon enemigo de la patria, y le depusieron.

No cedió Federico sin resistencia; pero si fue valiente á la frente de sus tropas, mostró mas que flaqueza en el gabinete. Siempre en él será reprehensible el sacrificio de Patkul, vasallo de Cárlos XII, que habiéndose desgraciado con este príncipe se puso en manos del sajón, y habiéndole servido bien le entregó cobarde al resentimiento de Cárlos, que le hizo quitar la vida entre tormentos. Bien puede un hombre caer noblemente del trono cuando una fuerza irresistible le derriba; pero besar humildemente la mano que le precipita es para un monarca la mayor ignominia.

Dió Cárlos XII á Estanislao Lekzinski, noble polaco, la corona de Federico, imponiendo á este la obligacion de escribir á su sucesor una carta de enhorabuena: monumento de su flaqueza que todavía se conserva. Se sabe que le estimaba en tan

poco el jóven sueco , que fue como á desafiarse en medio de su capital , y de una numerosa guarnicion ; y estuvo comiendo y conversando familiarmente con él , sin que el destronado se atreviese á manifestar otra cosa que su sorpresa.

1709. Si Augusto no hubiera recobrado la corona cuando se lo facilitaban los desastres de Cárlos XII, pudiéramos creer que su enhorabuena á Estanislao procedia de laudable indiferencia respecto de unos pueblos que le habian despedido ; pero luego que pudo volvió á empuñar el cetro : ; tanto es el atractivo de la autoridad ! Augusto Estanislao fue depuesto como él , renunció como él , y como él dió sus pasos hácia el trono abandonado ; pero sus esfuerzos no tanto fueron voluntarios , como mandados por la obstinacion de Cárlos XII ; y sus prendas recibieron la recompensa en la fortuna de su hija , la cual por circunstancias imprevistas vino á ser esposa de Luis XV, rey de Francia. Dieron á Estanislao la Lorena , en donde pasó una vida tranquila en medio de las artes , á las cuales era muy apasionado , y gozaba de los honores sin los cargos de la soberania.

Por el contrario , Federico Augusto II reinó rodeado de facciones y bandos ; y experimentó el furor de las conjuraciones desenfrenadas , no solo contra su poder sino tambien contra su vida ; siendo así que era príncipe humano , buen padre , buen marido á escepcion de alguna falta de fidelidad , muy sociable y de costumbres convenientes para reinar en una república.

1733. Murió en 1733 , y era natural que Estanislao , su antiguo competidor , volviese al trono que le habia dejado vacante ; pero aunque se declaró pre-

tendiente, halló que le hacia frente el hijo del difunto; y aunque favorecido, bien que poco auxiliado, por la Francia, cuyo rey Luis XV se habia casado con su hija, le fue preciso abandonar la empresa; y por entre mil peligros huyó de los egércitos rusos y sajones, reunidos en favor de su contrario. Sin embargo, Federico Augusto III no fue reconocido universalmente, sino en una junta, llamada la Dieta de pacificacion, celebrada en Varsovia en 1734. Pasado este primer movimiento fue su reinado sosegado y tranquilo. Por su muerte ocurrida en 5 de octubre de 1763, su hijo, ya elector de Sajonia, pidió la corona que habia tenido su padre; pero hicieron frente á su pretension la czarina y el rey de Prusia, que se concertaron entre sí para que eligiesen un Piasta, esto es, un caballero polaco. No era dificil adivinar las miras de estas dos potencias. Deseaba el rey de Prusia que nombrasen un monarca, reducido á las solas fuerzas de la república, cuya debilidad no podria oponerse á las invasiones que premeditaba. Con el mismo objeto deseaba la czarina que saliese electo un Piasta; pero otro mas vivo, y sin duda entonces mas grato á su corazon, la hacia desear que hiciesen rey de Polonia al conde Estanislao Poniatowski; y asi le recomendó eficazmente á la dieta: pues ademas del gusto de ver coronado á su favorito, preveia Catalina II la ventaja que podia resultarla de tener por vecino un monarca sacrificado á su voluntad, que podria auxiliarla en la guerra que tenia con los turcos, y así este pretendiente, llevado en hombros de las dos potencias, subió sin dificultad al trono de Polonia en 6 de setiembre de 1764.

1734.

1763.

1764.

Si hubo príncipe que hallase una corona espionosa y pesada , fue Estanislao Augusto II. Por rezelos de que el partido monárquico superase al republicano en el gobierno misto de Polonia , habia mas de un siglo que las dietas siempre habian procurado reducir y estrechar la autoridad del rey, disminuyendo sus rentas , y debilitando el ejército de la corona ; y asi Poniatowski , cuando subió al trono , se halló casi sin dinero y sin tropas , y tuvo ademas de esto la afliccion de ver que la Rusia y la Prusia , sus protectoras , en vez de ayudarle á sosegar su reino alborotado con los antiguos partidos , parecia que solo procuraban escitar en él nuevos alborotos.

Habia en Polonia una multitud de sectas , conocidas todas con el nombre de *Disidentes* ; y la religion dominante se valia de todos los medios posibles para reprimirlos , al paso que ellos por su parte trabajaban sin cesar por estenderse. Era perpetua la lucha ; y los católicos , como mas antiguos , mas numerosos , y apoyados con el favor de los magnates que poseian ó solicitaban sus ricas prelacías , hubieran por último vencido , si las potencias vecinas no se hubiesen mezclado en sus desavenencias.

La Prusia y la Rusia , á los quince dias de la coronacion de su protegido , hicieron que se le presentase un escrito imperioso á favor de los disidentes , pues no pedian menos para estos que una libertad de cultos sin límites , y todos los privilegios que podian igualarlos con los católicos. El rey , que se halló indeciso , despues de muchas negociaciones inútiles para una composicion razonable , remitió el asunto á la decision de una dieta que se

celebró en Varsovia en 1768, entregando la pre- 1768.
tension de los disidentes á la pluralidad de votos.

Como los disidentes se consideraban protegidos de las dos potencias no se tuvieron por vencidos, y antes bien se confederaron en muchas provincias, pidieron nueva dieta, y se tuvo esta el año siguiente tambien en Varsovia, bajo el cañon de los rusos, que usaron de la mayor violencia. Los obispos de Cracovia y de Kiobia, muchos senadores y muchos magnates fueron arrebatados, trasladados de allí, y encerrados en las fortalezas rusas, con lo que consiguieron los disidentes cuanto quisieron. En todas partes intentaron gozar de los privilegios concedidos, y en todas partes se opusieron los católicos. Estos, viendo que los disidentes se habian confederado, formaron ellos tambien *la confederacion de Bar*, así llamada por el lugar en donde se juntaron. Cada uno se presentó con sus señales de distincion: á ninguno se le permitió ser indiferente, y así empezó en Polonia la guerra civil con el mayor furor.

En vano hizo el rey todos sus esfuerzos para que se reuniesen con él todos los confederados de Bar, y para empeñarlos en que tomasen las medidas que pudieran haber salvado la patria. Como algunas veces se habia visto precisado el rey á ceder y condescender en algo con los disidentes, tan poderosamente protegidos, se obstinaron los confederados de Bar en creer que Poniatowski estaba enteramente sacrificado á la Rusia; y así nunca quisieron fiarse de él, antes bien resolvieron deshacerse de su persona; y aun se presumió que no tuvo otro objeto el atentado que cometieron algunos de ellos.

1771.

En 3 de setiembre de 1771, como á las nueve de la noche, entrando el príncipe en Varsovia poco acompañado, se vió rodeado de una tropa de asesinos. Le hicieron bajar del coche, y uno de ellos le puso la pistola al pecho; la apartó el rey, pero la bala le pasó el sombrero; otro le descargó un sablazo en la cabeza, y le hizo una grande herida. Le arrastraron entre sus caballos, y le obligaron á montar en uno que vivamente picado cayó, se rompió una pierna; y al rey, que cayó debajo de él, le sacaron con trabajo herido en un pie. Así continuaban en llevarle consigo á pesar de la dificultad que experimentaba para andar, cuando á distancia oyeron que venía una patrulla rusa. Al punto se dispersaron, solo uno se quedó con el rey, movido de sus súplicas, y le puso en seguridad. Los principales de los confederados no confesaron esta accion, protestando que no habian tenido parte en ella; pero si se ha de formar juicio por las confesiones de los culpados, que casi todos fueron presos y castigados, no estaban inocentes en ella muchos de los gefes.

En ocho años que habian mediado desde que la Rusia y la Prusia alborotaron la Polonia, tuvieron estas dos potencias tiempo para ir madurando el proyecto que habian formado de invadir cada una las provincias que mas la convenian. Tal vez se hubiera opuesto el emperador á su empresa; pero para no tenerle contrario le propusieron tambien su parte. Cuando ya todo estaba arreglado entre las tres potencias, y cuando menos se esperaba, en el año de 1772 se las vió introducir en plena paz, cada una por su lado, un ejército en Polonia, bien que segun costumbre no dejaron de publicar su manifiesto.

1772.

Empezaba este por una pintura demasiado verdadera de los males que afligian á la Polonia , de muertes , incendios , violencias de toda especie , fanatismos , y anarquía que destruian del todo la seguridad pública , arruinaban el comercio , y hacian notable perjuicio al cultivo de las tierras. Añadia el autor del manifiesto: "La natural connexion que tienen entre sí las potencias limitrofes hace que sus provincias vecinas á la Polonia experimenten los tristes efectos de sus desórdenes; y ha muchos años que se ven en la precision de tomar las medidas mas costosas para asegurar la tranquilidad de sus fronteras. En circunstancias tan críticas temen las cortes de Viena , de Berlin y de san Petersbourg que de las disensiones domésticas de la Polonia resulten variaciones en el sistema político de Europa; y ademas no queriendo abandonar á la suerte muchas provincias de la república , á las cuales fundan las tres potencias pretensiones que justificarán á su tiempo y lugar , despues de haberse comunicado sus derechos y pretensiones , y haciendo causa comun , declaran que quieren ponerse en posesion de ellas como un equivalente , que se arreglará despues entre la Polonia y las potencias vecinas con límites mas naturales que los señalados hasta ahora; y con este equivalente renuncian las tres potencias á toda demanda , pretension , repeticion de perjuicios é intereses que por otros capítulos pudieran formar sobre las posesiones de la república."

Sobre estos títulos fundaron la invasion de muchas provincias que costaron á la Polonia mas de siete mil leguas cuadradas , y en que perdió mas de cinco millones de habitantes. Se convocó una

dieta rodeada de las tropas de las tres potencias, y
 1773. confirmó esta reparticion en 1773. Otra junta,
 1775. celebrada con las mismas precauciones en 1775,
 dió á la Polonia una constitucion que restablecia
 los antiguos abusos del gobierno, y entre otros el
liberum veto, por el cual un solo noble podia dete-
 ner todas las resoluciones de la asamblea nacional,
 que es el privilegio mas á propósito para que duren
 las facciones.

Habia protestado el rey contra la division, y
 no obstante se atrevieron muchos magnates á re-
 convenirle en términos poco comedidos; pero él les
 respondió vivamente: "Señores, estoy cansado ya
 de oiros: la division de nuestro infeliz pais ha sido
 una consecuencia de vuestras ambiciones, disen-
 siones y eternas disputas; y así á vosotros solamen-
 te debeis atribuir vuestras desgracias." A la ver-
 dad, con mas union hubiera podido la Polonia
 sostenerse contra la coalicion usurpadora, y tal
 vez reparar sus pérdidas, de lo cual se concibió al-
 guna esperanza de resultas de una dieta que se
 congregó en 1768; y despues de dos años de de-
 1791. bates hizo por último en 3 de mayo de 1791 una
 constitucion que corregia los vicios de la de 1775,
 y pudiera reparar las antiguas pérdidas restituyen-
 do á la nacion su energía.

Las tres cortes se opusieron á esta constitucion,
 pretestando que ellas eran garantes de la de 1775;
 y se formaron confederaciones en pro y en contra.
 Accedió el rey á la de Targovists, que se declara-
 ba por una composicion con las tres potencias; pe-
 ro estas, aprovechándose del desórden general,
 dieron la última mano á su proyecto con una in-
 tersion completa. Sin embargo, en la dieta que se

juntó en Grodno en abril de 1793, no hicieron mas que confirmar la reparticion en que se habian convenido, y declarar "que incorporarian en sus estados respectivos las provincias de Polonia, que tenian en su poder para asegurarlas contra los efectos destructivos de los sistemas estravagantes que se pretendia introducir en ellas; y que esta resolucion y la egecucion de ella eran firmes é irrevocables."

El rey, sin poder alguno, y testigo de tan funesta desmembracion, renunció la corona por acto firmado en Grodno el 21 de noviembre de 1793. 1793. Trataron de cobardía su renuncia algunos zelosos polacos que se juntaron bajo la direccion de un valiente capitán llamado Kosciuski. Obligados estos á pelear con numerosos egércitos bien disciplinados y provistos, suplieron muchas veces con la desesperacion lo que les faltaba de fuerzas. Lograron muchas victorias, y los admiraron hasta sus enemigos; pero sus esfuerzos entre victorias y derrotas no sirvieron mas que para llenar la Polonia de sangre y de ruinas. Al fin fueron vencidos, se dispersaron, y entonces se llenaron las cárceles, se levantaron cadahalsos, corrió la sangre, y por una acta comunicada á todas las potencias de Europa, y firmada en Petersbourg el 3 de enero de 1795, 1795. se asignó cada una de las tres potencias los límites que debian separarlas en el mismo seno de la Polonia que se apropiaron.

Desde aquel dia la Polonia, que por mas de mil años habia figurado en la Europa como potencia muchas veces temible, quedó privada de este título, y pasará por tan humilde suerte hasta que tal vez, entre los mismos partícipes se levante al-

guno que espulse á los otros dos, y restituya á Polonia su esplendor antiguo.

1797. Por otra acta firmada en Petersbourg en 6 de enero de 1797 se empeñaron las tres cortes en extinguir por diferentes medios las deudas de la Polonia, pagar las del rey, y asegurarle todos sus bienes, patrimoniales ó adquiridos, con una pensión anual de doscientos mil ducados. Fijó este último rey su principal residencia en Grodno; y el czar, Paulo I, cuando subió al trono convidó al desgraciado monarca á ir á Petersbourg. Sin duda no volvió á ver aquella corte sin acordarse de las aventuras de su juventud, que le prometian muy diversa suerte.

Este es el estado actual de un pueblo que siempre opuso un poderoso dique á las irrupciones de los otomanos, que habia triunfado de los rusos, y llevado sus victoriosos estandartes al mismo centro de Alemania, y hasta las riberas del Rhin. Reflexionando sobre tan espantosa catástrofe pudiéramos aplicar á todos los estados espuestos á semejantes desgracias aquellos versos de un poeta:

Aprended almas vulgares
A morir sin lamentaros.

INGLATERRA.

Como á la mitad del siglo VI, los romanos que habian invadido la Inglaterra, tuvieron que dejarla llamados para socorrer á su imperio. Ya entonces la llamaban Bretaña. Despnes de los romanos quedó espuesta á las correrías de los sajones, pue-

blos del continente en la orilla opuesta del mar, los cuales, haciendo un desembarco, avanzaron tierra adentro, y se llevaron por delante los infelices bretones, hasta que los redujeron á la estrechez de algunas provincias; y formando de sus conquistas siete reinos, los llamaron *Heptarquia*, ó el poder de siete. La subyugada Bretaña tomó el nombre de Inglaterra por los anglos, tribu de los sajones. Despues sufrieron estos vencedores la invasion de los dinamarqueses, y abandonaron á los nuevos huéspedes los territorios en que estos se fortificaron antes de concluirse el siglo VI.

Por aquel tiempo penetró el cristianismo en Inglaterra. Ethelberto, rey de Kent, uno de los principales de la Heptarquia, logró por esposa á Berta, hija de Cariberto rey de Paris, con la condicion de dejarla el libre egercicio de su religion. La conducta egemplar de la esposa, y la de los obispos y sacerdotes que habia llevado consigo, dió al esposo tan favorable opinion de la doctrina cristiana que la abrazó, y le imitaron muchos de los vasallos. El papa Gregorio envió despues misioneros, siendo el principal un monge llamado Agustin. Se repartieron estos por los otros reinos de la Heptarquia, é hicieron grandes progresos con el favor de las reinas, las cuales trabajaban con eficacia en la conversion de sus esposos, como que en la santidad de nuestra santa religion se destierra la poligamia, el divorcio, los amores vagos, y se miran como sagrados los derechos del matrimonio. Los reyes de Inglaterra manifestaron mucho afecto á la corte de Roma, y una obediencia respetuosa á sus mandatos; y así Oton, rey de Mergia, uno de los siete reinos, para espiar su delito, por haber co-

metido un asesinato, dió el diezmo de sus bienes á la Iglesia, y sujetó su reino á una contribucion anual para la fundacion y sustento de un colegio ingles en Roma; y cada año pagaban un sueldo las familias que tenian treinta de renta. Despues se estendió á los demas reinos esta contribucion, y la llamaban el *dinero de san Pedro* cuando destruida la Heptarquía, quedó la Inglaterra sujeta á un solo monarca.

Se verificó esta reunion á fines del siglo IX; pero no se perfeccionó de una vez. Los perpetuos ataques de los dinamarqueses, por un efecto contrario á sus intenciones, contribuyeron á que se uniesen todos los ingleses, conociendo estos la necesidad de hacerles una resistencia bien dirigida, que debia ser obra de una potencia única; pues los reyes de la Heptarquía, separándose unos de otros por envidia ó intereses particulares, no podian oponer sino fuerzas muy débiles. Se juntaron pues con las usurpaciones ó las alianzas muchos de los reinos pequeños; y venciendo el impulso de los dinamarqueses, cesó la Heptarquía; pero la potencia única sin division no se estableció hasta el reinado de *Alfredo el Grande*.

Años
de J. C.
801.

Este príncipe, tan famoso en las novelas como en la historia, es uno de los mejores monarcas que ocuparon el trono de la Inglaterra. Subió á él á los veinte y dos años, y ya se habia egercitado contra los dinamarqueses á la vista de Ethelberto su hermano mayor, rey de Kent, que murió por sus muchas fatigas. Alfredo tomó á su cargo una corona difícil de conservar, aunque conocia bien su enorme peso, y continuó contra los enemigos de sus padres una guerra que en los principios fue



Alfredo reducido á pastor.

Despues de haber obtenido Alfredo ocho señaladas victorias de los dinamarqueses, se reforzaron estos tan prodigiosamente que asustados los ingleses abandonaron á su Principe, el qual obligado á ocultarse, anduvo errante por algun tiempo, hasta verse reducido al humilde estado de pastor. Así burla á los hombres la fortuna; pero tantos desengaños no producen apenas un escarmiento.

ventajosa ; pues les presentó en un año ocho batallas , y en todas salió vencedor. Pero les llegaron á aquellos estrangeros nuévas colonias , se asustaron los ingleses al ver tanta multitud , y abandonaron á su jóven príncipe. Este , despues de haber andado errante por algun tiempo con un solo criado , tuvo que despedirle , se vistió de pastor , y aun vivió en este egercicio un año entero.

Las felicidades de los usurpadores los animaron á imponer un yugo mas pesado á los vencidos. Viéndose estos oprimidos hicieron para defenderse algunas afortunadas tentativas ; y sabiendo Alfredo en su retiro tan felices sucesos , fue á juntarse con sus ingleses. Solo su nombre fue bastante para que muchos de los desertores volbiesen á alistarse en sus banderas ; y aumentándose sus tropas se halló en estado de presentar batallas y tomar ciudades , y aun de obligar á los estrangeros á pedir la paz , y á recibirla con las condiciones de inferioridad. Para que no pudiesen restablecerse de este golpe , distribuyó por las costas navíos destinados á cruzar é interceptar las armadas de Dinamarca que fuesen con refuerzos para sus compañeros ; y así la marina inglesa debe su origen á Alfredo. Otra obligacion no menos importante le deben sus pueblos , y es el haberlos reformado y civilizado con sus instituciones y egerplo.

Le habian educado con tal descuido , que á los doce años de edad no conocia las letras. El gusto de las ciencias se le inspiró su madre , que divertia el tiempo en leer los poemas sajones , única instruccion que habia en aquellos tiempos. El hijo pasó mas adelante , y estudió la lengua latina con mucha aplicacion , porque podia darle la llave pa-

ra entrar en otros muchos conocimientos. Cuando se vió libre de la ocupacion de la guerra se dedicó á instruir á su pais, formó un cuerpo de leyes, y fundó la universidad de Oxford con grandes privilegios para atraer á ella á los sabios, que con efecto acudieron de muchas partes. A los premios con que animaba añadió su mismo egeemplo, porque tenia una tintura de toda especie de conocimientos: gustaba de la música, y pasaba por uno de los mejores poetas de su siglo. Tradujo en lengua sajona, para instruccion de su pueblo, el pastoral de san Gregorio, los libros de Boecio de la consolacion, la historia Eclesiástica de Beda, y las fábulas de Esopo, por parecerle propias para introducir la moral en un pueblo que estaba en su infancia.

Alfredo hizo brillante su corte, porque ostentaba á los ojos de sus vasallos las estofas preciosas, y las producciones de la industria oriental para inspirar deseos de imitarla. Animaba las manufacturas, recompensando á los autores de alguna invencion útil. El retrato que de él hicieron conviene á muy pocos hombres. Era Alfredo tan amable en su persona como completo en sus modales, y su vista inclinaba al amor como al respeto. Las prendas, que parecen incompatibles, se juntaban felizmente en su carácter, porque era moderado y emprendedor, constante sin ser inflexible: siendo benigno y modesto en la sociedad, era severo y valiente cuando mandaba: el cuidado de la egecucion rigurosa de la justicia no impedia que se distinguiese en la clemencia, por lo que no debe admirar la especie de entusiasmo que la nacion ha conservado en su favor. Los historiadores le han hecho autor de todas las instituciones útiles, y los novelistas

le han acumulado como instituciones de caballería tantos hechos heróicos que pudieran ilustrar á muchos monarcas,

La posteridad de Alfredo ocupó por mas de un siglo el trono de Inglaterra. Le sucedió su hijo Eduardo, y auxiliado por su hermana Ethelfrida, digna hija de Alfredo, gobernó con prudencia. Por ser muy jóven el hijo legítimo de Eduardo, cuando murió este, dieron la corona á Atlestan, su hermano natural; y este se la dejó á Edmundo, hijo legítimo, al cual sucedió Edredo su hermano, que era muy afecto á los monges, y les dió cierto ascendiente sobre el clero secular. Su sobrino Edwy, hijo de Edmundo, que sucedió á Edredo por ser demasiado jóven el hijo de este último, fue destronado, y murió infeliz.

Colocaron en su lugar á Edgardo, su hermano. Este robó una religiosa llamada Editha, y vivió con ella como marido; pero no le dieron por este sacrilegio otra penitencia sino que por siete años no llevase la corona en las ceremonias públicas. En otros dos matrimonios que contrajo se observan singulares circunstancias. Llegó por casualidad á un castillo: le agradó la hija de la señora, él la suplicó que llevase á bien que su hija pasase á su lado aquella noche: la madre substituyó una de sus doncellas: esta le pareció al rey de su gusto cuando despertó, y la hizo pasar desde su lecho al trono.

Habiendo enviudado le alabaron mucho las gracias de Elfrida, hija de un conde muy rico, y envió á Atelvoldo, uno de sus favoritos, para que viese si su hermosura correspondia á la idea que le habian dado. Viendola el confidente se enamoró de ella, por lo cual se la pintó al rey como poco digna

de su eleccion; y creyendo que no gustaria de ella el monarca la tomó él por esposa. Los zelos son muy activos en las cortes, y así pronto supo Edgardo que le habian engañado, y mandó matar al marido. La viuda se consoló fácilmente en la muerte del que la habia quitado el trono, y aceptó gustosa la mano que la colocaba en él. Hizo Edgardo á la Inglaterra un servicio que todavía disfruta. Se propuso extinguir los lobos, y dió á sus vasallos el ejemplo de perseguir vigorosamente en la caza aquellos animales voraces. Recibia por los impuestos en lugar de dinero las cabezas de lobos que le llevaban; y de este modo extinguió la raza, en términos que no ha vuelto á parecer en aquella parte de la Gran Bretaña.

975.

No pasaba de diez y seis años Eduardo su hijo, cuando su madrastra Elfrida le disputó el trono que le pertenecia; y no habiendo conseguido su intento hizo asesinar al jóven monarca. Sin duda intervino algun motivo religioso, pues le han calificado de mártir. A su hermano y sucesor Ethelredo le dieron un nombre ingles, que significa *nunca pronto*; y él hizo ver cuán terribles son á veces los perezosos, pues en nada hallan dificultad con tal que no les dé que hacer. Los dinamarqueses, turbulentos con sus antecesores, no cesaban de atormentarle. Los que poseian por donacion algunas provincias pedian otras, y nunca tenian bastante: los que llegaban de nuevo no querian reembarcarse sino á fuerza de dinero. Pesó Ethelredo en su gabinete estos inconvenientes: se resolvió, y dió las órdenes. El 15 de noviembre de 1002, fiesta de san Bricio, en domingo, dia en que los dinamarqueses acostumbraban á tomar el baño, fueron

978.

heometidos y muertos por todo el reino, sin perdonar á los hijos que habian nacido de padre dinamarques y madre inglesa, ó de padre ingles y madre danesa; y aun la hermana del rey de Dinamarca, casada en Inglaterra, y cristiana, despues de haber visto degollar á sus hijos, pasó por la misma suerte, mandandolo espresamente Ethelredo.

Llegó esta noticia á Dinamarca, y ardian todos los corazones con el deseo de la venganza. Se embarcaron en tropel los dinamarqueses bajo la conducta de su rey, y el *jamás pronto*, que debiera preveer esta terrible invasion, se halló desprevenido, y despues de muchas pérdidas, recurrió al vergonzoso espediente de proponer que se comprase la paz. La nobleza inglesa, indignada de ver su cobardía, sacudió el yugo de la obediencia, y se sujetó á los dinamarqueses. Huyó Ethelredo á Normandía, donde tambien dominaban gentes del Norte; pero eran rivales y poco amigos de los normandos de Inglaterra. Estos abusaban tanto de sus victorias que los ingleses volvieron á llamar á Ethelredo, el cual reconquistó algunas provincias, y dejó su reino repartido á su hijo Edmundo.

A este Edmundo llamaron *Costilla de hierro* por su mucho valor; pero esta prenda no impidió que le hiciesen ratificar por fuerza la reparticion que habia hecho su padre con Canuto, rey de Dinamarca, el cual en el siguiente año, muriendo precipitada, aunque naturalmente, Edmundo, llegó á ser monarca de toda la Inglaterra. Este Canuto fue llamado el *Grande* por sus rápidas y constantes victorias. Sus cortesanos, admirados de sus triunfos, le lisonjearon hasta cansarle; y habiendo-

1006.

1017.

le dicho repetidas veces: "Nada es imposible á vuestro poder:" fue á la ribera del mar á tiempo que subia la marea; y sentado en su trono, gritó con tono imperioso: "Olas, yo os mando que no os acerqueis, sino que retrocedais;" pero las olas siempre iban avanzando; y volviendose él á sus cortesanos, dijo: "Ya veis hasta dónde llega mi poder. Reconoced bien que la potestad que me atribuis solo pertenece al Señor del universo, aquel que con un soplo puede trastornar los mas sólidos edificios de la ambicion y vanidad humana."

1036. A Canuto le sucedió su hijo Haroldo, y no gozó tranquilamente del trono, inquietado por Har-
1039. di-Canuto su hermano, el cual por la muerte temprana de Haroldo, poseyó solo la corona. A pesar de las desavenencias que entre sí tenían estos dos hermanos, se entendieron y conformaron para separar á dos competidores, Eduardo y Alfredo, descendientes de los reyes sajones, y por este derecho muy peligrosos. Los habia llevado Ethelredo á Normandía cuando se vió precisado á buscar asilo, y se habían criado allí. Durante la disputa de los dos dinamarqueses se presentaron ambos en Inglaterra; pero habiendo perdido una batalla Alfredo, fue hecho prisionero. Haroldo le hizo sacar los ojos, y de resultas de este castigo murió. Eduardo se volvió á su primer asilo de Normandía.

A los hermanos dinamarqueses los ayudó poderosamente en esta guerra un señor ingles llamado Godvin, á quien las riquezas y crédito daban pretensiones á la corona. Por esta esperanza se resolvió á sostener á los estrangeros, que siempre serian mirados como usurpadores, mas bien que á príncipes de una familia que tenia en favor suyo el

afecto de la nacion; pero con todos los esfuerzos de Godvin, muerto Hardi-Canuto, llamaron de Normandía á Eduardo, hermano del desgraciado Alfredo, y le colocaron en el trono.

1042.

Su reinado fue largo y bastante tranquilo. Era rey muy pio y virtuoso: su exactitud en las obligaciones religiosas le mereció el sobrenombre de *Santo Confesor*; y la parte mas señalada de su administracion fue su aplicacion al egercicio de la justicia. Le daba cuidado la duda de quién le sucederia en el trono pues no tenia hijos, y no podia dudar que Haroldo, hijo de Godvin, aspiraria á su corona. Este señor iba ganando al pueblo con su afabilidad, y á los nobles con sus liberalidades. Eduardo, para frustrar sus medidas, hizo venir de Hungría un sobrino suyo, hijo del infeliz Alfredo. Murió en el camino; pero habiendo dejado un hijo de pocos años llamado Edgardo, dispuso Eduardo del cetro en favor de este bajo la tutela de Guillermo, duque de Normandía, hijo bastardo de Roberto, que le habia servido mucho en sus infortunios; y agradecido llamó al trono al tutor, hijo de su amigo, en caso de que el pupilo muriese.

Cuando murió Eduardo tenia Haroldo tan bien tomadas sus medidas, que ni aun se habló de Edgardo, sobrino del difunto, como que este príncipe prometia poco, y todos conocian la debilidad de su espíritu. Se colocó pues Haroldo en el trono con el consentimiento de la nobleza y el pueblo. Tenia un hermano llamado Tosti, intrigante, con quien siempre habia vivido mal, y á quien no estimaba la nacion; pero él no pudiendo escitar en ella una sublevacion contra su hermano, fue á buscarle enemigos en Dinamarca y Noruega, desembarcando á

1066.

la frente de un ejército. Su fin era arrojar á su hermano del trono, ó que le repartiese con él. Hubo una sangrienta batalla; y aunque se declaró por Haroldo la victoria, perdió lo mas escogido de sus tropas.

Al mismo tiempo abordaba un competidor contra quien necesitaba de todas sus fuerzas. Guillermo, duque de Normandía, habia atravesado el mar para ponerse en posesion de la tutela que Eduardo le habia conferido; y suponiendo que Haroldo tenia oprimida la Inglaterra, le trataba de usurpador; añadiendo que él habia ido á instancias de los señores ingleses. A la verdad, muchos de estos se desdñaban de obedecer á un hombre que habia sido igual suyo. Luego que Guillermo puso pie en tierra volvió á enviar los navíos para que sus soldados viesen que no tenian mas recurso que la victoria. Creyó Haroldo seducirle con una gran cantidad de dinero; pero él la desechó con desprecio, y propuso á Haroldo que le cediese la corona, ó le rindiese homenaje; y que si queria, fuese el papa árbitro entre los dos: "No hay mas árbitro, respondió Haroldo, que el Dios de las batallas: este será el que decida." Se empeñó el combate con furor en un sitio llamado Hastings: fue horrible la carnicería; hasta quince mil normandos cubrieron el campo de batalla, y aun fueron muchos mas los ingleses que allí quedaron. Haroldo, peleando valientemente, cayó penetrado de una flecha; y con su muerte dejó al vencedor la corona.

1067.

En Guillermo I empezó en Inglaterra la dinastía de los reyes normandos, y le llamaron *el Conquistador*. En su gobierno se distinguen dos épocas notables. En la primera se hizo el objeto de

la admiracion universal por su clemencia y justicia. Estas virtudes confirmaron en él la autoridad que le habia dado la fortuna de una batalla. Todos convienen en que si hubiera habido algun gefe ingles capaz de recoger las reliquias de la derrota, hubiera podido disputar con felicidad el trono á Guillermo; pero el terror le abrió las puertas de las ciudades mas considerables, y postró á sus pies los señores mas distinguidos. El conquistador los recibió bien, los confirmó sus títulos, dió á Edgardo, heredero de la antigua familia real, el condado de Oxford, y le trató con la mayor cordialidad; pero afectando que no consideraba en él mas que al sobrino de Eduardo el *Confesor*, sin reconocerle con derecho al trono, y gloriandose de que él le poseia á título de conquista.

Arreglados como pudo los negocios, partió á Normandía con la precaucion de llevarse los principales señores ingleses á pretesto de que no podia pasar sin el gusto que le daba su sociedad; pero su intencion era honrarse con tan brillante corte, y tenerlos en rehenes. Procuró tambien poner en manos de sus compatriotas los empleos de mas importancia y de mas poder. Siempre atento á reservarse esclusivamente el derecho de la espada, que le habia allanado el camino al trono, desarmó á Londres, y las demas ciudades que por su poblacion pudieran darle cuidado, y puso en las principales fortalezas guarniciones normandas.

Pero de haberse llevado tantos señores le resultó mas perjuicio que utilidad. Si se hubieran quedado en su pais, y los hubiera atraido con sus buenos oficios, tal vez habrian contenido el descontento que algunos nobles menos favorecidos

propagaron en la nacion, y cuyo odio llegó á tal punto, que habian resuelto quitar la vida en todo el reino, y en un mismo dia, á los normandos, mientras Guillermo estaba ausente. Cuando iba á ejecutarse proyecto tan horrible le descubrieron los normandos, y se previnieron. Corrió en los cadavalsos la sangre de los principales cómplices antes que volviese á Inglaterra el conquistador, que llegó despues con disposiciones muy diferentes de las que antes tenia para con sus nuevos vasallos.

No habiendo conseguido aficionarselos con la suavidad, se propuso tenerlos refrenados con el temor, y sacar el partido posible de su conquista. En consecuencia de este pensamiento restableció y aumentó los antiguos impuestos que habia suprimido y moderado. Murmuraban y se quejaban, pero él los agravaba mas. Los normandos, fieles imitadores de su duque, y seguros de que no le desagradaban atormentando á los ingleses, les hacian toda especie de vejaciones. La opresion escitó el odio, el odio sopló el deseo de la venganza; y si los normandos respetaban poco la vida de los ingleses, apenas se pasaba dia en que no hallasen normandos asesinados en los bosques y en los caminos reales. Aterrados y sobrecogidos del temor huian en tropas de una tierra cubierta de lazos y emboscadas, y hasta los mismos gobernadores pedian licencia á Guillermo para retirarse á Normandía.

A vista de esta desercion se consideraba Guillermo en vísperas de quedar solo en las manos de los ingleses; y por este temor abrazó una resolucion desesperada. Este sistema de asesinatos se ejercia principalmente en las provincias del Norte: fue allá el conquistador con un ejército, dejando entrega-

dos al furor de los soldados los mas bellos paises. Arruinaban las casas, ó las reducian á cenizas: se llevaban los ganados, y despedazaban los instrumentos de agricultura: huyendo asustados los habitantes, aunque espuestos á morir de hambre y miseria, porque todo lo dejaban. El monarca irritado confiscó las posesiones de los nobles, y envió una parte de ellos á Normandía. Los que se quedaron en Inglaterra, restos de las familias antiguas y respetables, sentian el dolor de ver sus castillos ocupados, y sus tierras poseidas por unos normandos de la mas baja estraccion. A las gentes del pueblo, que se atrevian á defenderse, les hacia cortar el feroz vencedor un brazo ó una pierna, ó sacarles un ojo, y en este estado los daban libertad, para que el aspecto de aquellos infelices, que iban arastrandose por los territorios vecinos, inspirase el terror en ellos, y preparase la sumision de los otros.

A vista de aquellas barbaridades, Edgardo, aunque siempre le habian tratado con distincion, temió que alcanzasen á él, y partió fugitivo á Córcega. El rey Malcolmo le recibió bien, y casó con su hermana mayor, de la cual tuvo una hija, cuya posteridad reunió despues las dos familias reales sajona y normanda. Pasado algun tiempo, y restablecido Edgardo de su susto, volvió á Inglaterra, y vivió en ella como un simple particular y sin ambicion. Halló mas pacifico su territorio por las últimas precauciones que Guillermo habia tomado. Cuando este invadió la Inglaterra le favorecia el papa, y así tuvo á su favor á los obispos y los sacerdotes; pero no pudo el clero ver sin murmurar las nuevas vejaciones; y temiendo el conquistador

las consecuencias de su descontento, se llevó los obispos ingleses prisioneros á Normandía, dejando en su lugar sacerdotes normandos, y substituyendo á sus compatriotas en las plazas sobresalientes del clero secular y regular. Este medio de mudar la opinion de un pueblo le correspondió bien á Guillermo, y aseguró á su posteridad la corona que habia conquistado.

Con ser príncipe tan temido se atrevió á sublevarse contra él su hijo mayor. Pedia que se le diese un dominio ó mayorazgo; y no queriendo darsele su padre, rompió entre los dos la guerra, y se hizo con ardor. En uno de los reencuentros, que fueron frecuentes, se hallaron por casualidad el rey y el príncipe frente á frente por contrarios; y por tener echadas las viseras no se conocieron. Pelearon con furor; y despues de muchos asaltos, hirió el hijo á su padre en un brazo. Por el grito que dió Guillermo le reconoció Roberto; y arrojandose del caballo, y postrandose á sus pies, le pidió perdón. El padre, que por entonces no fue dueño de su resentimiento, le cargó de reconvenciones y maldiciones; pero despues le recibió en su gracia á ruegos de Matilde, madre del príncipe, con la cual vivió Guillermo treinta años en la union mas afectuosa.

Para establecer exacta proporcion en la paga de las contribuciones, dispuso Guillermo que se hiciese una descripcion de las tierras de Inglaterra, trazando por sí mismo el plan. Todo se tuvo presente, la estension, el valor, la diferencia de terrenos, prados, bosques, tierras de labor, los nombres de los propietarios, y hasta el número de esclavos y ganados. En medio del tumulto de las ar-



Roberto reconoce á su Padre.

Por haberse negado Guillermo I á las orgullosas pretensiones de su hijo Roberto, se rebeló este; y encendida guerra entre ellos, en una de las acciones se acometieron sin conocerse por tener caladas las viseras. A un gríto de Guillermo le conoció su hijo, y arrojándose del caballo imploró su perdon. Se horrorizó de herirle sin conocerle; y conociéndole no tuvo reparo en atropellar sus respetos.



mas, y en un reino apenas bien asegurado de tan terribles movimientos, hizo Guillermo lo que en plena paz han intentado inútilmente otros reyes, gozando de autoridad absoluta y sin turbulencias.

En Guillermo se censura la pasión excesiva á la caza; pues por ella arruinó cerca de su palacio de Winchester, casi quince leguas de país, para plantar allí un bosque en donde pudiese gozar de este placer. Arruinaron las casas, espelieron á los habitantes, y se acotó el lugar de esta diversion con penas tan rigurosas, que el que mataba alguna fiera, ciervo, jabalí, y aun una liebre, pagaba con la pérdida de los ojos: al paso que la muerte de un hombre se podia rescatar con una cantidad moderada. ¡ Tal es la estravagancia de las opiniones cuando las maneja la pasión! Al mismo tiempo que hacemos justicia á las grandes prendas de Guillermo, á su valor y habilidad en la guerra, y á su capacidad en el consejo, no puede disimularse que fue cruel, vengativo, implacable, y que jamas suspendió sus ambiciosos proyectos, ni por las leyes de la equidad, ni por las reglas del bien parecer; por lo cual fue mas temido que amado. Aunque dejó cuatro hijos, solo hicieron algun papel, *Roberto, Guillermo y Enrique.*

Fuese predilección hácia Guillermo su hijo segundo, ó fuese resentimiento por lo indócil de Roberto, que era el mayor, manifestó el conquistador de Inglaterra, unos dicen que por testamento, otros que de viva voz, que deseaba se diese el cetro á Guillermo: la Normandía á Roberto; y á Enrique que era el tercero, le dejó una cantidad bastante moderada: pero el que fue menos bien tratado logró despues lo mejor. Por la conducta de Rober-

to, así viviendo su padre como cuando ya había muerto, se ve que era hombre turbulento, sin política, prudencia ni precauciones. Este, cuando su padre estaba espirando, para asegurar su derecho dejó partir de Normandía á su hermano Guillermo sin hacer esfuerzo alguno para detenerle, y sin seguirle; pero cuando el hermano menor afianzó la corona con los tesoros que dejó su padre, con sus liberalidades y con las promesas que á todos hacia, declaró el mayor sus pretensiones, y desembarcó en Inglaterra con un ejército. Antes que llegasen á las manos, proporcionaron los señores principales de ambos partidos un tratado entre los dos, cuya condicion principal era, que en caso de morir alguno de ellos sin hijos, los estados del difunto serian del que sobreviviese. Enrique, el tercer hermano, reclamó contra esta composicion; pero no se le oyó, y los otros dos no le dejaron otra cosa que el patrimonio que le habia señalado su padre, por lo cual se redujo á una vida de aventurero.

Volvióse Roberto á su Normandía. Que se dejase arrastrar de la mania de aquel siglo, que era la conquista de las Cruzadas, no es extraño; pero lo que acredita una imprudencia inexcusable es, que por juntar un ejército numeroso, y brillar sobre todos los príncipes que iban á la Tierra Santa, ofreció á su hermano Guillermo empeñarle el ducado de Normandía por diez mil marcos de plata que se le pagasen de contado. No quiso el rey de Inglaterra perder la ocasion de comprar tan barato. El empeño era por cinco años, en los cuales debia Guillermo reembolsarse de la cantidad y de los intereses con las rentas de la provincia, y entregársela despues á su hermano. Pero conociendo

el caracter de Roberto , podia lisongearse Guillermo de que este primer paso le llevaria á reunir las dos soberanias bajo de su cetro. Un suceso imprevisto cortó el hilo de su vida y de sus proyectos ambiciosos. Mientras cazaba en aquel bosque , plantado sobre las ruinas de las habitaciones vecinas á Winchester , y en aquella tierra regada con la sangre de los vasallos del conquistador , su padre , un cortesano de su comitiva disparó una flecha , que dando en el tronco de un arbol y resaltando , traspasó al rey el corazón.

Si Roberto , cuando murió su hermano , hubiera estado en Normandia , es muy probable que por las estipulaciones hechas entre los dos hubiera subido sin dificultad al trono ; pero volviendo de Palestina , en donde habia conseguido mucha gloria , pasó por Italia , y allí se casó. Un año entero gastó en diversiones ; y Enrique , aquel hermano desgraciado y errante , que nada tenia que perder , y á todo se aventuraba por ganar , sabiendo la muerte de Guillermo , fue volando á Inglaterra , se apoderó de los tesoros , y se hizo proclamar rey. Esta es la segunda vez en que Roberto queriendo recobrar la corona , halló á un hermano suyo en el trono ; y fue mas desgraciado en sus esfuerzos que la vez primera. Enrique no solamente hizo que Roberto le cediese el reino de Inglaterra con las mismas condiciones pactadas con Guillermo ; pero ni aun quiso dejar al desgraciado primogénito la Normandia. La conducta de este príncipe , mas considerado que perverso , tenia descontentos á muchos. Enrique los oyó , los ayudó , y juntó sus banderas con las de los confederados. Por último , hizo á su hermano prisionero ; le confinó á un casti- 1110

llo de Inglaterra, en donde el infeliz pasó la vida mas molesta por el espacio de veinte y ocho años; y de este modo se unió de nuevo la Normandía con la Inglaterra.

Tenia Roberto un hijo llamado Guillermo, y mientras gemia su padre en las cadenas, hizo varias tentativas para recobrar su patrimonio. Al principio le socorrió Luis el *Gordo*, rey de Francia; pero cuando á favor de esta diversion hubo conseguido que el inglés diese al francés las tierras que deseaba, hicieron las dos monarquías una paz, en la cual, como ordinariamente sucede, no se hizo caso de los intereses del protegido, y este murió ocho años despues.

Enrique tampoco tenia mas que un hijo; pero dotado de las mas bellas prendas, y llamado tambien Guillermo como su primo. Si se han visto golpes funestos para un padre, y padre tierno y ambicioso, ninguno mas sensible que la desgracia que quitó á Enrique aquel hijo en la flor de su edad. Partió de Normandia este jóven príncipe en compañía de su padre, aunque en otro navio; y embriagados los marineros, dieron con el navio contra una roca en tales términos que se abrió la embarcacion, y se tragó el mar al príncipe con ciento y cuarenta señores jóvenes de las primeras familias de Inglaterra y Normandia, sin que se salvase del naufragio mas que un hombre, único que pudo llevar al rey la noticia cierta de su desgracia. Desde entonces se vió Enrique sumergido en la mas profunda tristeza; y murió en Normandia adonde habia vuelto. Su gusto á las letras y sus progresos le merecieron el nombre de *Sabio*. No se le censura de otro defecto notable sino de la esce-

siva pasion á las mugeres; pero tampoco puede perdonársele la crueldad con que dejó á su hermano consumirse en una obscura prision, ni la injusticia para con su sobrino, á quien por lo menos debiera haber dejado la Normandía.

Vivia una hija legítima de Enrique llamada Matilde, viuda del emperador Enrique V, y que casada despues con Geoffre Plantageneto, hijo del conde de Anjou, tuvo muchos hijos. El mayor se llamaba Enrique como su abuelo, el cual, perdido aquel hijo sepultado en las olas, habia hecho que la nobleza de Inglaterra y Normandía reconociesen á su hija por heredera de todos sus estados; y murió en la confianza de que no tendria competidor, ni quien se opusiera á que le sucediese en el trono; pero tenia tambien un sobrino llamado Esteban, hijo de su hermana Adela, condesa de Blois, que se creyó con tanto derecho al cetro como su prima. Se habia criado con mucho cuidado y aceptación en la corte de su tio, en la cual tenia desde entonces muchos amigos. Parte con violencia y parte con astucia, se apoderó de los tesoros del difunto; repartió pródigamente gracias, liberalidades, exenciones de impuestos; y consiguió que le reconociesen rey de Inglaterra. Pero Matilde conservaba un partido considerable, y tan numeroso, que desembarcando en la isla con solos cuarenta caballeros, se halló presto con un ejército por la afluencia de los soldados que acudieron á sus banderas.

En el primer combate hicieron prisionero á Esteban; pero le fue favorable su desgracia, porque los grandes, por el rezelo de que viéndose la reina sin contradiccion se hiciese muy poderosa,

hicieron dar libertad á Esteban. Matilde, ó se retiró descontenta, ó se vió precisada á huir mas allá del mar. Tenia un hijo llamado Enrique, el cual sostuvo los derechos de su madre y los suyos con suficiente felicidad, para que Esteban se tuviese por dichoso con que por un compromiso le dejasen la corona durante su vida, con la condicion de que en muriendo él, sin embargo de que tenia un hijo llamado Guillermo, recayese en el príncipe Enrique; contentándose Guillermo con los condados de Boloña y de Blois, que eran patrimonio de su padre. Para quitar toda sospecha al rey, dejó la Inglaterra el hijo de Matilde, habiéndose hecho reconocer solemnemente heredero presuntivo de la corona. No tuvo que desearla por mucho tiempo, porque al año murió Esteban, ni manchado de vicios ni adornado de virtudes.

1154.

Fue Enrique II tronco de la dinastía de los Plantagenetos, el príncipe mas rico de la Europa en países fertiles, desgraciado en padres, é infeliz en muger. Era por su padre señor de Anjou, Turenna y el Mayne: por su madre tenia la Normandía y la Inglaterra: casó con Eleonora, heredera de Aquitania, divorciada de Luis el Joven; y por esta tuvo la Guyena, el Poitú, Saintonge, la Obernia, el Perigord, el país de Angulema y el Limosin. A su hijo tercero le casó casi niño con la heredera de Bretaña, por lo que le vino la posesion de esta provincia. Por último conquistó la Irlanda.

En estados de tanta estension no es creible que á un rey, cuyos cuidados debian repartirse en tantos objetos, le faltasen contradicciones. En Inglaterra principalmente habian introducido los alborotos de los últimos reinados una aristocracia des-

tructiva de la autoridad suprema. Los grandes señores, aficionados á los hermanos y sobrinos rivales, que se disputaban la corona, fortificaron sus castillos con permiso de estos príncipes: de suerte que todo era fortalezas guardadas por los vasallos de aquellos señores, ó por salteadores alquilados, y llamados del continente. Aquellos propietarios titulados, se arrogaban el derecho de acuñar moneda, y de ejercer una jurisdiccion independiente del monarca. Hasta el clero habia fortificado sus posesiones en esta anarquia general, y pretendia derechos de regalía.

Determinado Enrique á reformar tantos desórdenes, creyó que lo mas fácil era empezar por el clero. Este se creia tan esento de las leyes penales, que por mas delitos que cometiese un clérigo, aunque fuesen homicidios, no podian darle otro castigo que la degradacion; siendo asi que la Iglesia cuando degrada á un clérigo le entrega á la justicia secular, y entonces se le considera como lego. Por no sujetarse Enrique á estas ceremonias, sucedieron las diferencias que hubo entre santo Tomas, arzobispo de Cantorberi, y este monarca.

Por su muger Eleonora tuvo grandísimas pesadumbres; pero él las mereció, ó como de ordinario sucede, ambos eran culpados. Esta princesa viva y galante, se habia casado por inclinacion con Enrique cuando no era todavía mas que conde de Anjou, bien que con la expectativa cierta de la corona de Inglaterra. Creyó esta señora que sobre el derecho que al afecto de su esposo la daban sus gracias, podia contar ademas con él en reconocimiento de los bellos estados que llevaba en dote. A la verdad la queria; pero ella deseaba que la

estimase con amor esclusivo. Enrique repartió el suyo entre ella y la célebre Rosemunda de Eliford: se irritó la soberbia Eleonora con esta infidelidad: juró vengarse, y para esto sublevó á sus propios hijos contra el padre.

Ya el monarca habia hecho reconocer á su hijo mayor Enrique por sucesor al reino de Inglaterra, al ducado de Normandia, y á los condados de Anjou, de Maine y de Turena. A Ricardo, que era el hijo segundo, habia asegurado el ducado de Guyena y el condado de Poitú: á Geoffre, que era el tercero, le habia señalado la Bretaña, casándole con la heredera: á Juan, el cuarto, le destinaba el reino de Irlanda, que acababa de conquistar, y estaba negociando su casamiento con Adelaida, hija única de Humberto, duque de Saboya y de Mauriena, que debia llevar en dote dominios considerables en el Piamonte, la Saboya, Bresa y el Delfinado.

Pero aunque Enrique aseguraba á sus hijos la Inglaterra, y sus estados de Tierra Firme, no queria despojarse de ellos, y los hijos estimaban muy poco la esperanza sin el goce. Enrique, el mayor, con el apoyo del rey de Francia, con cuya hija estaba casado, se atrevió á proponer á su padre que le cediese la Inglaterra ó la Normandia. Esta pretension de Enrique imitaron muy presto sus dos hermanos Ricardo y Geoffre; y á instancias de su madre, pidieron que su padre los pusiese en posesion de los dominios que les habia asignado, y como este no quisiese, se retiraron á la corte de Francia.

Habia resuelto Eleonora seguirlos, sin que la detuviese la vergüenza de ir á hacer papel de su-

aplicante en un reino en donde habia sido soberana. Ya se habia vestido de hombre, pero la arrestaron, y la pusieron en lugar seguro. Entonces se vió el mejor padre, y el mas condescendiente, en disension declarada con sus hijos, y que la reina, su esposa, era la que los escitaba á la sublevacion. Tres príncipes jóvenes, que apenas habian llegado á los años de la pubertad, se atrevieron á proponer á su padre, monarca poderoso, que estaba en el vigor de la edad y en el mas alto grado de su gloria, que renunciase la corona. Por último, muchos soberanos, y entre otros el rey de Francia, hicieron liga para apoyar la rebelion de los hijos, dando al universo el mas escandaloso espectáculo.

Las posesiones que Enrique tenia en el continente fueron acometidas por el rey de Francia, los condes de Flandes y Bolonia, y los barones de Bretaña, con quienes se habian juntado los tres príncipes ingleses. A esta confederacion resistió el monarca en términos que le pidieron una conferencia. Se celebró esta cerca de Gisors; y allí tuvo el padre la dolorosa mortificacion de ver á sus tres hijos al lado de sus enemigos; pero aunque su prudencia no le permitió renunciar la corona ni sus soberanias, su ternura les concedió cuanto por otra parte deseaban en dominios y rentas.

Puede ser que en aquellas concesiones tuviese parte la política, porque Enrique se veia amenazado de una sublevacion en Inglaterra. Para sosegar á los pueblos, y evitar las funestas consecuencias, determinó ir en peregrinacion al sepulcro de santo Tomas Cantuariense, y sin duda no debia el monarca haber omitido este acto de devocion que el

papa le habia intimado para que reparase la culpa del homicidio. Se postró Enrique delante de aquellas venerables reliquias: pasó junto á su sepulcro una noche y un dia orando y ayunando, y presentó sus espaldas desnudas á la disciplina. A la mañana siguiente recibió la noticia de que su ejército habia ganado una victoria contra el rey de Escocia, y le habia hecho prisionero. Publicaban todos que Dios le habia concedido este triunfo en premio de su piedad; y presumiendo, como debe creerse, que la misma Providencia soberana que premia la virtud, castiga el delito, debió mirarse la muerte de Enrique y de Geoffre, que sucedió en este tiempo, como castigo de su sublevacion contra su padre.

Geoffre dejó en cinta á la duquesa de Bretaña su esposa, la cual parió un hijo, á quien dieron el nombre de Arturo. Los derechos de Enrique recayeron en Ricardo, ya hijo mayor, que no fue menos ambicioso, ni mas moderado en sus pretensiones contra su padre; pero el indulgente Enrique, con la mira de proporcionarse algunos años de tranquilidad, se prestó á una composicion, en virtud de la cual prometia el perdon á todos los que hubiesen tenido parte en la sublevacion. Cuando le presentaron la lista se pasmó de ver en ella el nombre de su hijo Juan, siendo este al que mas tiernamente amaba.

El desventurado padre, sobrecargado de fatigas y pesadumbres, cuando se sintió herido de tan sensible golpe, se abandonó á los excesos de la desesperacion. Maldijo el dia en que habia nacido, y prorumpió contra sus hijos rebeldes en maldiciones que no pudieron hacerle retractar por mas que le

suplicaron. Viéndose privado de los consuelos domésticos, tan necesarios cuando llega la edad de las enfermedades, destruyó su salud el profundo sentimiento de sus desgracias, y le acometió una calentura lenta, que le llevó á la sepultura á los cincuenta y ocho años de su edad, y treinta y cinco de reinado.

En Enrique se reunian las prendas de gran guerrero y prudente administrador. Su fisonomía era animada y atractiva: su conversacion agradable, su locucion corriente y persuasiva. Los instantes que le dejaban los cuidados del gobierno los pasaba leyendo ó conversando con personas instruidas; y así los conocimientos que adquirió por estos medios le hicieron superior á todos los príncipes de su siglo. Las artes del lujo estaban muy informes en su tiempo. Ponderando la magnificencia de su canciller los escritores contemporáneos, y para persuadir que nadie le igualó en esmeros de delicadeza y suntuosidad, dicen: Diariamente, en invierno, estaban sus salas cubiertas de paja ó de heno muy limpio; y en verano de juncos y hojas para que los que iban á hacerle la corte no echasen á perder los vestidos, sentándose en bancos poco aseados.

Lo primero que hizo su hijo Ricardo fue retirar de su favor á cuantos le habian inclinado á la sublevacion, y conceder su confianza á los fieles ministros de su padre, conservándolos en sus empleos. Le dieron el sobrenombre de *Corazon de leon* por su valor y magnanimidad. Se entregó con la mayor franqueza á los riesgos de la Cruzada; pero hubiera sido mas prudente procurando la tranquilidad de su reino, y confiando los cruzados á su hermano Juan, pues de este modo le hubiera re-

tirado de la seducción y de la tentación de apoderarse de la corona entre tanto que él estaba peleando con los infieles. A la verdad se cubrió de gloria Ricardo en esta expedición; pero le fue muy funesto el regreso.

Cuando volvía apresuradamente á sus estados, invadidos por Felipe Augusto en su ausencia, creyendo tomar el camino mas seguro, pasó por la Austria disfrazado de peregrino; pero le conocieron, y el archiduque Leopoldo, con quien habia tenido cierta diferencia en Palestina, le hizo arrestar y encerrar en un castillo retirado. Allí permaneció casi tres años ignorado de todos. Le buscaban sus fieles vasallos, y cierto presentimiento llevó á un menestral, músico y poeta de su corte, hácia la torre en donde se estaba consumiendo. Le dijeron que estaba allí un prisionero, que algunas veces divertía sus penas tocando el arpa. Tocó el menestral en la suya una sonata que en otro tiempo habia compuesto Ricardo, y el prisionero le correspondió repitiéndola. De este modo se supo que existia, y se pudieron dar algunos pasos en su favor, tan eficaces que Leopoldo le dió la libertad mediante un considerable rescate.

Ya era tiempo de que tuviese fin el cautiverio de Ricardo. Juan, que era de un carácter fácil, y poco afecto á su hermano aunque le debia grandes beneficios, se dejó inducir á aprovecharse de su ausencia para apoderarse de sus estados. Corrió la voz de que Ricardo habia muerto; pero los regentes que habia establecido para el tiempo que durase su viage, no creyendo la noticia, mantuvieron constantes la autoridad de Ricardo, á lo menos en Inglaterra. En la Normandía y otros estados de

Tierra Firme no pudieron impedir los regentes que el rey de Francia tomase algunos. Estas pequeñas conquistas, que fueron bien disputadas, no le parecieron suficientes al monarca frances, el cual se lisonjaba de lograr mejor partido con Juan poniéndole en el trono, que con Ricardo cuyo valor era bien conocido. Se concertó pues con Juan, conviniendo este en cederle parte de la Normandía si el frances le proveia de tropas. Además de esto Filipo Augusto debia ofrecer á Leopoldo pagarle de contado el rescate del prisionero. La intencion del monarca frances y de Juan era retener á Ricardo en perpetuo cautiverio; mas por fortuna acababan de poner en libertad á este príncipe. Dispuso Leopoldo que le persiguiesen hasta dar con él; pero estaba ya embarcado cuando llegaron los emisarios.

Fue recibido Ricardo con aclamaciones de alegría general; y aunque era de genio pronto, le perdonaban todos estas prontitudes, sabiendo que era franco y legal en sus procedimientos. Juan, por el contrario, no habia podido ganar los corazones con sus exterioridades de suavidad y moderacion, porque con este barniz cubria un carácter de falsedad, que se traslucia á pesar suyo. Viendo pues que su hermano era tan bien recibido, y pensando que tarde ó temprano habia de dominar este príncipe, no dudó en practicar todas las sumisiones propias para conseguir su gracia. Sin duda hizo mas que exigia el generoso Ricardo: pues el mismo dia en que dejaba el partido del rey de Francia, estando en Hebreux, convidó á comer á los oficiales de la guarnicion, los cuales ignoraban su mudanza y mandando matarlos al fin del convite,

con las manos teñidas en la sangre de aquellos infelices fue á llevar á su hermano las llaves de la ciudad. Debió Juan la reconciliacion á la mediacion de su madre Eleonora. “Yo le perdono, dijo Ricardo, y deseo olvidarme de sus ofensas tan fácilmente como él se ha determinado á pedirme perdon.” Viendo Juan que las cosas de su hermano prosperaban siempre, le fue fiel en adelante.

Murió Ricardo sin dejar hijos, y nombró sucesor en el trono á Juan, perjudicando á Arturo de Bretaña hijo de Geoffre. A los cuarenta y dos años de su edad sobrevino la muerte á Ricardo de resultas de una herida mal curada que recibió en el sitio de una pequeña ciudad del Lemosin. Toda su ambicion tenia por objeto la gloria militar, por lo que sacrificó en la Cruzada sus mejores intereses. Tenia por otra parte las prendas caballerescas de valor, fiereza y galantería: le gustaba mucho la poesía, y se hallan sus versos entre los de los trovadores ó poetas provenzales.

1209.

A su hermano y sucesor Juan le llamaron *Sintierra*, porque en la reparticion de sus estados, que hizo Enrique II entre sus hijos, no le cupieron mas que esperanzas. Solo Geoffre fue el que de sus hermanos mayores dejó un hijo legitimo de la duquesa de Bretaña su esposa. Este fue Arturo, quien como representante de su padre, era por derecho heredero de sus dos tíos Enrique y Ricardo. Lo primero que hizo Juan fue ver si podia empeñar á su sobrino en la renuncia de sus derechos; pero se halló con un jóven, que persuadido de su legitimidad estaba resuelto á sostenerlos. A Arturo le apoyaba el rey de Francia, el cual le protegía por vasallo, y porque le podia servir para

dar que hacer al rey de Inglaterra ; pero no fueron suficientes los socorros ; y el ardor del príncipe jóven le arrostró á aventurar un combate, en el cual fue vencido, y cayó en manos de su tío, que le encerró en el castillo de Falaice.

Renovó el rey las instancias con su prisionero: le halló igualmente inflexible; y temiendo entonces el valor del jóven, y la fuerza de espíritu que mostraba, no vió mejor medio de salir de sustos que deshacerse de él. Por dos veces envió asesinos al castillo de Falaice, y por dos veces no quiso el gobernador que se egecutasen sus órdenes sanguinarias. Viendo Juan que no le obedecian resolvió quitarle la vida por sí mismo; y para esto mandó trasladar á Arturo al castillo de Roan, que está en una isla del rio Sena. Fue allá á media noche, é hizo que le llevasen el sobrino. El horror de la prision, y los riesgos en que se habia visto, tenian abatido el valor del desgraciado jóven; y advirtiéndole no sé qué de siniestro en las miradas de su tío, se arrojó á sus pies, y le pidió perdon del modo mas digno de compasion; pero el bárbaro tío, sin querer oirle, le dió una puñalada con su propia mano mientras le tenia postrado, y atando una piedra al cadáver le arrojó al Sena. Tuvo despues la imprudencia de pedir la administracion del ducado de Bretaña como tutor de Eleonora, hermana de Arturo, y la llevó á Inglaterra en donde la tuvo presa; pero á pesar de la cautela con que quiso ocultar su delito, fue descubierta su maldad. Despreciaron los bretones con indignacion la pretension del rey; y la atrocidad de su hecho le hizo objeto del horror universal. Con el odio se juntó el desprecio que merecia su carácter vil y bajo, y su

conducta nada noble; porque cuando le resistian era débil y pusilánime, y cuando se veia superior era fiero y arrogante. Con la misma facilidad descendia á las súplicas de humildes complacencias, y desafiaba é insultaba á los que no temia. Estas alternativas se le notaron tambien en las guerras con las potencias, y principalmente con la Francia, como igualmente en sus diferencias con el papa, con su clero, y con los grandes de sus estados.

El rey de Francia, que buscaba siempre ocasiones de recobrar su autoridad sobre un vasallo tan poderoso como el rey de Inglaterra, le citó ante los pares para que respondiese sobre el asesinato de su sobrino, pero no quiso comparecer. Entonces Filipo Augusto se apoderó de sus dominios, y con esto tuvo pretexto Juan para exigir dinero de sus pueblos. Recogió grandes cantidades, pasó con un ejército al continente, no ejecutó cosa notable, dijo que su ejército no tenia la fuerza suficiente: pidió mas dinero, le consiguió, y se volvió mas acompañado, pero sin haber logrado victoria alguna.

Ciertas derrotas, atribuidas á su cobardía ó á su ignorancia, le hicieron despreciable, y al mismo tiempo tuvo la imprudencia de desavenirse con el papa sobre la eleccion de un arzobispo de Cantorberi. Tenia en esta disputa de su parte al clero; y en vez de conservar su benevolencia con el buen modo, le cargó de impuestos, y confiscó los bienes de los refractarios; por lo que se hicieron del partido de Inocencio III cuando este escomulgó al rey, y puso un entredicho, en el cual por todas partes se suspendió el oficio divino y la administracion de los sacramentos, á escepcion del bautismo. Descolgaron las campanas, las estatuas de los santos

estaban tendidas en tierra, y cubiertas para que el contacto del aire, que se consideraba impuro, no las ensuciase: arrojaban los cadáveres en hoyos, ó los entregaban á las aves de rapiña, sin ceremonias ni cánticos funerales: se celebraban los matrimonios en los cementerios. Solo los sacerdotes podían oír misa, y la decían á puertas cerradas. El pueblo se veía sujeto al régimen de las penitencias públicas, como al ayuno, á la abstinencia, á la barba larga y á un exterior sin aseo. No era permitido entregarse á diversion alguna: nadie se visitaba, ni aun saludaba á los que veía por la calle. Con tan lúgubre aspecto se sentía el alma penetrada de horror, como sucede en las calamidades públicas mas desastrosas. A estos sustos espirituales opuso Juan su autoridad temporal: atormentó al clero que obedecía al entredicho: desterró á los prelados: encerró á los monges en sus claustros sin poder salir; pero las censuras eclesiásticas eran mas respetadas del pueblo, que temidos los hechos coercitivos de la potestad civil; y mucho mas porque los espíritus estaban en mala disposicion para con el monarca; pues con sus vejaciones habia perdido el afecto de la nobleza. Todos conocian su mala fe, y ninguno se atrevia á fiarse de él; pues cuando á todo se allanaba para atraer, abandonaba despues torpemente á los que le habian ayudado; y así se retiraba de él cada uno.

En tan infeliz estado aumentó el papa la dificultad en que se hallaba el monarca, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad (en un tiempo en que todos opinaban que podia hacerlo así) y publicando contra él una Cruzada, dió á Filipo Augusto la comision de egecutar su sentencia,

destronando al refractario. Viéndose Juan abandonado de toda la nacion , tomó el partido de someterse al papa , é hizo su reino feudatario y tributario de la Santa Sede. Esta cesion estraña está concebida en estos términos: "Por mi propia y libre voluntad, con el consentimiento de mis barones , doy á la Iglesia Romana , al papa Inocencio III y á sus sucesores, el reino de Inglaterra, y todas las otras prerogativas de mi corona; quiero desde ahora considerarme como vasallo del papa; y prometo pagarle un tributo de mil marcos de plata cada año." Hizo el rey este juramento en presencia de grande número de espectadores , arrodillado á los pies del legado de su Santidad , y este volvió á ponerle en la cabeza la corona que habia dejado.

Satisfecho el pontífice quiso separar á Filipo Augusto de la intencion de aprovecharse de la corona de Inglaterra; pero el monarca frances , que habia ya aprestado todos los preparativos , aspiró á no perder el fruto; bien que se le desgració la empresa por no haber ido derecho á Inglaterra , queriendo sujetar antes á los flamencos , expedicion en que consumió sus fuerzas. Esta pérdida fue tan grande que inspiró á Juan el atrevimiento de publicar una irrupcion en Francia; pero se quedó en pensamiento porque no quisieron asistirle sus barones. Su gobierno, del cual se cuentan espantosos hechos de despotismo , estaba mas odiado que nunca. Se formó una confederacion para reformarle ; y juntándose el clero con la nobleza propuso el arzobispo de Cantorberi un plan , que fue generalmente aprobado y presentado al rey para la ratificacion.

El rey, antes de determinarse , pidió que se

acudiese al papa, como á su soberano; pero estrechado por todas partes, concedió en 1212 lo que se llama la Grande Carta, que siempre se ha considerado como el palacio de la libertad inglesa. Las condiciones que esta contiene no son cadenas para el que manda, sino unas reglas de moderada oposicion en los que obedecen. Se observará que esta carta se dió solamente en favor del clero y la nobleza, pues para nada entran los intereses del pueblo; bien que introdujeron una cláusula, en virtud de la cual darian los barones á sus vasallos los mismos privilegios que acababa el rey de concederlos á ellos. A esta clase oprimida se la hizo la gracia de espresar algunas vejaciones, de que podría eximirse. En la misma carta se hace al rey el honor de esta concesion, aunque no fue voluntaria; pero él no disimuló que se la habian arrancado con violencia, y así retractó su consentimiento, y apeló al papa. Este, despues de algunas diligencias para conciliar los espíritus, creyó que no debia abandonar á un príncipe que le habia dado tan bellas prerogativas, y publicó una bula, en que anulando la carta, como injusta en sí misma, y arrancada por fuerza, prohibió á los barones que exigiesen su cumplimiento.

Aunque el rey, cuando prestó el juramento al papa, habia dicho que lo hacia con el consentimiento de los barones, estuvieron todos muy distantes de concordar, y lo afirmaron altamente en esta ocasion: pues renunciaron á la obediencia de Juan, y llamaron á Luis, hijo de Filipo Augusto, á quien este príncipe habia substituido en los derechos que el papa le habia dado cuando estaba contra Juan. Llegó Luis á Inglaterra con tro-

pas, le colocaron en el trono, y pudiera haberse asegurado en él á no haber manifestado demasiada predileccion á los franceses que llevó consigo, sin atender á los ingleses que le habian llamado. Esta conducta dió muchos partidarios á Juan, y balanceaba ya la fortuna de su rival cuando las fatigas y pesadumbres le llevaron al sepulcro á los cuarenta y nueve años de edad. Convienen los historiadores en que este rey fue el príncipe mas vicioso, mas odioso y despreciable de cuantos habian ocupado el trono de Inglaterra.

1216.

Cuando murió Juan abrasaron la Inglaterra los fuegos de la guerra civil atizados por dos reyes. Habia dejado dos hijos de poca edad, Ricardo y Enrique: este no pasaba de nueve años, y cayó la tutela en manos del conde de Pembroc, gran mariscal, y generalmente estimado, á quien dieron el título de *Protector*. Hizo reconocer y coronar al jóven príncipe; y le ganó el favor del pueblo, no solo porque ratificó la gran carta, sino porque dió otra mas llamada *la carta forastera*, que confirmaba y aumentaba las franquicias de la primera. De este modo hizo superior el partido del pueblo; y con una victoria que obtuvo dejó desconcertadas todas las ideas del príncipe frances, el cual pidió la paz; y habiéndosela concedido con ventajosas condiciones, dejó el reino.

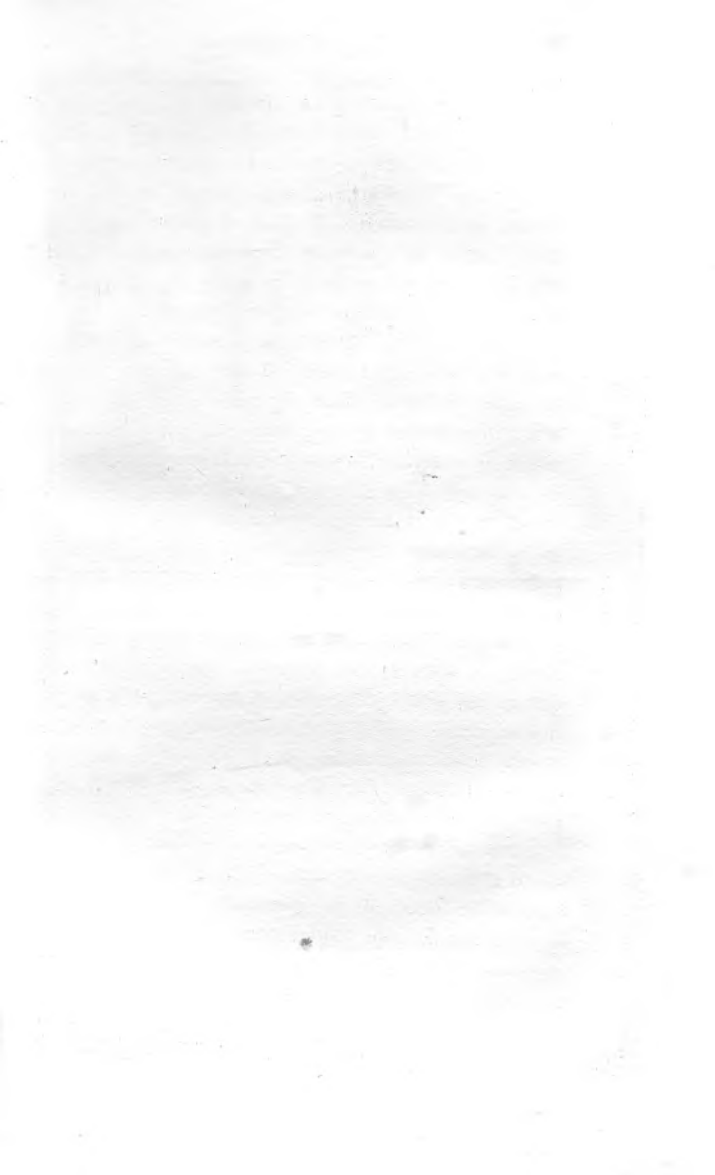
El modo de portarse el protector con los partidarios del estrangero, despues que los dejó este, anunciaba un gobierno constante y justo: mas por desgracia de Inglaterra y de Enrique, murió el protector sin haber podido consolidar la administracion, y se halló el rey solo, y cargado de un cetro que para él era muy pesado. Si los barones

no mostraron desde luego la intencion de quitársele, creyeron por lo menos que tenían derecho para gobernar la mano que le llevaba. Esponia á este príncipe su menor edad á toda especie de atentados; y Huberto de Bruge, ministro hábil, que habia sucedido al protector, suplicó al papa, que para dar mas fuerza al gobierno declarase mayor de edad al rey. Se publicó la bula, que autorizaba al ministro para sujetar á los refractarios á la obediencia; y desagradó mucho la firmeza de Huberto, declarándose contra él un partido, á cuya frente suponian á Ricardo hermano del rey. Acusaron al ministro de que habia usado de sortilegios para cautivar á su favor el afecto del monarca, y de que habia enviado al príncipe de Gales, vasallo que se habia hecho rebelde, un diamante que le hacia invulnerable. Con estas calumnias, de la especie de aquellas que hacen al acusado tan delincuente como se quiere, pensó Huberto que habian resuelto perderle, y se retiró á una iglesia. Enrique mostró gran falta de resolucion en el conflicto de su virtuoso ministro, pues aunque le sostuvo algun tiempo, le abandonó despues: mandó que le sacasen del sagrado: revocó esta orden, y volvió á renovarla. Entre estas tergiversaciones tuvo Huberto tiempo de evadirse: dejó el reino; y pasado algun tiempo volvieron á llamarle. Se presentó en la corte: le manifestaron tanta estimacion y aprecio, que pudiera haberle restituido á su plaza; pero no quiso mezclarse mas en los negocios con príncipe tan débil.

A la verdad, ¿qué confianza pudiera fundar en un príncipe que era del primero que le hablaba? Tomó pues el rey un ministro de Poitou, y al

punto los aventureros de aquel país inundaron la corte, se apropiaron los empleos y cargos, y se apoderaron de toda la autoridad. Decía el ministro poitivino que era indispensable este paso político para contrabalancear el poder demasiado independiente de la nobleza. Se casó Enrique con Eleonora, hija del conde de Provenza, y en el mismo instante se vió la emigracion de saboyanos y provenzales, á quienes dispensó el rey mil beneficios con la mas afectuosa preferencia. Llegó su madre, que era Isabela, condesa de la Marca, y he aquí que una nube de gascones se arrojó con ella á los tesoros de Inglaterra. El papa dió á Enrique el reino de Sicilia con la condicion de que le conquistase. Con este motivo se cargó de inmensas deudas; y cuando llegó el tiempo de la paga tenia que continuar en mantener la tropa famélica de poitivinos, provenzales, saboyanos y gascones. A los señores ingleses no les pareció razon sustentar con su propia substancia la codicia de estos extranjeros, y no quisieron aprontar las contribuciones que el rey pedia. Viendo que por esta parte no habia esperanza, fue, por decirlo así, de puerta en puerta solicitando á los comerciantes ricos para que saliesen fiadores; y no siendo su pretension bien recibida, tuvo que recurrir al pueblo.

No se sabe precisamente cuando en el gobierno ingles empezó á contarse con el pueblo; pero bien fuese efecto de la gran carta, ó bien que las necesidades del rey le hicieron recurrir á este medio, convocó diputados de las ciudades y lugares principales para exigir dinero, con la precaucion de no llamar sino á los que creia en disposicion de concederle lo que pedia. Esta junta, entonces, ó





Las dos grandes cartas.

Viendo frustrados Henrique III. todos los arbitrios para que sus vasallos adoptasen las contribuciones que necesitaba, se sujeto á la ley que le impusieron, y confirmó las dos grandes cartas con que el Rey Juan y el mismo Henrique, á costa de su propia autoridad, habian favorecido la libertad inglesa. Que caro compra un monarca el mayor subsidio, si el precio es la menor de sus prerrogativas!

por este tiempo, se llamó parlamento; pero Enrique, aunque escogió los diputados, no consiguió lo que deseaba, porque los presentes no se atrevieron á empeñarse por los ausentes. No obstante se convirtió el asunto en negociacion, y consintió el parlamento en un impuesto con la condicion de que el rey confirmase las dos grandes cartas, y jurase su observancia, como lo hizo. Este modo de contribucion es el que siempre se ha practicado despues. Hace el rey presentes sus necesidades, las examina la nacion, y concede proporcionalmente los subsidios, que muchas veces son el precio de nuevas concesiones, ó de la confirmacion de las antiguas, siempre con ventaja de la libertad del pueblo. De estas deliberaciones y sus resultados se ha ido formando el código público de Inglaterra.

Apenas tomó Enrique el dinero cuando se arrepintió de su condescendencia en sujetarse á la gran carta, y se advirtió que pretendia desembarazarse de aquel freno. Gobernaban siempre los extranjeros, y se distinguia entre todos Simon de Montfort, frances, que se habia casado con la hermana del rey, y conseguido con su mano el condado de Leicester. Este primero se vió en grande favor, despues desgraciado, y luego vuelto á llamar. Lugar tuvo de reconocer por sí mismo á vista de estas alternativas el carácter inconstante del rey como su incapacidad; y no se duda que pensó en sentarse en su trono.

Empezó, como todos los ambiciosos, por desacreditar el gobierno, y pidió la convocacion de un parlamento que se encargase de la reforma. No pudo negarse el rey á los deseos generales, y juntó un parlamento, al que llamaron *el Parlamento lo-*

co, porque despues de haber hecho reglamentos muy prudentes, algunos de los cuales duran todavía en su vigor, hizo la locura de confiar su egecucion á veinte y cuatro señores, cuya cabeza era el conde de Leicester. Cuando se vieron con el poder formaron una asociacion, é hicieron juramento de sostenerse recíprocamente con peligro de su fortuna y de su vida: depusieron á los primeros oficiales de la corona, y se colocaron en sus plazas, ó se las dieron á héchuras suyas. Se apoderaron de la hacienda y del ramo militar, pusieron guarniciones de su confianza en las fortalezas principales, y de esta suerte tenian en sus manos toda la fuerza del estado. Abusaron de su autoridad hasta exigir de todos los ingleses juramento, por el cual se obligaron, so pena de ser declarados enemigos de la patria, á egecutar todos los decretos conocidos y no conocidos, presentes y futuros de los veinte y cuatro barones. De este modo se redujo á puro nombre el título de rey, se arruinó todo el edificio de la monarquía inglesa, y de sus ruinas se levantó una altiva aristocracia.

Duró esta tres años, en los cuales los veinte y cuatro, creados únicamente para hacer reglamentos y reformar desórdenes, promulgaron de tiempo en tiempo leyes; pero siempre dejaban los abusos que les parecia con el fin de que se hiciese necesaria la continuacion de su ministerio. Advirtieron su astucia, y los mandaron acabar con su comision, que era lo que ellos temian, porque el término de sus funciones legislativas seria el de su poder. Suplicó una gran parte de la nobleza al príncipe Eduardo, hijo del rey, que interviniere en este asunto; y aunque jóven de veinte y dos

años, se portó con la mas prudente circunspeccion. Se habia discretamente abstenido de chocar directamente con la autoridad de los barones, dando á entender que la respetaba como dimanada del pueblo; pero al mismo tiempo declaró que si tardaban en cumplir su obligacion, los precisaria al cumplimiento con peligro de su vida.

No por esto dejaron de continuar en sus dilaciones y lentitudes; y el príncipe, instado nuevamente de la nobleza, empeñó á su padre en convocar un parlamento. Los veinte y cuatro no querian reconocerle; diciendo: "Que le congregaba en perjuicio de los derechos del pueblo, de los cuales eran ellos los depositarios." Tenian á su favor la capital, y así empezó con mucho furor la guerra civil. Leicester, con el pretexto de una conferencia amigable, hizo prisionero al príncipe Eduardo, y ni él ni sus asociados quisieron darle libertad hasta conseguir la condicion de que el rey pusiese en sus manos los principales puntos de la administracion, y de que durase su autoridad, no solo en su reinado sino tambien en el de su hijo. Puesto el príncipe en libertad, reclamó tan odioso tratado, y despues de muchos debates para contemper la guerra civil, que estaba para empezarse de nuevo, convinieron en sujetarse al juicio que hiciese Luis XI, rey de Francia, á quien los dos partidos tomaron por árbitro. Este monarca, justamente celebrado por su integridad, pesó las cosas en la balanza de la justicia, y dió su decision; pero como esta restituia al rey la mayor parte de su autoridad, no agradó á los barones.

Volvió á empezarse la guerra civil, y fueron hechos prisioneros en una batalla el rey y su her-

mano Ricardo. Viendose Enrique cautivo estaba dispuesto á conceder cuanto le pidiesen por salir de la cárcel; pero Leicester exigió que el príncipe Eduardo entrase en la prision como en rehenes y fiador de lo concedido á los confederados si se ponía á su padre en libertad, prefiriendo tener entre cadenas á este príncipe activo y ardiente, mejor que al anciano Enrique, que le era tan poco temible.

Con esto se hizo mas atrevido Leicester, y se entregó sin respeto alguno á los excesos de la mas desenfrenada codicia, por lo que favoreciendo los robos, muertes y piraterías, ganó el favor del pueblo con su condescendencia en todos los desórdenes. Empezaron altamente las quejas, y se vió precisado á convocar un parlamento; pero á fin de ganar la preponderancia convocó á los diputados de los lugares y comunidades, que jamas habian tenido voz deliberativa en el consejo de la nacion. Esta convocacion se considera generalmente como la época de la creacion de la cámara de los Comunes en el parlamento de Inglaterra. Cuando Leicester concedió al pueblo esta prerogativa, no fue su intencion asegurar la libertad, sino gobernarle mas fácilmente. Conviene notar aquí que los ingleses deben á un frances el establecimiento de la cámara, encargada de mantener el equilibrio de su gobierno.

Leicester, dando esta satisfaccion al pueblo, descontentó á la nobleza. Empezó esta á murmurar de que tuviese aprisionado al heredero del trono, y él le dió libertad con cierta especie de ostentacion, introduciendole con grande pompa en el palacio de los reyes; pero como hacia observar-

le de cerca, no tenia de libertad Eduardo mas que la apariencia. Halló medio de ponerse en salvo: levantó tropas, y presentó batalla al rebelde. Tenia este al rey en su ejército, y le puso en las primeras filas para contener los ímpetus del enemigo. Fue herido el monarca, y estuvo espuesto á grandes riesgos en el tumulto; pero su hijo acudió, y le puso en libertad. Quedó Leicester muerto en el campo de batalla; y la espada que cortó el hilo de su vida, rompió tambien la trama de la sublevacion. Se separaron los veinte y cuatro, y tomaron las cosas aquel órden que era posible bajo el gobierno de un rey incapaz de firmeza y resolucion. Dió á entender que la tenia formada contra la capital por haber sido el centro de la rebelion, y decia: "Que pensaba en destruir á Londres hasta los cimientos;" pero se sosegó á fuerza de súplicas y dinero, contentandose con hacer abrir sus muros, poner fuerte guarnicion en la torre, arrasar los demas fuertes, y confiscar los bienes de los cómplices ricos, privandolos de sus privilegios.

Estos alborotos duraron en su mayor fermentacion como trece años, y se sosegaron lo bastante para que Eduardo se aventurase á dejar á su padre abandonado á sus disposiciones; y él fue al viage de Tierra Santa, conduciendo una cruzada, que se distinguió con honor en el Oriente. Volviendo de esta expedicion supo en Sicilia que habia muerto su padre. Tenia Enrique cincuenta y seis años, y fue su reinado el mas largo que presenta la historia de Inglaterra. La bondad y facilidad de este príncipe fueron causa de que experimentasen sus vasallos los malos efectos de la anarquía; y si estos por entonces le arrancaron le-

yes y privilegios, que constituyen la seguridad de sus hijos, bien caros los compraron con la guerra civil, y las calamidades que se la siguen. El gobierno de Enrique III nos ofrece pruebas evidentes de que la escesiva tolerancia de un príncipe es algunas veces tan funesta como el cetro de hierro de un tirano. Le sobrevivieron dos hijos, Eduardo, que le sucedió, y Edmundo, conde de Lancaster.

1307.

Colocado Eduardo en el trono, hizo ver que si antes habia guardado respeto á los grandes y al pueblo, habia sido por verse precisado; y como si su ambicion debiera hacer que sus vasallos adoptasen sin reclamacion los proyectos que esta le dictaba, emprendió guerras, y pretendió que le ayudasen con dinero y con tropas. No estaba seguro el que se negaba á seguirle en persona; y repugnando á este servicio un conde de Hereford, de los primeros señores del reino, le dijo muy airado el monarca: "Por Dios, señor conde, que os pondreis en camino, y de lo contrario os mandaré ahorcar." "Por Dios, señor, replicó Hereford, ni me pondré en camino, ni me ahorcarán." El conde y sus cólegas le dejaron ir solo.

Tambien tuvo que ceder en otra circunstancia que era mas importante para la autoridad absoluta que afectaba. Con un respeto aparente á los privilegios de la gran carta, los debilitaba en cuanto podia, y las reconvencciones y quejas solo ponian ligeros y momentáneos estorbos á su plan de infraccion; porque el rey usurpaba, se retractaba, y siempre ganaba alguna cosa. Viendole los barones embarazado en el continente en una expedicion contra la Francia, se apoderaron de su hijo, prínci-

pe jóven, á quien él habia dejado en Inglaterra á la frente de los negocios, y le hicieron firmar la confirmacion de la carta con el aditamento importante de que el reino quedaria para siempre exento de toda imposicion que el parlamento no aprobase. Enviaron este reglamento al rey, que estaba en Flandes: contemporizó, tergiversó, y por último vino á firmar y ratificar.

Pasa Eduardo por un gran rey; y uno de los principales motivos para esta reputacion fue el haber añadido á su corona la Escocia y el pais de Gales. Las razones que tuvo para sus conquistas y su conducta, nos manifestarán si á la calificacion de *Grande* se debe añadir la de moderado y equitativo.

Desde el tiempo de la Heptarquía habia conservado el pais de Gales sus príncipes. Estos eran soberanos é independientes, con un simple homenaje que rendian al rey de Inglaterra. No quiso pagar este homenaje Lewelyn, á quien nos pinta la historia inquieto y emprendedor: le atacó Eduardo; y despues de sus primeras victorias le persiguió con tenacidad en sus lagunas y montañas hasta que Lewelyn pereció en una accion. David su hermano le sucedió en sus derechos; pero pagó bien cara una soberanía de algunos meses. Defendia la libertad de su patria y su autoridad hereditaria; pero sin embargo, habiendole hecho prisionero el rey de Inglaterra, mandó ahorcarle, arrastrarle y descuartizarle como á traidor y rebelde. Entre otras crueldades que egecutó el conquistador en este infeliz pais, se nota la de haber quitado la vida á aquellos poetas cuyos versos y canciones perpetuaban la tradicion en la memoria.

de sus naturales, y contribuian para mantener en ellos el entusiasmo del honor y la libertad. Para vencer la extrema repugnancia que manifestaban á sujetarse á la nacion inglesa, les prometió Eduardo que les daria un príncipe particular, nacido en su tierra, y que hablase su lengua: pero este príncipe fue su propio hijo, que acababa de nacer en una pequeña ciudad del pais; y desde entonces á los primogénitos de los reyes de Inglaterra se les da el nombre de *Príncipes de Gales*.

Se hallaba á la sazón entre disensiones la Escocia, porque se disputaban el trono vacante doce pretendientes. Se redujeron estos á dos, Juan Baliol y Roberto Brucio, los cuales, de concierto con los estados de Escocia, tomaron á Eduardo por árbitro, y les sucedió lo que á los dos pleiteantes sobre la propiedad de una ostra, que habiendola puesto en manos del juez, este se la comió, y se acabó el pleito. Empezó Eduardo por pretender que la soberanía sobre Escocia pertenecía á los reyes de Inglaterra, cosa que jamas habian reconocido los escoceses; se la adjudicó, y despues dió á Baliol la corona ya deshonrada. Sobre esta soberanía llevó á Inglaterra las apelaciones en todos los negocios; y con pretextos de poca importancia citó al mismo rey á la barra de su parlamento. Indignado Baliol escitó á sus vasallos los escoceses á sacudir un yugo que cada dia iba haciendose mas pesado. Se pusieron pues en estado de defensá contra los ataques de Eduardo; pero los señores, que al principio se mostraron muy zelosos, ó bien ganados, ó bien cansados de la guerra, se rindieron al ingles. Baliol, precisado á imitarlos, fue enviado prisionero á Londres, y de allí á los estados que Eduardo tenia en el

continente. Viendose dueño absoluto de Escocia, hizo buscar y destruir todas las actas y monumentos antiguos que pudieran traer á la memoria, y perpetuar en los corazones el amor á la independencia nacional. Su método, como se vió en lo que hizo con los de Gales, era atacar á los pueblos por la opinion.

Sin embargo, no le salió bien con los escoceses, porque estos, inquietos en sus cadenas, las vinieron á quebrantar viviendo todavía Eduardo, y á pesar de las crueldades que ejecutó para intimidarlos, sin perdonar castigos, desolaciones é incendios. Roberto Brucio, hijo del que habia sido competidor de Baliol, estaba detenido en la corte de Inglaterra con atenciones de honor, pero realmente como en rehenes y prisionero. Desde aquel palacio ó aquella cárcel seguia con los ojos á los malcontentos de Escocia; y habiendose formado en esta un partido en su favor, huyó, llegó, y se hizo coronar. De nada sirvieron á Eduardo los esfuerzos, porque en pocas semanas perdió el fruto de las injusticias y barbaridades que habia hecho para sujetar un reino á que no tenia derecho alguno.

La maña y destreza era uno de los talentos de Eduardo, y á la verdad no es el que menos importa para gobernar; pero este talento le empleó en oprimir al clero, y así en su tiempo todos podian robar y causar impunemente vejaciones á los eclesiásticos, pues él no daba oidos á sus quejas, por lo cual les era preciso comprar la justicia abandonando al rey todo cuanto exigia. Mas que la malicia con que trataba al clero desagradaron en este príncipe otras acciones, como aquellas en que fue cruel, imperioso y vengativo. Estaba dotado de

fuerzas corporales extraordinarias, su persona era agradable, y de su política y entendimiento puede formarse juicio por los hechos.

1307.

La lectura de la historia escita algunas veces convulsiones de indignacion, ó náuseas de desprecio; y estas últimas se experimentan leyendo la vida de Eduardo V. Desde su juventud manifestó inclinacion á dejarse gobernar; y en tanto grado le robó las atenciones un caballero gascon llamado Gabeston, que el rey su padre creyó que por prudencia debia desterrar á aquel gascon favorito; y exhortó á su hijo á que no volviese á llamarle si llegaba á ser rey; pero lo primero que hizo el nuevo monarca fue enviar á buscarle. Le recibió con expresiones del afecto mas tierno, le casó ventajosamente, y le dió tierras, dignidades y bienes de toda especie.

El favorito, tan imprudente como el señor, se dejaba enriquecer, y siempre deseaba mas. Los grandes, sublevados por su codicia y su insolencia, pidieron al monarca que le desterrase; y no pudiendo resistir el rey á sus imperiosas instancias, le retiró; pero con el honorífico empleo de *Lord Teniente de Irlanda*. Durante su ausencia hizo Eduardo cuanto pudo con los barones, prometiéndolo y suplicando; y cuando ya le pareció que tenia ganados sus votos, mandó que volviese su querido favorito; pero se engañó, porque siempre el odio permanecia en su ser, y el rey fue la víctima de este: pues sin quitarle el título ni autoridad le privaron del derecho de servirse de ella, haciendo que la delegase en doce personas, que estrenaron su poder, desterrando de nuevo á Gabeston. Restablecido Eduardo en sus funciones volvió á llamar

al desterrado, á lo que se siguió la guerra civil, en la cual hicieron prisionero al infeliz proscrito, y le quitaron la vida.

Esta catástrofe debiera haber curado en Eduardo la pasion de crear favoritos; pero su infeliz estrella parece que le tenia condenado no solo á dar su favor, sino á tener mala eleccion, y á sufrir la pena de su reincidencia. La última tuvo vergonzosas y funestas consecuencias. Recibió Eduardo en su favor, en lugar de Gabeston, á un jóven inglés de familia noble, dotado de todas las prendas personales y de entendimiento. Su nombre era Spenser, cuyo padre, de edad de noventa años, siempre se habia grangeado el respeto por su integridad y prudencia; pero sentado con su hijo en el carro de la fortuna, entregó las riendas al atrevido jóven, y se vió arrastrado con él al precipicio.

Los primeros obstáculos que los dos hallaron en su camino fueron los barones y grandes señores, que de ordinario desacreditan el favor, porque ellos no le logran. Formaron una liga para hacer desterrar á los Spenser, y á la frente de todos estaba el duque de Lancaster, primo hermano del rey. Consiguieron que este separase de sí á los favoritos, é hicieron creer al pueblo que estos tenían la culpa de todos los desórdenes del gobierno. Llegó Lancaster á ser el ídolo de la multitud; pero tanto abusó de su poder, que ostigados sus mismos cómplices, que casi le tenían colocado en el trono, decian: "Señor por señor, mas queremos obedecer al rey." Este príncipe, viendo la confusion que habia escitado la desavenencia, volvió á llamar á los Spenser, los cuales levantaron tropas, y Lancaster fue vencido y preso. Sin embargo de ser

príncipe de la Sangre le condenó un consejo militar á ser decapitado; le llevaron á una eminencia que estaba á la vista de su principal castillo, allí se ejecutó la sentencia; y el mismo pueblo, que antes casi le adoraba, le fue insultando mientras le llevaban al suplicio.

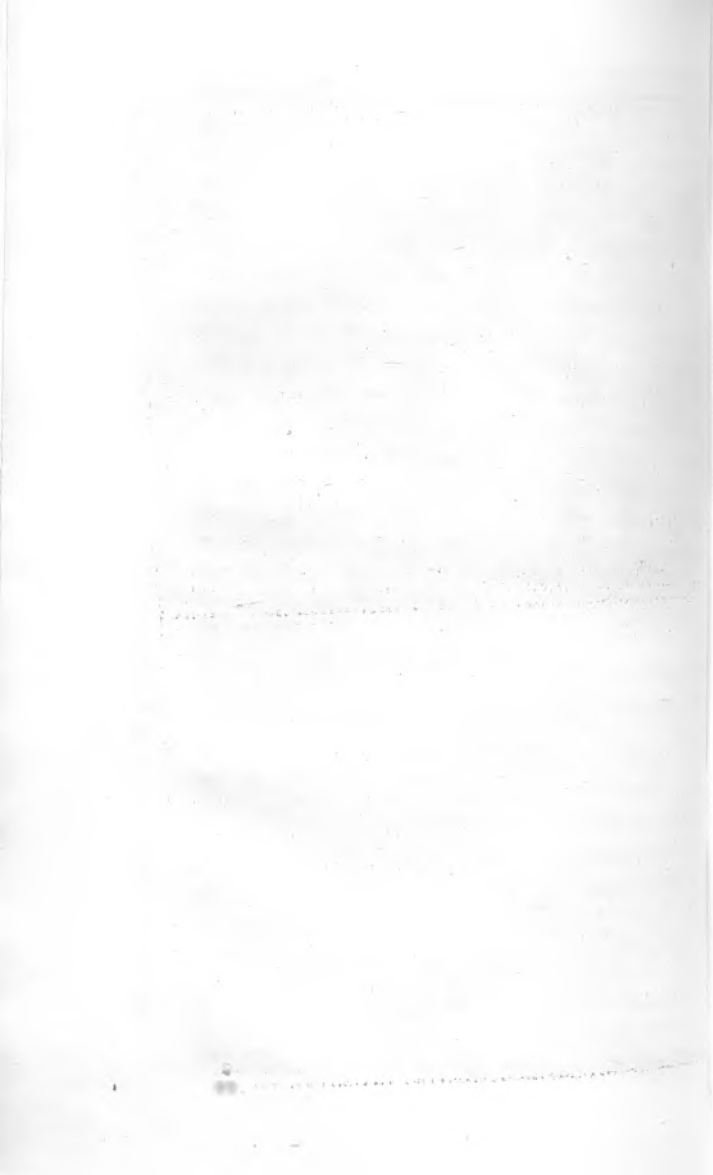
Los Spenser se apoderaron de la mejor parte de los bienes de los proscriptos, compañeros en la desgracia de Lancaster. Los favoritos, embriagados con su poder, desafiaban á sus rivales, y se atrevieron á la misma reina. No tuvieron la atención de procurar con sus respetos que se les perdonase la afrenta de privarla de la confianza de su esposo. Esta princesa era Isabela, hija de Felipe el *Hermoso*, soberbia y galante, calidades ambas que hacian en ella insoportable la indiferencia de su marido. Esta señora halló pretesto para hacer un viage á Francia, y llevarse á su hijo Eduardo, de trece años, que en la aurora de su edad prometia un hermoso dia.

Se habia refugiado á aquella corte Rugero Mortimer, baron poderoso en las fronteras de Gales, y cómplice de Lancaster. Parece que la reina debiera haberle desechado, porque no habia recibido mas favores de los partidarios de Lancaster, que de los Spenser; pero su juventud, su buen rostro y su entendimiento le alcanzaron su gracia; y logró á poco tiempo tanto favor con la reina, que la malicia empezó á criticarle. Hecho el primer insulto á su esposo, ya Isabela no repugnó entrar en los proyectos de Mortimer, que la interesó en la alianza de los malcontentos de Inglaterra, reliquias de la faccion de Lancaster. Manifestó Isabela deseo de levantar tropas, afecto



Suplicio de Lancaster.

Siguiendo en su privanza el Duque de Lancaster el exemplo y conducta ordinaria de los ambiciosos, se precipitó como casi todos ellos; y desde ídolo de la multitud popular terminó su orgullosa carrera conducido entre los insultos del pueblo al cadalso, colocado á la vista de su principal castillo. ;Quantas veces los mismos monumentos de la soberbia sirven para mayor humillacion del soberbio!



tando que su único fin era separar del lado de su esposo á un favorito indigno. Se declararon inseparables de la fortuna de su princesa los caballeros franceses, valerosos y galanes; y partió Isabela con un ejército poco numeroso, que se aumentó luego que puso el pie en tierra. El rey se vió sin poder para resistir. Prendieron y ahorcaron á los Spenser, y en el castigo del hijo hubo una mutilacion imaginada para dar á su privanza causa ignominiosa. El monarca, que huia de su muger y de sus enemigos triunfantes, cayó en fin en sus manos, y le hicieron comparecer en un parlamento convocado en su nombre. Le declararon incapaz de gobernar, le precisaron á renunciar, y pusieron en el trono á su hijo con un consejo de regencia, del cual no fue miembro Mortimer, aunque con su influencia secreta le dominaba.

Al rey le tenian custodiado cruelmente en un castillo, y la reina afectaba compasion en público, lamentándose de la suerte infeliz de su esposo, pero estaba muy lejos de engañar con su hipocresía; porque en su persona, á pesar del disimulo, se veian pruebas de tener comercio íntimo con Mortimer, y á proporcion que el tiempo confirmaba las sospechas, se censuraba con mayor osadía su conducta. Ya el monarca destronado empezaba á inspirar interes, y se variaban y multiplicaban en su prision los malos tratamientos; pero ni la molestia ni las indignidades le quitaban la vida. Receloso Mortimer, y temiendo las consecuencias de la compasion que se iba manifestando, ordenó su muerte, encargando que no quedase en su cadáver indicio alguno de haber sido violenta. Los verdugos, obedeciendo al mandato, pusieron

estendido en una cama al desgraciado monarca, y sujetándole bien le introdujeron un cañon, y por este un hierro hecho ascua para abrasarle las entrañas. Esperaban ocultar su delito; pero descubrieron su atrocidad los gritos del moribundo, y confesaron su maldad estos hombres.

Los regentes establecidos durante la menor edad del hijo de Isabela no eran mas que unos egecutores de la voluntad de Mortimer, que era el que gobernaba con imperio absoluto. El conde de Kent, hermano del último rey, creyendo que aun vivia, hacia vivas diligencias por descubrir su prision, y ponerle en libertad. Mortimer, temiendo las resultas que podian sobrevenir, dispuso acusarle de rebelion, condenarle, y darle la muerte antes que el jóven rey pudiese intervenir en favor de su tio. Era el conde de Kent hombre benigno y de virtudes morales, por lo que su desgracia escitó compasion, y una de las mayores insurrecciones contra el autor. Fue Mortimer sorprendido en su cuarto, que tenia comunicacion con el de la reina: le acusaron precipitadamente al parlamento, le condenaron, y murió en la horca. Bien conocido era el delito de la reina; pero en atencion á su dignidad se contentaron con encerrarla en su palacio particular con una pension. Algunas veces iba el rey su hijo á verla; pero jamas la daba crédito ni señal alguna de distincion que pudiera li-sonjearla de alivio en su reclusion.

1327.

Así que Eduardo pudo vestir la coraza, declaró la guerra á la Escocia, que era no menos que la Francia el ordinario campo de batalla para los ingleses. El motivo contra la Escocia siempre fue pedir que rindiese homenaje como un derecho re-

conocido; pero contra la Francia no pretendia menos Eduardo que la posesion de este reino. Felipe el *Hermoso* no habia dejado mas que tres hijas: era Eduardo hijo de la mayor, y no ignoraba que no podia el trono pertenecer á su madre Isabela por estar escluidas de él las hijas; pero como era varon se tenia por autorizado para reclamar esta corona como el mas próximo heredero. No pensaron así los estados del reino, y se la dieron á Felipe de Valois, que á un grado mas distante descendia de varon. Eduardo, que entonces tenia quince años, disimuló, y parecia acomodarse á la decision, haciendo homenaje al nuevo rey de su condado de Guyena; pero en su interior no renunció á la pretension.

Se presentaron ocasiones de hacerla valer; no las dejó Eduardo perder, y le favoreció poderosamente Juan de Arteville, cervecero de Gante, que le procuró el auxilio de los flamencos, de quienes disponia como de sus vasallos. Logró el rey de Inglaterra contra el rey de Francia muchas ventajas, y las coronó con la célebre victoria de Creci, en que Felipe de Valois perdió la flor de la caballería francesa. Eduardo, llamado *el Príncipe Negro* á causa del color de su armadura, hijo del rey de Inglaterra, tuvo por primer ensayo de armas aquella jornada, y consiguió una gloria, que fue las primicias de la que despues habia de adornarle.

Mientras el feliz Eduardo recogia laureles en los campos de Creci, su esposa Filipina de Flandes hacia de ellos abundante cosecha en la Escocia, donde ganó una gran batalla. Fue á adornar con ellos la frente de su esposo, y llegó á tiempo de librarle de una accion cruel, que le hubiera cu-

bierto de vergüenza eterna. Despues de la victoria de Creci puso sitio á Calais , y los habitantes hicieron tal resistencia que encendiendo la cólera del vencedor , juró este que los haria arrepentirse. Cuando forzados del hambre ofrecieron rendirse, no admitió composicion Eduardo , sino con la condicion de que le entregasen seis de los mas principales ciudadanos para disponer de ellos á su voluntad. Entre tanto que esta desolada ciudad se preparaba á consultar la suerte sobre la eleccion de las víctimas , se ofrecieron voluntariamente Eustaquio de san Pedro , y otros cinco , cuyos nombres debiera habernos conservado la historia. Caminaban con entereza á la muerte que el carácter inflexible de Eduardo les hacia mirar como inevitable ; y estaba dada ya la sentencia , cuando la compásiva Filipina , abrazando las rodillas de su esposo , consiguió á fuerza de súplicas y lágrimas , que aquellos hombres magnánimos fuesen restituidos á su patria.

No solamente venció Filipina al rey de Escocia , sino que le hizo prisionero. Tambien el príncipe Negro llevó á Londres en triunfo al rey Juan , á quien en la jornada de Poitiers hizo prisionero. Tuvo el afortunado Eduardo la gloria de conceder la libertad á aquellos ilustres cautivos ; pero tuvo tambien que llorar á una esposa y á un hijo ilustres que bajaron al sepulcro antes que él. Hasta aquí llegó el término de su felicidad ; porque en sus últimos dias le abandonó la fortuna , y sobre la pérdida de muchos de sus dominios en Tierra Firme , vió disminuirse su autoridad en su isla , en donde perdió la pública estimacion por haber elevado á sucesora de la valerosa Filipina á una



Compasion de Filipina.

Sentenciados á muerte Eustaquio de San Pedro y sus cinco conciudadanos por la resistencia que habia hecho Calais á las armas de E.duardo: la compasiva Esposa de este monarca, la heroyca Filipina con súplicas y lágrimas les alcarró la vida y la libertad. Vida y libertad la debieron; pero E.duardo la debió nada menos que convertir en gloria el oprobio eterno de que les habria cubierto venganza tan iniqua.



muger poco respetada. No obstante, su reinado es uno de los mas gloriosos que ilustran los anales de Inglaterra. Con el vigor de su administracion en aquellos tiempos brillantes, reprimió la escesiva libertad de sus vasallos, al mismo tiempo que su afabilidad y beneficencia le conciliaron su amor y estimacion. En sus empresas, y en el modo de seguir las, hubo no sé qué de romanesco, y todas tenían aquel espíritu de caballería propio de su siglo. Murió á los sesenta y cinco años de edad.

Ricardo su nieto, hijo del príncipe Negro, 1377. subió al trono cuando aun no tenía once años, y le dieron por tutores á tres tios hermanos de su padre, con la esperanza de que bálanceándose sus diferentes caracteres seria el gobierno mas feliz y mas firme. Era Lancaster hombre experimentado y poco comunicable; Yorck indolente y entero; Gloucester turbulento, popular y ambicioso. El reinado de su sobrino fue una serie de desgracias. Esperimentó la rebelion de los pueblos arruinados en tiempo de sus abuelos con los impuestos y con la vejacion de la servidumbre personal. Fue esta rebelion terrible y sangrienta; pero el pueblo luego que se le hizo justicia se sosegó. No sucedió lo mismo en la insurreccion de los barones, provocada por la ambicion de sus gefes, pues por mas satisfaccion que les dió el jóven monarca de los agravios falsos ó verdaderos que alegaban, no pudo calmar su furor turbulento, y al fin fue víctima de sus alborotos.

Si su rebelion pudiera admitir escusa, la tendría en la imprudencia del rey, y en el afecto que este mostraba, y de propósito con escándalo, á un simple caballero su favorito, llamado Roberto de Vere, á quien dió por esposa á su prima hermana,

y permitió la insolencia de que la repudiase para casarse con otra muger, de quien estaba enamorado. Le hizo duque de Irlanda, dándole para toda su vida la soberania de esta isla por una acta que el parlamento confirmó; pero este mismo parlamento le condenó á destierro, y fue Vere á pasar en Flandes una vida obscura. En este período los parlamentos, estos cuerpos representantes de la nacion, no fueron sino instrumentos de las conspiraciones; y así el individuo que se prestó con bajeza al ciego capricho de un rey jóven en favor de su privado, vemos que movido de una faccion contraria destruyó su propia obra.

El duque de Gloucester, tio del rey, se des-avino con él, y se valió de otro parlamento para que se nombrasen con él trece personas encargadas del gobierno hasta que el rey fuese capaz de tomarle, siendo así que ya tenia veinte y un años; y en uno solo que duró este poder mataron ó desterraron á todos los ministros ó partidarios del rey. Otro tercer parlamento restituyó al rey su autoridad, y fue arrestado el duque de Gloucester, y ahogado entre unos colchones.

Sobrevino otra conspiracion conocida por la del duque de Lancaster, no el tio del rey, pues ya habia muerto, sino el hijo de este y primo de Ricardo. Era conocido por sus talentos militares y por su gran reputacion en punto de religion, lo que le daba notable crédito para con el pueblo, y sobre estas circunstancias estaba emparentado por su sangre y sus alianzas con las primeras familias del reino, y así era preciso saber contemplarle; pero el imprudente Ricardo, á quien se habia hecho sospechoso, le descontentó, desterrándole y

privándole de la sucesion al mayorazgo de su padre. Despues de este golpe de autoridad, en lugar de quedarse en su reino, y observar de cerca los movimientos que podia escitar un enemigo tan temible, se embarcó para una espedicion en Irlanda, dejando el gobierno de Inglaterra al duque de Yorck su tio.

Luego que salió Ricardo volvió Lancaster sin mas acompañamiento que sesenta personas. No asustó á Yorck una escolta tan débil: Lancaster publicó que solo volvia para recobrar el patrimonio que le habian quitado; y pareciéndole á Yorck que el motivo era justo, recibió muy afectuoso al sobrino; pero mientras escuchaba sus quejas, aquellas sesenta personas, que eran de las primeras familias y cada una tenia su inteligencia secreta, se pusieron en movimiento y juntaron un ejército. El gobernador del reino, viendo que no estaba seguro, formó otro; pero á este le ganaron los rebeldes, y pasándose á ellos aumentó su partido. Acudió el rey, y entre tanto que le divertian con ofertas y proposiciones, engañaron á sus tropas, y estas le abandonaron. Se juntó el cuarto parlamento, le depuso, y mandó que le custodiasen en una fortaleza; pero muy presto se supo que habia muerto de hambre, ó asesinado con las alabardas. Tenia entonces treinta y cuatro años, y no dejó sucesion.

Se dijo que era incapaz de gobernar, y á la verdad era de un genio violento, escesivo en los gastos, en extremo aficionado á sus favoritos, que sin interrupcion hizo sucesores de Roberto de Vere, y era tambien muy apasionado al fausto. No obstante, se cuenta de él un rasgo que manifesta que en tiempos mas sosegados se hubiera portado

como digno del cetro. Le cercó en Londres una tropa de amotinados, cuyo gefe desafiaba al rey, y le amenazaba en los términos mas violentos. Se arrojaron los oficiales del príncipe sobre el insolente, y le quitaron la vida. Preparados sus compañeros á la venganza, tenian ya templados los arcos; y Ricardo, que entonces no pasaba de diez y seis años, se fue á ellos con aire intrépido, aunque afable, y les dijo: "¿Cuál es la causa de este desorden, querido pueblo mio? ¿Estais irritados por haber perdido vuestro gefe? Pues yo que soy vuestro rey, me ofrezco á ser vuestra guia." Poniéndose á su frente los fue sacando de la ciudad á un campo en donde se dispersaron por sí mismos, y se retiraron pacíficamente. Rara vez sucede desgracia al príncipe que tiene valor para mostrarse firme delante de una multitud.

1399. Subió al trono Lancaster, de quien sin calumnia puede decirse que quitó la vida á Ricardo; y tambien puede llamársele usurpador, porque la corona pertenecia á los descendientes del duque de Clarence, hermano menor del príncipe Negro, hijos ambos de Eduardo III; y Lancaster, llamado en el trono Enrique, estaba un grado mas distante. Pero no se declaró rey por sucesion, sino en virtud de una resignacion de Ricardo en su favor; y cuando le disputaban este título no se detenia en decir que él era monarca por derecho de conquista; aunque de todos modos le legitimó el parlamento. No se sujetaron todos los barones á esta ratificacion; y los malcontentos, cuya cabeza era un duque de Northumberland, tomaron las armas. Hubo una batalla: mostraron el mayor valor los generales de ambos partidos: espuso Enrique su persona en lo

mas fuerte de la pelea; y su hijo, que despues fue conquistador de la Francia, combatió á su lado. Bien podia mirar el pueblo aquellas sangrientas acciones, como otras tantas egecuciones judiciales que le libraban de sus tiranos; pues componiéndose aquellos egércitos, en lo principal, de nobles, cuya mayor parte le oprimian en sus tierras, venia á ser el campo de batalla un cadahalso en donde espiaban sus exacciones é injusticias. Fue vencido Northumberland, consiguió el perdon, reincidió, y le degollaron.

El resto del reinado de Enrique fue tranquilo; pero le causó grandes pesadumbres la conducta de su hijo Enrique, príncipe que se abandonaba abiertamente á las torpezas, y siempre se acompañaba con una tropa de malos vasallos, que con una especie de emulacion se egercitaban en los escesos mas abominables. Desafiaba al odio público, motivo de mortificacion para un padre que no tenia otro deseo sino el de ver amado de todos á su hijo. Habian pronosticado al monarca que moriria en Jerusalem; y aunque se habia obligado á una cruzada, no se apresuraba á partir por temor de la prediccion. La debilidad de su temperamento le traia espuesto á desmayos, y en uno de estos accidentes le llevaron á una pieza que llamaban *Jerusalen*. Vuelto en sí preguntó adónde le habian llevado, y en dónde estaba; diciéndole que estaba en Jerusalem, replicó: ¡En Jerusalem! Yo soy muerto; y no se levantó mas. No obstante, no era espiritu débil el de este rey, y todos alaban su discernimiento y penetracion. Tuvo remordimientos sobre su usurpacion; pero fueron como los de muchos penitentes, que se arrepienten sin restituir.

1413.

Enrique, el desarreglado, subió al trono; y juntando los compañeros de sus desórdenes, les dijo: Que renunciaba para siempre al libertinage; y exhortándoles á imitar su eemplo, les prohibió que volviesen á su presencia hasta haber dado pruebas de mudanza de vida. Los ministros de su padre, que siempre habian reprendido sus extravagancias, se admiraron de ver que los recibió con todas las demostraciones del favor y de la confianza. A un juez, que reclamado por algunas personas insultadas habia hecho llevar al príncipe á la cárcel, le alabó su valor; se le recompensó, y le exhortó á que conservase la misma firmeza é imparcialidad en la egecucion de las leyes. Esta victoria, que logró de sí mismo Enrique V, es á los ojos de la razon mas gloriosa que los trofeos militares que han consagrado la memoria de sus hazañas. Manifestó grande sentimiento por la suerte del infeliz Ricardo: hizo que se le celebrasen magníficas exequias, y colmó de gracias á los que le habian sido fieles. Dicen algunos historiadores, que siempre se mantenía entre los grandes una faccion descontenta de verle en el trono, y que este rey procuró suavizar su encono con su conducta indulgente; pero sea el principio de su benignidad el que fuese, siempre es muy digna de elogios.

Tambien se dice que emprendió por política la guerra de Francia, siguiendo el consejo del rey su padre, que le habia encargado que llevase sus vasallos á la guerra contra los estrangeros para tener ocupados sus espíritus turbulentos. Lo cierto es que el rompimiento se hizo con los pretextos mas débiles. No contaba Enrique cuando emprendió esta carrera con ir tan lejos; pero la victoria de

Azincour abrió el mas vasto campo á sus esperanzas. Se reunieron las circunstancias mas favorables para allanarle el camino á un trono, que seguramente no se atrevia al principio ni á mirarle. Estas circunstancias fueron la demencia de Cárlos VI, el genio vengativo del duque de Borgoña, el odio de Isabel de Baviera á su hijo, la discordia entre los grandes y la conmocion general del reino.

Se aprovechó Enrique de los delitos de los otros sin cometer él ninguno. Le presentó una madrastra la corona de su hijo, y la mano de su hija: él aceptó y aseguró su fortuna, no tanto con sus hazañas bélicas, como con su afabilidad, su clemencia y el conjunto de virtudes sociales. No se interrumpieron sus felicidades con ningun reves de la fortuna; pero cuando por la edad y enfermedades de su suegro, estaba ya casi tocando la corona, y no le faltaba mas que dar un paso para ceñírsela, le sobrevino una enfermedad cruel, que le arrebató al sepulcro á los treinta y cuatro años de edad. Habia vivido como héroe, y murió como ellos, pues rara vez llegan á viejos los que el heroismo hace famosos.

De Isabel de Francia, hija de Cárlos VI, tuvo un hijo llamado tambien Enrique, á quien dejó su padre en la edad de nueve meses. La cuna de este niño fue condecorada con las coronas de Inglaterra y de Francia. Nombraron por protectores de los dos reinos á los duques de Gloucester y de Bedford sus tios. Este último se quedó en Francia para mantenerla en la obediencia de su sobrino, y deshonoró su gobierno con el suplicio de la doncella de Orleans, aquella doncella admirable, cuyo entusiasmo despertó el valor de los franceses; y

cuyos aciertos fueron los preludios de la espulsion de los ingleses. La ruina de estos tardó en verificarse, pero siguió la proporcion con que los alborotos de la isla los fueron poniendo en estado de no poder sostenerse en el continente. Durante la primera tregua, que suspendió las hostilidades de las dos naciones, se casó Enrique con Margarita de Anjou, de la casa de Francia, cuyo padre no tenia mas que los títulos de rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalem, y asi no llevó mas dote que su mérito, el cual resplandeció en las catástrofes, tal vez las mas funestas que jamas esperiméntó otra reina.

Enrique VI mostró desde luego mucha debilidad de espíritu, y segun se adelantaba en la edad se descubria su poco mérito, y daba esperanzas á los intrigantes y conspiradores. Se hallaba en su corte Ricardo, duque de Yorck, descendiente por su madre del duque de Clarence, hijo segundo de Eduardo III, por lo que estaba en el orden de la sucesion mas cercano al trono que el rey, pues este descendia del duque de Lancaster, hijo tercero de aquel monarca. Era Yorck muy poderoso con la reunion de muchos mayorazgos: tenia alianza con la principal nobleza, mucho valor, prudente conducta, genio benigno, y la clase de primer principe de la Sangre.

Se hizo sospechoso de ser el autor del descontento del pueblo, de las denunciaciones contra los ministros, y de los estorbos que retardaban la marcha del gobierno; pero daba á entender que en nada de esto influia.

En los tiempos de mas viva fermentacion se estaba él en sus castillos distantes; y cuando se

apaciguaban las disensiones porque cedia el poder del rey, se presentaba el duque con aire y seguridad de inocente, y al mismo tiempo sembraban sus partidarios el gusto de disputar y discurrir sobre el derecho al trono, examinando cual de los dos le tenia mas legitimo, el rey ó el príncipe.

Con motivo de algunas pretensiones del pueblo tomó Yorck las armas, y las dejó cuando el pueblo consiguió lo que pedia. Esta moderacion le valió el título de protector en una enfermedad del rey, que aumentó tanto su natural debilidad, que no se atrevian á presentarle en público. Cesó la enfermedad, y creyó Enrique que podia volver á su autoridad; pero Yorck no pensó así, y se armó para conservar el poder á que ya estaba acostumbrado. Logró una victoria sangrienta en los campos de san Albino en 1455, é hizo prisionero al rey. Esta es la primera accion de aquella fatal disension que duró treinta años, en los cuales hubo doce batallas campales, que costaron la vida á ochenta príncipes de la Sangre, y casi enteramente aniquilaron la antigua nobleza de Inglaterra que se habia alistado bajo los estandartes de las dos facciones de Lancaster y Yorck, que llevaban por divisas la *rosa blanca* y la *rosa encarnada*: la primera pintada en las banderas de Enrique, cabeza de la casa de Lancaster: la segunda en las de Ricardo, cabeza de la casa de Yorck.

Trató el duque á su prisionero con mucha atencion, pero se apoderó de la suprema autoridad. Si el débil é indolente Enrique no echaba menos un poder cuyo ejercicio pide trabajo y alguna fatiga, no sucedia lo mismo á la reina Margarita, porque su natural activo no podia contentarse con la som-

bra de poder que le habia dejado el rival de su marido, y así empeñó al indiferente monarca en que recobrase la realidad. Hubo entre los gefes una reconciliacion tan poco sincera, que inmediatamente volvieron de nuevo las hostilidades, y perdió Ricardo una batalla. Habian empeñado en sus intereses al conde de Warwik, señor poderoso en tierras y riquezas, valeroso, inteligente, y cuya opinion influia mucho en la nobleza. Este fue á socorrer á Ricardo, dió la batalla, é hizo prisionero al rey.

Hasta entonces no habia hecho Ricardo la guerra, sino para reformar el gobierno; pero teniendo al rey en su mano, separado de la reina, y privado de su consejo, publicó pretensiones mas altas. En un parlamento que convocó en nombre del rey, se hizo declarar heredero del trono, bien que dejó á Enrique ocupandole como una estatua. No vió Margarita con tranquilidad que el príncipe de Gales su hijo, y todavía niño, fuese declarado inhábil para tan preciosa sucesion; y así se retiró á las fronteras de Escocia, levantó un ejército, y volvió contra el duque de Yorck. Murió este príncipe en una sangrienta batalla, en que peleó la reina á la frente de sus tropas, y dejó tres hijos, Eduardo, Jorge y Ricardo.

Eduardo, que era el mayor, tan valiente como su padre, y mas atrevido, dió la perfeccion á todos sus proyectos, y derrotó una parte del ejército de la reina, aunque otra parte del suyo sufrió una pérdida que puso al rey en manos de su esposa; pero cuando esta se creia triunfante, se presentó el infatigable Warwik, la puso en fuga, y la reina se retiró á Escocia con su hijo y su es-



Conflicto de Margarita.

Fugitiva con su hijo tierno, rendida al cansancio, y asfigidísima se hallaba Margarita quando vió junto á sí con la espada desnuda á un bandolero de atroz aspecto; pero lejos ella de intimidarse, le dixo: Aquí tienes al hijo de tu Rey, le confío á tu cuidado; y compadecido el bandolero, prestándoles auxilios los puso en salvo. El extremo de la desgracia suele dictar arrojos muy felices.

poso. Ya entonces no disimuló Eduardo, ni con-
temporizó, como lo había hecho su padre, sino
que se hizo proclamar rey de Inglaterra por con-
sejo de Warwik.

No por esto desmayó Margarita: juntó tro- 1461.
pas, volvió á tentar la suerte de una batalla, la
perdió, y se puso en salvo. Los auxiliares, que la
dieron Francia y Escocia, fueron á reforzar las
tropas que la llevaron sus partidarios. Puso á su
frente al infeliz Enrique, con la esperanza de que
su presencia daría nuevo vigor á sus esfuerzos;
pero aquella fantasma y sus defensores nada pu-
dieron contra la fortuna de Eduardo. Este los dis-
persó; y huendo cada uno por su lado, iba fu-
gitivo el rey de castillo en castillo, hasta que le
hicieron en breve prisionero. Se entró la reina por
un bosque, llevando consigo á su hijo de edad de
ocho años: cayó en manos de una compañía de
bandoleros que la quitaron sus joyas y la mal-
trataron. Mientras estos disputaban entre sí la
repartición se huyó, anduvo errante en aquella hor-
rible soledad un día y una noche, hasta que al fin
se sentó, y con los ojos clavados tristemente en
aquel niño, estenuado como ella de fatiga y de ne-
cesidad, no esperaba mas que la muerte. El rui-
do de uno que pasaba la llenó de alegría, miró,
y vió un hombre de figura atroz, que se acerca-
ba hácia ella con la espada desnuda; pero Marga-
rita presentando su hijo, le dijo: "Amigo, aquí
teneis al hijo de vuestro rey, que yo pongo en vues-
tras manos, cuidado de él." El bandolero no en-
gañó su confianza: los ayudó á marchar, les buscó
víveres, y por entre mil peligros los llevó á un
pequeño puerto, en donde la madre y el hijo ha-

llaron una barca que los transportó á Flandes.

Eduardo ya vencedor, y creyendose libre de todo fatal suceso, se dejó arrastrar sin medida de su inclinacion á los placeres. Warwik, tan político como guerrero, queria procurarle un casamiento que le diese alguna alianza útil; y mientras, con anuencia del príncipe, hacia sus diligencias en Francia, se casó con una inglesa, de quien se habia enamorado. Warwik, resentido de verse burlado despues de los pasos que habia dado en Francia, se abandonó á su indignacion contra Eduardo. Como él era quien le habia colocado en el trono, pensó que le seria fácil hacerle bajar. Volvió de su negociacion lleno de esta idea, y procuró ponerla en egecucion, ofreciendo la corona al duque de Clarence, hermano del rey, contando con que le hallaria mas dócil á sus consejos; pero el rey, instruido de sus pensamientos, desterró al uno y al otro.

Se retiraron á Flandes, en donde hallaron á Margarita y á su hijo; y como igualmente infelices se acompañaron en la desgracia. El casamiento de la hija de Warwik con el hijo de Enrique, aunque por la poca edad no podian consumarle, vino á ser el lazo de su union. Se puso Warwik á la frente de un cuerpo de tropas flamencas y francesas, desembarcó en Inglaterra, se le juntó numerosa tropa de malcontentos, ganó una grande victoria contra Eduardo, que volvió á ocupar en Flandes la plaza de Enrique. Este fue de nuevo colocado en el trono; pero mal recibido desde luego, halló Eduardo recursos en su asilo. El de Clarence su hermano, con quien se habia reconciliado secretamente, facilitó su desembarco.

Debilitado Warwik con la desercion del de Clarence, aventuró no obstante una batalla, y murió en ella. Hicieron prisionero al rey Enrique, á su esposa Margarita y á su hijo Eduardo.

Se presentó el príncipe jóven con intrepidez delante del vencedor; y diciendole Eduardo: "¿Cómo te has atrevido á venir á mi reino?" Respondió: "He venido á reclamar mi herencia." El rústico Eduardo, incapaz de generosidad, le dió una bofetada; pero esto fue hacer señal para que el de Clarence y el de Gloucester, hermanos de Eduardo, arrastrasen al infeliz, y le quitasen á sablazos la vida. El mismo Gloucester entró en el parage en donde estaba Enrique custodiado, y le mató á puñaladas. Reservaron á la reina por un rescate que pagó el rey de Francia. Pasó Margarita á este reino, en donde acabó sus dias harta de amarguras, y coronada de glorias.

No perdonaron á ninguno de los que podian ser sospechosos á Eduardo; y á pesar de su reconciliacion con el de Clarence, que le habia facilitado la subida al trono, le hizo procesar, juzgar y condenar. Toda la gracia que le concedió fue que eligiese el género de muerte, y el de Clarence pidió que le ahogasen en un tonel de malvasía. Corrió la sangre mas noble de Inglaterra en grandes arroyos, y los que se libraron de la cuchilla de los verdugos pasaron una vida infeliz en tierras estrangeras. Un autor contemporáneo dice que vió á los duques de Somerset y de Degester seguir descalzos el equipage del duque de Borgoña, y servir en su casa para poder mantenerse.

Pasó Eduardo el resto de sus dias en escesos, que se los abreviaron, y muriendo á los cuaren-

ta y dos años, dejó dos hijos varones Eduardo, príncipe de Gales, de edad de trece años, Ricardo, duque de Yorck, de nueve, y una hija llamada Isabela. Era hombre muy hermoso y apasionado á los placeres. No se sabe si sus crueldades deben atribuirse á su genio, ó á los consejos violentos de su hermano el sanguinario duque de Gloucester, uno de aquellos hombres persuadidos á que el poder usurpado nunca se asegura con solides sino sobre montones de cadáveres. Eduardo, derribadas las cabezas mas distinguidas, usó despóticamente de la autoridad. Los miembros del parlamento no osaron negarse á ser ministros de sus violencias. La nobleza gemia oprimida; mas el pueblo, aunque pisado, llevaba sin murmurar un yugo, que todavía cargaba con mas peso sobre los grandes.

Aunque Eduardo debiera conocer el carácter de su hermano Ricardo, duque de Gloucester, encargó á su muger Isabela Gray que se fiase de él enteramente, y ella le obedeció aunque con precaucion, aconsejada de su hermano el conde de Ribers. Le pareció á Gloucester que estaba de mas este consejero, le hizo acusar de traicion ante un tribunal que era venal; y habiéndole condenado y quitado la vida, tomó el título de *Protector*. La autoridad aneja á la dignidad de protector le hacía dueño del rey jóven: supo tambien sacar de las manos de su madre al otro hijo de su hermano; y cuando se vió con los dos en su poder, procuró que los declarasen ilegítimos, suponiendo que su hermano cuando se casó con Isabela Gray estaba empañado en otro matrimonio. No le salió bien esta suposicion, y echó por otro camino aun mas extraño.

Vivia su propia madre, y gozaba de una reputacion intacta; pero él tuvo desvergüenza para hacer que se esparciese la falsa noticia de que sus dos hermanos mayores, Eduardo y Clarence, eran fruto de sus galanterias, y que solamente él era hijo legitimo del duque de Yorck, como lo probaba el ser parecido á aquel príncipe. No saliendole bien esta odiosa calumnia, tomó el medio mas breve. Tenia á los dos jóvenes encerrados en la torre de Londres con pretexto de mirar por su seguridad, y los hizo quitar allí la vida. Sin tomarse el cuidado de prevenir las sospechas, ni de retirarlas con algunos paliativos, se contentó con decir que habian muerto, y tomó la diadema. En los fastos de Inglaterra se ve al mayor de estos dos infelices con el nombre de Eduardo V.

Si todavía se necesitaran pruebas para juzgar cuan á sangre fria cometia Ricardo los delitos, se hallarian en la relacion del suceso siguiente. En el momento en que hacia quitar la vida al conde de Rivers, habia juntado en la torre de Londres un consejo en que asistian los partidarios principales de este señor. Cerca del protector estaba el lord Hastings, muy afecto á la familia real, á quien habia privado Ricardo del gobierno de aquella fortaleza, cuando pensaba quitar la vida á sus sobrinos; y acababa de restituírle este empleo, sin duda para hacerle caer en el lazo. Habia pasado Hastings por amante favorecido de Juana Shore, dama de Eduardo V, cuyo poder y crédito desagradaban mucho á Gloucester; y Hastings continuaba concurriendo á visitarla despues de la muerte del monarca.

Este caballero, viendose de nuevo agraciado

con el gobierno de la torre, no dudaba de su favor, y se tenia por muy seguro. El protector, que hasta este momento habia conservado un semblante risueño, salió del consejo como para despachar una ocurrencia, y á poco tiempo volvió muy alterado: "Señores, exclamó, ¿qué castigo merecen los pérfidos que han atentado á mi vida?" A esta pregunta no esperada quedó asombrado el consejo; pero Hastings tomó la palabra, y dijo: "Esos deben ser castigados como traidores." "Los traidores, replicó Ricardo, los traidores son ciertos hechiceros, la viuda de mi hermano, Juana Shore, su dama, y otros asociados. Mirad aquí, añadió, á qué estado me han reducido sus encantos y sortilegios." Al mismo tiempo descubrió un brazo todo arrugado y consumido; pero se sabia que desde niño tenia aquella enfermedad.

Se miraban unos á otros los consejeros pasmados, y dijo Hastings: "Si son culpados merecen el castigo mas severo;" y "tú replicó el furibundo Ricardo, con esos *sí y otros mas*, eres el principal que animas á esa miserable Shore. Tú tienes la culpa, y juro por san Pablo que no comeré hasta que me traigan tu cabeza." Dió al mismo tiempo en el bufete un golpe, y al punto se llenó de hombres armados la sala. El mismo asió de Hastings, y le entregó á los soldados: estos le sacaron, le cortaron la cabeza, y se la presentaron al tirano. Huyó cada consejero, no sabiendo si conservaria la suya. Hizo Ricardo cuanto pudo por probar los sortilegios de Juana Shore; mas no se halló contra ella prueba alguna jurídica. Confiscó sus bienes, que eran inmensos; y para que no se creyese que únicamente queria sus



Maldad de Ricardo.

Para deshacerse de Hastings el pérfido Ricardo descubrió en el Consejo un brazo que desde la niñez tenía arrugado y seco; y suponiendo, con sorpresa de quantos sabían este, que Hastings y sus amigos le habían puesto así á fuerza de sortilegios, atentando por este medio contra su vida, hizo prender y degollar á Hastings inmediatamente. ;Con qué facilidad imputa los delitos á la inocencia el malvado!



riquezas, la hizo citar ante un tribunal eclesiástico, que la condenó por delito de incontinencia á una penitencia pública. La sufrió con todas las circunstancias de abatimiento, y sobrevivió cuarenta años á su infamia. Pasó despues una vida obscura y pobre, sin que en su miseria la aliviase ninguno de los infinitos á quienes habia ayudado con su crédito y sus riquezas en el tiempo de su fortuna.

Por la muerte violenta de los dos sobrinos de Ricardo habia recaido el derecho á la corona en Isabela, hermana de los mismos; y el asesino para legitimar su usurpacion, resolvió casarse con su sobrina, y así la ofreció su mano teñida todavía con la sangre de sus hermanos. Su madre Isabela Gray la aceptó creyendo mejorar su suerte; pero la princesa la retiró con horror. Estaba destinada esta para poner término á las guerras civiles con la reunion de las dos casas de Yorck y de Lancaster. 1483.

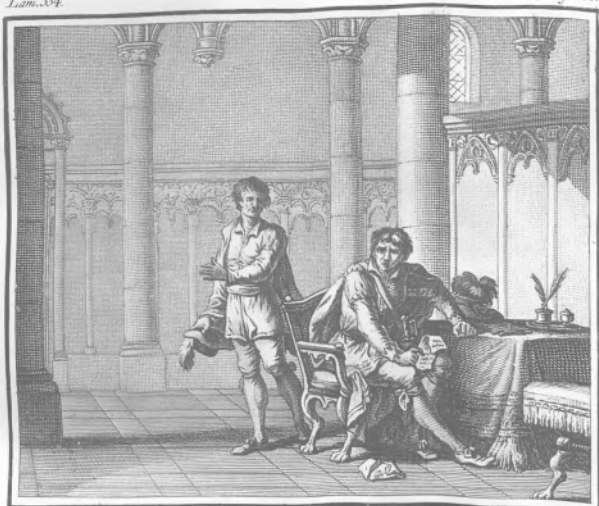
De esta última vivia un príncipe refugiado en Bretaña con el nombre de Richemond. Por comision de Ricardo le retenia el duque en una prision honrada; pero aunque en cierto estado de cautiverio, hacia Richemond sombra al rey de Inglaterra; y así envió á pedirle con tanto mayores instancias como que advertia que sus perfidias y crueldades sublevaba contra él á los grandes, y se iba formando un partido poderoso, el cual veria con gusto á este príncipe á su frente. Ya el duque de Bretaña, intimidado ó ganado, le habia entregado á los comisionados del rey; pero llegando á su noticia el estado de las cosas, se le quitó á los enviados; y Richemond, destinado al principio á verse

en Inglaterra cargado de cadenas, abordó á aquel reino en navíos llenos de tropas francesas y bretonas.

Halló una liga formidable pronta á favorecerle: llegaron los egércitos á las manos; y reconociéndose los dos pretendientes en lo fuerte de la pelea, procuraron acercarse uno á otro. Ricardo, cuyas tropas empezaban á ceder, corrió furioso contra su rival: le esperó Richemond á sangre fria: rodearon á Ricardo, y él peleó hasta el último instante en que oprimido por la multitud cayó sobre un monton de cadáveres, muriendo de un modo mas honroso que el que convenia á semejante monstruo. Tan familiarizado estaba con los delitos, que ninguno concebía que le pareciese capaz de inspirar horror ni de escitar remordimientos como le fuese útil.

1485.

El primer cuidado de Enrique de Richemond, colocado en el trono por un inesperado favor de la fortuna, fue reunir con el derecho de la casa de Lancaster, que ya poseia, el de la casa de York existente en la persona de Isabela, hermana de Eduardo V. Se casó pues con esta princesa, y desaparecieron las rosas blanca y roja, divisas de dos facciones, cuyas querellas costaron la vida á mas de cien mil hombres de los primeros de la nacion, muertos en los combates ó en los cadahalsos. En Ricardo III espiró la dinastía de los *Plantagenetos*, que habia tenido el cetro por trescientos años. No obstante, habia un renuevo de esta familia, conocido con el nombre de Warwik, cuyos derechos al trono venian despues del de Isabela, con la cual empezó en Enrique la dinastía de los *Tudor*. Reconoció el nuevo monarca su reino, llevando consigo á la reina su esposa como prenda de la



Conspiracion de los puritanos

Irritados con Jacobo I. los puritanos resolvieron deshacerse del Rey, de su familia, y del parlamento; pero uno de los que debian perecer supo la conspiracion por un cómplice amigo; y remitiendo al Rey el aviso que habia tenido, consiguió Jacobo frustrarla, y castigó á quantos no pudieron huir de su justicia. ¿Quién viviria seguro si fuese tan fácil consumir como concebir los delitos?



union y de la paz; pero ni esta precaucion impidió que el espíritu de la discordia se sostuviese principalmente en las provincias del Norte; y de estas disposiciones se aprovecharon dos célebres impostores, Simnel y Pierkin.

La familia de los Plantagenetos inspiraba siempre interes á las que por tan largo tiempo se habian acostumbrado á respetarla en el trono. Este afecto inspiró á un sacerdote de Oxfort, llamado Ricardo Simon, la idea de resucitar los derechos ya distantes de aquella casa, presentando al público un descendiente de esta familia ilustre. Al jóven Warwik le habian encerrado por precaucion en la torre. Buscó Simon un jóven, capaz de hacer su papel, y le halló en Roberto Simnel, hijo de un panadero, que á las gracias de su figura añadia un entendimiento diestro y sutil.

Como hubiera sido fácil en Londres deshacer la impostura sacando el verdadero Warwik, hizo Simon teatro del drama á la Irlanda, en donde halló señores crédulos ó desafectos al rey. Habia paseado antes su fantasma en Flandes, en donde vivia una princesa de la casa de Yorck, duquesa de Borgoña, dispuesta á favorecer todo cuanto pudiera inquietar á un Lancaster; y con efecto recibió Enrique susto, no sin razon, porque Simnel, despues de haber aumentado su partido en Irlanda, se vió con suficiente egército para desembarcar en Inglaterra, y medir las fuerzas con su soberano; pero no favoreció la fortuna á su atrevimiento, y fue vencido y preso con su director Simon. Hizo el rey quitar la vida á muchos señores, cuyo error no admitia excusa; presentaron el verdadero Warwik en una pública procesion en Londres, y concluida la

ceremonia volvieron á encerrarle en la torre; al sacerdote le condenaron á prision, ayuno y disciplina: y al jóven Simnel le hicieron marmiton en las cocinas de palacio, para que viviese espuesto á la vista y burla del pueblo, hasta que despues le dieron el oficio de alconero.

El papel de Pierkin fue mas largo y brillante. Este no necesitó de que le instruyesen ni le animasen como Simnel. Concibió por sí mismo el proyecto de pasar por el duque de Yorck, hijo segundo de Eduardo IV, á quien Ricardo III habia asesinado en la torre; y si el proyecto no fue suyo le siguió admirablemente. Pierkin era hijo de un judío convertido llamado Orbec: su nombre era Pedro, y por eso le llamaron Pierkin. El ser tan parecido al difunto Eduardo IV hizo conjeturar que este monarca habia podido conocer en sus viages á la muger de Orbec, y sin duda contribuyó esta suposicion á la buena acogida que halló en muchas cortes, creyendo honrar en él sino al hijo legitimo, á lo menos á un desgraciado hijo de un monarca estimado.

Tenia un porte de príncipe, y unos modales distinguidos. Su padre verdadero ó putativo le habia llevado casi desde la infancia á sus viages de comercio; y algunas aventuras aumentaron la docilidad y sagacidad de su ingenio, tanto que á la duquesa de Borgoña, cuando se le presentaron, la pareció muy á propósito para hacer el papel que él se habia propuesto. Se cree que aquella princesa procuró darle secretamente las noticias que necesitaba relativas á los derechos de su familia. Le recomendó en la corte de Francia, en donde fue bien admitido; y esto autorizó á la princesa para recibir-

le luego honoríficamente cuando volvió á Flandes. Le dió conexion y amistad con muchos ingleses refugiados en su corte, y estos desterrados le pusieron en correspondencia con sus familias que permanecian en Inglaterra. Se formó un poderoso partido contra la autoridad del rey; y como esta no podia ser destruida mientras Enrique pudiese defenderla, resolvieron deshacerse de él.

El proyecto debia egecutarse al mismo tiempo que Pierkin pusiese el pie en Inglaterra con las tropas que le habia dado la duquesa de Borgoña; pero no creyendo el aventurero que tenia suficientes fuerzas, se contentó con presentarse á vista de la costa. Esto sirvió solamente para que fuesen conocidos sus cómplices, muchos de los cuales murieron en un cadahalso. El abordó á Escocia, cuyo rey, ó engañado, ó queriendo engañarse, le trató como á soberano. Las reliquias del partido de Pierkin buscaron en él su asilo; los que se quedaron en las provincias causaron en ellas una sublevacion, y tomaron el nombre de insurgentes, porque venia á ser una insurreccion contra Enrique, cuyo gobierno pintaban como tiránico é intolerable. Entre tanto que Enrique estaba ocupado en apagar el fuego, que se encendia por todas partes, penetró el rey de Escocia por la Inglaterra, y llegó hasta cerca de Londres talando y abrasando.

A aquella gavilla de ladrones, que componian la mayor parte del egército escoces, opuso Enrique su tropa reglada, los dispersó; y el rey de Escocia, rechazado hasta sus fronteras, pidió la paz, y la obtuvo. Pierkin, viendose abandonado, se refugió en Flandes: su muger, que era una señora noble, con quien le habia casado la duquesa de Borgoña,

cayó en manos del rey, y este la trató con distincion. No perdiendo todavía Pierkin las esperanzas, pasó á Irlanda desde Flandes: y examinando las fuerzas de su partido, creyó que lo mas acertado sería servirse de la inquietud que todavía podia dar al rey para lograr mejor suerte y no correr nuevos peligros. La atencion con que aquel príncipe habia recibido á su muger, le daba esperanzas de que haria con él lo mismo, y así hizo sus proposiciones. Le concedió Enrique el perdon y las ventajas que pedia, con la sola condicion de confesar públicamente su impostura. Hecha esta confesion, bien fuese que se hubiesen convenido antes ó no, le entregaron á una guardia, que no debia ser muy severa pues él se huyó. Volvieron á prenderle, y le encerraron en la torre de Londres. En ella encontró Pierkin á Warwik, y entre los dos tramaron quitar la vida al gobernador para huirse; pero fueron descubiertos y degollados. Se ha conjeturado que procuró Enrique facilitar la amistad de estos dos hombres para tener pretesto plausible de deshacerse de ambos.

Esta sospecha se fundó en el astuto carácter de Enrique. Ningun rey de Inglaterra oprimió con mas destreza á los ingleses. Los cargaba de impuestos: se quejaban, les concedia rebaja, é iba por otros caminos á su fin. Siempre su justicia gastaba ostentacion de formalidades; pero en el fondo no se sujetaba á las estrechas reglas de la equidad, porque lo útil para con él era preferible á lo justo.

Habia casado á su hijo mayor Arturo, de edad de diez y seis años, con Catalina, infanta de Aragon, de edad de diez y ocho; pero solo vivieron un

año juntos; y murió Arturo. Se casó Enrique, su segundo hijo, con la misma, á la cual Arturo, por sus enfermedades continuas, no habia tocado ni conocido maridamente. De este modo Enrique, cuya pasion dominante era la avaricia, no tuvo que restituir el dote al rey de Aragon. Hizo irrupciones en Francia sin proyecto determinado de guerra sostenida: pues la hacia solo para ocupar á la nacion, ó para exigirla impuestos de que se aprovechaba. Fuera de estas propiedades reconoce en él la historia prendas de un gran rey. Su carácter era alegre, franco y abierto; sus modales nobles, y en lo interior de su palacio vivia gustoso sin fausto. El fue el que puso fin á las guerras civiles, que por largo tiempo traian agitada la Inglaterra, y aniquiló el antiguo y exorbitante poder de la nobleza.

Su hijo Enrique VIII subió al trono á los diez y ocho años de su edad, y al principio le respetó su pueblo por sus talentos naturales y adquiridos. La vanidad era su vicio dominante, y este se repartió en dos ramos, que despues se cargaron de amargos frutos. Estos dos ramos de su vanidad fueron la presuncion de esceder á todos en ciencia teológica, y el deseo pertinaz de sujetar los corazones como los entendimientos. De aquí provinieron el zelo perseguidor, que le colocó entre los príncipes mas crueles, y la envidia, que segun el carácter de esta maldita pasion, le hizo cometer acciones tan insensatas como bárbaras. 1506.

En la flor de su edad gustó Enrique VIII de brillar con lujo y magnificencia. La corte, que hasta entonces se habia cubierto de lúgubre luto por las guerras civiles, ó habia vivido en una fastidio-

sa uniformidad, vió resplandecer varias fiestas; y para divertir al pueblo, le dió tambien el placer de que viese caer las cabezas de muchos ministros, que en el reinado anterior habian logrado el favor, y levantarse en su lugar otros nuevos, aunque estos no habian de hacerle mas feliz. Hizo algunas expediciones á Escocia, cuyo buen éxito lisonjeó el orgullo de la nacion, y la prometia otras mas importantes contra Francia, objeto perpetuo de los zelos de los ingleses. Se dice que envidiaba Enrique al rey de Francia el título de *Cristianísimo*; que el pontífice le habia prometido trasladarsele; y que con esta esperanza se lisonjeaba mucho aquel monarca; mas ya que no pudo conseguir aquel título, escribió un libro contra Lutero en defensa de la verdad de la Eucaristía, y le dió el papa el de *Protector de la fe*.

Como habia tenido un hermano mayor destinado al trono, le habia aplicado su padre á las ciencias eclesiásticas, á las cuales conservó un gusto, que en un príncipe parecia desenfrenado. Se tenia por hombre muy capaz en ellas, y esta orgullosa preocupacion le arrastró á abusar de ellas en un asunto personal, cuyas consecuencias causaron en el reino el mas lastimoso trastorno. Ya hemos visto que estaba casado con la viuda de su hermano: habia vivido bien con ella: tuvieron muchos hijos, que murieron en la niñez, y solo le habia quedado una hija llamada María. La muerte de los hijos varones despertó en él ciertos escrúpulos, y se le vino á la memoria haber leído entre las leyes de Moises, que el que casase con la viuda de su hermano moriria sin posteridad. Creyó que se hallaba él en el caso de esta maldicion; y



Divorcio de Henríque VIII.

Apasionado de Ana Bolena Henríque VIII, resolvió que sustituyese en su lecho y trono á Catalina de Aragon, su esposa; y afectando escrúpulos por su matrimonio con esta, nombró jueces que formalizasen su divorcio; dictó él la sentencia; y sin aguardar á su publicacion, se casó con Ana. ¡Quántas conciencias hay, por desgracia, que se sirven de nimias delicadezas para disfrazar su depravacion!

cuando no lo creyese compuso por sí mismo un escrito, que repartió gratuitamente y con profusion, en el cual se propuso persuadir que estos religiosos escrúpulos eran la causa principal del divorcio que premeditaba.

Lo que puede creerse es que aquellos escrúpulos, si los tuvo, nacieron de la declinacion de la hermosura de Catalina de Aragon, que tenia seis años mas que él, y de sus enfermedades, y mucho mas todavía de la pasion que concibió hácia Ana Bolena, dama de honor de esta reina. Enrique VIII, preciado de moralista muy hábil, decidió que era ilegítimo su matrimonio, y que debía hacerle anular. Se trataba de estender en forma esta decision, que habia hecho autorizar con la aprobacion de muchos doctores, y de que se declarase nulo su matrimonio, segun las formalidades eclesiásticas. Se sujetó Enrique á juicio, y escribió al papa. Se empezó el proceso ante el famoso cardenal Bolsey, su favorito y su ministro, nombrado por legado en este asunto; pero se prolongó el pleito, é impacientando la dilacion á Enrique VIII, fingia que le atormentaba el escrúpulo de hallarse retenido en las cadenas del *anatema mosáico*. Atribuyó la retardacion á la política de Bolsey, enemigo de Ana Bolena, y le privó de su gracia. Apresuró el rey su asunto ante un nuevo tribunal, que erigió sin consentimiento del papa, y dictó él mismo á los jueces la sentencia de divorcio; pero no habia esperado á que esta se pronunciase para contraer matrimonio con Ana. La nueva reina, pocos dias despues de su coronacion, dió á luz una princesa que se llamó Isabela.

Los escomulgó el papa: declaró Enrique por

nulos sus anatemas; y haciendo cisma con la Iglesia Católica Romana, se proclamó á sí mismo cabeza de la religion en Inglaterra. Entonces empezaron las que podemos llamar locuras dogmáticas y amorosas de Enrique VIII. Colmó de favores á su nueva esposa: declaró por ilegítima á María hija de Catalina, y por princesa de Gales, heredera de la corona, á Isabela, hija de Ana. Llegó á prohibir con edicto público, que ninguno discurriese ni hablase sobre esta disposicion de la sucesion al trono, ordenando que todo el que murmurase contra el rey, la reina Ana Bolena y sus hijos, fuese castigado, como lo seria el que teniendo noticia de traiciones contra el soberano no las revelase, ni diese cuenta de lo que sabia,

Inventó un código de religion, que ni bien era católico, ni bien luterano, ni bien calvinista, sino que tenia de todo. Prescribió juramentos, que todos debian prestar. Su supremacia, como cabeza de la Iglesia, era punto tan principal que no sufría esplicacion ni restricciones. Tomas Moro, gran canciller de Inglaterra, célebre por su ciencia é integridad, y un obispo de Rochester, estimado por su mucha piedad, pagaron con su cabeza su afecto á los principios católicos y antiguos, y fueron las primeras víctimas de la bárbara política de Enrique, las cuales allanaron el camino del cadahalso á una multitud de mártires. Levantó horcas, encendió hogueras, y muchas veces arrojaron á ellas juntos católicos y protestantes: á los primeros porque no querian reconocerle cabeza de la Iglesia; y á los segundos porque rehusaban algunos dogmas de la verdadera Iglesia, habiéndole parecido á Enrique á propósito conservarlos. Abrió los monaste-

rios; aplicó sus edificios á otros usos: destruyó las capillas y oratorios; y si algunos dejó, borró hasta los vestigios que podian conservar la idea de fundaciones pias: haciendo lo mismo con los colegios y hospitales, y dando parte de sus bienes á los señores de su corte, á las familias de los fundadores, ó á los habitantes de los lugares en donde estaban situados aquellos bienes; aunque reservando para sí lo mejor siempre. De este modo desapareció el catolicismo, y con él la autoridad del papa, que antes habia sido tan respetada en Inglaterra. En medio de las variaciones de Enrique VIII, tanto sobre el dogma como sobre el culto, no seria fácil definir la religion que substituyó este rey á la católica; pero de aquellos elementos inconexos resultó la religion anglicana, que no tomó consistencia hasta el reinado de Isabel, hija de Ana Bolena.

Contribuyó esta princesa mucho á provocar el cisma de Enrique VIII, y á hacer que perseverase en él; porque era, digámoslo así, el *paladion* del divorcio en que se fundaba la legitimidad de su casamiento y el edificio de su fortuna; bien que la inconstancia de su esposo hizo titubear presto este edificio que sepultó en sus ruinas á la reina. Ana, hija de un simple caballero, como no se habia criado en la circunspeccion de la grandeza, no tenia aquella reserva que pedia su elevacion. Era escesivamente despejada y alegre; y la malicia, que ordinariamente reina en las cortes, interpretó, acaso mal como suele suceder, unos juguetes inocentes. Algunas chanzas, que aventuró delante del monarca espantadizo, escitaron en él sospechas, y llegaron sus terribles zelos á ser capaces de los úl-

timos excesos, desde que puso los ojos en Juana Seimur, dama de honor de la reina, y extraordinariamente hermosa.

Cuando advirtieron que ya no le agradaba la reina, empezó la calumnia á hallar en ella culpas y delitos. La acusaron de familiaridad con cuatro señores jóvenes, y aun con su mismo hermano; pero no hubo cosa alguna tan mal probada. Todos los acusados insistieron en defender su inocencia y la de la reina, por mas que les ofrecieron la vida si se declaraban culpados con ella. Mas á pesar de sus protestas los condenaron á cortarles la cabeza, y se ejecutó. En cuanto á la reina y su hermano, el odioso parlamento, convertido en instrumento de los sangrientos caprichos de Enrique VIII, dejó en manos del rey la eleccion de degollarlos ó quemarlos vivos. Ana, aunque la amenazaron con el mas riguroso extremo de la sentencia, nada confesó que la pudiese deshonar, sino solamente, que antes de su casamiento con el rey, existian impedimentos legítimos. La redujeron á esta confesion con el fin de hacer á su hija Isabel ilegítima, é incapaz de suceder á la corona. De este modo puso Ana su cabeza, como su hermano, sobre el tajo sin mostrar flaqueza; y al dia siguiente se casó Enrique con Juana Seimur. Este precipitado casamiento es tal vez la mejor justificacion de Ana Bolena. Juana Seimur le dió al rey un hijo, y á los dos dias murió de sobreparto.

Calmó Enrique el sentimiento de verse viudo, con una solemne disputa teológica contra un maestro de escuela llamado Lamberto, que negaba el dogma de la presencia real en la Eucaristia, habiéndole conservado el rey. Reprendido Lamberto

por su obispo sobre sus sentimientos heréticos, apeló á la cabeza de la Iglesia, y Enrique aceptó la apelacion muy contento con un incidente que no solamente le daba ocasion para egercer la supremacía, sino tambien para desplegar su ciencia teológica. Se publicó que el monarca habia resuelto entrar en disputa con el maestro de escuela, y se presentó en efecto sentado en su trono con todo el esplendor de la magestad, rodeado de los prelados, de los pares legos, y de los doctores de su corte. Abrió la disputa Cranmer, arzobispo de Cantorberi, con Gradiner y otros obispos; pero no se intimidó Lamberto, y respondió con gran firmeza y sosiego, sin ceder en nada á sus contrarios, ni concederles cosa alguna. Tomó el rey la palabra, y como controversista práctico estrechaba á su antagonista con argumentos tomados de la Escritura, de los Padres, y de los autores escolásticos. Aplaudió el auditorio la fuerza de los razonamientos del rey y su vasta erudicion; pero no se rindió el maestro de escuela. Por último, le instó el monarca con esta alternativa, que creyó le daria la victoria, *sumision ó la muerte*. Lamberto, dotado de aquel valor que á todo resiste, respondió, sin mudar de opinion: "Yo me entrego enteramente á la clemencia del rey." Y exclamó Enrique: "No tengo yo clemencia para los hereges; y si esa es tu última respuesta, no tienes que esperar otra cosa sino espirar en las llamas." Como Lamberto no replicase, pronunció la sentencia el canceller Cromwel, y se egecutó, no precipitando al infeliz en el fuego, sino metiéndole poco á poco en la hoguera, empezando por las piernas. Castigo bien merecido de un infeliz maestro de escuela, por

haberse atrevido á no dejarse cónvencer de los argumentos de su soberano.

Despues de esta pomposa disputa quiso Enrique tomarse el placer de una ceremonia de galantería. Viéndose viudo estendió sus miradas desde su corte á las cortes que tenian princesas amables, creyendo que con solo presentar su mano todas se apresurarian á recibirla. No obstante, en la primera esperiencia no salió muy satisfecho, porque la hija mayor y heredera del duque de Longueville, la cual era uno de los ornamentos de la corte de Francia, que tenia entonces muchas bellezas, no quiso admitirla. Francisco I le ofreció la mano de la segunda, ó de otras damas á su eleccion; pero Enrique la quiso ver para no engañarse, y así propuso al rey de Francia una conferencia, protestando diferentes asuntos, y que llevase á ella el monarca frances las mas hermosas damas de su corte para que él escogiese. Esta proposicion le chocó á Francisco I, y respondió, que tenia él mucho respeto al bello sexo para llevar las señoras de la primera distincion como caballos á la feria para que los tomase ó despreciase el comprador segun su capricho. No entendia Enrique de esta delicadeza, y así insistió en su pensamiento; pero el rey de Francia se mantuvo firme, y no se verificó aquella especie de mercado. Presentó el canceller Cromwel á Enrique VIII un retrato de Ana, princesa de Cleves, é inmediatamente resolvió casarse con ella. A la primera vista ya le pareció que el original no correspondia á la pintura. Todavía se le vió mas disgustado al dia siguiente de las bodas, y habló de divorcio. Cedió Ana á quanto quiso el rey, y no hizo resistencia alguna; pero Enrique no

perdonó al canciller, aunque era su favorito, el haberle embarcado en este golfo: y por ligeras faltas, casi inevitables en el manejo de una administracion, dispuso el rey que el mismo parlamento, que anuló su matrimonio, le condenase á muerte. Hizo declarar el divorcio por sola su ridícula asercion de que quando se habia casado con la princesa no habia dado en su interior el consentimiento.

Se casó Enrique quinta vez con Catalina Howard, educada por una abuela que no habia sido muy vigilante en su conducta; y sin duda fueron poco exactas las informaciones, pues á haberse hecho con un poco de atencion se hubiera sabido que sus costumbres nada menos eran que regulares. No las reformó esta señora por haberse casado, y continuó el íntimo comercio con sus antiguos amantes. Se lo advirtieron á Enrique, y fue para él esta noticia un golpe de rayo. ¡Una muger á quien habia honrado con su mano vivir en semejantes extravíos! Cayó enfermo, y su parlamento le envió una diputacion con el encargo de manifestarle la parte que tomaba en su pesadumbre, consolándole con que todos los hombres estan espuestos á la misma desgracia. La culpada y sus cómplices fueron castigados con la muerte. Con esta ocasion publicó el parlamento dos leyes bien extraordinarias: la primera fue que el que conociese ó sospechase con fundamento una infidelidad de parte de la reina, la podria descubrir al rey ó á su consejo, sin temor de que, aun quando se engañase, incurriria en la pena contra los calumniadores; bien que con la condicion de que el delator no hiciese público el delito, ni aun hablase de él al oido. La segunda ley decia que si el rey, cre-

yendo casarse con una doncella, se casase con muger que no lo fuese, se juzgaria ser reo de alta traicion aquella esposa, y castigada como tal por no haber antes confesado su falta,

El estatuto del parlamento sobre la virginidad, exigida de las que el rey honrase con su mano, hizo decir á los burlones que se veria reducido á casarse con una viuda; y así sucedió, pues tomó por esposa á Catalina Par, muger virtuosa, hábil en las materias de religion, y aun controversista, que era para Enrique un talento agradable, mientras no le ostentasen mucho, ni hiciesen empeño de tener razon contra sus opiniones. En poco estuvo que á la reina la costase la vida el no haberse contenido sobre este punto en la raya señalada por el monarca. La traspasó Catalina en la disputa, y cometió la imprudencia de no parecer que estaba bien convencida con los argumentos del rey; y así no evitó la suerte de Lamberto el maestro de escuela, aunque sin la crueldad del suplicio, sino reconociendo la alta capacidad de su esposo, y diciendo: que si habia defendido demasiado su opinion habia sido por ilustrarse é instruirse en una disputa en que ella se confesaba muy inferior. Esta confesion humilde la reconcilió con su esposo, el cual admiró su discrecion.

A los furoros de los zelos, tan terribles para una muger, al pedantismo tan desagradable con que hacia de teólogo, añadió Enrique en sus últimos dias el mal humor y la impaciencia, efecto de sus enfermedades. No se podia llegar á hablarle sin peligro; y era fortuna que su espíritu se ocupase en negocios grandes que hacian diversion á su zelo perseguidor. Fue su reinado brillante, y tuvo en

su mano la balanza de la Europa; pues aquellos dos rivales tan encarnizados, Cárlos V y Francisco I, se envidiaban su alianza, y cada uno procuraba tenerle de su parte; bien que para ganarle era preciso presentarle su interes, que fue siempre la basa de sus acciones. Por la historia de sus casamientos se ha visto que no tenia mas objeto que su propia satisfaccion, y que á esta sacrificaba otras conveniencias. En Enrique VIII se hallan en contraste la estension del espíritu con los defectos de los ingenios pequeños: la arrogancia con la hipocresía, y la obstinacion con los caprichos. A este contraste deben añadirse los vicios de los tiranos, cuales son, la violencia, la crueldad, el robo y la injusticia. En sus proyectos y vejaciones contaba para la egecucion con el indefectible apoyo de su parlamento, el mas vil y mezquino que se ha visto, y digno sin duda del Neron de Inglaterra.

Habia arreglado Enrique VIII el órden de la sucesion al trono, dejando primero la corona al príncipe Eduardo, hijo de Juana Seimur. Despues á las princesas María é Isabel, con la condicion de que no se casasen sin el consentimiento del consejo que habia nombrado para su hijo menor, el cual no pasaba de nueve años, pero anunciaba bellas disposiciones. Le criaron en la religion que su padre habia compuesto, cuyos polos eran dos: privar toda relacion con el papa, y ser el rey cabeza de la Iglesia. En tiempo de Eduardo se vió una liturgia, pero que no daba la solidez que debe tener un sistema religioso, sea el que fuere. Esta liturgia era obra del duque de Somerset, tio del rey, como hermano de su madre. A Somerset le

nombró protector el consejo de la regencia.

La historia del reinado de Eduardo es la de las querellas de los pretendientes á la autoridad. Tenia Somerset el proyecto útil á los dos reinos de casar á su pupilo con la jóven reina de Escocia María Stuart. Por desgracia de esta princesa la destinó su madre al delfin de Francia, y la quitó la corona de Inglaterra por la de Francia, que no hizo mas que pasar rápidamente sobre su cabeza. Gobernaba el protector con suavidad y prudencia; pero su hermano, el lord Seymour, hizo lo posible por suplantarle; y contra el gusto de su hermano, casó con la reina viuda Catalina Par, la cual murió antes que el lord Seymour sacase del casamiento las ventajas que esperaba. Desahuciado por esta parte hizo la corte á la princesa Isabel; y mostró tal ambicion, que Somerset tomó justo sentimiento. Le exhortó pues, le amenazó, y por último hizo cortarle la cabeza.

A pesar de la prudencia de Somerset rompía por todas partes el descontento que estaba contenido con el terror que habia inspirado Enrique VIII. Empezaron provincias enteras á pedir la Misa, los sacerdotes y el culto: transigia el protector con unas: reprimia á otras; pero fue preciso llegar á las armas. Puso Somerset al frente de las tropas á Warwik, nombre famoso en las turbulencias de Inglaterra. Gauó victorias, y consiguió grande crédito por la estimacion que le daba el jóven rey; y Warwik con este apoyo desprecio al protector, y muy presto le resistió abiertamente. Advirtió aunque tarde Somerset, que se le deslizaba la autoridad de entre las manos: pero cuando quiso recobrarla estaba ya ganado el consejo de regencia.

Arrestaron al protector, le enviaron á la torre, y casi á un mismo tiempo le juzgaron y le degollaron. Entró en su empleo y en su autoridad Warwik, bajo el nombre de conde de Nortumberland.

Iba decayendo mucho la salud de Eduardo, y se advertia fácilmente que no podia vivir mucho: por lo cual tomó sus medidas el nuevo protector para prolongar su autoridad aun despues de la vida del rey. Consiguió absoluto imperio sobre el corazon del jóven príncipe; y como este tenia gran zelo por la religion que habia compuesto su padre, le hizo temer Nortumberland, que si se verificaba el órden de sucesion á la corona, establecido por Enrique VIII, cayendo en su hermana María, que profesaba abiertamente el catolicismo, podia esta restablecerle. Le inspiró otras aprensiones acerca de Isabel, y le propuso que llamase al trono á Juana Gray, nieta por su madre de una hermana de Enrique VIII, y descendiente de una rama de su familia, cuyo afecto á la Iglesia anglicana era conocido. Habia casado el protector á esta princesa con su hijo el lord Guilfort. Agradó á Eduardo esta disposicion, y ordenó que la ratificase un parlamento sacrificado enteramente á Nortumberland. Murió el rey á los diez y seis años con una corta enfermedad. Era un prodigio de ciencia para tan tierna edad, y la benignidad de su carácter daba lisonjeras esperanzas de un reinado pacifico. Fue generalmente llorado, y dejó su cetro en disputa entre cuatro princesas, María, declarada ilegítima por sentencia del parlamento que no estaba revocada: Isabel, á quien á pesar de la misma tacha habian habilitado: María Stuart,

reina de Escocia, que entonces estaba en Francia y últimamente Juana Gray.

1553.

No fue larga la disputa. Creia Nortumberland haber tomado bien sus medidas: tuvo oculta la muerte del rey, y escribió en su nombre á las dos princesas que fuesen prontamente, porque deseaba verlas antes de morir. Teniendo en sus manos el timon le hubiera sido fácil colocar á su nora en el trono; pero ellas lo supieron en tiempo, y se alejaron. Hizo entonces proclamar á Juana Gray; pero como le aborrecian, la proclamacion no pasó de Londres y sus cercanías. Se declararon las provincias por María con mayor gusto, porque prometió solemnemente no hacer mutacion en la religion que habia compuesto su padre, aunque para sí misma continuaria en el egercicio de la católica. De este modo aficionaban sus promesas á los anglicanos, y su práctica á los católicos.

Por otra parte hacia las diligencias convenientes. Juana Gray no se movia; y mas bien puede decirse que se dejaba llevar al trono, que no que caminaba á él por sus pasos. Esta princesa no pasaba de diez y seis años; pero sus bellas calidades pudieran honrar la edad madura, pues la agradaba mucho el estudio, y estaba en las ciencias muy adelantada. Mientras sus compañeras se entregaban á las diversiones de su sexo y á los placeres de la corte, se retiraba ella á leer los buenos autores griegos y latinos en sus propias lenguas. Cuando su padre fue á darla la noticia de su elevacion, la recibió con un dolor igual á la sorpresa; y aun rehusó la corona, diciendo: "Que pues las dos princesas tenian un título superior al suyo, temia las consecuencias de aquella empresa; y que

así, si á ella la oyesen, renunciaria. Solamente se rindió Juana á las reiteradas instancias de su padre y de su esposo Guilfort, que tenia un año mas que ella.

Desde luego cumplió Maria su palabra: publicó perdon general: repartió su favor entre los profesores de las dos religiones: quitó algunos impuestos, y se hizo popular en cuanto lo permitia su carácter melancólico. Fue su hermana Isabel á rendirla un homenaje, que la pareció un poco tardío. Nortumberland, de repente se vió casi generalmente abandonado. Sin embargo levantó algunas tropas; y viendo que no podia defenderse, se rindió: pidió perdon, no pudo conseguirle, y le cortaron la cabeza. En la sentencia que le condenaba fueron comprendidos muchos de sus partidarios, como tambien el lord Guilfort, y su esposa Juana Gray, bien que se dilató la egecucion de su sentencia, contentándose con retenerlos en la torre.

Viéndose Maria libre de temores por esta parte, se entregó á su humor triste y melancólico. Todos los que habian contribuido al divorcio de su madre cayeron bajo de la cuchilla del verdugo; y se pudieron llamar felices los que murieron con solo este castigo. El obispo Gardiner fue quemado vivo como reo de apostasia. Se encendieron hogueras, se levantaron horcas, se llenaron las cárceles de desdichados sacerdotes ó frailes que cediendo al miedo se habian casado, ó habian hecho el juramento de la supremacia. Con los que no eran católicos no cumplió la reina Maria sus promesas. Restableció los clérigos, dió á las ceremonias de la Iglesia católica la mayor publicidad, hasta forzar al parlamento á que recibiese en nombre del reino la

absolucion de las censuras incurridas por haber mudado de religion.

Estas acciones de autoridad absoluta causaron sublevaciones en las provincias. Uno de los que se habian rebelado fue á Londres con cuatro mil hombres determinados, y pidió que le entregasen la torre; pero fue rechazada su tropa, y á él le hicieron prisionero. Por su interrogatorio se descubrió que su intencion y la de sus cómplices era sacar á Juana Gray de la torre para oponerla á Maria. Aunque la jóven princesa, ni con el hecho ni con la voluntad habia contribuido á la empresa, se decretó su muerte y la de su marido; y dada la sentencia, solamente la enviaron á decir que se preparase para morir dentro de tres dias. Recibió Juana la funesta noticia con una firmeza heroica: solo se quejó de la dilacion de los tres dias, y sin suplicar ni dar un paso para conseguir el perdon, los empleó en sus ocupaciones ordinarias. El dia de la egecucion quiso su marido verla; pero ella le respondió, que la ternura de su vista seria demasiado viva para que ella la pudiese soportar, y añadió: "Decidle que nuestra separacion no durará mas que un instante, y que presto nos veremos unidos en un lugar en donde no serán confundidos nuestros afectos, ni las desgracias turbarán nuestra felicidad eterna." Cuando iba al suplicio encontró el cadáver de su esposo que llevaban á enterrar; se detuvo, clavó los ojos en él sin manifestar conmocion: sacó el librito de memorias, y escribió algunas líneas. Despues se vió que habia escrito tres sentencias en griego, en latin y en francés, relativas al espectáculo de aquel cuerpo inanimado que habia herido sus ojos, y la espe-



Firmeza de Juana Gray.

Quando iba Juana Gray al cadalso encontró el cadáver de su esposo Guilford, que llevaban al sepulcro. Se detuvo; sin manifestar conmoción clavó en él los ojos; y sacando un libro de memorias escribió tres sentencias en griego, latin é inglés relativas á su desgracia é inocencia. Quien camina con tanta serenidad á la muerte tiene el alma muy pura, ó no la cree inmortal.

ranza de que Dios y la posteridad harian justicia á su inocencia.

Estando en el cadahalso dijo á las gentes: "No es mi delito haberme apoderado de la corona, sino el no haberla desechado con suficiente firmeza. Mi culpa no consistió tanto en la ambicion, quanto en la veneracion á mis padres, á quienes me enseñaron que rindiese respeto y obediencia. Recibo de buena gana la muerte, como única satisfaccion que puedo dar ahora al estado ultrajado. Si yo he quebrantado las leyes ha sido por violencia, y con mi sumision á la sentencia que me condena deseo manifestar, quanto deseo espíar la desobediencia á que me arrastró la piedad filial." Hizo seña á sus mugeres de que se retirasen; y sin apariencia de turbacion puso la cabeza bajo de la cuchilla del egecutor.

Mucho menos tranquila estaba Maria, porque la traian inquieta el amor, y el no poder tolerar á los hereges. El amor le manifestó en la impaciencia que se descubria, porque no llegaba el príncipe de España don Felipe, sucesor de Cárlos V en aquella corona, á quien habia elegido por esposo contra el gusto de una gran parte de la nacion. A la edad de treinta y seis años no debia prometerse que sus gracias harian impresion favorable en aquel esposo jóven; pero sin embargo le esperaba como si á primera vista hubiese de subyugar su corazon. La causaba verdaderas ansias su tardanza: ya temia que los vientos le detuviesen, y ya que una armada francesa se le interceptase. Llegó por último, y la reina le recibió con una espresion de alegría muy notable; pero los ingleses con frialdad.

No tuvo aquel triste y taciturno príncipe la habilidad de moderar la repugnancia de los cortesanos, antes bien los alejaba con su silencio. No sentia esto la reina; porque el dejarle solo la permitia muchas veces estar con su esposo, que era su único placer, tanto que las ausencias mas cortas la daban inquietud; y la menor urbanidad que usase con otra muger la penetraba de zelos. María, estudiando el carácter de Felipe, advirtió que el medio mas seguro de conquistar su aficion era hacerle señor de Inglaterra, y empleó todo su poder para que le reconociesen rey, y muerta ella, heredero de la corona; pero se desgraciaron sus tentativas, y se opusieron todos abiertamente á su deseo. Creyó que aquella negativa era la causa de la tibieza que advertia en su marido; y concibiendo un odio implacable contra los hereges, los trató como á enemigos encarnizados del católico príncipe su esposo.

Sobrevino un vislumbre de esperanza de fijar la pasion de Felipe por haber creido María que se hallaba en cinta; pero su preñez no fue mas que un principio de hidropesía, con lo que haciéndosele cada dia mas desagradable á Felipe la compañía de una muger enferma, la dejó, diciendo que le llamaban á Flandes varios asuntos de importancia. Todo el tiempo de su ausencia le empleó María en escribirle cartas muy afectuosas: le enviaba cuanto dinero pedia; pero con la pesadumbre de ver que no venia Felipe, se la aumentó el mal, hasta que una calentura lenta se la llevó á los cinco años de un infeliz reinado.

1558.

Subió al trono su hermana Isabel instruida por la adversidad. Habia tenido mucho que sentir

porque no profesaba la religion católica ; y cuando murió su hermana se hallaba en desgracia , y desterrada de la corte. Con los reveses de la fortuna habia contraido el hábito de disimular á tiempo, y de gobernarse con prudencia y sagacidad. Al tomar la corona solo tuvo el disgusto de ver que la reclamaba María Stuart; bien que esta se contentó con poner en su escudo las armas de Inglaterra con las de Francia y Escocia ; pero nunca la perdonó Isabel esta pretension. La mancha mas notable de la vida de Isabel es haber quitado la vida á esta princesa , lo que se atribuye á la envidia , no de su poder , sino de su hermosura , espíritu y gracia. Hizo cuanto pudo porque recayese en sus ministros esta maldad , desnuda de toda justicia. Cuando la dieron cuenta de haberse ejecutado la sentencia que ella misma habia hecho decretar, dijo á los comisionados. "Habeis cometido un gran delito quitando la vida á mi hermana, no siendo esa mi intención , como bien claramente os lo tenia dicho." Pero no procedió consiguiente , pues sin embargo de un delito tan grave ninguno de los jueces perdió su confianza y su favor. Todo el castigo cayó sobre el secretario del consejo , á pesar de haber salido de sus manos la órden por espreso mandato de los ministros ; pero todo el castigo se redujo á una prision momentánea y una multa , de que la reina procuró reintegrarle con liberalidades secretas.

El reinado de Isabel debe tenerse por uno de los mas afortunados de Inglaterra. Halló el reino inquieto con los alborotos de religion, que son los mas peligrosos, y consiguió sosegarlos; y aunque á la verdad con algun rigor , no puede compararse

con las crueldades, barbaridad y horror de los castigos de Enrique VIII. En tiempo de Isabel sufrió la religion el tercer trastorno, y fue el último. Proscribió su padre el catolicismo, su hermana le restableció, Eduardo habia publicado una liturgia; y esta reina la corrigió, cercenó, añadió, y forjó una religion nacional en la conformidad que ahora existe. Estableció un orden permanente en todos los artículos de la administracion, estendió con felicidad sus cuidados á la marina y el comercio; y lo mucho que animó estos dos puntos produjo los célebres marinos Drakc, Haukins, Forbisher, y otros valerosos navegantes que ilustraron su reinado.

En todas sus empresas fue tan afortunada Isabel, que la felicidad con que preservó la Inglaterra de la invasión de su cuñado el rey de España Felipe II, y de las tropas con que amenazaba á sus costas la armada, que este llamó la Invencible, mas que á la prudencia de sus medidas, debe atribuirse á la fortuna. Socorrió á Enrique IV y á los flamencos contra el mismo Felipe II, que no habiéndola conseguido por esposa queria hacerla precipitar del trono. Aunque en general las acciones de su vida pública son de reina, es preciso confesar que ocultamente pagaba el tributo algunas veces á la flaqueza de su sexo. En haber negado su mano á príncipes y reyes por no sujetarse, ni dar á otro parte de su autoridad, hizo lo que muchas grandes princesas; pero declarando esta resolucion se preciaba de un amor á la virginidad que nadie creia; porque respecto de algunos cortesanos, se notaron distinciones que escedian la medida del favor ordinario. El último á quien parece haber amado con mas ternura, á quien colmó de gracias,

y á quien dejó morir en un cadahalso , fue el conde de Essex. Se acercaba Isabel á la decrepitud, cuando el conde tocaba en la flor de la edad y se distinguia por sus brillantes prendas. El favor de la reina le inspiró un orgullo que le suscitó muchos enemigos , y en lo mas fuerte de su presuncion no guardaba respetos ni con ella misma. Irritada , porque un dia se obstinó contra ella tanto que queria que prevaleciese su opinion en el consejo con poco respeto á su soberana , le dió esta un bofetón , castigo mas propio en una amiga irritada que en una reina ofendida.

Muchas veces se desavenian , y volvian á conciliarse ; y en una de estas alternativas le dió la reina una sortija , diciéndole , que si en alguna ocasion se hallaba en peligro , no tenia que hacer sino enviársela , pues aquella alhaja seria para él una prenda de seguridad. Llegó el fatal momento , porque habiendo faltado Essex al respeto de la reina hasta tomar las armas contra ella , le condenaron á perder la cabeza : y viéndose en tal extremo , remitió la sortija á la condesa de Northingham para que se la presentase á Isabel ; pero se engañó en su confianza ; pues la condesa , por zelos , ó por dar á la reina esta pesadumbre , guardó la sortija. La esperaba Isabel con ansia , y sentia vivamente que el culpado prefiriese , como la parecia , la muerte al placer de deberla la vida. Se detenia , tomaba la pluma para ratificar la sentencia , se la caia de la mano , y volvía á tomarla. Los ministros , que temian el crédito de Essex , se aprovecharon de un instante de despecho , la hicieron firmar , enviaron la órden , y al punto se ejecutó.

Poco tiempo despues cayó enferma la condesa ;

y estando para morir envió á decir á la reina que el conde de Essex la habia encargado que la restituyese una sortija, y que se la enviaba. Fue corriendo Isabel á casa de la condesa á saber la causa de aquella estraña omision; y despues de haberla oido, la dijo: "Dios puede perdonarte; pero yo nunca:" y se retiró afligida y consternada. Desde este punto no dió otras señales que las de un profundo dolor: no queria comer, guardaba un silencio triste, y solo le interrumpia con suspiros y sollozos. En este estado de desmayo y languidez murió á los setenta años. Con ningun soberano gozó la Inglaterra de tan larga tranquilidad, ni de prosperidad mas constante. Tuvo, como hemos dicho, las flaquezas de su sexo, los zelos del amor, la rivalidad de hermosura, y el deseo de ser admirada; pero tuvo tambien la vigilancia, la penetracion, la aplicacion al trabajo, energía y magnanimidad; aunque debe igualmente decirse, que no la faltó un poco de falsedad.

1603.

Cuando murió dejó recomendado al hijo de la desgraciada María Stuart, rey de Escocia, á quien, por nieto de Enrique VII, pertenecia realmente la corona de Inglaterra. Dos cosas principalmente deben notarse en el reinado de este príncipe, porque influyeron en el siguiente. Hasta entonces habia pertenecido al canciller la policia del parlamento en cuanto á las elecciones: es decir, que él era el que decidia las disputas sobre este punto, en términos, que si habia dificultad respecto de un miembro elegido para la cámara de los Comunes, iban al canciller, y este admitia ó escluia al diputado. Si alguna ciudad, pues, ó alguna villa nombraba un hombre que no agradase á la corte, fá-

cilmente hallaban en su nombramiento algun defecto, y le denunciaban al canciller. Como este era el valido del rey, nunca le faltaban razones para escluir el miembro sospechoso, y para admitir ó llamar otro que fuese de condescendencia menos equívoca; y de este modo el soberano se hacia dueño de las opiniones. Le disputaron al canciller esta potestad, y pretendió el parlamento tener derecho para juzgar estas causas; y mediante algunos ligeros sacrificios se la arrancó á la prerogativa real.

Se habia introducido en la Iglesia anglicana una secta severa y de zelo acre, cual es el que suelen producir los primeros momentos de fervor. Los discípulos de esta secta se llamaban Puritanos, porque se tenian por mas puros que los otros en su doctrina y costumbres. Estos no querian gerarquía en la Iglesia sino una perfecta igualdad entre los ministros del culto, quitando todos los obispos. Jacobo, por el contrario, miraba la graduacion y subordinacion de las potestades en la Iglesia, como muy útil á la autoridad real, y la sostuvo contra los puritanos; pero estos, sin conseguir una victoria completa, consiguieron mucho ascendiente; y se multiplicaron lo bastante para llegar á ser muy peligrosos.

En tiempo de este rey sucedió la famosa conspiracion de la pólvora. Irritados algunos fanáticos porque no hallaron en el hijo de María Stuart la proteccion que esperaban, concibieron el espantoso proyecto de deshacerse de un golpe del rey, del parlamento y de cuanto habia grande en el reino. Al mismo tiempo que se egecutase su odiosa intencion, pensaban en asesinar al príncipe de Gales,

conservando solamente una jóven hermana suya, para instruirle en los principios de su religion. Estaba señalada la egecucion para el dia de una session solemne del parlamento, á la que debian asistir el rey, la reina y los pares del reino.

Uno de los cómplices, sintiendo que un amigo suyo, que por su dignidad habia de concurrir á la asamblea, debia perecer en la catástrofe general, le escribió que se abstuviese de ir allá, diciéndole, en su estilo entusiástico: "Dios y los hombres están de acuerdo para castigar la perversidad de estos infelices tiempos: aprovechaos de mi aviso; pues aunque no hay apariencia de alborotos, os aseguro que recibirá el parlamento un golpe terrible, y no verá de dónde le viene." Llevaron este billete al rey; y esponiéndole al examen del consejo, causó á todos grande embarazo. "No hay alborotos.... recibirá un terrible golpe.... ¿y no verán de dónde viene?" Los consejeros hacian mil conjeturas; pero el rey fue el primero que imaginó que tan terrible golpe, invisible en su principio, y por decirlo así, fulminante, no podia ser otra cosa que el efecto de una mina. Cavaron por debajo de la sala, y todo lo hallaron tan bien dispuesto, que á no haber recibido el aviso, era imposible que el proyecto no hubiese producido todo su efecto. Se prendió á algunos de los egecutores, pero á pocos de los autores, porque tuvieron tiempo para ponerse en salvo.

Esta conspiracion era tanto mas odiosa quanto Jacobo, aunque zeloso por la religion anglicana, no era cruel con los no conformistas; y sin embargo de vivir entregado á sus favoritos, nada influia esta debilidad en los negocios de estado. Era ins-

truido ; pero como gustaba de parecerlo , su ciencia tenia mezcla de pedantismo. De él se hizo este retrato opuesto : “Su liberalidad degeneraba en profusion , su genio pacífico en pusilanimidad , su prudencia en engaño , y su amistad en ternura pueril.” Jacobo I fue el que reunió los tres reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda en una sola monarquía , con el nombre de la Gran Bretaña.

El que quiera conocer los pasos de las revoluciones , y los grados por donde estas llegan á las últimas catástrofes , podrá instruirse en la vida de Carlos I. Tenia este veinte y cinco años cuando tomó el cetro. Hasta entonces se habia dejado gobernar por el duque de Buckingham ; y cuando se sentó al timon del estado abandonó en manos de este favorito las riendas del gobierno , que hubiera manejado mejor por sí mismo. Los subsidios que necesitó dieron principio al disgusto entre él y la nación ; y entonces resolvió el parlamento aprovecharse de la necesidad del rey , haciéndole comprar los subsidios á precio de concesiones perjudiciales á la autoridad real. El monarca por su parte se mantuvo firme contra este sistema , y se empeñó en el de conseguirlo todo sin conceder nada. De este modo se suscitó una lucha , en que cada uno cedia algo de cuando en cuando segun las circunstancias. Dió subsidios el parlamento aun sin haber logrado todas sus pretensiones , y el rey quedó contento , aunque no recibió todo el dinera que deseaba. Ya se cansó de hablar en tono de suplicante delante de sus vasallos , y anuló aquel poco accesible parlamento. No hubiera llegado á este extremo si el canciller hubiera podido , como antes , escluir con varios pretextos los miembros peligrosos al tiem-

1625.

po de su formacion ; y así aquel privilegio , que su padre dejó perder , fue tal vez la primera causa de las desgracias del hijo.

Para suplir por los impuestos que Cárlos no podia exigir por no haber parlamento , imaginó el ministro pedir á los ricos un empréstito general; pero este empréstito se vió por su naturaleza espuesto á disputas sobre el mas ó menos , aun mas que si fuera un impuesto. A los que no prestaban y á los que no prestaban lo suficiente , los estrechaban con multas , prendas que les exigian , y aun con prision ; y así este medio no ahorró la necesidad de recurrir á un parlamento. El rey convocó otro segundo , y este quiso tomar conocimiento de las vejaciones con que se habia exigido el empréstito. Le despidió Cárlos ; pero tuvo que convocar otro tercero con motivo de la guerra que declaró á la Francia.

No podia haberse ideado cosa peor que una empresa que obligaba á exigir nuevos impuestos. Se cree que su principio fue la vanidad de Buckingham , resentido de que Richelieu , fastidiado del aire de hombre de importancia con que Buckingham se presentaba en la corte de Francia siendo embajador , le habia hecho salir del reino , y mandado que no volviese á entrar. Persuadió este privado al principe que aquella guerra seria el mejor medio de juntar caudal , porque como la nacion inglesa estaba siempre envenenada contra la nacion rival , aprontaria cuanto el rey necesitase para humillarla. No previó Buckingham las consecuencias funestas de su error , y fue asesinado. Se vió precisado el rey á no prorogar aquel parlamento , que tan favorable habia de ser para recoger dinero , esto es,

á suspender sus sesiones, porque iba tomando aire de faccion; y por último tuvo que disolverle resuelto á no convocarle mas. Tomó por ministros en lugar de Buckingham á Wenworth, conde de Strafford, y á Laud, obispo de Londres.

Los puritanos, á quienes Jacobo no habia reprimido bastante, cometiendo segundo error en ello, habian hecho tan grandes progresos, que eran la secta mas peligrosa para la monarquía; porque en donde habian establecido la anarquía religiosa, no habian dejado de introducir principios de resistencia á la potestad civil con el título de libertad. No hay duda que Laud, aunque sin intencion, fue la causa de que rompiesen aquellos principios que ya fermentaban, por haber introducido en el rito inglés ciertas ceremonias que se parecian á las de los católicos. Esparcieron los puritanos la voz de que el obispo intentaba reunir la Iglesia católica y la anglicana, y que la Santa Sede volvía á restablecer en el reino su autoridad antigua.

Hicieron tan fuerte impresion sus discursos, que teniendo muchos ingleses una mudanza, que no se haría sin alguna violenta conmocion, se retiraron á la América. Fue mucha la emigracion, y casi general el descontento: acabó el rey de perder el amor del pueblo, que ya con sus exacciones se habia entibiado. En Escocia, en donde se habian propuesto las innovaciones de Laud, degeneraron las murmuraciones en rebelion abierta. Se vió el rey precisado á pagar tropas, y para pagarlas á convocar, contra lo que habia resuelto, el cuarto parlamento.

Entraron en este muchos puritanos, ó por lo menos muchos miembros, que unos mas y otros

menos profesaban sus principios. La opinion mas esparcida en la cámara de los Comunes era que los derechos de regalía no eran en su fondo mas que usurpaciones, y que así era necesario restringirlos ó destruirlos. Presentaron al rey un largo memorial sobre estos tres capítulos: *Privilegios del parlamento, propiedad de los vasallos, y religion*. Asustado Cárlos con este can-cerberero de tres cabezas, que se le presentaba á combate, anuló aquel parlamento; pero las desgracias de la guerra de Escocia, la necesidad de dinero, y el deseo de la nacion, le precisaron á convocar el quinto, que se llamó el parlamento largo, y empezó en 1641.

1641.

Desde la entrada habló el rey de dinero. Los Comunes, que no habian perdido de vista el plan de reforma de sus antecesores, respondieron con un acto de acusacion contra el conde de Strafford. Los agravios, que eran veinte y ocho, se reducian á uno solo, es á saber: que habia procurado por medios ilegales aumentar la autoridad real en perjuicio del pueblo. Se defendió Strafford con vigor y nobleza, probando que los principales abusos de la autoridad se habian cometido antes de su ministerio. Era hombre de prudencia y probidad reconocidas; pero cometió la falta, inexcusable en política, de creer que en tiempo de alborotos podría mantenerse neutral, y que sin abandonar la causa del rey conseguiria reducir los Comunes á moderacion. Estaban muy enardecidos los espíritus; y como las facciones vienen á parar en sangre, le condenaron á muerte.

Hizo el rey cuanto pudo por librarle: no quiso firmar la sentencia, se abatió á rogar, y envió á la reina y al príncipe de Gales, su hijo, á suplicar

que le permitiesen no dar su orden para la egecucion; pero el pueblo furioso pidió á gritos la muerte del sentenciado, amenazando con los últimos excesos al monarca y á su familia. Pidió Strafford al rey que no se espusiese por él; y Cárlos suspirando tomó la pluma fatal. De este modo se consumó la injusticia, cuyos remordimientos atormentaron á este príncipe hasta en el mismo cadahalso. Despues acusaron á Laud, y se puso en salvo. Todos los ministros, y cuantos eran afectos á la persona del rey, fueron acusados en juicio, ó huyeron ó se dispersaron. Se quedó Cárlos sin consejo, solo, y espuesto á las empresas diarias de los Comunes, que con pretesto de suprimir los abusos trastornaron el gobierno.

Mientras el monarca no era mas que el triste espectador de los golpes que daban á su poder, sobrevino una nueva desgracia para aumentar sus trabajos. Creyendo los católicos de Irlanda que en estos alborotos habia llegado el momento de sacudir el yugo de la Inglaterra, tomaron en dia señalado las armas, y se arrojaron como furiosos sobre los ingleses. Estos, en lugar de unirse para su defensa, huyeron ó se encerraron en sus casas, y cayeron separadamente bajo del hierro de los irlandeses, los cuales no perdonaron á clase ni sexo. Pidió Cárlos subsidios al parlamento para levantar tropas, pero se los concedieron tan cortos que no pudo oponerse á la rebelion; y despues de haberle negado los medios de reprimirla le atribuyeron á delito la continuacion de ella. De este modo se vió el desgraciado príncipe entre el furor de los irlandeses resueltos á conseguir la libertad, entre los escoceses arrastrados de un zelo cruel de reli-

gion, y entre los ingleses que aunque al parecer no eran tan vivos ni tan escesivos en sus pretensiones, eran mas metódicos y mas peligrosos.

Ya el espíritu republicano se presentaba sin disfraz en la cámara de los Comunes; y esta, en lugar de reformar los abusos, pensaba en destruir la monarquía. Las cabezas de la oposicion al partido realista, que subsistia en la cámara de los Pares, empezaron su empresa por rebatir el obispado, mirándole como el baluarte mas fuerte del poder del rey. Esparcieron en el público contra esta dignidad una especie de manifiesto que contenia falsedades y verdades duras, injurias groseras, y malignas insinuaciones, y á este escrito le honraron con el título *de apelacion al pueblo*. Los Comunes le aplaudian, dando á entender que del pueblo dimanaba toda la autoridad. Salió de las presas una multitud de escritos semejantes, y resonaban los mismos principios en los púlpitos, ocupados por los predicantes, cuyo zelo habian procurado avivar.

Tal vez hubiera sido posible contener el torrente que iba creciendo si se hubiera opuesto Carlos con una firmeza sostenida; mas lo que hizo puede llamarse una media tentativa. Le habian designado, como los mas peligrosos, á cinco miembros de la cámara de los Comunes. Entró en ella Carlos, dejando á la puerta doscientos hombres armados; y como no conocia quienes eran aquellos cinco, mandó que el orador se los mostrase; pero este se arrojó á sus pies, y respondió: "Que solo tenia ojos para ver, y lengua para hablar cuando la cámara se lo mandase." La cámara nada dijo; y el rey, en vez de hacer que entrase su

escolta , se retiró , y fue á la ciudad á pedir familiarmente á uno de los magistrados del pueblo que le diese de comer. No le salió bien este paso popular : se aumentaron las murmuraciones ; y no teniéndose el monarca por seguro en Londres , dejó su capital , y se empezó la guerra civil.

Aborrecia Cárlos derramar sangre, aunque no temia verter la suya. Su conducta á la frente de sus tropas manifestaba su valor ; pero gustaba de ahorrar la sangre de sus vasallos, y así á la menor abertura de composicion suspendia las hostilidades. Se aprovechaba el parlamento de aquel genio pacífico cuando le sucedia alguna pérdida ; pero en el instante que la fortuna volvia á mostrar su rostro favorable , volvia tambien el parlamento á la misma altivez , y era preciso tentar de nuevo la suerte de las armas.

Se componia el egército del rey de mal disciplinadas reclutas, y casi todos sus soldados y capitanes titubeaban en la fidelidad. Muy al contrario nos pintan el egército del parlamento diciéndonos que en él dominaba el fanatismo , que los oficiales hacian los oficios de ministros de la religion , y que en el tiempo que no estaban ocupados en el ejercicio militar rezaban , predicaban y exhortaban á sus soldados. En lugar del estudio se valian de fingidos y repentinos arrebatamientos de espíritu, diciendo, que eran obra del espíritu que bajaba á sus corazones. Los simples soldados , preocupados del mismo entusiasmo , pasaban las horas desocupadas en la oracion , en la lectura de libros adaptados á su disposicion, y en la Santa Escritura interpretada á su modo. Cuando marchaban al combate se mezclaban los himnos y los cánticos con el

ruido del tambor y de los instrumentos bélicos. Estaban á la frente de estas tropas Fairfax y Oliverio Cromwel. El primero era poco á propósito para intrigante ni enredador; y Cromwel, cuyo carácter nada tiene de problemático, no pasaba entonces sino por un fanático entusiasta.

Era de buena familia, aunque no rica; y en su licenciosa juventud disipó la mayor parte de su corto patrimonio. Cuando se casó dejó la religion anglicana, y se declaró puritano. Era su casa la concurrencia de los eclesiásticos mas rígidos; y los gastos diarios que hacia con este motivo arruinaron sus intereses. Tomó una hacienda en arrendamiento, y se hizo labrador; pero las largas meditaciones y oraciones que hacia observar en su familia, empleando en ellas hasta los mozos de la labor, se llevaban el tiempo necesario al cultivo de las tierras, y tuvo que abandonarlas. Por entonces los mas zelosos puritanos salian á buscar asilo en América, y tambien se resolvió á pasar allá Cromwel; pero cuando habia de partir le detuvieron las prohibiciones que se publicaron para suspender la emigracion; y una feliz casualidad, ó sus intrigas, le proporcionaron la diputacion al parlamento largo.

Se hallaba su fortuna muy arruinada, y parecia que no habia en él talento alguno que pudiera hacerle famoso, porque su persona era desagradable, desaseado en sus vestidos, de voz desentonada, de una esplicacion vulgar, prolija, obscura y sin fluidez. Muchas veces instado de su fervor, se levantó en la asamblea para hablar, y nadie le escuchaba; y por esto convirtió sus miras á la carrera militar. En algunas comisiones que le

encargaron logró reputacion en el egército y pasaba por valiente y á propósito para el mando. Lo mismo que en el parlamento le habia perjudicado, esto es, aquel aire duro y chocante, aquel desaseo de su persona, sus discursos largos y tortuosos, aunque con frases vehementes, fue lo que le aprovechó para con los soldados. Puso su confianza en los votos de estos, intentó mandarlos, y lo consiguió; pero en el parlamento se mantuvo confuso entre aquella multitud de miembros sin distincion ni presidencia, aunque contento con no ignorar nada de lo que pasaba, y con proporcionarse para dirigir las operaciones con su influencia indirecta; por lo cual puede decirse, que cuanto despues sucedió en el egército y en el parlamento fue toda obra de Cromwel.

Las reclutas del rey, nuevas y poco aguerridas, no pudieron resistir á los soldados del parlamento entusiasmados y fanáticos; y despues de repetidas pérdidas fueron totalmente derrotadas. Se salvó Cárlos en Oxford; y las hostilidades que se habian empezado en Escocia antes que en Inglaterra, siempre continuaban. Unidos los dos parlamentos y los dos egércitos perseguian al infeliz monarca hasta perderle. Eran los ingleses los que estaban mas cerca, y á los que mas temia el príncipe; y el horror de verse espuesto si le hacian prisionero á los ultrajes de una soldadesca frenética, que aborrecia su persona y el gobierno monárquico, le hizo tomar el partido de rendirse al egército escoces, del cual esperaba mejor tratamiento.

¡Imprudente resolucion! Como si en tiempo de facciones se pudiera contar con la compasion. A los escoceses los habia llamado el parlamento á In-

glaterra , y no les habian dado la paga ; pero entonces les ofrecieron los sueldos devengados , y aun mas. Así se dejaron ganar , y entregaron el monarca que se habia fiado de ellos. Le encerraron en el castillo de Holmby , y le trataron con mucha dureza. Creyó el parlamento que preso el rey se habia concluido la guerra , y pensó en licenciar el ejército. Los oficiales , que por la mayor parte habian sido estraidos de las heces del pueblo , no teniendo otra perspectiva que aparentar , si abandonaban su grado , mas que volverse cada uno á su casa á consumirse en la obscuridad en que habia nacido , pidieron para sí y para sus soldados retiros y pensiones. Le parecieron al parlamento exorbitantes sus peticiones , y los amenazó ; pero el ejército , oponiendo poder á poder , formó otro parlamento. Los principales oficiales componian un consejo que representaba la cámara alta : eligieron los soldados dos hombres por compañía , que con el nombre de agentes componian la cámara de los Comunes. Cromwel , que era el inventor de este parlamento , fácilmente consiguió ser uno de sus miembros , y comunicar á los malcontentos las ideas sediciosas que él fomentaba.

No tardaron en chocar entre sí los dos parlamentos , pues el civil acusó al militar de rebeldía ; y decia este , que el civil mantenia preso al rey para dominar en su nombre , y tiranizar á la nacion. Cromwel no se contentó con palabras ; y persuadido á que el dueño seria aquel parlamento que pudiese disponer de la suerte del rey , insinuó al ejército la resolucion de apoderarse de su persona. Joyce , que habia sido sastre , y era oficial general , fue con quinientos hombres de caballería , llegó á

Holmby, se presentó al rey con una pistola en la mano, y le dijo que le siguiese: “¿A dónde, preguntó Carlos?” al ejército, le respondió. “¿Y por qué orden, replicó el monarca?” Entonces le mostró sus soldados, y dijo el rey al verlos: “La orden está escrita en caracteres bien legibles,” y se dejó llevar.

Sabiendo esto el parlamento concedió al ejército cuanto pedía; mas al paso que mostraba mas timidez, le pedía mas el ejército; y así el parlamento militar pretendió tener derecho para fijar por sí solo la nueva forma de gobierno; exigió por preliminar de su poder la dimision de once miembros de los Comunes que tenia por sospechosos; y para que no les negasen la pretension marchó el ejército á Londres bajo el mando de Fairfax, á quien declaró generalísimo. Cromwel se mantuvo modestamente en una clase inferior; pero realmente presidia á las deliberaciones. Se abrieron conferencias entre los diputados del parlamento por una parte, y los agentes del ejército por otra. Entre tanto se apoderó Fairfax de la torre, y transportaron al rey al castillo de Hampton-Cour, en donde le guardaban con tan poco cuidado, que se cree que Cromwel deseaba que se huyese.

Lo intentó con efecto; pero habia tomado tan mal sus medidas, que se vió precisado á detenerse en la isla de Wight, en donde no gozaba mas libertad que en Hampton-Cour por infidelidad del gobernador, á quien en otro tiempo habia favorecido. Le amaneció, no obstante, cierto vislumbre de esperanza, pues viéndose el parlamento á riesgo de ser oprimido del ejército, quiso mas bien ceder á una autoridad legítima, y envió al rey propo-

ciones de composicion. Ya iba el tratado adelantándose; pero Cromwel, que de buena gana se hubiera prestado á la evasion del rey, temió una composicion, que pudicra reemplazar al soberano en el trono, y darle una autoridad, cuya primera victima tal vez hubiera él sido. Sacó pues al rey de la isla de Wight, y le entregó á la guardia de cuatro mil puritanos, la flor del egército, gentes feroces, sacrificadas á su gefe, y que en egecutar lo que él mandaba eran incapaces de reflexiones y remordimientos.

Al mismo tiempo envió al coronel Pride, que habia sido carretero, á invadir la cámara de los Comunes, y encerró en una especie de calabozo, llamado el infierno, cuarenta y un miembros, escluyendo ciento cincuenta y nueve; y no conservando mas que sesenta de ellos, conocidos por presbiterianos furiosos. Estos hombres sanguinarios, puestos en la mano de Cromwel, llegaron á ser los instrumentos de su atrevida ambicion. Suscitaron una queja contra el rey, y nombraron una comision para hacerle el proceso, compuesta de ciento treinta y tres personas del cuerpo de oficiales del egército, por la mayor parte del bajo pueblo; pero solamente setenta fueron los que siguieron la causa; y aceptó la presidencia de este tribunal un jurisconsulto llamado Bradshaw.

Bien pensaba Cárlos que no viviria mucho tiempo, porque le asesinarian ó le darian veneno; pero nunca temió que sufriria una sentencia revestida de las formalidades jurídicas, ni que habia de ofrecer su cuello á la cuchilla del verdugo. Llevado al tribunal no quiso reconocerle, y en este período de su vida procedió como constante y no-



Carlos I. sentenciado.

Después de un reinado en que Carlos I. no había cesado de luchar contra las sediciones é insolencias de sus vasallos, se vio' no solamente preso por estos, sino condenado jurídicamente á muerte, cuya sentencia oyó con la mayor serenidad, conservando hasta el fin igual constancia. Acaso este Monarca consideró la pérdida de su vida como menor desgracia que la de reynar sobre tan iniquos vasallos.

ble. Aun cuando le amenazaron que le condenarian no respondió; y cuando habló lo hizo con esfuerzo, presencia de espíritu y tranquilidad. Refutó victoriosamente los agravios del acto de acusacion aunque los multiplicaron, porque ninguno en particular era grave; pero llevaban ya la sentencia los jueces antes de oirle. La escuchó con grande serenidad, y en los tres dias de dilacion que le concedieron no manifestó señal alguna de flaqueza.

Recibió con reconocimiento las espresiones de afecto de aquellos á quienes permitieron que se le acercasen. Cuatro de ellos, Richmond, Hertford, Southampton, y Lindesey se presentaron al tribunal, y dijeron: "Nosotros somos consejeros del rey, y por nuestros consejos ha incurrido en las culpas que le atribuyen, y así pedimos morir en su lugar." Este generoso esfuerzo fue para ellos muy glorioso; pero no les dieron oidos. Fue Cárlos á la muerte con intrépidos pasos, sin que su rostro perdiese su ordinaria serenidad; y llegando al cadalso, justificó en pocas palabras su conducta: reconoció que merecia la muerte por haber permitido egecutar la sentencia injustamente dada contra Strafford, puso valerosamente la cabeza sobre el tajo, y á la seña que hizo la separaron de su cuerpo al primer golpe. Los espectadores, testigos del trágico suceso, no se quedaron en triste silencio, prorumpieron en continuados sollozos, que desde la capital resonaron en todo el reino.

Considerado Cárlos I como hombre particular, merece elogios; porque era buen esposo, buen padre y buen amigo. Como rey no puede ser reprendido de injusticias ni crueldades; pero se habrá observado que fue irresoluto, tímido, é incapaz

de tomar un partido decisivo. Era por último débil y temporizador, defectos los mas peligrosos en las circunstancias críticas en que se halló; pues rodeado de todo su poder no se atrevió á arrestar en el parlamento á cinco miembros desobedientes. Se vió Cromwel acometido de doscientos Levellers, secta fanática, que decia no reconocer mas general que á Jesucristo. Les dió orden de que se separasen, y resistieron: dió sobre ellos, postró dos á sus pies, é hizo ahorcar sobre la marcha á los mas amotinados, enviando á los otros á la cárcel. De este modo subió Cromwel al trono, y Carlos murió en un cadahalso.

1653.

Muchos malvados, despues de haber empapado en sangre las gradas del trono en que iban á sentarse, se resbalaron y precipitaron; pero Cromwel sentó con firmeza el pie, y se colocó con altivez, aunque al principio ocultó su proyecto. Los setenta miembros del parlamento, que habian hecho el proceso al rey, llamaron á los que se habian escludido, pero con la condicion de firmar todo lo egecutado. Nombraron un consejo de treinta y tres, encargado de preparar los asuntos que se habian de presentar en la asamblea. Prohibió este parlamento con pena de muerte reconocer por rey á Carlos Stuart, y declaró que en adelante se gobernaría el estado en forma de república por los representantes del pueblo, sentados en la cámara de los Comunes, y se estinguió la cámara de los Pares. Erigieron una cámara de justicia, nombrando por presidente de ella á Bradshaw; y las egecuciones de este tribunal, llamado el tribunal de sangre, se redujeron á la condenacion de seis señores distinguidos, y acusados de haber tomado las armas contra

el parlamento, no obstante que esto lo habian hecho en un tiempo en que todavía no estaba prohibido obedecer al rey.

Sabiendo Cárlos II la muerte de su padre en Holanda, adonde se habia refugiado, tomó desde luego el titulo de rey. No tenia mas que diez y ocho años, y se le juntaron los proscriptos que le formaron un consejo, y mantenian inteligencias en Inglaterra. Resolvió entrar en su reino por Irlanda, como alguno de sus antecesores, y mientras hacia sus preparativos, creyendo los escoceses disminuir la mancha vergonzosa que habian contraido entregando al padre, presentaron al hijo proposiciones para entregarle la corona; y él las aceptó, aunque eran bien duras.

Bien caro compró el trono mal seguro en que le colocaron. Tenian los puritanos en aquel reino un imperio absoluto, y aun en el egército dominaban sus ministros. Continuamente se hallaba cercado el jóven Cárlos, porque le obligaban á asistir á sus oraciones y sermones, en los cuales hablaban siempre contra la tiranía de su padre, y suponian la idolatría de su madre, que era católica y francesa. No le escaseaban tampoco las reconvencciones sobre sus propios defectos que le imputaban, como la ligereza, la indevocion, y las inclinaciones perversas y llenas de malicia, como ellos suponian. Le hacian observar los domingos con mas rigor que el sábado de los judíos. Hasta el menor gesto le notaban; y si sucedia sonreirse, ó dar á entender que le cansaban sus eternos egercicios, le reprendian ásperamente. Para colmo de su afliccion de nada era dueño, ni en el consejo ni en el egército. Aquellos ministros imprudentes,

que decian estar inspirados del Espíritu Santo, se arrogaban el derecho de dirigir las operaciones militares, y precisaron á los generales de Cárlos á unas maniobras aventuradas, de que supo bien Cromwel aprovecharse. Este se habia hecho declarar generalísimo de las tropas del parlamento: estrechó á los escoceses hasta obligarlos, cerca de Worchester, á una batalla, que ganó. Hizo en ella Cárlos prodigios de valor, siendo de los últimos que huyeron viéndolo todo desesperado, y sin saber adonde refugiarse.

Le dieron noticias de una casa aislada habitada por un frances llamado Penderel. Luego que llegó á ella se hizo cortar el cabello, se vistió de paisano, se entregó como otro cualquier criado á los trabajos del campo, durmiendo en la paja, y manteniendose con groseros alimentos como los otros para no ser conocido. Su ocupacion principal era cortar leña en el bosque. Un dia vió que las tropas de Cromwel andaban por allí siguiendole los pasos, y no tuvo otro recurso que el de subirse á una encina muy alta. Allí estuvo veinte y cuatro horas viendo pasar por debajo á los que le perseguian, y oyendo los fervorosos votos que hacian por encontrarle. Habiendo cesado el rigor de las pesquisas salió de aquel asilo, y fue acercandose al mar. Despues de muchas aventuras en todo género de disfraces, principalmente vestido de muger, que por su edad no le desdecia, sospechado de algunos, y reconocido de los que le hicieron traicion, llegó en cuarenta dias de inquietudes y angustias á la ribera del mar, y se embarcó para Francia.

Las felicidades de Cromwel tenian sobresalido al parlamento, y él supo que este cuerpo for-

maba contra él proyectos. Ya el ejército se había acercado á Londres por su mandado, y halló medio para desavenirle con el parlamento, sugeriéndole peticiones que el parlamento no podía conceder. Las negó este, como Cromwel lo había previsto; y sin detenerse en nuevas instancias ni proposiciones, tomó la resolución de ir al parlamento escoltado de sus principales oficiales; guarneció el atrio, la escalera y las puertas con soldados; entró en la cámara muy irritado, y tomó el primer lugar.

Al sentarse dijo en voz baja á uno de sus confidentes: "Me veo precisado á hacer una cosa que me hace erizar los cabellos, y es disolver el parlamento." Le suplicó este que lo reflexionase bien, porque era un punto peligroso. "Ya lo sé, respondió Cromwel; pero este es el momento oportuno."

Sin duda examinaba el continente de aquellos miembros; y advirtiendo que al verse rodeados de tropa manifestaban mas susto que indignacion, se levantó, reprendió con vivas espresiones al parlamento su ambicion, sus robos y tiranías: al concluir dió una patada, á cuya señal entraron los soldados: "Vaya, vaya, gritó, marchad de aquí, dejad esos asientos para gente mas honrada; pues ya no sois el parlamento: no os necesita ya el Señor: ha elegido otros instrumentos para que trabajen en su nombre. Tú, dijo á uno de ellos, asiéndole por la corbata, *eres un torpe*; á otro, *eres un adúltero*:" al tercero le trató de borracho, y así sucesivamente conforme iban pasando delante de él, les iba apostrando con los nombres *de tragones, de ladrones y de concusionarios*, como si vendieran los votos. Mandó á un soldado que tomase

la maza del orador , que era la insignia de autoridad ; cerró la puerta luego que salió el último , y guardó la llave en su faltriquera. Todos aquellos miembros del parlamento , que un momento antes eran soberanos , avergonzados ya y confusos se mezclaron entre el gentío que estaba esperando á las puertas , y se confundieron con él para no ser conocidos.

Desde entonces pudiera haber condecorado Cromwel con un título el poder supremo , de que realmente gozaba ; pero creyó que aun no era tiempo , que debia hacerse desear , y tomó para esto un buen medio. En un consejo de los principales oficiales hizo establecer , que para la administracion del estado se crease un parlamento compuesto de ciento cuarenta personas. Tomó á su cargo elegir-las , y escogió de entre los hombres del pueblo los mas ignorantes , los mas groseros y los mas fanáticos.

Su primer paso fue invocar la inspiracion de Dios por medio de la oracion , dando el encargo á diez de ellos verdaderamente *alucinados*. Estos llamaron al Espíritu Santo con tal felicidad , que segun decian ellos nunca se habia comunicado á los hombres tan visiblemente. Se pusieron á sí mismos nombres tomados del antiguo Testamento , ó compuestos de frases de la Escritura : como *Zorobabel* , *Habacuk* , *Mesopotamia* , *Aleluya* , *los huesos descubiertos* , y otros semejantes. Cuando los iban á hablar de negocios se admiraban todos de oir su lenguaje místico , sin entenderles nada. Reconocian los holandeses la república , y fueron á este parlamento ó consejo para un tratado de alianza ; “ Vosotros , respondieron los consejeros , sois hombres carnales y mundanos , ocu-

pados únicamente en el comercio y la industria. Los santos, muy distantes de formar alianza con vosotros, debieran esterminaros.”

Estrangeros, regnícolas y todos se quejaron de un parlamento tan ridiculo. El mismo Cromwel aparentó que le tenia avergonzado con sus disparates; y dispuso que á algunos de los que le eran mas adictos les aconsejasen que disolviesen la junta. Ellos se convinieron en concurrir cierto dia en grande número; y antes que llegasen los otros fueron á resignar en Cromwel la autoridad que les habia dado. Los que no estaban prevenidos no aprobaron este paso, y continuaron en congregarse. Les envió Cromwel un coronel con tropa, y este al entrar les dijo: “¿Qué haceis aquí?” “Aquí, respondieron ellos, buscamos al Señor;” y replicó el coronel: “Id á buscarle á otra parte, pues hace mucho tiempo que no está aquí.” Con esto se salieron sin resistencia. Destruido este simulacro de autoridad el egército defirió por sí propio el soberano poder á Cromwel; y declarandole *Protector de la república de Inglaterra*, le dió el título de *Alteza*, y le hizo tomar solemnemente posesion de Withall, antiguo palacio de los reyes.

Por el protectorado pertenecia á Cromwel toda la potestad civil y militar: pero se la limitaron sin embargo con algunas restricciones que el protector sufrió, sin duda porque esperaba hallar medio de que no le estrechasen demasiado. Estableció un consejo supremo vitalicio de veinte y un miembros, que nombró el mismo Cromwel, como prerogativa de su cargo, y tambien le concedieron el derecho de nombrar los que hubiesen de reemplazar á los que fuesen faltando. Cada tres años debia

juntar un parlamento, cuya duracion se fijaba á cinco meses sin prorogacion ni casacion. Por último, le concedieron un egército de veinte mil infantes y diez mil caballos.

Viendose con estas ventajas gobernó despóticamente, pero con gloria de la nacion inglesa. Su exacta y rígida equidad le concilió la estimacion del reino, y este por él se vió victorioso de la Escocia y de la Irlanda. Hizo respetar su pabellon en los mares, estendió su comercio, todas las potencias buscaban á este protector, y él las dictaba las condiciones de su alianza. La familia real, oculta en diversos asilos, se tenia por dichosa de que á los príncipes que la habian recibido no les pidiese que la arrojasen de sus estados. Cárlos II, recorriendo como fugitivo la Francia, la Holanda y la Alemania, solo dió por estos países trémulos pasos, cuyas pisadas temia que las descubriesen los emisarios del protector. Encomendaba á los partidarios que tenia en Inglaterra que ocultasen su afecto; mas á pesar de sus exhortaciones, ellos se arrojaron á empresas que les salieron mal, y atraieron sobre los imprudentes los golpes de la indignacion del protector, la confiscacion de los bienes, el destierro, la deportacion, la prision y la muerte.

Cromwel, en la cumbre del poder, dudó sobre si dejaria el título de protector, y tomaria el de rey; pero prefirió y retuvo el primero por ser el de una potestad nueva, á la cual podria dar toda la fuerza y estension que necesitase, al paso que los derechos de la regalía eran conocidos, y estaban restringidos muchas veces por unas leyes cuya violacion le seria difícil. Armado con esta autoridad indefinida, hizo en todas las administraciones las

mudanzas que le convenian; bien que debe confesarse que casi siempre las hizo con ventajas de su república. Los límites que habian querido poner á su voluntad le detenian poco, porque sabia eludir las oposiciones cuando no podia vencerlas. Convocó hasta tres parlamentos, y uno de estos se afanaba por conseguir cierta decision desagradable al protector. Este llevaba despacio el asunto; y de cinco meses de sesiones, que no pudo reducir á menos, faltaban solo cinco dias, en los cuales se lisonjeaba el parlamento de lograr lo que deseaba; pero Cromwel le disolvió cuando menos lo esperaban, dando por razon que habian espirado los cinco meses, pues debian contarse los meses del parlamento como los de las tropas, que no tenian mas que veinte y ocho dias.

Estos subterfugios desagradaban tanto como los golpes de autoridad, y murmuraban de ellos. La tranquilidad que gozaba la Inglaterra era peligrosa para el protector, porque no estando ocupados los entendimientos en los objetos esternos, se empleaban en pensar en el gobierno; y se iba introduciendo el descontento en el ejército. Cuando Cromwel en otro tiempo meditaba sus atrevidas empresas solia hacer que durmiesen en su casa aquellos en quienes reconocia mayor influencia en los soldados, y estos eran de ordinario los sargentos y cabos. Despues del rezo y las exhortaciones que les hacia, discurria con ellos sobre sus proyectos y los principios religiosos y políticos que se proponia inculcarles; pero logrado el fin de sus deseos empezó á despreciar á estos hombres, y aun quitó á algunos las plazas que les habia dado. Irritó á todos este proceder; y advirtió en ellos

suficiente descontento para temer que le asesinasen. No estaba seguro de parte de su familia, á quien habia inspirado el horror de la autoridad absoluta cuando aspiraba á quitársela al rey; pero ya hijas y yernos llevaban á mal que él, aunque con otro título, la tuviese; y le daban en rostro con que en cuanto habia hecho no habia llevado otra mira que la de satisfacer su ambicion. Algunas veces era tan amarga la censura que no se tenia por seguro entre los suyos, y así todas sus acciones llevaban la señal del terror que le perseguia. Apenas se atrevia á salir de palacio para dar un corto paseo: el aspecto de los estrangeros le ofuscaba: siempre llevaba debajo del vestido una cota de malla, y pistolas de faltriquera: cuando hacia algun viage nunca volvia por el mismo camino: siempre se presentaba rodeado de guardia: nadie sabia en qué pieza se acostaba, porque no durmió tres noches seguidas en la misma; y de nadie se fiaba sino de sí mismo para el cuidado de cerrar las puertas y poner las centinelas. Considerémosle en lo mas interior de un cuarto retirado, con el mayor cuidado al menor ruido, deteniendo el aliento para oir mejor, dando inquietas miradas al rededor de sí, examinando las paredes, y sobresaltado de su sombra. ¿Quién envidiará una autoridad comprada á semejante precio? En su última enfermedad no admitió el consuelo de quejarse, diciendo que los médicos se engañaban, y que él estaba seguro de que sanaria de ella. Hasta el último suspiro estuvo mandando, y fue su última orden colocar en su lugar á su hijo Ricardo. Murió á los cincuenta y nueve años, y con el nombre de Protector habia reinado cinco.

Solo su grande influencia conservó por entonces en la nacion el órden que él habia establecido. Generalmente estaban cansados del estado precario, ó mal seguro, en que cada uno se hallaba: advertian que no podria durar, y deseaban que acabase cuanto antes. Sin embargo, nombraron protector á Ricardo con aplauso de los tres reinos, y le proclamaron en Irlanda por medio de Enrique su hermano que la gobernaba, y en Escocia por Monk, soldado de fortuna, estimado de Cromwel, que le habia hecho comandante. Ricardo, conforme á su obligacion, convocó un parlamento; pero tuvo la imprudencia de juntar en él sin necesidad los oficiales del ejército. Viendose estos reunidos empezaron á discurrir sobre la incapacidad de Ricardo, que jamas se habia puesto á su frente, y pidieron otro general. Supo por otra parte el protector que se le preparaban mas proposiciones no menos desagradables; y como que le disgustaban los negocios, porque temia las dificultades y las consecuencias, renunció el Protectorado; pero este mismo hombre á quien tanto censuraron, vivió en Inglaterra tranquilo; y feliz con una mediana fortuna, llegó á una estrema vejez.

Estaba ya convocado el parlamento; y esperando á que se pusiese en actividad, formaron un consejo de veinte y tres personas, llamado *la Junta de seguridad*. Empezó á obrar esta como soberano, y no pretendia menos que quedarse único dueño del gobierno; pero el pueblo pidió la instalacion del parlamento, y fue preciso darle esta satisfaccion. Le componian en gran parte los que habian sido miembros del parlamento largo; y empezaron estos á gobernar y dar las órdenes. No

por esto creyó la junta de seguridad que estaba privada de dar las suyas, y las daba tambien por su parte.

Muy favorable fue este conflicto para Monk, que habia levantado en Escocia un egército, con el cual iba avanzando hácia Londres. Allí encontró tambien otro poder, que era el del consejo de la ciudad, el cual mantenía la balanza entre el parlamento y la junta de seguridad. No se sabe cual era la intencion de Monk al principio, ni cuando empezó á inclinarse á la monarquía, porque fue hombre que jamas escribió: hablaba muy poco, y en todas sus acciones era misterioso. Ya trataba con el parlamento, y ya con la junta, sin que ni esta ni aquel pudiesen penetrar sus pensamientos. Tampoco abria su pecho á los negociadores que el rey jóven la enviaba.

No obstante, llegando cerca de Londres pareció que abrazaba con preferencia los intereses del parlamento. Con motivo de las quejas de este contra los magistrados de la ciudad, que eran refractarios, y al parecer pretendian rivalizar con el parlamento en poder, dió Monk sobre la ciudad: rompió las palizadas, quitó las puertas, la dejó sin defensa; pero al dia siguiente fue á dar sus escusas, culpando de estas violencias al parlamento, y al mismo tiempo fue á protestar al parlamento y á la junta que estaba enteramente sacrificado á ellos.

Este proceder oblicuo y equívoco tenia inquietos á aquellos miembros que en el parlamento largo habian sido contrarios á Cárlos I. Temerosos de ver colocado en el trono al hijo, porque no dejaria de vengar las injurias hechas á su padre, dis-

pusieron proponer secretamente á Monk que le procurarian un poder semejante al de Cromwel; pero él respondió que no podia oírlos hasta que todo el parlamento estuviese junto, y por consiguiente volvieron á llamar á los ciento cincuenta y nueve que habia escludido Cromwel. Consiguieron que se juntase un parlamento libre; esto es, que se pudiesen nombrar indiferentemente los que habian tomado las armas á favor del rey, ó aquellos cuyos padres hubiesen defendido al desgraciado monarca.

Se presentaron en tropel estos candidatos, y casi todos consiguieron la preferencia. Estando juntos rompió el silencio el taciturno Monk, y envió á decir á Cárlos II, bien que sin escribirle, que se acercase á Inglaterra. Pasó este príncipe de Alemania á Holanda, y estaban los espíritus tan bien preparados, que una simple carta del rey, dirigida á los Comunes, desató por decirlo así, la lengua de todos sus vasallos. En la carta venian el perdon general, y las promesas mas lisonjeras: la recibió el parlamento con mucho júbilo: se comunicó este á la ciudad, desde ella á las provincias: y todos quisieron ser ó haber sido realistas. Desembarcó Cárlos en Douvres, y le recibió Monk, á quien abrazó tiernamente. Toda esta revolucion fue obra de siete meses. Entró el rey en Londres en 29 de mayo de 1660, aclamado de todo el pueblo, y llamaron á este dia, dia de la restauracion.

1660.

Cárlos II, de edad de veinte y nueve años, como habia vivido hasta entonces sin ocupacion fija, habia hecho costumbre la disipacion, y la llevó tambien al trono. No tomó en los negocios sino la parte que le podia divertir; y dejando el

resto á sus ministros , se portó con desidia definiendo á las circunstancias. Esta fue en general su conducta por efecto de un genio benigno y negligente: bien que en el principio de su reinado tuvo precision de dar la atencion mas seria á las cosas de importancia. Debia á la memoria de su padre y á sí mismo el castigo de los que le habian quitado la vida: y así lo ejecutó; pero mezclando con él justo rigor alguna indulgencia con los menos culpados. Quisiera haber mantenido en sus banderas los soldados aguerridos que tenia Cromwel; pero haciendole presente que aquel ejército, por estar acostumbrado á motines, pudiera ser peligroso, le licenció.

La obra de la constitucion nacional requeria tiempo y trabajo: cumplió con esta tarea, y disolvió el parlamento. La obra de la religion anglicana pendia de él como de cabeza de la Iglesia. Se aplicó á concluirla, y restableció la prelatura, los ritos y las ceremonias, bien que con exenciones propias para no dejar fermentar la rabiosa bilis de los puritanos. Estas dos obras , que la humana prudencia de Cárlos llevó al cabo , prueban que tenia juicio. Se casó por política con Catalina, princesa de Portugal , por el gran dote en dinero, y la cesion de las fortalezas de Tanger y Bombay, que dieron á la Inglaterra dos buenos puertos en la Africa y en la India. Permitió al duque de Yorck, su hermano, que se casase con lady Hyde, su dama, hija de su ministro Clarendon, que no habia sido cómplice en los amores de su hija; pero Clarendon prestó con repugnancia su consentimiento para este enlace, temiendo que colocandola en clase demasiado elevada , escitaria contra

él la envidia. Con efecto, ella le persiguió, y le quitó la confianza del rey: á su pesar le mezclaron en varias intrigas, y para salvar su cabeza le fue preciso refugiarse en Francia, en donde pasó una vida obscura.

Aunque el rey era pacífico se vió la nacion agitada de alborotos, que causaron efusion de sangre, y tuvo en ellos gran parte la religion; porque la perpetua lucha entre los católicos y los anglicanos, apoyados estos de otras sectas, tenia todos los partidos en accion. Profesaba Carlos abiertamente la religion nacional, mas se le conocia la inclinacion al catolicismo, y aun se sospechó que le habia egercido en secreto; aunque no por esto dejó la vida licenciosa manteniendo amigas de toda especie y de todas condiciones. De una de las mas distinguidas le nació un hijo, á quien dió el título de duque de Montmouth. Estaba por entonces viudo; y una faccion contraria á Jacobo, duque de Yorck, hermano del rey, quiso valerse del nombre de aquel príncipe para escluir á Jacobo del trono; pero Carlos declaró en parlamento pleno, que nunca habia contraido empeño legítimo con la madre de Montmouth. De este modo confirmó el derecho de su hermano á la corona, y le sostuvo constantemente.

Profesaba Jacobo la religion católica, hacia ostentacion de practicarla, y por su demasiado zelo irritó contra sí gran parte de la nacion. Llegaron á proponer en el parlamento escluirle de la corona, y poco faltó para dar paso á este bill. El calor con que el rey defendia á su hermano, y la sospecha que se tenia de su propio catolicismo, ocasionaron muchas veces cierta frialdad entre él

y el parlamento, y le negaban las cantidades que pedia para sus gastos domésticos, que es lo que despues se ha llamado *la lista civil*; creyendo que estrechándole debilitarian la proteccion de la que llamaban obstinacion de su hermano demasiadamente declarada. No por esto ahorra Carlos sus gastos, y siempre pródigo y siempre necesitado, pasaba la vida en los placeres, siendo muy capaz para los negocios si hubiera querido dedicarse á ellos. Considerando su facilidad en mudar de ministros, y la serenidad con que sufría las contradicciones sin vengarse, como no fuese con algunos chistes, parecia que se miraba colocado en el trono mas para ver que para obrar. Representó este papel por veinte y cinco años de reinado, y murió á los cincuenta y cinco de edad.

1685.

Fue arrancado Carlos II del trono: entró Jacobo II su hermano; y desde que subió á él se apresuró á dar á la nacion los testimonios mas ruidosos de su catolicismo, pues hizo celebrar misa públicamente en su presencia: le rodeaban los sacerdotes, y principalmente los jesuitas: recibió un nuncio del papa con sumisa deferencia, y en sus conversaciones dió motivo para conjeturar, que no solo queria hacer la religion católica igual á la Iglesia anglicana, sino tambien declararla dominante. Inocencio XI, que ocupaba la silla pontifical, le aconsejó con prudencia que nada precipitase: el embajador de España le advirtió que era demasiada la autoridad que daba en la corte á los sacerdotes, y él respondió: "Tambien el rey de España consulta con su confesor."

El descontento que se declaró en el reino con este motivo persuadió al jóven duque de Mont-

mouth, que debia aprovecharse de aquellas circunstancias. Reclamó con un manifiesto la corona de su padre, y levantó tropas; pero no se alistaron en sus banderas mas que algunos hombres del pueblo, y casi ninguna persona de distincion se le unió, por lo que muy presto fue dispersada su débil tropa: cayó él en manos de su tio; y aunque imploró su clemencia en nombre de su padre, á quien tanto debia Jacobo, mandó este degollarle. Fue muy murmurada esta severidad, porque se decia que Cárlos II habia pedido á su hermano, que si este jóven, á quien amaba aunque conocia su imprudencia, llegaba á rebelarse, se asegurase de él, pero le perdonase la vida.

Esta victoria dió nuevo aliento al monarca; y la condescendencia que halló en el parlamento sobre esta rebelion le persuadió que podia atreverse á todo, aunque fuese contra aquel respetable congreso. No temió descontentarle; y creyéndose mas asegurado en el trono por haberle nacido un hijo, aspiró á mayores empresas. No tenia mas que dos hijas, que le habian nacido cuando solo era duque de Yorck; Maria, esposa de Guillermo, príncipe de Orange, stadhouder de Holanda, y Ana, á quien casó con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca.

Guillermo, su primer yerno, viendo la falta de política de su suegro, se manejaba con él muy políticamente; y con el disimulo conveniente para no verse reconvenido, mantenía secreto comercio con los malcontentos, y admitia como por atencion á los desgraciados, dándoles un asilo que parecia de pura benevolencia. Estas disposiciones consiguieron que desearan verle en el trono del padre de su

muger. El príncipe niño, que por decirlo así habia nacido en el trono, era el único que hacia estorbo; pero se esparció la voz de que aquel niño, que habia nacido tan á tiempo, era un hijo supuesto que el rey habia presentado para alejar á su yerno, cuya sagacidad conocia, y frustrarle el derecho de su esposa. Logró Guillermo que le convidasen á egercer de antemano parte de aquel derecho, prestándose á escuchar los agravios de la nacion, y reparar las injusticias de su suegro. Le dieron á entender, ó él hizo que lo dijesen, que si no tomaba este cuidado podria venir otro que se encargase de él, perdiendo de este modo su esposa la corona, que pasaria á otras manos mas atrevidas.

Supuesta esta proposicion, que siempre se ha creido mendigada por Guillermo, partió de Holanda este con un pequeño egército; pero se aumentó con su desembarco. Decia en su manifiesto que le llamaba toda la nacion, y á la verdad la mayor parte de ella deseaba verse libre del gobierno despótico de Jacobo. Avanzó pues Guillermo, se le unieron todos los grandes sin que el rey pudiese poner en pie ni la apariencia de un egército; y le abandonaron todos, incluso Ana, su hija querida, y Jorge su marido, que se retiraron al campo de su cuñado.

Reducido Jacobo á esta estremidad pidió una conferencia con su yerno Guillermo; y este, en lugar de condescender, significó á su suegro que dejase á Londres, y fuese á un castillo que le señalaba poco distante del mar. Correspondió el suceso á la intencion con que Guillermo le indicó aquel sitio, pues se embarcó Jacobo, se refugió en

Francia, y declaró el parlamento que por consiguiente habia renunciado la corona.

Dándosele á María, se trataba de decidir cual habia de ser el título de su esposo. La opinion de un numeroso partido era que se le llamase regente; porque este título supondria que no pertenecia el cetro á su esposa, ó que no era capaz de llevarle; y por otra parte podia dejar pretensiones al infante, que desde que nació fue llamado príncipe de Gales. Guillermo, que no queria haberse espuesto por otro, declaró francamente en una representacion al parlamento que la plaza de regente se le representaba rodeada de invencibles dificultades, y que así estaba resuelto á no aceptarla. Añadió: "Tambien os prevengo, que aunque conozco el mérito de la princesa mi esposa, tampoco aceptaré la corona bajo de sus órdenes; y así, si no teneis otros proyectos no conteis con mi auxilio para restablecer en Inglaterra la tranquilidad. Yo me retiraré á mi casa contento con haber hecho mis esfuerzos para restituir la libertad al pueblo inglés." Logró el efecto de estas activas amenazas, porque le proclamaron rey con María su esposa.

Guillermo, que habia subido al trono de un modo tan imperioso, se vió muchas veces precisado á abatir su misma altivez. De él se dijo que era rey de Holanda, y stadhouder de Inglaterra: calificaciones que esplicaban qué especie de autoridad ejerció en los dos paises. En Inglaterra contenian su autoridad las formalidades del gobierno, y Guillermo intentó en vano hacerlas menos penosas. La Escocia le reconoció en los mismos términos que la Inglaterra; pero la Irlanda permaneció afecta á

Jacobo. Pasó este príncipe allá con el auxilio de la Francia; y si hubiera moderado su ardiente zelo por el catolicismo, tal vez hubiera podido reunir bajo de sus banderas la universalidad de los irlandeses; pero nunca ocultó su repugnancia á los sectarios de las falsas religiones, y así los alejó de su persona. Por otra parte no hizo la invasion con la energía necesaria, siendo así que este género de expediciones es el que pide mas audacia. Por el contrario Guillermo desplegó sus conocidos talentos de política, y toda su habilidad militar, aunque esta le habia sido muchas veces inútil, pues con ser general estimado, rara vez habia sido vencedor; pero en esta ocasion coronó su valor la fortuna.

Regresó Jacobo á Francia, en donde vivió hasta el año de 1700, con una pension que le daba Luis XIV, y algunas cantidades que sus hijas le enviaban; y le siguieron quince mil familias irlandesas. Contra Guillermo se formaron muchas conspiraciones, y no todas provinieron de los partidarios de Jacobo, pues le suscitó muchos enemigos su conducta cautelosa. En su reinado se ponía abiertamente en práctica el uso de comprar en el parlamento la pluralidad de votos: se fue comunicando el contagio al pueblo, y se apoderó de la nacion el espíritu mercenario. Con mas facilidad ganaba este príncipe los votos con dinero que con sus modales; pues era grave, adusto y tibio; solamente en el campo de batalla manifestaba la viveza; y no tuvo la Inglaterra rey menos popular. Sospechaban de él los mas groseros placeres en los frecuentes viages que hacia á la Holanda. Murió sin hijos á los cincuenta y dos años de edad, y trece de reinado.

Le sucedió Ana, hermana de su difunta esposa María. Tenia entonces treinta y ocho años, y se alaba en ella el grande afecto á su esposo, que fue delante al sepulcro, como tambien seis hijos que habian tenido. Su reinado en lo exterior fue glorioso para la Inglaterra; pero en lo interior le inquietaron los partidos de los Wigits y los Torys, que reunieron todos los otros, y aun subsisten. Por los Torys se entiende de ordinario el partido de los ministros y de la corte: por los Wigits el del pueblo y de la oposicion en el parlamento. Bien que por mudarse algunas veces los intereses, sucede que los Wigits esten á favor del ministerio, y los Torys al de la oposicion. En lo demas apenas pasan estos movimientos del recinto de la capital, y sucede comunmente estar las provincias muy tranquilas mientras fermentan las pasiones contrarias en la corte y en el parlamento. Combaten entre sí los ministros empleados, y los que pretenden ocupar sus plazas, y así hay una perpetua lucha entre los poseedores y los pretendientes. Se advierte que los odios, animosidades y provocaciones ambiciosas de los grandes, son para el pueblo una especie de salvaguardia; porque como el partido opuesto observa su conducta con envidia, los que tienen el timon de los negocios se detienen en resolverse á acciones que pudieran dar lugar á acusaciones que son muchas veces capitales.

Ana se dejaba gobernar por sus favoritas. La que por largo tiempo mereció mas su aprecio fue la esposa del célebre Malborough, á quien el crédito de su muger mantuvo á la frente de los éércitos contra la Francia para gloria de Inglaterra.

Se cree que tenia esta reina intencion de hacer que pasase su corona á su hermano jóven, el príncipe de Gales, refugiado en Francia, y que ya estaba en vísperas de egecutar su proyecto cuando murió. La llamaron *la buena reina Ana*, y es la última reina de Inglaterra, descendiente por línea de varon de la familia de los Stuarts, que para siempre será famosa por sus desgracias.

1714.

Jorge I, hijo de Ernesto Augusto, primer elector de Hannóver, hijo de una nieta de Jacobo I, fue llamado al trono, después de Ana, por una ley del rey Guillermo, que daba la corona á la línea protestante. El príncipe de Gales, á quien llamaron el *Pretendiente*, se escluyó á sí mismo, porque hacia profesion declarada de la religion católica. No obstante tenia á su favor un poderoso partido con el nombre de Jacobitas; y cuando estos le llamaron le hubiera sido posible triunfar si hubiese tenido mas energía y vigor; pero se contentó con presentarse, y volvió á salir á la primera pérdida que tuvo; bien que los franceses no le favorecieron lo bastante: por lo cual dejó á sus partidarios hechos el objeto del odio nacional, y este no los perdonó.

No tuvo en su reinado Jorge sino esta ligera inquietud. Repartió sus cuidados entre la Inglaterra y sus estados de Alemania, y aun estos le merecieron mas atencion. Antes que los ingleses hubiesen tomado rey en el Continente, no tuvieron mas guerras que las voluntarias; pero estas llegaron á ser como de necesidad en consecuencia de la parte en que sus soberanos se interesaron sobre lo que sucedia fuera de la isla. Por lo demas hasta ahora no han tenido motivo sino para alabar el

carácter de estos principes de la casa de Hannóver. El primero, que fue este Jorge, era mas familiar que lo que regularmente son los monarcas: conocia bien sus intereses, y toda su vida arregló sus pasos por los dictámenes de la prudencia. Subió al trono á los cincuenta y cinco años de edad, y reinó trece.

Su hijo Jorge II empezó su reinado á los cuarenta y tres años, y en su tiempo hubo en el parlamento grandes debates sobre los verdaderos intereses de la Inglaterra. Los ministros afectos al rey, soberano de Hannóver, presentaban como utiles para producir la seguridad de la Gran Bretaña las alianzas estrangeras, y los enlaces con los del Continente. El partido de la oposicion era contrario á los enlaces con el Continente, y se quejaba de que solo podian servir para hacer que la Inglaterra entrase en guerras inútiles, y para empobrecerla con los subsidios. Estaba á la cabeza de los ministros Roberto Walpole, caballero, pero de una mediana familia. En este, entre otras calidades, debe advertirse que tenia la mas feliz insensibilidad para oír reconvençiones; y sin duda le fue preciso tener esta propiedad en sumo grado para no inquietarse con los sarcasmos ó burlas, que cara á cara le dijo un miembro del parlamento llamado Vyndham. Se disputaba vivamente en el parlamento la cuestion, de si seria conveniente juntarse cada tres años, como lo ordenaban las antiguas leyes, ó solo pasados siete, como algunas veces se hacia. Vyndham, sin duda enemigo de Walpole, tomó la palabra; y para manifestar el inconveniente de un parlamento de siete años de duracion, dijo: "Supongamos que un hombre que

no fuese de grande nacimiento, que no tuviese muchos bienes, siendo por otra parte un sugeto sin fe y sin honor, se viese en la clase de primer ministro: supongamos que este hombre se enriqueciese con los despojos de la nacion, favoreciéndole un parlamento compuesto de miembros que hubiesen comprado las plazas, y que vendiesen su voto: supongamos que en este parlamento se hiciesen vanos esfuerzos para examinar la conducta de este ministro, y librar al reino de sus vejaciones: supongamos que en este caso defendiese al ministro el mayor número de hechuras suyas, á quienes todos los dias diese sueldo: supongamos que dominase con insolencia sobre todos los que tuviesen esperanza de conseguir las plazas. Como este hombre no conoceria la virtud, la tendria por ridícula en los otros, y haria todo lo posible para que no se presentase, ó para corromperla.

» Con semejante ministro y con tal parlamento supongamos que llegase el caso, que espero que nunca llegue: supongamos, digo, que ocupase el trono un príncipe sin talentos, ignorante, y sin conocimiento de los verdaderos intereses de su pueblo: débil, antojadizo, de una ambicion sin límites, y de una avaricia insaciable. Yo espero que esto no sucederá; pero es cosa posible que venga tiempo en que la nacion esté sujeta á un tal rey, que sea gobernada por un tal ministro, y que este ministro sea sostenido por un tal parlamento. Todos los cuidados de los hombres no pueden cambiar la naturaleza del género humano, ni acto alguno del parlamento es suficiente para que no se verifique la existen-

cia de un tal rey y un tal ministro; pero pueden precaverse los abusos de un parlamento tal, poniendo mas reducidos límites á su duracion." Hacia impresion este discurso: temió el ministro los efectos; y el rey quiso mas disolver el parlamento, que esponerse á que le quitasen el derecho de prolongarle hasta los siete años cuando le conviniese.

Cárlos Eduardo, hijo del pretendiente, hizo en este reinado una escursion á Inglaterra, que este es el nombre que se puede dar á una empresa sin fruto, aunque tal vez mas por falta de medios que por mal dirigida. Se hizo á la vela este aventurero jóven desde las costas de Francia con solo una fragata, algun dinero y armas para dos mil hombres; abordó á Escocia; y el nombre de Stuart, amable para los escoceses del Norte, le produjo en un instante un egército. Tuvo algun buen suceso, y convienen todos en que si hubiese ido derecho á Londres, de donde no distaban mas de treinta leguas, pudiera haber hecho una revolucion; pero mal aconsejado se divirtió en que se proclamase á su padre con ceremonias, que le hicieron perder el tiempo; y en lugar de contentarse con sus montañeses valientes y otros escoceses, que le habian ya servido para ganar las victorias, se estuvo esperando tropas de Francia, que tardaron demasiado, y llegaron en corto número. El valor de sus soldados cedió á la disciplina de las veteranas tropas inglesas: fue completamente derrotado el egército de Cárlos, y dispersado enteramente. El, habiéndose alejado del campo de batalla, mientras su caballo tuvo fuerzas, llegó á la estreñidad de la Escocia. Se ocultaba en las cavernas

y en las chozas; pasaba en las islas Híbridas de una á otra, en las pequeñas embarcaciones que podía encontrar; y muchas veces á la vista de los que le perseguían animados por el premio prometido á cualquiera que le entregase vivo ó muerto. Por muchos dias caminó disfrazado de muger entre las mismas patrullas enemigas que le buscaban. Mas de cincuenta personas tuvieron en sus manos quitarle la vida; pero la veneracion por la desgraciada familia de los Stuarts pudo mas que la codicia y el cebo de la recompensa. Ya por último halló un navío, que le recibió cubierto de andrajos, pálido, desfigurado, estenuado con las fatigas, y le llevó á Francia. No encontró asilo allí ni aun hospitalidad, pues Luis XV no creyó que sacrificaba su honor obedeciendo á los ingleses, que imperiosamente exigieron echasen del reino á este príncipe. Acababan de lograr aquellos isleños victorias que les pusieron en estado de pedir lo que quisiesen. Murió Jorge II á los setenta y siete años de edad y treinta de reinado, entre los triunfos de su nacion, que le lloró, aunque no tenia prenda alguna brillante.

17fo. — Jorge III, su hijo y sucesor, nos da motivo para creer que para gobernar con tranquilidad á la Inglaterra se necesita mas prudencia que audacia. Con efecto, las tempestades políticas que han agitado aquel imperio, nos hacen pensar que los talentos que necesita un rey de la Gran Bretaña son los que se requieren en un piloto cuando navega en mares tempestuosos: esto es, estar á la capa, ceder á la impetuosidad de los vientos, aprovecharse de las bonanzas, temer hasta las calmas, abordar siempre con la sonda en la mano, y sobre to-



Fuga de Carlos Eduardo.

Desgraciado el heroico empeño con que Carlos Eduardo intentó recobrar á su padre el trono de Inglaterra, ni aun huir hubiera podido sin el favor oculto de algunos fieles ingleses, y la variacion continua de asilos y disfraces hasta que logró hallar un navio que, recibiendo de andrajos, lo llevó á Francia. Injusta la fortuna desagró su empresa; pero su amor filial será célebre siempre.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

do desconfiar de su equipage ó tripulacion. (*)

ESCOCIA.

A la Escocia la separan de la Inglaterra varios montes y rios. Habian cortado los romanos con un foso atrincherado el espacio que estos naturales límites dejaban entre sí, y aun todavía se hallan vestigios. Los antiguos llamaban á este pais la Calidonia. Los que habitan las montañas son de áspero carácter, los de los valles son mas benignos. Reina en las ciudades el gusto de las artes y las ciencias: retozan en sus praderas numerosos rebaños, y cubren ricas mieses sus campos: no les falta la leña, y el mar en todas tres costas les presenta pescados con abundancia. Las islas, que son mu-

(*) En lo que el autor dice sobre cuales son los talentos que necesita un rey de la Gran Bretaña, no comprendemos bien si se ha propuesto alabar ó censurar á los ministros del actual monarca; pero prescindiendo de su intencion en esto, nunca podrá disimular un escritor español los recientes sucesos en que la Inglaterra, continuando el sistema invasor que ha seguido casi siempre, no ha tenido rubor de adoptar ademas la piratería, asaltando en plena paz las naves españolas para robar sus tesoros, que parece la son mucho mas apreciables que el buen nombre. La violacion del tratado de Amiens, las intrigas que ha puesto en uso, y los impropios medios de que se ha servido para corromper á los ministros de Austria y de Rusia, hasta arrastrar los egércitos de estas potencias contra la Francia, son notorios á Europa, como lo es el funesto fruto que han producido á aquellos soberanos su credulidad y condescendencia; y quien tome á su cargo el elogio del reinado de Jorge III, no podrá negar su desgracia en la eleccion de ministros, ni justificar la tolerancia con que casi ha aprobado que comprometan su augusto nombre deshonorando el de su nacion.

chas las que ponen término á la Escocia, parecen reliquias de tierra que las aguas han ido mordiendo; y como en ellas se rompen con violencia las olas, esta parte de la Escocia surte de excelentes marineros y atrevidos navegantes. Todos los escoceses se han endurecido en la fatiga, y deben esta ventaja al temple de su pais frio, y muchas veces helado.

Seria dificil decir cuáles fueron los antiguos habitantes de la Escocia: bien pudo irse poblando el pais por la Inglaterra de unos en otros, y entonces se cubriria de gaulas, pictos, germanos y otras naciones que la antigua Albion fue connaturalizando en su tierra. Tambien pudieron venir por las calas que cortan á trechos la Escocia, aun antes de las irrupciones de los dinamarqueses y noruegos; pues los antiguos anales dicen, que estos hallaron allí gigantes. En los habitantes de las montañas se han conservado vestigios de las antiguas costumbres.

Estaban, como ahora tambien estan, divididos por tribus: eran muy afectos á sus gefes, cuyas pretensiones adoptaban sin examen, y les seguian ciegamente á la guerra. Por esto los alborotos de los señores fueron peligrosos y frecuentes. A costa de mucho trabajo consiguieron los reyes que aquellas tierras recibiesen la idea de que podia deberse obediencia á otros que á los gefes de las tribus.

En cuanto á los usos, dice su historiador Buchanan, que la moderacion en el vivir y en el trabajo es entre los escoceses virtud de todos los tiempos. Sus ordinarios manjares son el pescado y la caza: á esta la cocian en la piel de las bestias que habian muerto; y algunas veces, mientras cazaban

apagaban la sed con la sangre de su presa. En los convites beben el caldo de la carne y la leche fermentada guardada por largo tiempo. Los vestidos de varios colores les gustan más que los otros. Aunque en otro tiempo daban la preferencia al encarnado y al blanco, ahora son aficionados al color obscuro, y sobre todo al verdemar: la planta que da este color les sirve de mucho; porque hacen sus camas de sus hojas, no solo porque son blandas, sino porque creen que tienen la propiedad de absorber la transpiración, de entonar los nervios, y vigorizar para todos los ejercicios.

Los vestidos exteriores son muy anchos y por la mayor parte son piezas de tela sin corte alguno, y se envuelven en ellas. Embozados en esta especie de capas en sus viajes ó en el ejército, duermen pacíficamente, aunque cargados algunas veces de nieve, y empapados en las lluvias glaciales de sus climas. Se complacen en el desaseo y desorden de sus muebles; y si les presentan una cama con almohadas y colchones, la levantan, y dormirán en el suelo para no perder, dicen ellos, la costumbre de la austeridad nacional.

Sus armas defensivas y ofensivas son un capote de hierro, y una cota de malla que les llega á los talones: se sirven para el ataque del sable, el hacha, y unas flechas con dientes y una especie de barbas. No tienen tambores sino unas trompetas de hueso, que dan un sonido muy agudo. Generalmente gustan mucho de la música; y las cuerdas de una especie de lira, muy comun entre ellos, son de nervio ó de metal: las hacen resonar con el arco, ó las puntean con la uña que dejan crecer á propósito. En estos instrumentos se des-

plega su lujo, porque los adornan de oro, pedrería, y lo mas precioso que tienen: se acompañan con la voz, y cantan las hazañas de sus héroes, recogidas antiguamente por sus *Bardos*. Estas poesías, destituidas de gracia, están llenas de palabras y tal vez ofrecen sublimes ideas. Los escoceses, como que son pescadores, pastores y cazadores, son rústicos; pero francos en la amistad, fieles en sus matrimonios, religiosos segun sus escasas luces, y mas felices en sus bosques y sus cuevas, que los habitantes de las ciudades en sus artesonados y canapés, en donde duermen entre la perfidia y el regalo.

Sobre la historia antigua de la Escocia hay noticias anteriores trescientos años á nuestra Era vulgar. Por entonces los habitantes, acometidos por los pictos y los germanos, no pudiendo acomodarse entre sí sobre la eleccion de un gefe, hicieron venir de Irlanda á *Fergo*: le nombraron por rey, y se obligaron á conservar este título en su posteridad. Bajo el dominio de estos príncipes rechazaron los escoceses á los romanos, los cuales tan lejos estuvieron de poder subyugarlos, que se vieron en la precision de levantar una fortaleza contra ellos. Setecientos años despues de este primer *Fergo*, y por el año 400 de nuestra Era, otro monarca del mismo nombre limpió su reino del resto de aquellos conquistadores que se habian introducido en él. Estos dos *Fergos*, aunque tan distantes uno de otro, pasan por fundadores del trono de Escocia; y *Keneto*, que reinaba en el siglo IX, como mil y cien años despues de la fundacion, pasa por el restaurador, porque restituyó á la corona su esplendor, que estaba ya obscureci-

do, así por las divisiones intestinas, como por las invasiones de los estrangeros; y le cuentan por el rey sesenta y nueve.

A Keneto sucedieron seis príncipes buenos ó malos, felices, ó inquietados con las intrigas que ocasionaron querellas, venganzas, asesinatos y otros sucesos que se hallan en todas las historias. El último de estos reyes se hizo monge, siguiendo el ejemplo de algunos de sus predecesores. Advierte Buchanan, que en aquel tiempo no aspiraban los obispos mas que á la santidad y á la ciencia; y no teniendo lugar fijo predicaban indistintamente en todas partes. El objeto principal de su mision era la reforma de las costumbres en aquellos dias depravados; y queriendo Malcolmo I, rey setenta y seis, ayudarlos, fue asesinado despues de algunos años de un reinado bastante feliz. Indulfo, persiguiendo con demasiado ardor á los enemigos que habia vencido, cayó muerto herido de una flecha. Duffo, hijo de Malcolmo, volvió á continuar la sucesion interrumpida por Indulfo: era un excelente príncipe, y murió asesinado como su padre por haber querido reprimir las vejaciones de los nobles opresores del pueblo. Eligieron los Estados á Culno, hijo de Indulfo, y vengó la muerte de Duffo; mas habiendo empezado bien se dejó llevar de los escesos que arruinaron su salud, le hicieron despreciable, y le trastornaron el juicio. Pensaron en quitarle la diadema, pero la muerte le ahorró esta deshonra. Unos dicen que fue violenta, otros que le sobrevino por una enfermedad de consuncion, justo castigo de sus desarreglos.

Años
de J. C.
943.

958.

967.

972.

972.

Acordandose de las virtudes de Duffo llamaron al trono á Keneto su hijo, el cual sostuvo ca-

si en todo su reinado la guerra contra los dinamarqueses que se habian establecido en algunos territorios de la Escocia. En una batalla que se dió entre los dos pueblos huian con desórden los escoceses derrotados por los daneses; pero cerca del lugar del combate estaba un paisano llamado Hayo, cultivando su campo con dos hijos suyos, fuertes y alentados como él; y al ver á sus compatriotas vivamente perseguidos, cogió el padre el yugo de sus bueyes, se armaron los hijos con lo que hallaron á la mano, y fueron todos tres á esperar á los fugitivos en un paso estrecho. Hicieron grandes esfuerzos por detenerlos, suplicando y amenazando; y por último, hiriendo á los mas adelantados, decian á gritos, que iban á ser peores que los daneses ó dinamarqueses contra los cobardes. Los mas tímidos, que iban precipitandose, se quedaron suspensos; los mas valientes que se habian dejado arastrar del tropel, se unieron á los tres labradores; y así como el miedo habia aumentado la aprension del peligro, la esperanza les hizo creer que conseguirian la victoria. Volvieron la cara los fugitivos, dieron con ímpetu sobre los que les perseguian, y se ganó la batalla.

Ofreció el rey al labrador y á sus hijos unos vestidos soberbios para la entrada triunfal que les destinaba; pero ellos no quisieron admitir aquellos vanos adornos, y se presentaron con sus vestidos ordinarios en medio de los señores que los cortejaban, haciendose mas reparables con su sencillez que lo que hubieran lucido con la rica magnificencia. Llevaba Hayo su temible yugo al hombro: le dieron en premio el campo mas fértil de la Escocia, y le poseyeron por largo tiempo sus des-



Háyo y sus hijos.

Con el traje de labradores, el yugo del arado y otros apéres de su profesion habian triunfado Háyo y sus hijos de los enemigos de la patria; y prefirieron estas mismas insignias para recibir las publicas aclamaciones de sus compatriotas, y las gracias con que el monarca escocés perpetuó la memoria de su hazaña. Sabian Háyo y sus hijos que todo es en el campo del honor arma noble en manos de los héroes.



endientes: les dieron tambien títulos de nobleza, y por armas tres escudos, emblemas de los tres defensores de la patria; pero se les pasó de la memoria el yugo, instrumento de la victoria, y figura de su honrada profesion.

Queda visto que no se fijaba la sucesion al trono en la línea recta, antes bien parece que gustaban de cruzar las líneas colaterales. Por lo comun heredaba el hermano ó el sobrino en perjuicio del hijo: pero Keneto pensó en mudar esta costumbre; y para hallar menos estorbos hizo dar veneno á un Malcolmo, su mas cercano pariente, de edad madura, y estimado generalmente, para que su hijo, que tenia pocos años, no hallase rival; practicando al mismo tiempo las diligencias posibles para que se estableciese una ley sobre el objeto de sus deseos, como lo consiguió. Hasta entonces habia sido irrepreensible y pura la conducta de Keneto; pero despues la ambicion y el amor desordenado á su posteridad le hicieron manchar con un delito muchos años de virtudes; bien que se arrepintió, y los remordimientos le traian en una vida infeliz, que vino á acabarse en un asesinato.

Tampoco logró que pasase pacíficamente la soberanía á su hijo Malcolmo; porque Constantino, tio del príncipe, y Grimo hijo de Duffo, se apoderaron cada uno de una parte de la Escocia, y fue muy poco lo que dejaron al hijo de Keneto. Llegado este á la edad de los combates, hizo la guerra á sus contrarios con tan completas victorias que los dos competidores se vieron reducidos á cederle el trono y ausentarse; pero los partidarios de estos le armaron emboscadas, y cayó bajo el hierro de los asesinos sin dejar hijos varones.

1025. Cada una de sus dos hijas, casadas con grandes señores de Escocia, tenia un hijo; y Duncan, hijo de la mayor, sucedió á su abuelo. Era indolente y perezoso, defectos que son peligrosos siempre; pero mucho mas en tiempo de alborotos. Atormentado con las conspiraciones confió sus asuntos al cuidado de su primo Macabeto, el cual se manejó tan bien que triunfó de las facciones; pero con la victoria le vino el deseo de tomar para sí el fruto. Hizo pues Macabeto asesinar á su primo: se apoderó del trono, y procuró asegurar su usurpacion persiguiendo á los que pudieran disputarsela.

1030.

Se libraron no obstante de las pesquisas Malcolmo y Donald, hijos del muerto, y se pusieron en salvo en Inglaterra. Al principio mostró el usurpador prendas que pudieran honrar á un rey legítimo. Publicó acertadas leyes, las hizo observar, y se preció de hacer justicia á todos; pero ni esta estimable conducta pudo impedir que se descubriesen descontentos. La facilidad que habia hallado Macabeto en sublevar á los grandes contra su primo, le hizo rezelar que tambien á él le tratasen del mismo modo, y ya que no podia quitarles el deseo de hacerle daño, tuvo por conveniente privarles de los medios, arruinandolos, apoderandose de sus castillos, oprimiendolos con afrentas, y envileciendolos á vista del pueblo para que no pudiesen formar partidos.

Macdufo, uno de los mas maltratados, despues de haberle sufrido por largo tiempo, se fue á Inglaterra; y encontrando allí al jóven Malcolmo, hijo del monarca difunto Duncan, le exhortó á vengar la muerte de su padre, y á tomar otra vez

la corona de que se habia apoderado Macabeto: en fin, le mostró el camino al trono, señalado, por decirlo así, con los vicios que hacian odioso al usurpador. Ya el príncipe jóven se habia visto escitado por los emisarios secretos de su tío, los cuales con el cebo de la corona habian procurado atraerle á Escocia para entregarle al tirano; y queriendo experimentar si tambien Macdufo era otro traidor que habia tomado á su cargo hacerle caer en el lazo, le respondió: "Para mí no es noticia nueva lo que me decis del usurpador; pero ya que me incitais á correr tras una corona, ¿me teneis bien conocido? Pues yo os debo confesar, que me siento dominado de las pasiones, que muchas veces han perdido á los reyes, y sobre todo del amor desenfrenado á las mugeres, y de la avaricia. Por ahora me oculto; pero cuando la autoridad soberana me permita entregarme á mis inclinaciones, rezelo de mí que no podré contenerme; y en lugar de procurarme mis ventajas, como os lisonjeais, me precipitareis verdaderamente en el abismo."

"Esa pasion desenfrenada á las mugeres de que me hablais, replicó Macdufo, podrá refrenarse, casandose con una princesa amable; y en cuanto á la avaricia, en cesando la necesidad os corregirá la abundancia." "Es preciso decirlo todo, replicó el príncipe, yo no me siento con estimacion alguna en favor de la virtud, y como juzgo de los otros por mí mismo, de ninguno me fio, ni me creo obligado á guardar palabra alguna." Aquí exclamó Macdufo: "¡O monstruo, ó monstruo, y monstruo digno de ser echado á los desiertos mas horribles!" Se retiraba despues de esta esclama-

cion; y deteniendole Malcolmo, le dijo: "Que aquella indignacion tan claramente espresada, en vez de desagradarle, le hacia formar la mejor opinion: que con dificultad pondria su confianza en un hombre que él hubiese creido capaz de acomodarse á los vicios que le habia manifestado; pero que su franqueza le infundia seguridad. Se esplicaron pues, y muy presto se conformaron. Se realizaron los medios de conseguir que presentaba Macdufo; y cuando Malcolmo se presentó en el pueblo, este tan cansado como los grandes, abandonó á Macabeto, y fue corriendo con ansia á recibir al nuevo rey. Era natural que acabase trágicamente un tirano detestado de todos, y así la muerte de Macabeto se verificó con circunstancias tales, que atestiguan haber tenido parte en ella la justicia divina. Fueron, dice Buchanan, circunstancias espantosas y sobrenaturales, mas propias para figurarse en un teatro que para representarse en la historia. Se dice que le hirió un rayo, y espiró entre horribles dolores.

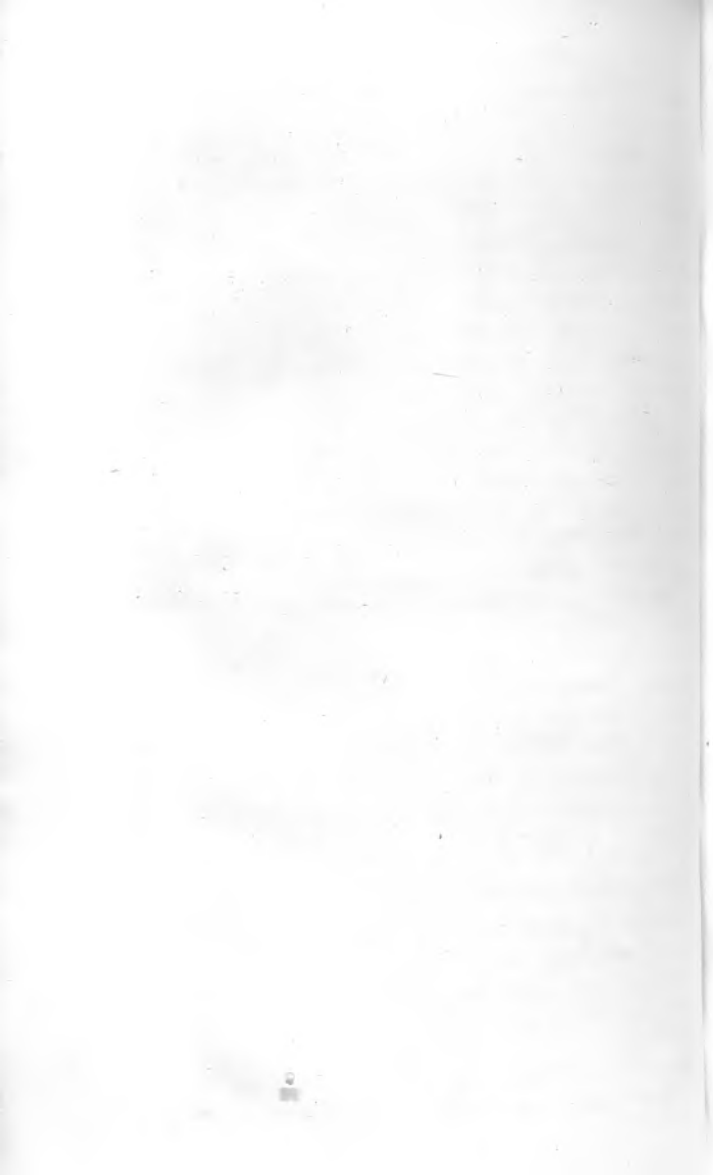
1057.

Malcolmo, aunque subió al trono con el aplauso del mayor número, tuvo que sufrir inquietudes de parte de los malcontentos. Sabiendo que uno de estos habia formado contra su vida una trama que debia egecutarse en una emboscada, llevó al colgado consigo con pretesto de paseo á un valle retirado, y teniendole solo le hizo á la memoria amigablemente sus beneficios: le reprendió sus funestas intenciones; y echando mano á la espada, le dijo: "Si quieres quitarme la vida, en vez de perseguirme como asesino, acomete como hombre de corazon, y consigue por el camino del valor la corona que pretendias quitarme por el de la trai-



Generosidad de Malcolmo.

A un valle retirado llevó Malcolmo al cabeza de una conjuración, le hizo sacar la espada, sacó la suya, y le dixo: Yá que hayas de matarme, sea como caballero, no como asesino; ni busques con una traycion la corona á que aspiras. Imploró el conjurado el perdon, le obtube; y esta generosidad del monarca, le recobró el amor de todos los cómplices.; Dichoso soberano, pues logró hacer leales de los traydores!



cion." El conjurado se arrojó á sus pies sobreco-
gido de admiracion: le perdonó el monarca; y pu-
blicandose una accion tan generosa, volvieron los
otros á entrar en su deber, del que jamas se apar-
taron.

Este príncipe, que reinó larga y gloriosamen-
te, pereció por un exceso de confianza. Estaba si-
tiando una ciudad que los ingleses le habian to-
mado; y viendose la guarnicion reducida á la últi-
ma estremidad, no quiso entregar las llaves á otro
que al rey en persona. Se acercó pues á la mura-
lla, presentandose sin cautela para recibirlas. Un
soldado, que estaba apostado, le traspasó con su
lanza; y Eduardo, su hijo mayor, queriendo ven-
gar la muerte de su padre, acometiendo á los trai-
dores con mas ímpetu que prudencia, recibió tam-
bien una herida mortal.

Estas dos fatalidades alborotaron el reino. To-
davía le quedaban al rey tres hijos legítimos, y un
bastardo llamado Duncan: los primeros, llamados
Edgardo, Alejandro y David, fueron tenidos por
demasiado jóvenes para reemplazar á su padre. Se
presentó Donaldo, su tío, y hermano de Malcol-
mo; pero el bastardo Duncan espresó con bastante
firmeza sus pretensiones, tanto que abandonaron al
hermano de su padre. Entre tanto, temiendo la viu-
da de Malcolmo el peligro de sus hijos, se puso en
salvo con ellos en Inglaterra. Por quince ó diez y
seis meses mantuvo Duncan el título de rey; pe-
ro una precaucion que tomó para asegurarle, fue
precisamente la que le hizo perder la corona. Con-
sistia esta precaucion en buscar la alianza del rey
de Noruega, y la compró con ciertas condiciones que
perjudicaban al honor de su reino. Descubrieron los

1084.

grandes el vergonzoso tratado; y concibieron tal indignacion que renunciaron á la obediencia de Duncan.

1085. Fueron á buscar á Edgardo, que era el hijo mayor de Malcolmo, á su propio asilo, y volvió con sus hermanos. Duncan, que no se hallaba en estado de resistir, se retiró á Noruega. Reinó Edgardo en paz, y murió sin dejar hijos. Alejandro, sucesor de este, dejó, por no tenerlos, el trono á
1114. David, su último hermano. El reinado de este fue largo y ventajoso á la Escocia. Nada varían los autores en las alabanzas que dan á la prudencia de estos tres hermanos, á su amor á la justicia, y á otras virtudes en que imitaban á su padre Malcolmo; y solo no estan conformes en punto de su liberalidad para con el clero, pues unos se la alaban y otros se la reprenden escesivamente.

Tuvo David la desgracia de sobrevivir al hijo único, que por sus bellas calidades fue tan llorado de toda la Escocia, como de su mismo padre. Aunque oprimido este con tan sensible golpe, en una junta general, convocada con este motivo, tomó el buen rey á su cargo el consolar á sus afligidos vasallos, y lo hizo en estos términos: "Lo que ha sucedido á mi hijo es la suerte comun: es la vida una prenda ó un empréstito, que es preciso restituir tarde ó temprano: é importa poco el momento en que se exija la deuda. ¿Por qué nos hemos de afligir cuando vemos morir un hombre de bien, si solamente nos deja para ir á su verdadera patria, adonde presto le hemos de seguir? Mi hijo, por haber hecho antes este viage, tiene la ventaja de ver primero que yo á mis virtuosos hermanos y otros parientes míos, y la de go-

zar desde ahora de su compañía. Dejemos pues de quejarnos y de lamentarnos, no sea que si continuamos en sentir parezca que mas nos mueve nuestra propia pérdida que lo que nos alegramos de la felicidad de mi hijo. Yo os doy gracias por él y por mí de vuestra amistad, y os la pido para sus hijos."

Estos eran tres; y el mayor, que era Malcolmo, fue el que sucedió á su abuelo. La buena educacion que habia recibido, y los frutos que esta produjo, dieron grandes esperanzas, y no fueron ilusorias. No obstante sus virtudes civiles y religiosas le hicieron temer la guerra con algun esceso; y el candor, que era en él característico, le espuso á ser engañado por Enrique II, rey de Inglaterra. Le atrajo este monarca á su corte, con pretestos disfrazados con capa de amistad. Cuando le tuvo consigo le llevó, á pesar suyo, á una expedicion contra la Francia, con el fin de que perdiese la amistad de los franceses, y de privarle de los socorros que pudiera sacar de aquel reino cuando él, como ya lo meditaba, quisiese acometerle. Esta condescendencia de Malcolmo, aunque forzada, le quitó por algun tiempo el afecto de sus vasallos, y los redujo á una rebellion, de la que se aprovechó Enrique, como lo esperaba. No obstante, abrieron los escoceses los ojos, se compadecieron de la flaqueza de su jóven rey, y aun manifestaron el deseo de verle asegurado en su trono con un casamiento que le diese herederos. Con motivo de haberle hecho esta proposicion, declaró el piadoso Malcolmo que tenia hecho voto de virginidad, y que sin duda no desagradaba á Dios este voto, pues en el vigor de su juventud le habia

1143.

1143

concedido la gracia de no quebrantarle, y el favor de prepararle herederos. Murió en el estado del celibato á los veinte y cinco años.

Los herederos, que decia Malcolmo, eran sus dos hermanos, de los cuales nombró para sucederle á Guillermo. Todavía le dió el rey de Inglaterra mas pesadumbres que á su hermano, y tambien le llevó por fuerza á una expedicion contra la Francia; pero restituido á su reino emprendió la venganza de esta afrenta, y volver á tomar los territorios que el ingles habia invadido. Cayó en una emboscada, y le llevaron segunda vez á Francia en donde estaba Enrique. Este monarca puso en precio la libertad del escoces, y no se la concedió hasta que le hizo confirmar las usurpaciones que él habia hecho. Los alborotos que despues sobrevinieron en Inglaterra proporcionaron á su tiempo al rey de Escocia la ocasion de recobrar lo que habia abandonado al ingles, y de este modo dejó algo restaurado su reino á su hijo Alejandro, que le sucedió. Con un tratado se arreglaron los derechos disputados entre las dos coronas, y esto proporcionó al nuevo monarca un reinado con aquella tranquilidad que era posible en un pais lleno de señores turbulentos.

Las mismas inquietudes esperimentó su hijo, llamado como él Alejandro. Habiendo tomado la corona á la edad de diez y seis años, fue mas venturoso que su padre, porque gobernaba entonces la Inglaterra un príncipe débil; y así le restituyeron todas las posesiones que habian usurpado á sus mayores, y sus victorias contra el estrangero le aseguraron el dominio sobre sus vasallos. Su matrimonio con la hija del rey de Inglaterra, tuvo du-

rante su vida calmados los disgustos entre las dos naciones. No faltaron á Alejandro sentimientos de parte del clero, y aun del papa, y al fin por conservar la paz les concedió cuanto pretendian. Publicó este príncipe muy acertadas leyes: tenia dividido su reino en cuatro partes, y residia en cada una tres meses cada año, y entonces tenian los pobres la proporcion de recurrir á él, y los escuchaba con mucha bondad. Le iban acompañando los grandes de una provincia con sus vasallos armados, hasta que entraba en la provincia vecina, y en esta le recibian del mismo modo. Vivía entre sus vasallos sin serles gravoso, como que no gastaba lujo, y así sintieron mucho su muerte cuando abrevió sus dias la funesta casualidad de abrirsele la cabeza cayendo del caballo.

A la pesadumbre de haber perdido tan buen príncipe se añadió la inquietud en que dejaba el estado de Escocia, porque se habia estinguido la línea masculina de sus reyes, y no habia quedado mas que una niña, heredera legítima del trono, la cual estaba todavía en la cuna, y habia nacido de la hija de Alejandro, que murió casada con un rey de Noruega. Para estinguir hasta la menor centella de las que pudieran encender la guerra entre los dos reinos, pidió Eduardo, rey de Inglaterra, la pequeñita princesa para esposa de su hijo, tambien niño como ella. Fue bien recibida la proposicion; pero los embajadores, enviados á Noruega para traer aquella prenda de la paz y de la union, hallaron que la muerte acababa de frustrar las esperanzas de los dos pueblos. Entonces se abrió largo campo á un tropel de pretendientes, y los principales eran Juan Bailleul y Roberto Brucio,

descendientes ambos de una sobrina del rey difunto, y que ambos representaban sus derechos de tal modo que no sabian qué resolver los escoceses. Cada uno de los rivales tenia tantos partidarios, que despues de las disputas armadas, que duraron por muchos años, les pareció del caso á los estados dejar la decision del pleito al arbitrio de Eduardo, rey de Inglaterra.

Crejó este monarca que se le habia venido á las manos la ocasion favorable de efectuar la union de Inglaterra y Escocia en un mismo reino, que era lo que muchas veces habian intentado sus predecesores, pero inútilmente; y él lo deseaba con ansia. Empleó toda la astucia de una política fraudulenta: introdujo la division entre los grandes: dió nueva fuerza á sus odios: los puso en estado de llegar unos contra otros á las manos, dilatando siempre la decision con diferentes pretestos; pero convencido de que por la repugnancia que veia en los espíritus jamas llegaria á conseguir su fin: ya que no pudo salir con todo puso la mira en solo una parte, y redujo su pretension á un homenaje y otros derechos útiles. Con estas condiciones ofreció la corona á Roberto Brucio, cuyo derecho parecia el mas dudoso, creyendo que no se detendria este señor en fijar la incertidumbre de sus esperanzas á tanta costa. Pero halló un príncipe magnánimo, que le respondió con resolucion: "No tengo tantos deseos de reinar, que me determine á sacrificar por esto la independendencia de mi corona, y la libertad de mis pueblos." No fue tan generoso Bailleul; antes bien aceptó la proposicion de Eduardo, y este le proclamó rey.

la confianza de los escoceses, sucedió lo que comúnmente acontece en las grandes injusticias. De los señores convocados para la instalacion del nuevo rey, unos no quisieron firmar el convenio de Bailleul; otros que no pudieron escusarlo firmaron con visible violencia; y aun el mismo monarca se vió precisado á renunciar al empeño de su palabra por conseguir la estimacion del pueblo, y así envió á hacer saber al rey de Inglaterra su retraccion. Este acto de constancia encendió la guerra, y fue desgraciada para Bailleul: pues cayendo en manos de Eduardo le confinó este en sus estados de Francia, en donde pasó una vida con poco honor, mientras algunos valientes escoceses, abandonados de la nobleza principal, se esforzaron á sacudir el yugo de Eduardo, que los grandes llevaban con vergonzosa paciencia.

El gefe de estos hombres alentados se llamaba Guillermo Vallacio, de buena familia á la verdad, pero de pocos bienes de fortuna. Le habian criado sus padres en el aborrecimiento á los ingleses, á los cuales la perfidia de su rey habia hecho odiosos á muchos patriotas. Juntó Vallacio suficiente número de los que estaban mas irritados, y estrechó de manera á las guarniciones inglesas, que las victorias que logró le hicieron nombrar vi-rey. No le nombraron los grandes, pues estos le tenian envidia, sino el pueblo. Tuvo Eduardo á menos marchar en persona contra semejante gefe; y aunque envió generales, que no carecian de mérito, fueron no obstante derrotados. Este, á quien él llamaba bandido, ganó en un dia tres victorias.

Viendo el rey de Inglaterra que la fuerza le era inútil, y que esta guerra iba tomando un as-

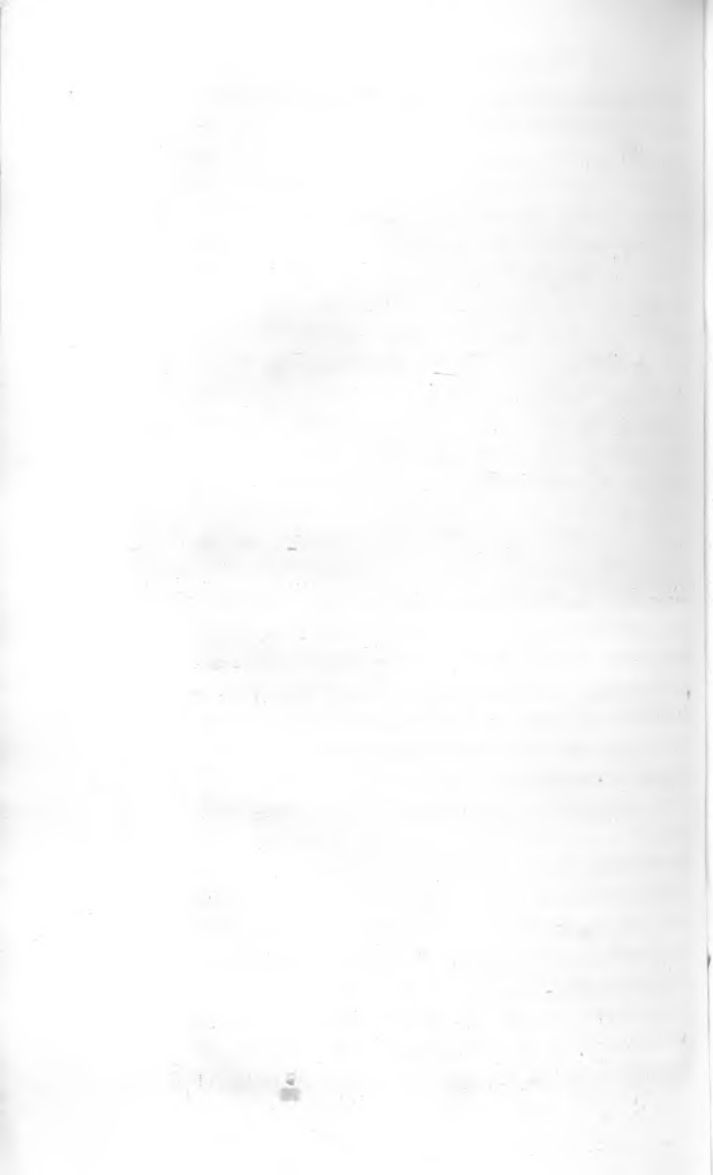
pecto que le inquietaba, recurrió á las ofertas, á las promesas, y á otros medios de seducción. Se le presentó á Vallacio por medio de los primeros de la nacion, que habia atraido á su partido; y entre otros por medio de Roberto Brucio, hijo del otro Roberto, competidor de Bailleul. Habia Eduardo atraido á su corte á este jóven príncipe despues que murió su padre, y le tenia suspenso entre la esperanza de conseguir el cetro de Escocia si se mostraba dócil á su voluntad, y el temor de perderle si manifestaba con escesa claridad sus deseos. Para mantenerle en este estado de fluctuacion, que le hacia dependiente, le insinuaban los ministros ingleses que las pretensiones de Vallacio no se dirigian menos que al trono.

Despues de una importante victoria que ganó este general, le pidió Brucio una conferencia, que se verificó á la frente de sus tropas, mediando entre los dos un arroyuelo. Le dió á entender el príncipe que estaba admirado de ver que con la frágil esperanza del favor popular viviese con tanta inquietud, y se espusiese á tantos peligros: "Porque, añadió, aunque esterminarais á todos los ingleses, no teneis que lisonjearos de que jamas consientan los grandes de Escocia en reconocer por su soberano." Vallacio le respondió: "Nunca yo me propuse ese premio por mis trabajos. Ni el cetro es el objeto de mis deseos, ni conviene á mi fortuna; pero viendooos á vos, á quien el trono pertenece, abandonar cobardemente á nuestros conciudadanos, y dejarlos espuestos, no á las cadenas, sino al hacha de un cruel enemigo, tomé á mi cargo su causa; y mientras me dure una respiracion de vida, pienso defender sus bienes y su libertad. Vos, que



El devil victorioso.

Entraron los ingleses en Escocia con formidable ejército quando su monarca Roberto Bruce se hallaba enfermo: pero mal conalecido juntó otro ejército menor pero mas animoso, se puso á su cabeza; y haciendo que le subiesen y sostubiesen en el caballo, acometió, derrotó y aumentó á sus enemigos. No es la fuerza del brazo del monarca la que en estos casos dá las victorias, sino su presencia y exemplo.



preferis la seguridad de una vergonzosa servidumbre á los peligros de una honrada libertad, seguid la fortuna supuesto que sola esta merece vuestra estimacion: y yo moriré libre en mi patria con la gloria de haberla defendido hasta el extremo.”

No se realizó esta esperanza del desgraciado Vallacio; porque el rey de Inglaterra le rodeó de traidores, que le entregaron en sus manos, y en lugar de portarse generosamente con un hombre de tanto mérito, le hizo Eduardo azotar con varas como á un vil malhechor, y cortarle la cabeza en la plaza mayor de Londres. Para unir irrevocablemente la Escocia bajo de su cetro, y sujetarla para siempre, procuró borrar entre los escoceses hasta la memoria de lo que habian sido. Abolió las antiguas leyes: todos los juicios se formalizaban por las de Inglaterra: substituyó la liturgia inglesa en lugar de los ritos escoceses. Los diplomas, los tratados, y las actas mas respetables fueron sacadas de los archivos y destruidas. No dejó el usurpador subsistir un monumento ni aun una piedra en que pudiese conservarse la memoria de los hechos capaces de resucitar en los corazones la antigua magnanimidad.

Creyó el tirano que de este modo habia destruido toda semilla de revolucion, y mucho mas porque habia hecho transportar á Inglaterra las familias principales, y las tenia con guardias de vista. Roberto Brucio y los señores mas sospechosos estaban retenidos en la corte para observarles su conducta mas de cerca. Todas estas precauciones no impidieron que la mayor parte, fatigados con el yugo de la esclavitud que tanto pesaba sobre sus cabezas, se concertasen para substraerse

de la tiranía. Se aprovecharon de un día de invierno, en que la nieve cubria la tierra, hicieron herrar sus caballos al revés, para que la señal de sus pisadas engañase á los que quisiesen perseguirlos, y así llegaron sin desgracia á Escocia, en donde se habia formado secretamente un partido dispuesto á recibirlos.

1309.

Proclamaron rey á Roberto Brucio; pero si tenia muchos partidarios, tambien tenia una faccion contraria, que junta con los ingleses le redujo á los mas tristes apuros. No solo fueron desgraciados sus primeros esfuerzos, sino que parecia que todas las desgracias se habian unido contra él; pues tuvo el dolor de ver sus tropas dispersadas, sus amigos muertos, y aun él mismo se vió en la precision de librarse huyendo de retiro en retiro; y ya solo, ó ya sin mas comitiva que un compañero único, iba por los bosques escondiéndose en las cavernas sin tener seguridad sino cuando podia pasar por quien no era. Su corona, que mas le servia para señalar su cabeza á los asesinos que para atraerle respeto y proteccion, fue teñida con la sangre de cuatro hermanos suyos, y la de muchas personas de su familia, hombres, mugeres y niños, víctimas de la crueldad de los ingleses.

Ya por último halló asilo bajo el agreste techo de un caballero anciano, y se detuvo allí algunos meses. Como no se oia hablar de él le tuvieron por muerto, y los ingleses empezaron á olvidarle, y á proceder con la altivez é insolencia que son ordinarias compañeras de la seguridad. Volvió Roberto á presentarse, y aprovechándose de su descuido se entró por sorpresa en una ciudadela im-

portante. Este ruidoso golpe despertó á sus partidarios, acudieron en tropel adonde estaba, y á poco tiempo se vió á la frente de una multitud de valientes resueltos á vencer ó quedar sepultados en las ruinas de su patria. Fueron derrotados los destacamentos que los ingleses enviaron contra él, y entónces se determinaron á entrar en Escocia con un egército formidable por el número de soldados, y por la esperanza que dieron á estos de repartir entre ellos los bienes de los vencidos; pero Roberto les opuso otro no tan grande, pero que iba inflamado con aquel ardor que inspiraba la necesidad de defender sus hogares, y salvar lo que mas se quiere.

Cuando los ingleses entraron en Escocia se hallaba Roberto con una enfermedad, que se creyó mortal por algun tiempo; y no bien habia empezado á convalecer, cuando estaban ya enfrente uno del otro los dos egércitos. El monarca estuvo tan lejos de huir el combate que sin intimidarse por los numerosos batallones se presentó á sus tropas con frente serena, y con aire de seguridad: hizo que le montasen en el caballo: le iban sosteniendo dos soldados, y marchó á la frente de su egército. Animados los escoceses con aquel espectáculo dieron impetuosos sobre el enemigo, y ganaron una victoria completa.

Desde este punto fue su vida una continuada sucesion de felicidades. Es preciso confesar que las mereció, y que si la fortuna permaneció siempre fiel, fue porque él supo fijar su inconstancia con la buena conducta y la prudencia. Buchanan, de quien ninguno dirá que fue el panegirista de los reyes, hace de él este retrato: "Roberto Brucio se

hizo famoso en todo género de virtudes: sería difícil hallar desde los tiempos heroicos un príncipe que se le pareciese; aunque valiente en la guerra, era en la paz un modelo de la moderacion y la justicia. Siendo así que sus felicidades no esperadas, despues que la fortuna, hartándose de sus desgracias se cansó de perseguirle, le hacen un príncipe pasmoso; mas admirable es todavía en la adversidad que en la prosperidad: ¿qué fortaleza no necesitó para no rendirse á tantos males como le acometieron á un mismo tiempo? Su muger, cargada de prisiones, sus cuatro hermanos, príncipes muy valientes, arrebatados con una muerte cruel, casi todos sus amigos afligidos de toda especie de calamidades, desterrados y despojados de sus bienes los que se libraron de la muerte, y él despojado no solo de su rico patrimonio sino de su reino por el monarca mas hábil y poderoso de su siglo, No obstante que estaba sitiado de tantos males juntos en medio de las sombras de la muerte, que en una enfermedad peligrosa rodeaban su cabeza, no perdió las esperanzas de recobrar su corona. Jamas dijo ni hizo cosa indigna de un rey: no se quitó la vida como Marco Bruto ni el último Caton: no se dejó dominar de la cólera como Mario, ni tomó cruel venganza de sus enemigos; antes bien, despues de haber reconquistado su reino se portó con los que le habian hecho mas males no como enemigo reconciliado sino como rey." Hasta su fin, y en las angustias de una enfermedad dolorosa que le llevó al sepulcro, era su única ocupacion la felicidad de sus pueblos.

Dejaba Roberto á un hijo de ocho años el reino, que tanto le habia costado. Esto daba mo-

tivo á reflexiones é inquietudès; pero las sosegó como pudo, nombrándole un tutor tan escogido, que despues de su muerte confirmaron los estados su disposicion, y aun determinaron, conformándose con su voluntad, que si aquel hijo moria sin sucesion pasase la corona á Roberto Stuart, hijo de su hija.

Fue coronado David Brucio, como su padre deseaba, con el permiso del pontífice, á quien le pidieron con el fin de hacer mas auténtica la ceremonia. No obstante esta precaucion disputaron el derecho del jóven monarca, así los ingleses que mantenian en su corte los Baillen, prontos á oponerse á los Brucios, como algunos escoceses malcontentos ó deseosos de sacar ventaja de los alborotos. Los fieles vasallos de David, creyendo que la presencia de un niño podia serles mas perjudicial que útil, le enviaron á Francia con su madre; y libres de este cuidado, pelearon con valor contra los ingleses y sus infieles compatriotas. 1329.

De cuando en cuando enviaban á visitar á su rey para averiguar por sí mismos qué esperanzas podrian concebir; y así que creyeron que se hallaba en estado, si no de favorecerles, á lo menos de dar con su presencia preponderancia á su partido, le llamaron. Peleaba á la frente de su egército con felicidad; pero en una batalla decisiva quedaron sus tropas enteramente destruidas por Filipina, reina de Inglaterra, entre tanto que el rey hacia la guerra en Francia. Eduardo, que fue afortunado en muger y dichoso en sus hijos, vió en sus cadenas á Juan rey de Francia, llevado por Eduardo su hijo, á quien llamaban el *Príncipe Negro*, y á David rey de Escocia, prisionero de su muger.

El cautiverio de David duró poco por razones políticas, y así volvió libre á su reino, y le gobernó prudentemente, aunque con dureza, porque las circunstancias pedian severidad. El genio inquieto de los grandes no se dejó domar sino con la estincion de muchas familias. Murió David á los cuarenta y siete años mas temido que amado, y con la reputacion de príncipe hábil, cuya fortuna hizo muchas veces traicion á su capacidad.

1370.

No dejó hijos David, y segun las disposiciones de su padre Roberto I, pasó el cetro á Roberto, hijo de su hermana; y con él subió al trono de Escocia la familia de los Stuart. Era este príncipe amigo de la paz; pero no siempre sus vasallos le permitieron seguir su inclinacion. Eran aquellos tiempos los de la caballería, y los nobles se tendrían por deshonorados si viviesen en la tranquila indolencia de sus castillos. Se provocaban pues unos á otros, y en ellos el deseo de gloria era el motivo principal de los combates; pero el verdadero aguijon de los vasallos que arrastraban consigo era el saqueo y el pillage. En todo su reinado se provocaron con vario suceso ingleses y escoceses, pues las leyes de la caballería estaban en la mas rigurosa observancia entre los nobles; y cualquiera que no cumpliese fielmente con las condiciones del cartel, ó que saliendo libre sobre su palabra no volviese á ponerse en manos del vencedor en el día señalado por este, hubiera sido despreciado y desterrado para siempre. De este modo la manía de la caballería tenia siempre la nacion en estado de perpetua guerra.

Sufria Stuart esta manía porque no podia impedirle, pero procuraba refrenarla con treguas que

Él maneja entre los rivales mas ardientes. Con su cuidado se mantuvo en su reino alguna policia, á pesar de los obstáculos que oponia la locura de aquellos tiempos. Este monarca es celebrado por su constancia en las resoluciones, y por la fidelidad de su palabra. La alianza de los franceses, ya antigua y confirmada por su antecesor que se habia criado entre ellos, le sirvió para desterrar de Escocia casi enteramente á los ingleses; pero si les fue útil el valor de aquellos aliados, su carácter turbulento y el precio exagerado en que tasaban su servicio le causaron grandes inquietudes.

Aunque su hijo se llamaba Juan le hicieron los estados tomar el nombre de Roberto, sin duda en señal de estimacion á los reyes de este nombre que los habian gobernado. Tenia las inclinaciones pacíficas de su padre, y así entregó los cuidados militares á su hermano llamado tambien Roberto, y aun le dió el título de gobernador del reino. Se cree que el gobernador, á vista del carácter de su hermano, habia ya concebido el proyecto de apoderarse de la autoridad suprema, y la confianza escesiva le proporcionó los medios de ejecutarle; pero otra imprudencia del rey apresuró y facilitó el buen éxito de las intenciones de su hermano.

A lo que parece el indolente y débil monarca no sabia revestirse de la autoridad conveniente á un padre y á un rey, aun con su familia. Todos se quejaban de los desórdenes de David su hijo mayor. Mientras la reina, señora de mérito, habia vivido, se habia contenido en ciertos límites el príncipe jóven con los consejos y fortaleza de su madre; pero muerta esta soltó la brida á todas

sus pasiones. Seducciones, violencias, homicidios, por todo atropellaba para apoderarse de las mugeres y doncellas que le agradaban. Cansado el rey de las quejas que recibia de todas partes, y sin fuerzas para poner por sí mismo el remedio, escribió á su hermano que arrestase á su hijo, y le tuviese consigo hasta que pudiera contarse con alguna enmienda.

El gobernador, muy contento porque tenia tan bello pretesto para deshacerse de su sobrino, en lugar de procurar reformarle, le encerró en un castillo con la horrible resolucion de que allí muriese de hambre. Duró mucho el suplicio de este desventurado por la compasion de una jóven, hija del carcelero, y la de una muger, que era nodriza. La primera le sustentó por algun tiempo con galletas delgadas, que llevaba ocultas debajo del sombrero cuando iba á visitarle; y la segunda por una rendija de la pared, y por medio de una cañita, le suministraba la leche de sus pechos. Ambas fueron descubiertas y castigadas con la muerte; y el desgraciado príncipe, privado de estos auxilios, murió despues de haberse mordido los brazos de rabia y desesperacion.

Supo el rey la muerte de su hijo mayor, y aunque á la verdad le ocultaron sus lamentables circunstancias, no dejó de advertir lo suficiente para no dudar que habia sido por culpa de su hermano; y temiendo que Jacobo, su hijo menor, tuviese la misma suerte, le hizo partir á Francia. Le arrojó una tempestad á las costas de Inglaterra; y aunque por entonces no estaban los ingleses en guerra con la Escocia, se quedaron con el príncipe como prisionero. Herido de esta

noticia como con un rayo, cayó desmayado el triste padre en los brazos de los que tenia al rededor; y á este primer accidente se siguió una enfermedad de consuncion, en la cual aborreció todo alimento. El marasmo ó falta de espíritu que le acometió le puso abominable, y le daba la figura de un cadáver aun antes de morir: espectáculo que movia mucho mas á compasion, porque habia sido el hombre mas hermoso de su reino y uno de los mas honrados; y como rey fue mas que mediano.

Confirmaron los estados al gobernador en la autoridad que gozaba. Se supondrá que no se apresuró en pedir su sobrino á los ingleses, y estos por otra parte le conservaban con mucho gusto, como prenda de la paz, que necesitaban por estar en guerra abierta con la Francia. Por esta razon no hubo, durante la administracion del gobernador, mas que hostilidades pasajeras y de poca importancia entre las dos naciones inglesa y escocesa. Se preció el rey de Inglaterra de dar una buena educacion al jóven prisionero, y así dispuso que á su vista hiciese la primera prueba de sus armas contra la Francia, y le trataba en su corte con mucha distincion. 1424.

Muerto el gobernador, que habia reinado quince años en nombre de su sobrino, reconocieron los estados á su hijo Morducio; pero no hallando en él las calidades de monarca, ni aun la de padre de familias, se disgustaron los señores escoceses por su incapacidad y sus defectos, y se determinaron á pedir su rey. Hallaron á los ingleses dispuestos á entregarle con mucho gusto, porque creian haberle inspirado por medio de la educacion disposiciones fa-

vorables á la nacion inglesa, y con el fin de aficionarle con lazos mucho mas fuertes, le dieron por esposa una bella inglesa á quien amaba.

Volvió Jacobo á Escocia con su muger, despues de diez y ocho años de ausencia, y recibieron á los dos esposos coronándolos con las mayores expresiones de la alegría del pueblo, embriagado de contento por verse con un rey legítimo. Poco duró esta grande satisfaccion. En cuanto los ingleses habian hecho por el rey de Escocia aparentando generosidad, habian tenido presentes siempre sus propios intereses. Habian precisado al monarca á que se obligase á pagar una gran suma de dinero, así por sus alimentos como por el rescate de prisionero; y para cumplir esta obligacion tuvo que pedir contribuciones á sus pueblos. Concediéndole los impuestos se exigieron con dureza, de lo cual se siguieron sublevaciones, y los sublevados hallaron grandes que les apoyasen. Prendió Jacobo á los cabezas, corrió su sangre por los cadahalsos, y aun se le censura por haber añadido á los actos de severa justicia circunstancias bárbaras, como el haber enviado á su propia tia las cabezas ensangrentadas de su marido y de sus hijos. Pretendia por este medio no solo castigarla de haber avivado en sus parientes el fuego de la rebelion, sino el logro de que en el primer ímpetu de su furor profiriese aquella muger altiva algunas palabras, que diesen nuevas luces sobre la conjuracion; pero se engaño, porque ella se contuvo, y solo dijo con una tranquilidad afectada: "Si eran culpados, el rey ha hecho justicia."

Es verdad que los escesos de los cabezas de bando, de los conspiradores y de otros pedian tal



El chistoso inhumano.

Irritado un poderoso escocés por que cierta viuda, á quien habia quitado sus bienes, le amenazaba con que iria á quejarse al Rey, hizo herrarla los pies como á un caballo, y la dixo burlandose: Asi sentiras menos las asperezas del camino: pero noncioso el Rey, mandó que herrandole igualmente, le paseasen tres dias por las calles. ¡Que consuelo para el oprimido ver que no queda impune su opresor!

vez y autorizaban los excesos de rigor. Uno de aquellos hombres feroces, impaciente con las quejas de una viuda á quien habia despojado de sus bienes, é irritado porque le amenazaba continuamente con que iria á quejarse al rey, la hizo herrar como á un caballo las plantas de los pies, diciendo: "Que lo hacia así para que la hiciesen menos daño las asperezas del camino." Sanó esta muger, dió sus quejas al rey, y este hizo traer al inhumano chistoso; y herrándole del mismo modo, mandó pasearle por tres dias en las calles de la capital.

Tambien se valió el monarca contra aquellos malvados de un medio que ya su padre habia empleado con buen éxito, y que se reducía á deshacerse de los unos por medio de los otros. Como se reunian por familias, y robaban de concierto, el repartimiento del robo escitaba muchas veces entre ellos quejas que venian á parar en sangrientos odios. Envió Roberto negociadores á los territorios donde estaban, y en lugar de reconciliarlos llevaban el encargo de avivar sus odios con pretextos de pundonor. Fue tanto lo que se enardecieron que tuvieron por precision, indigna de su valor, la de juntarse en el mayor número posible, y acabar sus quejas en un campo cerrado, y en un combate á muerte ó á vida. La pelea se abrió á presencia del rey y de su corte, y hasta trescientos de cada lado dieron el espectáculo de una batalla, que el furor hizo degenerar en una especie de carnicería. A los derribados y á los heridos no se les hacia gracia alguna, hasta que no quedaron vivos mas que uno de una parte y dos de la otra. Jacobo, hijo de Roberto, se sirvió de esta astucia de su padre con igual suceso; y aqueila matanza jurídica, por de-

cirlo así, trajo por algun tiempo la calma á los territorios que infestaban estos guerreros.

Hizo Roberto lo posible por suavizar las costumbres de sus vasallos, inspirándoles el amor á las ciencias. Procuró persuadir con su ejemplo que este gusto no era incompatible con los ejercicios militares, única ocupacion de que por entonces hacian alarde los escoceses. Reformó los pesos, las medidas y la moneda, con lo que dió alguna actividad al comercio. Fue muy útil á la religion la emulacion de los estudios, que hizo reflorcer en el clero y en los monasterios. Como era un rey sóbrio y modesto se opuso al lujo y á los convites escesivamente suntuosos, que por moda se prolongaban hasta gran parte de la noche, con lo que impidió muchos desórdenes, aunque no consiguió reducir á sus vasallos á la moderacion antigua.

Estas reformas, aunque muy prudentes, excitaron murmuraciones; y un pariente suyo, que buscaba por largo tiempo el modo de usurpar el trono, creyó que habia llegado la ocasion viendo á algunos tan descontentos; y tomó tan bien sus medidas, que á la frente de una tropa de conjurados pudo acometer al rey, que estaba desarmado, en el cuarto de la reina. Se arrojó esta princesa sin temor de los golpes que daban á su esposo, y recibió muchos; pero á pesar de sus esfuerzos traspasaron al rey con veinte y ocho heridas, y muchas de ellas tan mortales, que espiró debajo del puñal de sus enemigos.

Los conjurados, que se habian lisongeado de que todos aborrecian al rey, se pasmaron de ver la indignacion que rompió por todas partes. Se olvidaron de los defectos del monarca sus buenos va-

sallos, pensando solamente en sus grandes prendas y virtudes. Lloraron verdaderamente á este príncipe miserablemente muerto en la florida edad de cuarenta y cuatro años, y cuando la policía que sus cuidados y trabajos habian establecido en el reino empezaba á prometerle la tranquilidad futura. Los asesinos fueron castigados con el último suplicio; y el del gefe duró por tres dias con aquellas invenciones de crueldad que serian tolerables aunque estremecieran si sirviesen de freno á los delitos.

Jacobo su hijo apenas llegaba á los siete años. 1479. Durante su menor edad repartieron la autoridad del gobierno entre dos personages de las familias mas ilustres: Alejandro, á quien se confió la guerra con el título de virey, y Guillermo canciller, á quien dieron el cuidado de la policía, y ademas encargaron la educacion del rey y la guardia de su persona. Sintió la reina que no contasen con ella en estas disposiciones: se introdujo con el canciller de un modo muy atento; pero cuando él menos lo pensaba le quitó su hijo con anuencia del virey. Avergonzado el anciano ministro de verse engañado por una muger, se le robó despues, y contra la esperanza de los que tenian interes en que los dos gefes del gobierno estuviesen desunidos, se reconciliaron entre sí, y duró su administracion hasta que el rey pudo tomar el timon en sus manos. La reina madre los dejó dueños de su hijo y del reino, por haberse casado con un señor jóven que fijaba esclusivamente sus atenciones.

Se podrá formar juicio del modo de administrar la justicia por los dos hechos siguientes, uno del tutor, y otro del rey. Habia un señor jóven muy rico y acreditado, cuyos altivos modales

daban á entender mucha ambicion, y como regularmente sucede los acompañaban acciones licenciosas, que dieron al ministro pretesto para llamarle á la corte. Fue allá, y se presentó con la seguridad propia de su edad. Le recibió bien el rey, y le admitió á su mesa; pero mientras se deleitaba el imprudente con una acogida tan lisonjera, mandó el canciller arrancarle del lado del monarca, llevarle á la cárcel, y degollarle sin forma de proceso. Como la juventud es inclinada á la compasion, se le escaparon á Jacobo algunas lágrimas sobre la suerte de aquel infeliz; pero el canciller le reprendió ágríamente su piedad, haciéndole presente que tratándose de un hombre que podia llegar á ser peligroso, debia la humanidad dar lugar á la política. Demasiado se acordó Jacobo de esta leccion en una circunstancia con poca diferencia semejante. Instaba á un señor poderoso á que desistiese de la alianza que habia formado con otros para sostener algunas prerogativas. Resistia el confederado diciendo: "Que no le permitia el honor romper un tratado confirmado con su juramento." "¡Con que no quereis, respondió el monarca irritado! pues yo le romperé por mí mismo;" y tan pronto como lo dijo le sepultó su puñal en el pecho, y cayó muerto á sus pies.

Es verdad que fuera de este caso se le da á Jacobo II nobleza en los sentimientos, mucho valor contra los enemigos tenaces, y clemencia con los vencidos. Tal vez las guerras continuas de su reinado, y los duros principios que el canciller le imprimió en la educacion exacerbaron su genio. Murió de un balazo á los veinte y nueve años delante de una plaza que sitiaba. Llegaba al campo

su esposa la reina al tiempo que sucedió esta fatalidad; y sin asustarse juntó los gefes del egército, les presentó su hijo, que no pasaba de siete años, y le hizo proclamar. Si la guarnicion enemiga hubiera sabido la muerte del rey, que la ocultaron, hubiera tal vez continuado en defenderse; pero creyendo que se rendia al difunto, entregó las llaves al monarca niño.

Conservó su madre la tutela hasta que se juntaron los estados, y estos dieron la regencia á un consejo, compuesto de señores de todos los partidos que se habian declarado despues de la muerte del rey. Dejaron á la reina la educacion del monarca Jacobo, la de sus dos hermanos Alejandro y Juan, y la de sus dos hermanas; pero pasma que reinase la concordia en un consejo compuesto con tanta extravagancia. A escepcion de algunos alborotos que se reprimieron muy presto, gozó la Escocia de perfecta tranquilidad por seis años. Llegó el rey á los trece, le persuadieron los lisonjeros que ya tenia edad para gobernar por sí mismo, y le empeñaron en hacer muchas cosas, no solo sin noticia, sino tambien á disgusto de los regentes. Le arrancaron de la vigilancia de los tutores, los cuales viendose con menos fuerzas se retiraron; pero los reemplazó una faccion dominante, la cual hizo que los estados, compuestos de partidarios suyos, promoviesen á la dignidad de virey al duque de Altona su gefe, con plena potestad, hasta que Jacobo llegase á los veinte y un años.

1480.

Los mismos artificios que habian entregado el jóven monarca á una faccion, le pusieron en manos de otra. Se habia apoderado el duque de Altona de Jacobo III por medio de la adulacion, y de

una entera condescendencia á quanto queria ; pero cuando se vió dueño del espíritu del príncipe cesó de lisonjearle en sus pasiones y vicios. Persuadió al rey la faccion contraria , que el no ceder en todo á su voluntad era querer esclavizarle , con lo que hicieron odioso al pedagogo ; y no solamente retiró el rey su favor del duque de Altona su cuñado, sino que por divorcio le quitó su muger , de quien tenia dos hijos , Jacobo y Grecina ; y la casó con un tal Amilton , de quien tambien tuvo dos hijos , Jacobo y Margarita ; y él se casó con una hija del rey de Dinamarca.

Jacobo , corrompido con la adulacion , sufría con repugnancia que le contradijesen , y con mucho menos paciencia que le censurasen , lo cual le infundia aversion á los grandes señores , que por su nacimiento y su clase se creian algunas veces autorizados para darle consejo ; pero él los separó con sus duros modales , y ellos se retiraron muy desabridos por su conducta. Entonces vino á ser la corte como un mercado ó una feria , en que públicamente se vendian los empleos y dignidades , así civiles como eclesiásticos.

Entre las personas peligrosas que el rey acercó á su trono , admitió adivinos y falsas hechiceras , en quienes tenia grande confianza. Estas le pronosticaron que habia de ser asesinado por sus vasallos ; y creyéndolo él se hizo cruel y sospechoso , y dió en acompañarse de gentes de la mas baja esfera , como personas de quienes tenia menos que temer. Un arquitecto llegó á ser su ministro , y un cantor inglés á ser su favorito preferido , colmado de riquezas , y condecorado con las insignias de las órdenes.



El Amo agradecido.

Para huir de la prision el príncipe Alexandro de Escocia quiso que descolgandose primero su Ayuda de camara por la soga de que él habia de servirse, la reconociese. Cayó el criado, y se rompió una pierna; pero bajando el amo, para que si hallasen á aquel infeliz no le castigasen su fidelidad, le llevó en sus hombros hasta el bote que los aguardaba. Amo y criado buenos suelen sacrificarse el uno por el otro.

Semejantes elecciones escitaron las murmuraciones mas violentas. A Juan, hermano del rey, le pusieron en una prision, y le cortaron las venas por haber hablado con demasiada libertad. Alejandro, otro hermano suyo, encerrado en la ciudadela de Edimburgo, tal vez no hubiera evitado igual desgracia si no hubiese hallado modo de huirse; pero en su evasion le hace honor una circunstancia. Su ayuda de cámara, á quien envió delante para examinar la sogá con que habia de bajar, halló que era demasiado corta, y se rompió al caer una pierna. Llegando el príncipe abajo, y temiendo que si hallaban allí al criado le castigasen la fidelidad con su amo, le tomó en sus hombros, y le llevó bastante trecho de camino hasta el navío que lo recibió.

Ya llegaron tantas violencias á cansar la paciencia de los grandes, y una guerra contra los ingleses proporcionó la ocasion de juntarse en cuerpo de estados. Los indignos cortesanos, que tenian al rey como cautivo, mostraban temer vivamente las resultas de aquella junta, y no sin razon, porque los señores, viéndose con la fuerza, se apoderaron de aquellos favoritos, y los entregaron al pueblo. Este, irritado con la alteracion de la moneda, lo caro de los víveres, y otras calamidades que le oprimian, hizo pronta justicia de los que creía ser los autores: pues á unos los mató á puñaladas, ahorcó á otros, y á todos los puso en fuga. Los grandes dieron libertad al rey bajo la promesa que hizo de mudar de conducta; pero él no les cumplió la palabra mas que á su hermano Alejandro. Este príncipe, socorrido de los ingleses, entre quienes se habia puesto en salvo, favorecido de mu-

chos señores escoceses, cuya amistad le habian conciliado sus desgracias, se hallaba en proporcion de destronar á su hermano si quisiera; mas no usó de sus fuerzas, y le dejó generosamente la corona. El reconocimiento de Jacobo fue hacerle proceso, y ponerle en precision de huir segunda vez á Inglaterra, de donde pasó á Francia; y allí murió, dejando dos hijos, Alejandro y Juan.

Perdió el rey su muger, que segun la opinion pública contribuia á contenerle en algo; y él, viéndose sin este freno, se abandonó de nuevo á los lisonjeros y adivinos. Estos, para hacerle odioso á la nobleza, le pronosticaban siempre empresas funestas de los nobles. Volvieron pues á empezar sus terrores, y con ellos sus crueldades, tanto que le hicieron tomar la resolucion de salir de una vez de todos sus miedos con una matanza general. Habia imaginado un pretesto para llamar los principales nobles á la ciudadela de Edimburgo en donde habitaba. Su intencion era hacer asesinarlos á todos, y se la comunicó á uno de ellos que tenia por afecto á su persona; pero este, desconfiado de un principe de tan mal carácter, y temiendo que le comprendiese la matanza, descubrió el secreto á los demas.

Advertidos pues del lazo que estaba armado les fue fácil evitarle; y no contentos con mantenerse en la defensiva, se presentaron en estado de acometer. Para dar mas estimacion á su causa se llevaron al hijo del rey, y se pusieron en campaña bajo de sus banderas. El padre viendo que él no era el mas fuerte, hizo sus proposiciones; pero declararon los grandes francamente que no darian oidos á ninguna mientras el monarca no renunciá-

se la corona y se la dejase á su hijo. No hubo arbitrio: llegaron á las manos, y murió Jacobo en la batalla. Dicen unos que por el hierro de los conjurados, otros que por mano de los asesinos de su mismo partido. No tenia mas que treinta y cinco años, y habia reinado veinte y ocho.

En el ejército que le venció quedó declarado por tirano. Los cabezas de la insurreccion tuvieron suficiente crédito para que se decidiese en los estados, congregados por su influencia, que los que habian levantado el estandarte contra él eran beneméritos de la patria, y que por esta accion nunca serian perseguidos. No agradó á toda la nobleza la decision, y de la diversidad de pareceres nacieron desavenencias que inquietaron la juventud de Jacobo IV. Habiendo este llegado al trono á los quince años de su edad mostró mucha prudencia; y sin aprobar la rebellion contra su padre, parecia que se habia olvidado de que habia culpados en ella. En cuanto á sí mismo jamas se tuvo por inocente enteramente en haber favorecido á los rebeldes, aunque no fuese sino con su nombre: se obligó con una especie de voto á emprender cuando pudiese la peregrinacion á Jerusalem para espisar su culpa; y en prueba de que no la olvidaba llevó á raiz de la carne mientras vivió una cadena de hierro que cada año alargaba con un anillo mas. 1488.

La bella presencia de Jacobo IV, que en un príncipe no es ventaja despreciable, inclinaba desde luego los corazones en favor suyo, y su espíritu vivo y alegre los arrastraba. Todo le salia bien, y se llegó á decir que parecia que la fortuna estaba á sus órdenes; bien que la suje-

taba con las bellas calidades de accesible, justo, severo con los malos, pero enemigo de los suplicios. Tan seguro de la pureza de las intenciones, que escuchaba sin conmocion las censuras de los que no le querian bien, y las reconvencciones de sus amigos, aunque fuesen amargas. No se le nota de otra cosa que de los modales demasiado populares, y de una familiaridad que hacia agravio á su dignidad.

La única falta de importancia que cometió ha sido bien castigada. Hacia la guerra á los ingleses, lo que ya era costumbre entre los dos pueblos; y aunque se hallaba inferior en el número de soldados, creyó que supliria el valor de sus nobles, pues de estos se componia casi todo su ejército. Viéndose en presencia del enemigo, á pesar de los consejos y súplicas de los gefes mas experimentados, resolvió dar la batalla. Murió en ella, y pudieron ser causa de su muerte la vergüenza y los remordimientos que le sobrevinieron por su obstinacion. Tuvo el valor que ceder al número de los contrarios, como se lo habian pronosticado; y viendo su ejército en desorden se metió con impetu entre los batallones enemigos, y desapareció. Los escoceses, que le amaban, como no hallasen su cuerpo, se obstinaron por largo tiempo en creer que no habia muerto, y en que tal vez habria ido á cumplir su voto de Jerusalem, y volverian á verle algun dia. Cuando murió acababan de empeñarle sus grandes gastos de mas fausto que utilidad á impuestos extraordinarios, y tal vez murió muy al caso para conservar su gloria. No tenia mas que cuarenta años, y dejó de su esposa Margarita, hermana de Enrique VII, rey de In-

glaterra, dos hijos, el mayor de los cuales no pasaba de dos años.

En un testamento que hizo antes de entrar en campaña habia nombrado por regente á la reina mientras no se casase. Con ser esto contra la constitucion del reino, por haber muerto tantos nobles en la última batalla, no hubo quien contradijese á esta última disposicion, y así dejaron á la reina en posesion de la autoridad; mas no habia pasado un año cuando volvió á casarse. Bien quisiera haber conservado la regencia, pero hizo muy pocos esfuerzos; y sin manifestar sentimiento vió pasar la tutela á un tio segundo de sus hijos, al cual nombraron por virey. Este llamó á la corte á un bastardo de Jacobo IV de mas edad que los hijos legítimos. Este príncipe es conocido por el nombre de conde de Murray, y célebre en los alborotos que agitaron el reino.

No duró mucho la indiferencia de la reina sobre la regencia; porque algunos consejeros interesados la persuadieron que no debia haber dejado la autoridad tan fácilmente, y la exhortaron á volver á tomarla; pero el virey, que lo supo á tiempo, se apoderó del jóven monarca, á quien habian dejado al cuidado de su madre, é hizo que llevasen con toda decencia esta princesa á Inglaterra al lado de su hermano Enrique VII. La regencia, objeto continuo de la envidia, era codiciada de todos los príncipes de la sangre, que eran muchos, y se creian igualmente dignos de ella; de suerte, que se puede considerar la menor edad de Jacobo V como un perpetuo conflicto entre parientes, y una discordia de la familia, en que por fuerza tenian que interesarse los pue-

blos, aunque el éxito les era indiferente.

Todos estos parientes no se perdonaban unos á otros; y durante la menor edad, y aun cuando la edad proporcionó al rey para revestirse de la autoridad, fue la Escocia como un cadahalso en que goteaba la sangre de la principal nobleza. Las puertas de las ciudades, las horcas del campo cargadas de cadáveres y de las cabezas de los proscriptos presentaban un espectáculo horroroso. Sucedia que alguno artancaba suspirando la cabeza de su hermano ó de su amigo del clavo en donde estaba enganchada, y colgaba en él con mucha rabia la de su enemigo, que arrastrado hasta el palo funesto, veia quitar la cabeza del lugar en donde iban á colocar la suya; y así no debe admirar que Jacobo V, criado en medio de tan sangrientas alternativas, contrajese el humor sombrío y melancólico que le atribuyen.

Hasta los veinte y seis años no pensó en casarse, y no porque hubiese pasado sin mujeres pues los que ya en su pubertad le acompañaban no reprimian sus deseos, y aun dicen que se los escitaban con el fin de tenerle con mas seguridad en su dependencia. Muy gustoso se hubiera acomodado Jacobo á esta vida si el bien de su reino no exigiese que le dejase legítimos herederos. Le proponia su tio Enrique VIII una de sus hijas, y pudiera este matrimonio reunir bajo de su mando los dos cetros de Inglaterra y de Escocia; porque amenazaba ruina la posteridad de Enrique VIII á pesar de todos sus matrimonios; mas no prevalecieron estas conveniencias sobre el temor de tener un dueño absoluto en un suegro como su tio Enrique VIII; y así no admitió á su prima, y se

casó con Magdalena, hija de Francisco I. Fue en persona á buscarla en Francia; pero reparando en María, hija del duque de Guisa, y viuda del duque de Longueville, de extraordinaria hermosura, desde luego se la destinó interiormente por esposa en caso que le faltase Magdalena, que era de muy poca salud. Murió con efecto á los dos meses, y se casó el rey de Escocia con María. Era esta sobrina del famoso cardenal de Lorena, y de una familia que se preciaba de un afecto exclusivo á la verdadera religion católica. Aunque esta ya habia algun tiempo que recibia en Escocia sus golpes, siempre era la religion dominante; en su seno se habia criado Jacobo; y se mostraba tan afecto á ella, que esto mismo habia sido una de las razones para no admitir el casamiento de Inglaterra, cuyo rey se habia separado de los antiguos principios.

Es muy probable que las exhortaciones del clero escoces contribuyesen á que prefiriese su rey el casamiento con la princesa de Lorena; pero lo sintió mucho Enrique VIII, y declaró la guerra á su sobrino, bien que con otros pretextos. Aceptó Jacobo el desafio, y se presentó con valor en las fronteras al frente de treinta mil hombres. Los ingleses, que no esperaban semejante esfuerzo, hicieron su retirada, y el rey de Escocia se aprestó para perseguirlos; ¿mas cuál fue su admiracion al ver que la nobleza no le quiso obedecer? Estaba esta muy envidiosa del favor que concedia el monarca á su clero; mejor diré, estaba codiciosa de los bienes de la Iglesia: pues la mayor parte de los nobles habia ya abrazado las opiniones de los sectarios, y miraba las riquezas eclesiasticas

como una presa, que contaban por segura mudando de religion, así como habia sucedido en Inglaterra.

Su desercion no solamente impidió que Jacobo se aprovechase de sus primeros sucesos, sino que le causó desgracias; y como era muy sentido, soberbio y tenaz, se apoderó de él la pesadumbre, de modo que la melancolía le causó una calentura, que daba pocas esperanzas de su vida. Mientras estaba luchando con la muerte le dijeron que su muger acababa de parir, y él preguntó con grande ansia si habia parido niño ó niña. Le respondieron que una niña, á lo que replicó con gran tristeza: "¡Con que una niña!" y dejándose caer en la cama, añadió: "La corona vino por una muger, y por una muger se retirará: muchas calamidades amenazan á este pobre reino: Enrique se la apropiará ó por armas ó por casamiento."

Sobrevivió pocos dias á esta prediccion, y murió á los veinte y nueve años de edad, sin haber conocido del cetro mas que los trabajos; porque no disfrutó el esplendor ni el placer, si hay alguno. Desde su juventud anduvo errante, ó viviendo en fortalezas cerradas de murallas como cárceles, ó en palacios despojados tal vez de lo necesario por los robos de las diferentes facciones. Habian llegado á tomar los hombres, con el furor de las guerras civiles, cierto aire de atrocidad; y parecia que cuantos se acercaban al príncipe llegaban para pedirle venganzas. En su corte aquellos nobles altivos, divididos en facciones, se amenazaban en su presencia con los ojos, y por su continente amenazador hacian temblar funestos rompimientos. Estos eran los cortesanos que

habian rodeado la cuna de la desgraciada María Stuart.

Apenas pudo pasarse esta sin los cuidados maternos mas precisos: la reina María su madre, la envió á Francia para que allí se criase en la corte de Enrique II con Francisco su hijo primogénito, destinado para ser su esposo. Por lo que ya hemos dicho de la menor edad de los reyes anteriores, se puede formar juicio de los alborotos que agitaron la de María Stuart. Disputaron entre sí los concurrentes la regencia como un privilegio de la sangre, ó un mayorazgo de familia: legítimos y bastardos todos la pretendian igualmente. La reina ya se valia de unos y ya de otros, hasta que cansada de ser el juguete y el pretesto de las diferentes facciones, abandonó el timon á quien quisiese tomarle por su cuenta. A las tempestades movidas por la ambicion y la envidia se añadian las borrascas que escitaba la diferencia en punto de religion. Luchaba el catolicismo con la heregía; pero con desventaja conocida; y agitado el navio del estado con tantas tempestades, continuamente se veia en visperas de hacerse pedazos.

Esta era la situacion del reino quando María Stuart, muerto Francisco II, su esposo, que la dejó viuda en la edad de diez y ocho años, fue á tomar el gobierno. Dejó la Francia con dolorosos presentimientos, presagios de sus desgracias. Iba esta jóven princesa adornada ya con dos coronas, y con justas pretensiones á otra tercera; pero Isabela, que tenia esta última, habia visto con despecho que su prima tomase, muerto Enrique VIII, el título de reina de Inglaterra. Jamas la perdonó esta ostentacion de sus derechos, antes bien se pro-

puso no dejar piedra por mover para que no la valiesen; y las disensiones que en punto de religion tenian dividida la Escocia, sirvieron oportunamente á su venganza, porque ganó el afecto de los protestantes, y les hizo sospechosa su reina. Como esta habia nacido de la sangre de los Guisas, y sobrina del cardenal de Lorena, azote de los hereges, no fue difícil hacerla objeto asustadizo de los anti-católicos.

Los nuevos supuestos evangelistas, como sucede regularmente en el fervor de lo que llaman reforma, tomaban con afectacion una sombría austeridad á que no podia acomodarse una reina jóven, que era naturalmente alegre, y se habia criado en una corte idólatra de las diversiones. Reia la reina, y de cuando en cuando se indignaba de ver la severa afectacion en los modales; pero esta gravedad gustaba al pueblo, al mismo tiempo que el genio despejado de la reina, y su inocente ligereza, presentada á las luces nada favorables, eran para los hereges un escándalo, y de aquí nació la aversion declarada entre la soberana y sus vasallos. Para que cesaran las injustas murmuraciones pretestadas con el celibato de una princesa de aquella edad y carácter, la empeñó su consejo en que se casase, y contrajo matrimonio con su primo Darnley. Isabela, que se habia arrogado el derecho de mezclarse en todos los asuntos de Escocia, mostró descontentarla aquel matrimonio; y por la poca justicia de sus quejas, se puede creer que no llevaba otra intencion que la de tener pretesto de enemistarse con su prima. No la podia perdonar que tuviese en Inglaterra un partido poderoso que procuraba hacerla declarar heredera presuntiva de

la corona; y lo hubiera conseguido á pesar de las intrigas y mala voluntad de Isabela, si María Stuart no se hubiera desacreditado con sus partidarios por los injustos zelos de Darnley. Este, siendo así que era tan del gusto de la reina que repartía con él la autoridad, y le hizo dar el título de rey, llegó á figurarse que la reina no le estimaba ya tanto; y empezó á sospechar de un músico italiano llamado David Rizzio, de figura tan desagradable, que no podia dar motivo para hacerle objeto de una pasion delincuente. Sin embargo, el despecho del rey halló entre los grandes señores cómplices de la venganza que meditaba contra su esposa.

Estaba María en cinta de seis meses; y sin reparar en su estado entraron los conjurados como furiosos en la sala donde estaba Rizzio con otros muchos convidados, comiendo con la reina; y el rey, que manifestaba ir á la frente de los conjurados, asió á la reina, y la detuvo mientras los otros sepultaban sus puñales en el cuerpo de aquel infeliz. Una accion tan atroz pareció muy mal al público, á pesar de las preocupaciones de que le habian imbuido contra la reina; y su esposo no halló otro medio que procurar reconciliarse con ella; y echando la culpa á los cómplices se los entregó á su discrecion. Ella los castigó; y á lo que se veia, la buena inteligencia volvió á restablecerse entre los dos esposos.

Parecia que un príncipe que la reina dió á luz debiera asegurar esta union; pero dicen que cuando se creia que estaban mas unidos, y cuando la reina daba personalmente sus cuidados á su marido enfermo, cuando le habia hecho trasladar á

una casa aislada para que estuviese distante del ruido de la corte, toda la ciudad de Edimburgo se asustó á la media noche con un espantoso rumor. Se supo que habian volado la casa que habitaba el rey, y hallaron su cuerpo en un campo inmediato, pero sin contusion ni señal alguna de muerte violenta. Todos culparon al conde de Botbel, señor escoces, porque merecia grande confianza de la reina, no obstante que siendo un hombre casado, de mucha mas edad que ella, no es fácil decidir qué género de inclinacion podia tenerle; mas al fin llegó á casarse con él muerta su esposa, y este matrimonio hizo levantar el grito de la indignacion en todo el reino; por lo que se coligaron muchos señores para lavar en la sangre de Botbel la vergüenza de su soberana; pero él se huyó á Dinamarca eu donde vivió diez años, y murió entre accesos de frenesí. Cayó la reina en manos de los confederados; estos la pusieron en medio de su ejército, llevando delante de ella un estandarte en que estaba pintado su esposo, segun le habian hallado en el jardin, y si queria apartar los ojos la obligaban á que le mirase. Despues de esta marcha tan insultante la encerraron en una fortaleza, y la precisaron á renunciar la corona, resignándola en su hijo, que no tenia mas que dos años.

Al firmar este acto mojó el papel con sus lágrimas, lo que no era buen indicio de estar dispuesta para la egecucion; y así no se detuvo en retractarle cuando la fue posible. Como las circunstancias cambian las inclinaciones, halló la reina partidarios entre los mismos que habian sido sus mayores contrarios, y con su auxilio levantó un ejército. Habian nombrado por regente á su bastardo

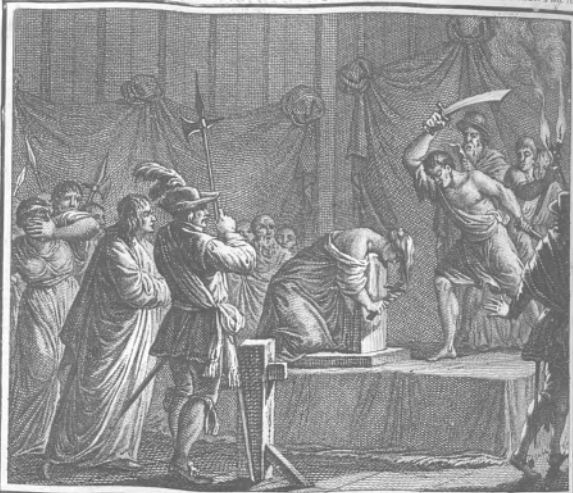
tio el conde de Murray, de quien no se duda que viendo entre él y el trono solamente un niño de tres años y una muger desacreditada, aspiró á la corona. Acometió á las tropas de su sobrina, las derrotó; y esta derrota fue tan completa que la infeliz María, en la precision de entregarse á su tio ó ponerse en manos de Isabel, prefirió el asilo de Inglaterra.

Esta resolucion puso el colmo á su imprudencia, si es verdad que en los felices dias de su reinado en Escocia habia escrito á Isabel aquella carta irónica que refieren algunos autores, en contestacion á los consejos que su prima se habia adelantado á darle, y en que Maria la habló de sus libertades en la vida privada, de su afectacion de virtud, y aun de las imperfecciones corporales, que son cosas en que nunca las mugeres perdonan. A esto se añade que la reina Maria poseia en verdaderas gracias lo que Isabel no tenia mas que en deseos: que los derechos de Maria á la corona de Inglaterra eran claros por su nacimiento, y los de Isabel podian disputarse por su bastardía; ¡Oh qué motivos estos de odio y de envidia! ellos esplican el motivo de la conducta de la inglesa para con su prima.

No la permitió á Isabel su política manifestar desde luego la mala voluntad contra Maria, y así mandó que se la recibiese en sus estados con todas las atenciones debidas á su clase; pero pidiendo la refugiada permiso á su protectora para ir á visitarla, repugnó la delicadeza de la inglesa conceder á su parienta este favor antes de que se justificase de la muerte de su marido. No salió bien la reina de Escocia de las conferencias que se de-

terminaron para aclarar este hecho. Sus abogados, en lugar de responder directamente á las acusaciones como debian, viéndose estrechados eludieron diciendo, que siendo reina independiente no podia reconocer tribunal alguno; pero esta evasion sirvió á Isabel de pretesto para encerrar á su prima. Esta prision ilegal chocó á la soberbia escocesa, y aun los mismos ingleses se irritaron de ver tratar así á la que debiera ocupar su trono, ó por lo menos era su heredera presuntiva. Se formaron pues confederaciones para libertarla, y la prisionera se prestó á algunas de ellas; pero de otras no tuvo mas que un simple conocimiento, y aun de este hubiera caecido á no ser por lo que oia al tiempo de acusarla. Cada averiguacion la servia á Isabel de nuevo pretesto para estrechar las prisiones de su prima: la trasladaba de una cárcel á otra, entre tanto que derramaba en los cadahalsos la sangre de los cómplices verdaderos ó supuestos, con el fin de que el castigo del delito asegurase á la vista del pueblo su realidad y la complicidad de su parenta.

Por algun tiempo solia escribir María Stuart á su prima las cartas mas patéticas solicitando su piedad; pero viendo que correspondia á sus súplicas con respuestas pedantescas y altivas, se dejó de ruegos, y se resignó á su suerte. Tambien se cansó Isabel de dar á las dos naciones el espectáculo de una reina acusada, no convencida, y detenida no obstante en sus prisiones, no tanto por el mal que hacia cuanto por el que podia hacer. Ya por último, al cabo de diez y nueve años de prision, se presentó una conjuracion, en la cual se reunieron toda especie de agravios: tentativas para sublevar el reino de Inglaterra; seduccion de mu-



Muerte de Maria Stuard.

Afectando la Reyna de Inglaterra Isabel dar asilo en su corte á su prima la Reyna de Escocia María Stuard, dispuso que forjandose la causa de alta traición, y atropellando sus defensas y pruebas, se la condenase á muerte; y firmó esta sentencia con lágrimas que fueron nuevo insulto á la inocente víctima de su envidia y odio. Sació Isabel su encono; pero infamó su propia reputacion para siempre.

chos grandes señores; inteligencia con los príncipes extranjeros, sobre todo, con el rey de España y el pontífice, enemigos declarados de Isabel, y el haber atentado á la vida de esta princesa.

Para apoyar esta acusacion se produjeron muchas cartas y algunos testimonios. En cuanto á la conspiracion contra la tranquilidad del reino, respondió friamente María Stuart, que no habia podido impedir en los que la tenian buena voluntad que diesen pruebas de ella, procurando sacarla de cautiverio, y que el derecho natural la autorizaba para buscar los medios posibles de recobrar su libertad. En cuanto al proyecto contra la vida de Isabel le negó formalmente, y sostuvo que las cartas que presentaban sobre este punto eran falsas y no suyas; que los testimonios que producian eran supuestos, ó los habian arrancado de los testigos por miedo del tormento, y así pidió que se los presentasen, creyendo que no tendrian cara para sostener en su presencia sus deposiciones.

Se la respondió que en los delitos de alta traicion no permitia la ley conceder aquella peticion; y teniéndola por convencida, la condenaron á perder la cabeza: sentencia que firmó Isabel llorando. Sufrió la muerte María Stuart con valor. Dijo, y es muy creíble que así lo pensase, que para ella era un beneficio que la libraba de todas sus miserias. En los cuarenta y cinco años que vivió, á escepcion del tiempo de su infancia, y el que pasó en la corte de Paris, la mitad de su vida, y mas, fue muy infeliz. Ninguna princesa la escedió en gracias ni en delicadeza; y por un delito que no habia cometido fue castigada en el año de 1587. 1587.

Contamos el principio del reinado de Jaco-

bo VI desde el momento en que su madre renunció, y le resignó la corona cuando no tenia mas que dos años. Le nombraron regentes los estados, y le dieron por tutor al conde de Murray, tio bastardo de su madre, el que en las diferentes catástrofes de su sobrina afectó contra ella el rigor de un censor severo; pero mostró mucha atencion para con su sobrino. Sus pasos oblicuos, y sobre todo su connivencia á dejar á María Stuart en la prision, cuando con un poco de fortaleza pudiera haberla librado, nos dan motivo para creer que no le disgustaba tener distante aquel estorbo, sabiendo que cuando quisiese podria retirar el que le hacia un niño; pero en medio de sus proyectos, si los formó, asesinaron á Murray por una queja particular. Salió Jacobo de sus manos, y pasó su menor edad en las de otros muchos, que se disputaron y alternativamente se quitaron la regencia.

Cuando llegó á la edad competente no fue mayor su independencia; porque las pretensiones de las familias, las del clero puritano, las intrigas de Isabel, y la autoridad que se habia tomado en todo género de administraciones, le mantenian en una perpetua servidumbre, de suerte que apenas se atrevió á quejarse del asesinato jurídico de su madre. Le respondió la reina de Inglaterra con una carta altiva y pedantesca, que contenia menos escusas que consejos de portarse mejor con ella. El temor de ofender á una princesa despótica, que tenia su fortuna en sus manos, y podia darle la corona de Inglaterra ó quitársela, le hizo sufrir esta afrenta con la mayor paciencia; porque despues de algunas murmuraciones que suscitó en los escoceses la primera noticia de la injusta muerte,

los halló el rey con poca disposición para favorecer los esfuerzos de su resentimiento.

Tuvo pues que rendirse á las arbitrariedades de Isabel, por cuya muerte vino á ser soberano, tanto en Escocia como en Inglaterra. Consiguio Jacobo esta corona sin dificultad como nieto de Margarita, hija mayor de Enrique VII. Se verificó este suceso en 1603, y puso bajo su cetro los dos reinos, que despues de este príncipe no hacen mas que uno. En esta reunion logró la Escocia dos ventajas, cuales son verse libre de las guerras perpetuas con Inglaterra, y de las civiles que los señores, tan poderosos que no podia el rey contenerlos, no cesaban de escitar en su propio seno con gran detrimento de los pueblos. La suerte de los príncipes de la casa de Stuart es un fenómeno tan singular en la historia, que no será fuera del caso reunir como en un cuadro las principales circunstancias, valiéndonos del pincel de un autor hábil en este particular.

El primer rey de los de Escocia, que tuvieron el nombre de Jacobo de la casa de Stuart, estuvo diez y ocho años prisionero en Inglaterra, y murió asesinado por sus vasallos. Jacobo II pereció en una batalla contra los ingleses á los veinte y nueve años de su edad. A Jacobo III, á quien su pueblo puso en la cárcel, le mataron los revoltosos en una batalla. Jacobo IV se desapareció en un combate en que sus tropas fueron derrotadas. A Maria Stuart, su nieta, la degollaron en Inglaterra despues de haber estado consumiéndose diez y ocho años en una cárcel. Carlos I, nieto de Maria, pereció en un cadahalso, vendilo por los escoceses, y sentenciado por los ingleses. Su hijo Jacobo, se-

gundo rey de Inglaterra, y septimo de Escocia, fue arrojado de sus reinos, y para colmo de su desgracia hasta el nacimiento le disputaron. No intentó este hijo volver al trono de sus padres sino para que los verdugos quitasen á sus amigos la vida; y así hemos visto que Cárlos Eduardo, en quien resucitó el valor de Juan Sobieski, su abuelo materno, ejecutó las hazañas, y padeció las desgracias mas increíbles. Una continua série de infortunios persiguió á la casa de Stuart por mas de cuatrocientos años.

IRLANDA.

La isla de Irlanda, á escepcion de sus irregularidades, presenta la figura de un huevo; pero sus mismas irregularidades proporcionan una multitud de excelentes puertos. Es tan grande como la mitad de Inglaterra. El terreno es muy fértil, y abunda en toda especie de producciones. Su principal riqueza son los pastos, aunque no faltan minerales, pues el hierro y el plomo se hallan fácilmente. Hay en ella grandes lagos, bellos rios, fuentes termales y petrificantes. Sus montañas poco elevadas tienen bastante leña. Hay lobos, pero no animales venenosos; y aun se dice que mueren allí de repente si los llevan.

Los irlandeses son corpulentos y robustos. Los anticuarios los hacen descendientes de los españoles, que abordaron á esta isla mil años antes que Jesucristo, bajo un gefe llamado Milesio, por lo cual los dieron el nombre de *Milesianos*; pero ellos confiesan que ya habia allí otros habitantes muy idólatras, que ademas del sol, la luna y otros as-

tros adoraban los utensilios del menage y de la labor, en memoria sin duda de los que los inventaron. Sucedió á este culto la religion de los Druidas, y la llevaron sin duda los gaulas, transplantados á Irlanda. Tuvieron, como los escoceses, sus *Bardos*, cuyas poesías se cantaban. Celebraban los matrimonios en público, y con ceremonias propias para inspirar respeto á esta union. Honraban mucho la música, y se disputaban el premio de ella en las fiestas públicas. Allí conseguia coronas la superioridad en los ejercicios militares; y suponen tener anales setecientos años antes de Jesucristo, y que la nacion para disponerlos mantenía hombres recomendables por sus virtudes, y sustentados por el público, cuyas obras se sujetaban al examen de la junta general; y así nos presentan sus escritores antes de nuestra era comun una serie de setenta y seis reyes, que nos citan con sus nombres y apellidos, cuyas genealogías esplican; pero muy confusas para que hallemos en ellas algunos hechos que merezcan lugar en la historia.

Por los años de setenta, cuando la tribu milesiana dominaba todavía, se suscitó una guerra civil entre los nobles y los plebeyos, diciendo los primeros que descendian de los gefes y soldados españoles que habian hecho la conquista. Tenian estos nobles, bajo un yugo de hierro, como á vasallos y esclavos al resto de la nacion, que se componia de artesanos y de obreros, descendientes de los primeros habitantes, ó de otras castas mecánicas que se habian establecido sucesivamente en Irlanda. Como el número de estos era mucho mayor, venció á los milesianos, y espelió al rey con sus nobles; pero nunca pudo convenir sobre el go-

bierno que elegiria. Pasados muchos años de alborotos volvieron los plebeyos á llamar á los descendientes de los nobles, y colocaron en el trono al heredero de su rey.

En el testamento de un rey del siglo II se ve una enumeracion de legados, que manifiesta las artes de utilidad y de lujo que por entonces se cultivaban en Irlanda; porque deja á sus hijos, entre quienes dividia su reino, navíos de carga, escudos en sus cajas guarnecidas con bordadura de oro y de plata, espadas con el puño de oro y de esquisito trabajo, carros con sus arcos, copas de oro, toneles de madera de tejo, cincuenta caballos pios con sus bridas y bocados de bronce, mesas de preciosa madera para jugar á las damas, al algedrez y al chaquete: todo esto cincelado, franjeado y dorado: cincuenta bolas de bronce con los tacos de la misma materia, y mesas para jugar, que todo sería para atletas, pues parece ser una especie de villar para lo que servian estos pesados instrumentos; sobretodos de diferentes estofas y de diferentes colores principalmente azafranados; banderas militares muy doradas; calderas de cobre; muchos caballos de regalo, todos enjaezados; y cien vacas con manchas blancas y sus terneras, uncidas de dos en dos, con su yugo de bronce. Se omiten los utensilios de menage y de agricultura, riquezas verdaderas, pero comunes á todos los tiempos y paises.

Si los reyes de Irlanda no hubieran repartido entre sus hijos mas que sus tesoros, su monarquia habria formado una unidad respetable; pero se separaron sus provincias para hacer mayorazgos á sus hijos; bien que establecieron tal vez alguna su-

bordinacion entre aquellos príncipes, y alguna dependencia respecto del mayor, ó del que poseia la parte principal; y aun parece que por largo tiempo se gobernó la Irlanda como la Alemania, siendo emperador el monarca que tenia la capital, y como electores los otros. Habia sus juntas generales en que se trataban los asuntos comunes. Pretender seguir las series de estos príncipes sería lo mismo que emprender desembrollar el caos, y el referir las guerras que tuvieron entre sí esponerse á repeticiones continuas; pues por la mayor parte no fueron mas que irrupciones y robos. Los otros hechos de sus reinados no ofrecen objetos que sean muy importantes.

Entró el cristianismo en Irlanda desde el principio del II siglo, y nos le presentan tan floreciente, que salió grande número de Santos, que se esparcieron en Inglaterra y aun en Francia. En pocos reinos hubo mas monasterios ni mas bien poblados; pero la multitud mas numerosa de monges se verificó á mediados del siglo V, y desde el tiempo de la predicacion del célebre san Patricio Apóstol de los irlandeses. Se puede formar juicio del religioso zelo del pueblo por lo que sucedió á On-go, uno de sus reyes. Estaba el obispo bautizandole; y durante la exhortacion se apoyó en su báculo pastoral que tenia una punta de hierro, é hirió con ella al rey en el pie. Permaneció inmóvil el nuevo convertido, sin dar seña alguna de dolor; y cuando el obispo advirtió su mismo descuido, le dijo admirado: "¿Por qué no os quejasteis?" Respondió el rey: "Porque yo creia que eso era parte de la ceremonia."

A mediados del siglo IX hicieron los dinamar-

queses en Irlanda una irrupcion , y se apoderaron de una parte del pais. Turgesio su gefe puso para asegurar su conquista en cada provincia un rey, en cada territorio un capitan, en cada monasterio un abad, en cada lugar un sargento, en cada una de las principales casas un soldado, todos dinamarqueses. Malaquíás, que era uno de los príncipes de los territorios subyugados, tuvo que sujetarse como los otros á tan vergonzosa servidumbre, contando por fortuna que el estrangero le dejase gozar de su castillo, y que le honrase algunas veces con su presencia. En una de estas visitas puso Turgesio los ojos en Melca , hija de Malaquíás : se enamoró de ella, y comunicó claramente á su padre el deseo de lograrla por una de sus concubinas. El irlandes, que tal vez no la hubiera negado para un matrimonio legítimo, se horrorizó de oír la proposicion: disimuló por entonces, y pidió solamente al tirano que permitiese á su hija llevar consigo quince doncellas de su nacion que la acompañasen. No podia menos de convenir esta disposicion á Turgesio, como que tenia quince capitanes á quien poder repartirlas. Concedida la condicion disfrazó Malaquíás de doncellas á quince jóvenes sin pelo de barba, y los armó con puñales. Viendose estos introducidos entre los dinamarqueses, cada uno degolló al suyo; y uniendose á Melca la libraron de los amorosos esfuerzos del infante Turgesio, y prendiendole le pasearon con ignominia por los principales pueblos de su tiranía, y le arrojaron á un lago. Quitaron por todas partes la vida á los dinamarqueses: y Malaquíás, cuya prudencia habia efectuado aquella revolucion, subió á sentarse en el trono, en el cual se sostuvo su familia has-

ta otro Malaquías á principios del siglo XI.

Mantenan los dinamarqueses siempre la guerra enviando reclutas á Irlanda, y este Malaquías II, por no tener talentos militares les pareció á los irlandeses impropio para gobernarla en un tiempo en que era preciso estar siempre con las armas en la mano contra los estrangeros. Le dijeron pues que se contentase con el pequeño reino paterno, sin pretender conservar la principal corona, que le daba una especie de derecho sobre los otros reyes. Consintió en lo que tal vez inútilmente hubiera resistido, y le nombraron pacíficamente por sucesor á un tal Brieno. Celebró el nuevo rey una junta general para sancionar las sabias leyes que publicó; restableció las escuelas públicas antiguas, fundó otras nuevas, levantó fortalezas, construyó puentes y calzadas, se aplicó á hacer floreciente el comercio; y para quitar de las familias la confusion que causaba la identidad de los nombres, ordenó que los padres, hijos y parientes se distinguiesen con sobrenombres.

Entre tanto que empleaba sus cuidados en tan útiles instituciones formó contra él la imprudencia de un hijo suyo una coligacion de otros muchos reyes. Habia insultado este jóven á uno de ellos en el mismo palacio de su padre; y tal vez Brieno no tuvo valor para darle satisfaccion de la injuria. Tomaron los otros monarcas por su cuenta el desagravio del ofendido, y llegaron á las armas. Malaquías, el destronado, levantó tropas como los otros: avanzó hasta el campo de batalla, y se estuvo muy tranquilo durante la accion sin inclinarse á ninguno de los dos partidos; pero su neutralidad no fue indiferente, sino muy útil para los

Años
de J. C.
1022.

confederados, que ganaron la victoria. Poco sobrevivió Brieno á la vergüenza de su derrota; y la liga de los reyes irlandeses, reconciliandose con Malaquías por su inaccion, volvieron á colocarle en el trono principal, de donde le habian hecho descender. Conservó aquella corona con la reputacion de buen príncipe, hasta que murió en 1022; y despues de él no hubo en Irlanda monarca dominante sobre los otros, bien que los que han tenido la diadema en algunos territorios son conocidos por una palabra irlandesa, que significa *Rey con oposicion*.

Esta costumbre no ha sido tan general que no se reconozca que á fines del siglo XII todavía hubo un rey dominante que se llamaba Roderik-O-Conor. Durante su reinado Derforguilla, hija del rey de Midia, dió por respeto á su padre la mano á Roinrko, rey de Befny; pero reservó su corazon para Dermod, hijo del rey de Lagenia. Llegando su amante á ser tambien rey, por muerte de su padre, se aprovechó ella de la ausencia de su marido, y dispuso que Dermod la arrebatase y la llevase á Lagenia. Roinrko se dirigió á Roderik para que le ayudase en la venganza de esta afrenta: este juntó los otros reyes, y unidos todos dieron sobre el robador. A Derforguilla la confinaron á un monasterio; y Dermod, privado de su reino, buscó asilo entre los ingleses. Habia mucho tiempo que estos ambiciosos vécinos meditaban la conquista de la Irlanda, en la que ya tenian establecimientos. Ofreció Dermod á Enrique II, que entonces reinaba, homenaje de sus estados, si le ayudaba á recobrarlos; y aceptando el ingles la proposicion envió tropas á Irlanda; pero desde que en-

tró en ella manifestó que no se contentaría con el vasallage de un príncipe. Hizo proclamar dos bulas del papa, en que le encargaba la reforma de las costumbres de los irlandeses, y que sostuviese la religion cristiana, siendo así que estaba entre ellos mas floreciente que en Inglaterra; por lo que estas bulas se consiguieron para tener pretesto y medio de invadir la isla, y á Enrique le sirvieron mucho.

Se reunieron contra Dermod y contra él los régulos irlandeses bajo el dominio de Roderik; pero Enrique los dividió con astutas proposiciones. Los que se sujetaban al homenaje, tratados favorablemente, veian que sus estados gozaban de tranquilidad, al mismo tiempo que eran arruinados á fuego y sangre los de sus vecinos. Viendolos ya cansados el rey de Inglaterra, les ofreció la salvaguardia de su proteccion, la cual compraban jurando homenaje. Por algun tiempo se halló Roderik solo para sostener la independenciam de la corona; pero al fin cedió como los otros, y con su sumision se hizo Enrique soberano señor de la Irlanda en 1172. No obstante á largo tiempo, y al paso que se iban estinguiendo las familias reales, llegaron los ingleses á lograr la autoridad sin límites; mas no sin reclamaciones. Se sirvieron aquellos monarcas de todos los medios posibles para sujetar al yugo estas activas é impacientes cabezas; y á falta de reyes les dieron príncipes, duques, grandes justicias; y por último un virey y un parlamento, como le tienen en el dia. Hasta de la persecucion y anarquía se valieron, y el sistema de algunos ministros ingleses fue no hacer justicia al ofendido, y salvar al culpado. Reprendiendo el rey

á uno de ellos, que no habia castigado un asesinato execrable, le respondió: "Dejad que se degüellen los rebeldes: mientras ellos peleen entre sí no os harán la guerra: eso mas gana vuestro tesoro." Si se hubiera de medir la sangre que derramó Isabel, la que corrió con la cuchilla de Cromwel, los arroyos que han derramado los católicos en defensa de su religion, y los partidarios de la casa de Stuart, siempre prontos á tomar las armas en favor de esta desgraciada familia, todos se pasmarian de ver que haya quedado sangre en las venas, y de que no se haya acabado de raiz la nacion irlandesa, á pesar de los intereses civiles y comerciales que son comunes á los dos pueblos, entre los cuales ha quedado un odio nacional, que se explica en las espresiones, y muchas veces hasta en el modo de mirarse.



ESPAÑA.



A LOS LECTORES

EL REDACTOR DEL SIGUIENTE COMPENDIO
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

La historia de España, escrita por Mr. d'Anquetil, es en extremo diminuta, y se resiente demasiado de los defectos en que suelen incurrir los extranjeros cuando escriben la historia de nuestra nación, para que no hubiese sido muy reparable en un español darla á luz sin purgarla de sus errores, sin rectificar los hechos que se presentan desfigurados, y ocultando bajo un silencio reprehensible aquellos que serán perpetuos monumentos de nuestra gloria. Por lo mismo pensó desde luego el editor en sujetarla á una severa correccion. Lo fue mucho la que en su version castellana recibió de la religiosa, erudita y patriótica pluma del digno traductor de toda la obra de Anquetil; pero concluido este vasto trabajo, y á pesar de algunos ensayos posteriores para perfeccionarle, llegó á persuadirse de que no solo seria insuficiente repetirlos, sino de que para su objeto era inevitable una verdadera refundicion, y prefirió este medio desentendiendose generosamente de los gastos hechos hasta entonces.

*El favor que le he debido siempre, y la esceti-
va confianza con que honra mis cortos talentos, le
determinaron á elegirme para una empresa de tal
consideracion entre tantos sugetos como hay en la
Corte y fuera de ella, sin duda mas capaces de de-
sempeñarla con acierto; y aunque le hice presente mi
limitada capacidad, la escasez de mis conocimientos,
en una palabra, mi ninguna disposicion; tuvo la
bondad de interpretar benignamente modestia lo que
en realidad solo era convencimiento de mi ineptitud.
Hube pues de rendirme á sus instancias; y animado
de la indulgencia con que el público ha recibido en
alguna otra ocasion el fruto de mis tareas, tomé á
mi cargo un empeño tan superior á mis fuerzas, y
en el que así por esta razon, como por ser el primer
ensayo en este género, desconfio mucho de haber
llenado las ideas de los inteligentes.*

*El público echará ciertamente de menos en este
trabajo aquella gracia de estilo con que de una plu-
mada describe Anquetil los hechos mas complicados,
y que en vano he procurado imitar; pero me lison-
jeo de que en cambio hallará bastante verdad y
exactitud. Por lo menos puedo asegurarle de que la
he procurado; y aunque la precipitacion con que me
he visto precisado á trabajar en esta obra por no
dar motivo á que se suspendiese la publicacion de la
Historia Universal no me ha permitido consultar
los preciosos códices, documentos y memorias espar-
cidos por una multitud de archivos, he creido que
nada aventuraba en circunscribirme á redactar lo
que han dejado escrito historiadores recomendables,
siempre que, comparandolos entre sí, y examinando
los fundamentos de sus opiniones, acértase á proce-
der con alguna crítica. Si lo hubiese conseguido, es-*

Te será mi único mérito, y á la verdad no sería el menos apreciable si tuviese la fortuna de que el público ilustrado quedase satisfecho.

No es esto decir que he prescindido absolutamente de la obra de Anquetil; lejos de eso se hallarán trozos enteros en que apenas he hecho mas que traducir aquel original; porque como en medio de todos sus descuidos se le advierte en ocasiones bastante conforme á nuestras historias, me ha parecido justo tributar este corto homenaje al crédito de un escritor, á cuyo nombre ha salido á luz el resto de la obra.

Si la consideracion de que en la formacion de este compendio no he tenido otro objeto que complacer á un amigo, y emplearme de algun modo en utilidad de mi patria, puede merecer algun aprecio entre las personas sensatas para disculpar mi atrevimiento; conozco que no podria libertarme de la nota de imprudente, si tuviese la temeridad de manifestar sin necesidad mi nombre á la frente de un trabajo, que por tantas razones no debo ofrecer al público sin desconfianza. Este es el motivo porque me he determinado á ocultarle; y si por dicha lograse aquel alguna aceptacion, la felicidad sola de haber llenado mi objeto será la mayor de las recompensas que pudieran lisonjearme.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa. Situada dentro de la Zona templada septentrional, y comprendida entre los 36 y 44 grados de latitud, y entre los 9 y 22 de longitud, forma una península bañada al Occidente por el mar Océano, de Mediodia á Oriente por el Mediterráneo, y lindando con la Francia por entre Oriente y Norte, donde fijó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reinos. Se regula su ámbito ó circuito en quinientas ochenta y una leguas, y su mayor travesía en poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones. Aun es mucho mas difícil determinar quiénes fueron sus primeros pobladores, pues unos hacen este honor á Tubal y á su familia, otros á Tarsis, y otros discurren de diverso modo; pero la verdad es que nada puede asegurarse con certidumbre sobre el particular, como tampoco sobre las leyes, costumbres y gobierno de estos primeros habitantes de la España, hasta que pasaron á ella las colonias fenicias.

La España, que en el día va á buscar el oro y la plata por entre mil peligros á los extremos del globo, poseyó en otro tiempo ricas minas de uno y otro metal, y actualmente conserva algunas bien copiosas de azogue, estaño, cobre y de toda especie de semimetales. Su suelo, muy fecundo por lo

general, se halla regado por una multitud de rios mas ó menos caudalosos; pero muy abundantes de pesca. Entre sus risueñas llanuras se elevan montañas cubiertas de árboles de toda especie, horadadas en algunas partes de cavernas, que horrorizan y asombran al curioso pasagero. No se encuentran en España los animales feroces del Africa y del Asia, sino los de los climas templados, como osos, lobos &c. El cielo es puro y sereno: se respira un aire benigno; y aunque los calores en algunas provincias y en ciertas estaciones suelen ser algo incómodos, nunca llegan al término de escesivos é insufribles; ademas de que la tierra misma suministra los medios de hacerlos mas tolerables, produciendo en abundancia naranjas, limones y otra multitud de frutas frescas y gustosas. La naturaleza no ha querido escasear á sus habitantes ni el trigo mas granado, ni los mas preciosos vinos; ni el aceite mas sustancioso, ni la mas delicada miel; y para establecer mejor la recíproca sociedad ó comunicacion de las provincias entre sí, ha dispuesto con admirable economía que lo que falta en unas sea suplido ventajosamente por lo que sobra en otras.

Las lanas de esta península disfrutan de una reputacion justamente merecida; pero las mas finas son las que producen los ganados *trashuman-tes*, llamados así porque trashuman ó viajan constantemente para pasar el verano en las montañas, y el invierno en las dehesas de las provincias meridionales, observando entre sí los mayorales ó cabezas de estos rebaños cierta correspondencia para no encontrarse en el camino, ni perjudicarse en el disfrute de los pastos. Cuando se manufacturaban

en España todas las lanas finas eran considerables las utilidades que se reportaban; pero estas han bajado á proporcion de las ganancias de los estrangeros que compran en el dia una gran parte, y á quienes esta produccion, que benefician con su propia industria, ofrece un manantial inagotable de riquezas.

Lo que se llama carácter de una nacion suele ser el resultado de la educacion y del gobierno; pero hay ciertas señales constantes que parece determinan la índole y genio nativo de los habitantes de cada pais; y los españoles son conocidos por su admirable constancia en medio de los infortunios, y por cierta superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sóbrios, opuestos á la embriaguez, agradecidos y fieles á sus amigos: deliberan despacio; pero una vez decididos egecutan con teson. Suele tachárseles de *fanfarrones*, ó de que se jactan de su valor mas de lo justo; pero al menos si se alaban de valientes, pueden hacerlo con razon. En el discurso de esta historia se citarán mil ocasiones en que han dado no solamente las mas señaladas sino incomparables pruebas de su esfuerzo y bizarría; y los romanos y cartagineses se disputaban á porfia la gloria de llevar entre sus tropas soldados españoles. En efecto, siempre han sido estos fuertes, denodados, y muy delicados en los puntos de honor; y la jactancia de que se les moteja quizá procede del carácter de su idioma, que es grave, sonoro, y á veces enfático. Las mugeres españolas han sido en todos tiempos recomendables por su pudor; y en quanto á su hermosura sucede lo que en todo el mundo: en unas pro-

vincias son por lo comun mas agraciadas que en otras; pero en todas llevan siempre ventajas á las demas europeas en la viveza, despejo, talento, y en otras prendas, que cultivadas por una buena educacion, las constituyen sin disputa el ornamento de su sexo.

El terreno de España parece de los mas proporcionados para influir en las ciencias, pues habiendo subyugado los romanos el mundo conocido entonces, de ninguna parte salieron tantos oradores y poetas célebres como de la nacion española; y los árabes, que la conquistaron despues, y en su pais eran verdaderamente bárbaros, se afinaron en ella de tal modo que llevaron las artes, las humanidades, la medicina, la agricultura y las ciencias exactas hasta un grado que les hará honor perpetuamente.

La historia de los españoles en los tiempos anteriores al siglo v., se ha compendiado ya cuando se ha hablado de los cartagineses y romanos, que se hicieron dueños de la España, notando los sucesos mas particulares correspondientes á esta nacion, y así al presente solo se tratará de ella desde el momento en que se erigió en monarquía independiente sobre las ruinas del romano poder. Reinaron pues en España, juntos ó separados, desde la mitad del siglo v hasta principios del VIII, príncipes godos, suevos y vándalos; y como unos eran arrianos y otros católicos, fue continua la agitacion de sus cortes por la diferencia de religion. Los obispos egercieron en esta época una poderosa influencia, y fueron frecuentes los concilios en que igualmente se controvertian las materias civiles y eclesiásticas, y de donde emanaron sabios regla-

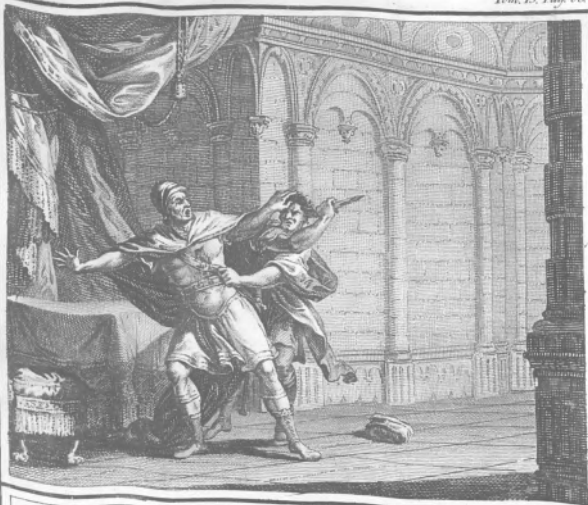
mentos sobre las costumbres y la policía que contribuyeron infinito á dar esplendor al imperio de los godos y de los visigodos. Daremos principio por el orden de sucesion que se conoce de los reyes godos, pues fueron los que al fin llegaron á sujetar bajo su dominio todas las provincias de la nacion española.

Años
de J. C.
410
ó 411.

La muerte repentina de Alarico en el año de 410, y la paz ajustada con Honorio, dejaron á los godos en posesion de las Galias; pero Ataulfo, su gefe, bien fuese á ruegos de Placidia su muger, y hermana de Honorio, ó bien llamado de los españoles, oprimidos con el dominio de Roma, y afligidos con las armas de los bárbaros del Norte, que como un torrente asolador habian inundado la península, abandonó de allí á poco la Galia narbonense, donde se habia establecido, pasó los Pirineos, y se apoderó de una parte de Cataluña. Reinó sin embargo bien poco: las prendas que le adornaban no pudieron libertarle del puñal de un alevoso doméstico, y murió en Barcelona el año 416 ó 17. de 416, segundo de su reinado.

Pusieron los godos en su lugar á Sigerico, caudillo esforzado, y creido digno de ceñir la corona; pero apenas sentó el pie en el solio murió á manos de los suyos, resentidos del afecto que manifestaba á los romanos.

Sucedióle Walsa, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia reunida en aquellos tiempos á la España. Una deshecha tempestad, que le sorprendió en el Estrecho, malogró la empresa, y le precisó á tratar con el conde Constancio, general romano, que dominaba la costa con gruesa armada. Fueron las



Ataulfo asesinado.

Al segundo año de haber fixado Ataulfo su trono en España, y de haber acreditado en ella las admirables prendas, cuya sola noticia le habia hecho tan deseado de los españoles, lloraron estos su inesperada muerte á manos de un doméstico alevoso. Desgracia es de los Reyes que pudiendo el peor vivir seguro de la fidelidad de los vasallos buenos, nunca el bueno esté libre del puñal de un infame.



condiciones del concierto: que entregase á Placidia, viuda de Atila, y prometida esposa de Constancio; y que los godos arrojasen de la España á los suevos, vándalos y alanos, que habian usurpado al imperio la Galicia, Lusitania y Andalucía. Cumpliólas religiosamente Wallia: dió con su gente sobre los alanos, los derrotó en varios encuentros; y por los años de 419 los dejó tan oprimidos, que recibieron por gobernadores personas de la nacion de los godos: de suerte que escarmentados los vándalos y suevos se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque todo el peligro, gasto y trabajo de ella era para los godos. Fecida esta espedicion se retiró Wallia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio en premio de sus hazañas, y murió de enfermedad en el mismo año de 419 ó al siguiente.

Con su muerte empezaron á reunirse las naciones bárbaras esparcidas por la España, singularmente por la Lusitania y Galicia, y formaron el proyecto de despojar á Honorio del imperio de toda la península. Eran muy débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los vándalos, conducidos por su caudillo Gunderico, arrinconaron á los suevos, obligandolos á guarecerse entre las quiebras de los montes Ervasios, situados entre Leon y Oviedo: derrotaron las tropas romanas mandadas por Castino: pasaron á las islas Baleares, y cuantos intentaron defender su patria cayeron al filo de la espada del vencedor. Tres años despues, esto es, por los de 425, se apoderó Gunderico de la ciudad de Cartagena, y tomó la de Sevilla; pero su repentina muerte contuvo los progresos de su ambi-

419.

425.

cion y crueldad, y dió la corona á su hermano Genserico en 426.

426. Pasó este al Africa en socorro de Aecio; y los suevos, aprovechándose de su ausencia, se derramaron por España con tal furia que le obligaron á retroceder. Derrotólos sin embargo completamente cerca de Mérida, los confinó en la Galicia, y volvió al Africa cargado de ricos despojos. Pero no fueron tan desgraciados los esfuerzos de los suevos y alanos contra Roma. Quebrantaron la paz que tenían hecha con el imperio, derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y demas pueblos de la costa hasta Cartagena, y en 441 acabaron con los bárbaros de aquellas provincias.

441. En aquella época rompió Atila con un formidable ejército por las provincias romanas: penetró en las Galias, quemó y asoló á Reims, y puso cerco á Orleans. Teodoro, rey de los godos, pariente y sucesor de Walia, que en España poseía únicamente la Cataluña, y tenía la mayor parte de sus dominios espuestos á la furia de aquel feroz conquistador, trató de confederarse con los romanos para hacer frente al comun enemigo. Avistáronse los ejércitos en los campos Cataláunicos por los años de 451, y el valor de Teodoro fue de grande importancia para humillar la soberbia de Atila, dirigiendo la batalla como esforzado capitán, y peleando en ella como valiente soldado, hasta que cayendo del caballo le atropellaron con la confusion.

451. Pusieron los soldados en su lugar á Turismundo, su hijo mayor, quien alcanzó despues sobre los hunnos otra completa victoria; de suerte que Atila,

avergonzado y perseguido del hambre, de la peste y desgracias repetidas, hubo de retirarse á su pais con pocos de los suyos, donde á corto tiempo falleció. Tampoco fue mas dilatada la vida de su vencedor. Sus hermanos, Teodorico y Frigdario, cansados de sufrir su orgullo y altivez, armaron el brazo de un doméstico; y este, aprovechándose de una enfermedad que le tenia postrado en la cama, le asesinó en el año de 454, segundo ó tercero de su reinado. 454.

Teodorico, que parecia un príncipe escogido para reinar, obscureció el honor que le grangeaban sus bellas prendas con el fratricidio, y la debilidad de abrazar el arrianismo. Derrotó completamente á Reccario, rey de los suevos y de Galicia, y su reinado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle quitado la vida su hermano Eurico en el año de 466, décimosegundo de la muerte de Turismundo. 466.

Quedó sin contradiccion el reino de los godos por Eurico, quien apenas tomó posesion concibió el vastísimo proyecto de despojar á los romanos y á los suevos de cuanto poseian en España, y de fijar los límites de su imperio en la Galia Narbonense. Rompió con esta idea por los Pirineos en el año de 471, y cayeron sin dificultad en su poder Aragon, Navarra y Valencia, con todo el resto de España, á escepcion de la Galicia,* que permaneció sujeta á la dominacion de los suevos. Convirtió despues sus armas hácia la Galia, y ensanchó sus dominios hasta Marsella; pero quando la fama de sus proezas iba haciendo respetable su nombre, le salió al encuentro la muerte en Arlés por los años de 483. La crueldad con que persi- 483.

guió á los católicos hace odiosa su memoria; pero España le debe su libertad despues de setecientos años de opresion bajo el yugo romano, y la compilacion de las leyes de sus antecesores godos, que unidas á las suyas componen la coleccion que se conoce bajo el nombre de *Fuero Juzgo*.

484.

Por su muerte recayó la corona en su hijo Alarico, hombre todavía mas guerrero, y mas celoso arriano que su padre. Dicen algunos escritores que dió justas causas á Clodoveo para que le moviese guerra; pero lo cierto es que el feroz rey de los francos, no pudiendo mirar sin temor el engrandecimiento de los godos sus vecinos, entró con un poderoso egército por las tierras de Alarico: encontraronse los dos rivales en los campos de Vouglé no lejos de Potiers, y vinieron á las manos quedando derrotados los godos, y Alarico muerto á manos del mismo Clodoveo en 506.

506.

510.

Cayeron de resultas en poder del vencedor las primeras ciudades del reino gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos godos que lograron escapar de la refriega se refugiaron á Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legítimo sucesor de Alarico, eligieron por rey á Gesaleico su hijo bastardo. Resintióse gravemente el ostrogodo Teodorico de una eleccion que atropellaba los derechos de su nieto usurpándole el trono de su padre; y envió contra Gesaleico un poderoso egército á las órdenes del general Hibas. Hallábase el godo sin fuerzas suficientes para resistirle, y se retiró vergonzosamente al Africa á pedir socorro á Trasimundo, rey de los vándalos, de suerte que Hibas logró sin dificultad reducir el reino gótico á la obediencia de Teodorico, y poner por

su gobernador, en nombre de Amalarico, al ostrogodo Teudis. Vuelto del Africa Gesaleico pudo con las riquezas que le franqueó el vándalo formar un buen ejército que oponer á su competidor; pero le fue contraria la suerte; y despues de varias pérdidas tuvo que retirarse huyendo á Francia, donde segun unos murió á manos de los que le seguian, ó de enfermedad, segun otros, en Tarragona, año de 511.

511.

Quando Amalarico salió de su menor edad tomó las riendas del gobierno; y para cimentar mas su poder casó con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los reyes francos; pero una perfidia, hija de cierto espíritu de intolerancia, le privó de la corona y de la vida. Era católica aquella virtuosa princesa, y no se le concedió su mano á Amalarico sino bajo la espresa condicion de no molestarla en orden á la religion. El godo, sin embargo, arrastrado por un indiscreto zelo por su secta, se empeñó despues en que abrazase el arrianismo. Persuasiones, amenazas, desprecios, malos tratamientos, todo lo puso en práctica para seducirla; pero firme la princesa en las piadosas máximas que habia bebido en su educacion, todo lo sufría con paciencia. Apurado por fin el sufrimiento de esta princesa, y viendo que aun el pueblo ultrajaba su carácter y dignidad, dió parte á sus hermanos. Inmediatamente pasó á España con un grueso ejército Childeberto rey de Francia: alcanzó á Amalarico cerca de Barcelona, le derrotó; y el godo, vencido y prófugo, queriendo acogerse á un templo católico, cayó herido de un bote de lanza en 531.

531.

No dejó hijos, y los grandes del reino eligie-

ron á Teudis, hombre ventajosamente establecido en España, y generalmente querido por el acierto y prudencia con que dirigió la menor edad de Amalarico. En su tiempo hicieron una irrupcion los francos por la parte de Navarra: tomaron á Pamplona y Calahorra, y llegaron á poner sitio á Zaragoza. No se sabe puntualmente el motivo de esta expedicion; pero lo cierto es que, fuese temor ó prudencia, levantaron el sitio; y que cuando trataban de volverse á Francia les sorprendió Teudiselo, capitan de Teudis, en las gargantas de los Pirineos, y los deshizo completamente. El buen orden con que gobernaba este príncipe sus pueblos, y el amor con que estos pagaban sus desvelos, le prometian al parecer la muerte de los hombres de bien; pero un malvado, fingiéndose demente, logró introducirse en su aposento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

548.

Sucedióle Teudiselo; ¡pero cuán diferentes eran sus costumbres de las de su antecesor! Avaricia, crueldad, lujuria; hé aquí sus pasiones favoritas. Ni el tálamo conyugal estaba libre de los insultos de su poder, ni segura la vida de un marido honrado cuando tenia la fortuna de poseer una esposa honesta, pero hermosa. Poco debía durar tan abominable monstruo. Conjuraronse ciertos nobles agraviados, le convidaron á un banquete hallándose en Sevilla, y al medio de la cena apagaron las luces, y le asesinaron al año y medio de su reinado.

Muchos son infelices en los cargos públicos, que pudieran haber sido dichosos viviendo como particulares. Esto sucedió puntualmente á Agila, cuya ineptitud para el gobierno le derribó de la

cabeza la corona. Pretendió sujetar por fuerza á su obediencia la ciudad de Córdoba, que se le habia sublevado, y la sitió; pero en una salida que hicieron los sitiados le mataron un hijo y le quitaron sus riquezas. Aprovechóse Atanagildo del descrédito que le grangeó á Agila entre los godos tan desgraciada empresa: se rebeló contra él; y para asegurarse mejor en el trono, ofreció parte de España al emperador Justiniano, si le ayudaba contra su rival. Aceptó el emperador y le envió tropas: avistáronse los dos egércitos cerca de Sevilla: dióse la batalla, y vencido Agila fue muerto de allí á poco por los suyos en Mérida año de 554. 554.

No tardó en conocer Atanagildo el riesgo á que le esponia su compromiso. Las mismas armas que le habian asegurado la corona, podrian fácilmente despojarle de ella. El poder de Roma habia cobrado nuevo vigor con sus victorias sobre los godos, francos y alemanes en Italia; y aun no se habia olvidado el imperio de que la España habia estado sujeta á su dominacion. Temió pues Atanagildo que los romanos, que habia llamado en su auxilio, se aprovecharan de las circunstancias, y procuró contemporizar con ellos, hasta que por último, viendo que aspiraban á ir poco á poco engrandeciéndose, trató de echarlos de España, y tuvo para ello con los mismos varios encuentros con suerte ya próspera, ya adversa. En su tiempo se restableció en Galicia la religion católica, abrazandola su rey Teodomiro; quien procuró que los obispos celebrasen varios concilios para arreglar los asuntos de disciplina. Falleció por fin de enfermedad Atanagildo en Toledo el año de 567, décimotercero de su reinado, profesando, á lo que dicen, 567.

el catolicismo, aunque secretamente por temor de sus vasallos.

Dividiéronse los godos en facciones para la eleccion de sucesor ; y solo despues de cinco meses de interregno pudieron convenirse en Liuva, virey que era de Atanagildo en Narbona. Su historia no ofrece otra cosa memorable sino que al segundo año de su reinado asoció á la corona á su hermano Leovigildo, encomendándole las provincias sujetas á los godos en España: que se retiró á la Galla gótica con el objeto de ponerla á cubierto de las invasiones de los reyes francos ; y que falleció el año de 570, á la sazón en que Leovigildo habia quitado á los romanos cuanto poseian en Andalucía, y subyugado la Cantabria, que se habia declarado en rebelion.

571. Quedó pues por Leovigildo el trono de los godos ; y deseoso de vincularle en su familia, se valió del mismo stratagemma con que los emperadores romanos frustraban el derecho de eleccion del pueblo. Asoció á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo ; pero como el primero era zelosísimo católico, y su padre profesaba obstinadamente el arrianismo, la misma diversidad de religion ocasionó entre ambos una guerra civil, cuyas consecuencias fueron demasiado funestas para Hermenegildo. Derrotado en varios encuentros, abandonado de los suyos, y vivamente perseguido, cayó en manos de su irritado padre, cuya ferocidad, despues de haberle sujetado á sufrir las mayores ignominias, hizo asesinarle, anticipándole por este medio el reino eterno en que le veneramos. Iguales turbulencias, aunque por motivos muy diversos, tenian por entonces en combustion

el reino de los suevos. Apoderóse del trono un hombre poderoso llamado Audeca; y el niño Eborico, destituido de recursos para resistir á la violencia, se vió precisado á encerrarse en un monasterio, cediendo al usurpador el reino de su padre. Aprovechóse Leovigildo de estas circunstancias; y á pretexto de defender los derechos del infeliz oprimido, entró por la Galia á sangre y fuego; venció, é hizo prisionero al tirano, y con esto dió fin al imperio de los suevos agregándole á su corona. Murió por fin en el año 587, dejando reformado el código de Eurico y engrandecido el trono á su hijo Recaredo.

Declaróse este por la religion católica, en lo que le siguió la mayor parte de sus vasallos; pero inmediatamente se vió precisado á reprimir una multitud de conspiraciones, que tuvo la fortuna de descubrir en tiempo y disipar como el humo, castigando severamente á los cómplices. La mudanza de religion servia de pretexto á los ánimos ambiciosos para intentar despojarle de la corona: conociólo Recaredo, y para calmar estas inquietudes mandó congregar el tercer concilio toledano, célebre en todos tiempos por lo notable de algunos de sus cánones. Renació por este medio la paz interior; y cuando ya parecia que debia prometerse un reinado tranquilo, se vió acometido por los francos, deseosos de lavar la afrenta que recibieron en otra invasion anterior. Deshízolos no obstante en varios encuentros, siendo una de sus mas señaladas victorias la que logró en los campos de Carcasona con solos trescientos hombres escogidos á las órdenes del duque Claudio, sobre mas de sesenta mil combatientes. Murió en Toledo el año de 601 en el décimocuarto de su reinado.

587.

Parece que la corona de los godos habia quedado pendiente de un hilo, que la iba pasando sucesivamente de cabeza en cabeza sin permitirles el placer de disfrutarla mucho tiempo. A Recaredo sucedió Liuva II, mozo de grandes esperanzas y de prendas tan recomendables, que los godos convinieron desde luego en su eleccion; pero apenas habia pisado el solio se conjuró contra él Witerico, general de sus armas; y ya que antes no pudo despojar del trono y de la vida á Recaredo, como lo intentó varias veces, manchó despues sus traidoras manos con la inocente sangre de su hijo, y le arrebató el cetro en el año de 603.

Gozó sin embargo muy poco el fruto de su crimen: sus vicios, su tiranía é impiedad escitaron bien pronto la indignacion de los godos; y en un convite le mataron á puñaladas, arrastrando despues ignominiosamente su mísero cadáver por las calles y plazas de Toledo.

Pusieron en su lugar á Gundemaro; pero su temprana muerte malogró las esperanzas que prometia, sin darle lugar sino para sosegar las rebeliones de Navarra.

La eleccion de Sisebuto pudo consolar algun tanto á los pueblos afligidos por aquella pérdida; pues era humano, generoso, protector de las ciencias, y amante de la paz, sin dejar por eso de ser esforzado guerrero. Desbarató en muchas refriegas á los romanos, y les despojó de las ciudades que aun poseian en la Andalucía; pero supo usar de la victoria con la magnanimidad de un héroe. Obscureció sin embargo tan recomendables cualidades con una imprudencia á que le condujo su zelo por la religion católica, ó mas bien las sugerencias de

algunos cortesanos fanáticos. Mandó, bajo pena de muerte, que se bautizasen los innumerables ju-
díos que poblaban sus dominios, de lo cual sola-
mente pudieron resultar, como resultaron, con-
versiones aparentes y efectivas emigraciones. Mu-
rió en el año de 621.

621.

Apenas merece contarse entre los reyes godos su hijo Recaredo II, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses.

La reputacion de capacidad y valor con que en el reinado de Sisibuto se habia distinguido Suintila, determinó á los grandes á ponerle en su lugar; y con efecto en los primeros años no desmintió el concepto que le habian grangeado sus buenas cua-
lidades. Reformó las corruptelas que se habian in-
troducido en las leyes y en las costumbres: acabó de arrojar á los romanos de la España, y sujetó á los vascones. Llevaron sin embargo muy á mal los godos que nombrase por compañero y sucesor á su hijo Rechímiro, privandoles por este medio del de-
recho de eleccion, y desde entonces se convirtió en odio todo el amor con que antes habian hecho justicia á sus virtudes. Por otra parte, la falta de enemigos para egercitar su espíritu belicoso le fue sepultando en tal inercia, que vinieron á quedar enervados su valor y brio. Los pueblos, abando-
nados á la insaciable avaricia de su muger Teodo-
ra, y de su hermano Geila ó Agilan, gemian bajo el yugo de la mas tiránica opresion. Vino á ser general el descontento; y Sisenando, hombre de va-
lor y rico, aprovechandose de las circunstancias, y auxiliado de Dagoberto, rey de Francia, puso en la dura precision á Suintila de cederle una coro-
na, que no podia defender.

622.

632.

Sin embargo, no se creyó bastante seguro el usurpador; y deseando ponerse á cubierto de todo acontecimiento con una autoridad respetable, juntó el concilio toledano IV, en el que, de acuerdo de ambas potestades eclesiástica y secular, fue declarado Suintila indigno de la corona; se decretó que ninguno fuese admitido al trono sin ser reconocido por los grandes del reino, y que nadie aspirase á la corona presuntuosamente, moviese sedicion, ni atentase contra la vida de los reyes.

Nada tiene de particular que se estableciesen y confirmasen estos cánones por un rey que, acabando de destronar á otro, debia rezelar la misma suerte. Parece que en este concilio se arreglaron el *misal* y *breviario muzárabe*, de que usaron los católicos españoles cuando, perdida la España, vivian mezclados con los árabes; y que se recopilieron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el *Fuero Juzgo*.

636. Por muerte de Sisenando en 636 eligieron los godos á Chintila, quien igualmente, á imitacion de su antecesor, creyó necesaria su confirmacion en las Córtes del reino. Eranlo por entonces los concilios nacionales; y así, convocados al efecto el quinto y sexto de Toledo, aseguró en sus sienes la corona, y se establecieron las leyes que debian regir en lo sucesivo para la eleccion de soberanos. Murió en Toledo por los años de 640, despues de haber espelido de sus dominios á los judios y á cuantos rehusaron abrazar la religion católica. Dejó la corona para su hijo Tulga, quien por su corta edad, y algunos defectos que se le atribuyen, con razon ó sin ella, fue depuesto á poco mas de dos años de un reinado feliz.
- 641.

Quizá tuvo gran parte en esta deposicion Chindasvinto, hombre intrigante y astuto, que con el velo del bien público supo disfrazar su ambicion. Prohibian las leyes fundamentales del reino que nadie pudiese ceñir la diadema sin consentimiento de toda la nobleza; pero ¿cómo habian de resistir los grandes á la usurpacion de un poderoso, pronto á sostener sus desafueros con toda la milicia veterana que tenia á sus órdenes? Quedó pues el reino por Chindasvinto, quien hizo tonsurar á Tulga, inhabilitandole por este medio para hacer valer sus derechos en lo sucesivo; y aunque nada bueno prometian estos principios, la política de Chindasvinto supo ganarse los ánimos de todos con su prudencia, moderacion, piedad, y amor á las letras y á la paz. Sin embargo, el que una vez habia conseguido quebrantar las leyes fundamentales de la nacion, mal podia contenerse dentro de los justos límites de sus facultades. Asoció pues á la corona á su hijo Recesvinto; y los grandes, destituidos de fuerzas para reclamar esta nueva violacion de sus derechos, ó temerosos de una guerra civil, consintieron en esta eleccion; de suerte que cuando falleció Chindasvinto en el año de 649, quedó dueño su hijo de toda la monarquía goda,

642.

Nada particular ofrece la historia del tiempo de Recesvinto. España disfrutaba de las dulzuras de la paz, y arreglaba tranquilamente en los concilios la disciplina y las costumbres, cuando falleció Recesvinto en el año de 672 despues de haber hecho felices á sus pueblos por espacio de veinte y tres años y medio.

653.

Reuniéronse los grandes para la eleccion de nuevo rey; y todos pusieron los ojos en Wamba,

672.

hombre principal, guerrero y prudente, pero cuya modestia no le permitia aceptar un cargo que reputaba superior á sus fuerzas. Resistió cuanto pudo á los repetidos ruegos y lágrimas de los electores y del pueblo, hasta que desnudando la espada un denodado capitan, le dijo: "El deseo del bien público ha sido el único motivo de elegirte: ¿serás acaso tan osado que so color de modestia antepongas tu particular reposo y las dulzuras de una vida independiente á la felicidad de la patria? Presta desde luego tu consentimiento, ó de lo contrario morirás á los filos de este acero, pues cualquiera que rehusa contribuir al bien del estado es un verdadero enemigo." Rindióse Wamba, y realizó las esperanzas que de él se habian concebido. Sublevóse la Vasconia, y cuando partió á la frente de sus tropas para reducirla á su deber, supo que Hilderico, conde de Nimes, se habia alzado con la parte de las Galias que pertenecia á la España. La situacion era crítica: Wamba, no obstante, sin embarazarse, envió contra el rebelde á Flavio Paulo, capitan aguerrido, y que con su fina política habia sabido ganarle el corazon. Pero este pérfido, que solo esperaba una ocasion favorable para descubrir la ambicion que abrigaba en su seno, apenas puso el pie en las Galias cuando, haciendo traicion á la confianza con que el príncipe le habia distinguido, logró desacreditar su gobierno, y uniéndose con Hildérico se hizo proclamar rey. La felicidad con que en el breve espacio de siete dias consiguió Wamba sujetar la Vasconia, le proporcionó atajar los progresos de aquella rebellion. Marchó contra Paulo; le estrechó por todas partes; y el traidor cayó en sus manos des-



Modestia de Wamba.

Negándose la modestia de Wamba á los ruegos y lágrimas con que los electores le instaban á que admitiese la corona, un capitán le puso la espada al pecho, diciéndole: Admite, ó morirás, pues quien no sirve al Estado es enemigo suyo. Cedió Wamba por fin; y la gloria de su reynado acreditó el acierto de la elección. ¡Quan pocos electores han sido felices! y ¡quan pocos degidos han repugnado así un trono!



pues de una obstinada resistencia; pero Wamba, superior á su resentimiento, y siguiendo los impulsos de su corazón magnánimo, se contentó con hacerle raer el cabello y la barba; y dándole públicamente en rostro con su perfidia, le perdonó la vida, si bien le condenó con los demás culpados á prision perpetua. Castigo demasiado suave, que quizá pudo dar lugar al infame atentado que después le privó de la corona.

En su tiempo hicieron los sarracenos una invasión en España. Dueños de una gran parte de Africa desde el Nilo hasta el Océano Atlántico, é incapaces por su muchedumbre y poder de contenerse dentro de límites algunos, pasaron el estrecho con una formidable armada, y empezaron á infestar las costas. Wamba se opuso al torrente con otra no menos poderosa: desbarató su flota, y mostraron los godos en aquella ocasión que no solamente en la tierra les eran familiares los triunfos. Tan señaladas victorias, el buen orden con que este sabio príncipe hacia florecer sus pueblos, y su moderación y clemencia, no podían menos de conciliarle el amor de sus vasallos; pero nunca faltan espíritus díscolos y ambiciosos, y en el seno de la paz y de las glorias abortó la más infame conjuración por el objeto y por los medios. Deslumbrado Ervigio, pariente de Chindasvinto, con la brillantez de una corona, cuyo peso habia atemorizado á Wamba, se propuso obtenerla á cualquier precio, y logró que diesen al rey una bebida ponzoñosa, que si bien no le quitó la vida, trastornó sus sentidos y potencias. Todos creyeron próxima su muerte; y los confidentes de Ervigio se apresuraron á raerle el cabello y la barba, vistiéndole un hábi-

to monástico, ya porque esto fuese lo que solía practicarse con los moribundos, ó lo que es mas probable, porque de este modo quedaba inhábil para continuar en el gobierno, caso que no fallciese, y por último le hicieron aprobar la eleccion de Ervigio. Cuando volvió en su acuerdo al dia siguiente, la grandeza de su ánimo no le permitió reclamar la nulidad de un acto tan violento; y aprovechando la ocasion que le descargaba de un peso, que siempre habian sustentado con repugnancia sus hombros, resignó en 680 la corona en su ambicioso competidor, y se retiró al monasterio de Pampliega, donde acabó sus dias á los siete años y tres meses de vida religiosa.

680.

Los rumores y el descontento con que miró el pueblo la exaltacion de Ervigio le hicieron temer las consecuencias de una general conmocion; y así para legitimar en algun modo su atentado, congregó el duodécimo concilio toledano, en el cual se aprobó la cesion de Wamba. Procuró borrar la mancha de su infidelidad con un sabio gobierno: moderó las imposiciones; suavizó la severidad de las leyes de su antecesor; condonó á muchos particulares lo que debian al erario; y estableció cuanto le pareció conveniente al buen órden. Quizá provendrian estas buenas disposiciones de su temor, y del deseo de ganarse las voluntades de los que aparecian descontentos; pero de todos modos sus efectos cedian en beneficio de los pueblos. Ultimamente, despues de haber congregado en su tiempo tres concilios nacionales para arreglar el dogma y la disciplina,

687.

falleció en Toledo el año de 687, septimo de su reinado, nombrando por sucesor á Egica, primo ó sobrino de Wamba, á quien parece que por este

medio quiso dar alguna satisfaccion.

Prometió Egica al subir al trono amparar á la reina viuda de Ervigio y á sus hijos contra cualquiera que los persiguiese en sus personas y bienes; pero como igualmente habia hecho juramento de defender á sus vasallos de toda injusta opresion, y muchos se quejaban de las violencias con que los hijos de Ervigio les usurpaban sus bienes, cometi6 á la decision de un concilio, que fue el xv de Toledo, el exámen de la fuerza de estos juramentos, y de los medios de conciliarlos. Resolvieron los padres que *la religion del juramento no debia patrocinarse la injusticia*; y en efecto, ninguna dificultad habia en proteger á los hijos de Ervigio, sin permitirles oprimir á los súbditos ni tolerar sus vejaciones. Congregaronse ademas en su tiempo los concilios xvi y xvii de Toledo. En el primero fue depuesto el arzobispo Sisberto, hombre soberbio y revoltoso, por haber entrado en una conjuracion contra el rey, y se puso en su lugar á Félix, metropolitano de Sevilla, escomulgando á cualquiera que quebrantand6 el juramento de fidelidad al rey, á la patria y al estado maquinase contra la persona del monarca. En el xvii se hizo presente que los judíos del reino se entendian con los de Africa para entregar la España á los sarracenos: fueron condenados los cómplices á servir en calidad de esclavos, y á vivir repartidos por diferentes provincias, encargando la custodia y educacion de sus hijos á personas católicas. Ultimamente, murió Egica por los años de 701, habiendo asociado antes á la corona á su hijo Witiza, y encomendandole el gobierno de Galicia.

701.

Inmediatamente quedó reconocido Witiza por

702.

la nobleza, y sus principios no pudieron ser más lisongeros para el reino. Moderó los tributos, alzó el destierro á cuantos le sufrían por disposicion de su padre, volviéndoles honores, cargos y bienes: mandó quemar los procesos para que ni aun memoria quedase de los delitos que se les habian imputado, y distribuyó por todas partes premios y beneficios; en una palabra, nadie podia figurarse reinado mas feliz; pero bien pronto se extraviaron sus pasos y tomaron la senda del precipicio. La lubricidad, la tiranía, el desórden y la corrupcion de las costumbres reemplazaron á las virtudes con que habia procurado deslumbrar antes á la multitud; y temiendo que sus vicios produjesen alguna conspiracion, se declaró enemigo implacable de cuantos por su poder le eran mas sospechosos. Asesinó, segun se dice, á Favila, duque de Cantabria: mandó sacar los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; y ni los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo, se hubieran librado de su furia sanguinaria á no haber encontrado un asilo en las Asturias y la Cantabria. No podian sus vasallos mirar con indiferencia tantas crueldades y torpezas; pero no se descuidó Witiza en contenerlos por medio del terror, y en quitarles los medios de sublevarse y hacerse fuertes. Hizo convertir en instrumentos de labranza todas las armas de hierro y acero: mandó derribar los muros y fortalezas de todas las ciudades de su reino; y solo por fortuna quedaron intactos los de Toledo, Leon, Astorga y algunos otros. Sin embargo se declaró en rebellion la Andalucía, y eligió por su rey á Rodrigo; quien, con el auxilio de los romanos, derrotó y prendió á Witiza, le mandó sacar los ojos y le envió á Córdoba,



Batalla de Xeréz.

La traycion de los hijos de Witiza malogró todos los esfuerzos con que por ocho dias continuos habian acreditado su valor los Gódos; y precisados estos á la fuga, en que desapareció para siempre su infelíz monarca Rodrigo, recibió España el yugo de que tardó en librarse siete siglos. Grande fué su desgracia entonces; pero á ella debe siete siglos de glorias que saben embidiarla todas las naciones.

donde murió de enfermedad por los años de 711.

No fueron mejores las costumbres del nuevo 711. rey. Abandonado á la crápula, á la licencia y á toda clase de vicios, parecia insensible á los peligros que por todas partes le amenazaban. Rompió finalmente el volcan con tan violenta esplosion, que sepultó bajo de sus cenizas todo el poder y gloria que se habían adquirido los godos en el espacio de trescientos años. Resentidos los hijos de Witiza por verse privados de un trono á que creian tener algun derecho; exasperados con el destierro á que les condenó Rodrigo, y no encontrando apoyo en la nobleza goda, opuesta siempre á la monarquía hereditaria, llamaron secretamente á los sarracenos de Africa, que solo esperaban ocasion favorable para subyugar una península, que hacia ya tiempo llamaba su atencion. Gobernaba por entonces Muza en nombre de Walid, califa de Damasco. Pasaron los mahometanos el estrecho á las órdenes de Taric y Abuzara, caudillos acreditados por su valor: saquearon los pueblos de la Bética y Lusitania: se apoderaron de todas sus plazas, que desmanteladas y sin gente apenas podian oponerles una débil resistencia; y desbarataron el bisoño ejército que pretendió hacerles frente. La inminencia del peligro despertó de su letargo á Rodrigo: en el año 711 juntó rápidamente otro ejército numeroso, pero compuesto de gentes muelles y afeminadas por los vicios y la ociosidad; avistó á su enemigo en los campos de Jerez de la Frontera; le presentó la batalla; y despues de ocho dias de obstinado combate, en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor, decidió una traicion de la suerte de las armas. Habia cometido Rodri-

go la imprudencia de encomendar los flancos de su ejército á los hijos de Witiza, personas que siempre debian serle sospechosas, y cuyo encono en vano habia procurado aplacar; pero ¿quién podria imaginarse que posponiendo estos malvados los intereses de su patria á su particular resentimiento, la hubiesen de abandonar en lo mas urgente del peligro? Pasaronse en efecto al enemigo con todos los que tenian á sus órdenes; debilitado el ejército godo ya no tuvo mas recurso que la fuga; y despues de una horrible carnicería quedó la campaña por los sarracenos. Nada positivo se sabe del paradero de Rodrigo. Unos dicen que murió ahogado al atravesar el Guadalete: otros que se mató y arrojó al rio por no caer en manos del enemigo; y algunos, finalmente, que disfrazado de ermitaño fue á ocultar su dolor y vergüenza hácia las fronteras de Portugal.

Fue tal el espanto que se apoderó de toda España, que ya no hubo quien resistiese á las armas victoriosas de los sarracenos. El Africa por otra parte vomitaba enjambres de gentes, atraidas de la esperanza del botin; de suerte que engrosado el ejército del vencedor se hizo mas imposible rechazarle. Vino Muza en persona; y aprovechándose del terror y desaliento de los godos, trató de realizar sus proyectos de conquista, para lo cual dividió sus fuerzas en tres partes. La primera, á las órdenes de su hijo Abdalaziz, se dirigió contra las costas del Mediterráneo: la segunda contra las del Océano, y se reservó la tercera para subyugar en compañía de Taric el interior del reino. Caminaba la victoria delante de sus banderas: las plazas se le rendian espontaneamente ó por fuerza, y no

fueron poco dichosas las que, como Toledo, consiguieron un partido razonable. Consternados los habitantes abandonaban sus hogares; y el pequeño número de los que consiguieron librarse de la esclavitud, ó de la cortante espada del vencedor, aun no se creia seguro en los parages mas inaccesibles de los montes. Finalmente, al cabo de cinco años de asolacion y triunfos quedó toda la España por los árabes, á escepcion de algunos lugares incultos y estériles de Asturias, Cantabria y Vasconia, que por su fragosidad no quisieron ó no pudieron conquistar.

Fenecida la conquista, trató Muza de regresar con todos los caudillos á Damasco, y dejó encomendado el gobierno de ella á su hijo Abdalaziz, príncipe humano y afable, que en medio de sus victorias se habia distinguido por su benignidad. Procuró inmediatamente poner en orden lo conquistado: hizo descripcion de las provincias para la justa distribucion de los tributos: reparó los muros y fortalezas derribadas por Witiza, ó que habian padecido en la última guerra: dejó numerosas guarniciones en todas las plazas: promulgó varias leyes de policia y buen gobierno, y estableció su corte en Sevilla; pero el amor con que trataba á los habitantes, ó mas bien su escesiva deferencia á la voluntad de la bella Egilona, viuda de Rodrigo, que habia logrado encender en su pecho la mas violenta pasion, y con quien se habia unido en matrimonio, le hicieron sospechoso á los suyos. Creyeron que con el auxilio de los españoles pretendia alzarse con el señorío de España; y cuando en una ocasion oraba en la mezquita, fue muerto á puñaladas por disposicion del feroz Hayub su

primero. Este, que fue su sucesor, quiso dar muestras de su genio asolador y sanguinario: llevó sus armas á la Galia gótica; apoderóse de ella fácilmente; y toda la antigua monarquía de los señores visigodos quedó reducida á algunas regiones ásperas y montuosas del país mas delicioso de Europa.

718. Los españoles, refugiados en las cavernas espantosas de los montes de Asturias, y resueltos no solo á su defensa sino al heroico empeño de reconquistar su patria, eligieron por su rey en el año de 718, segun la mas comun opinion, á don Pelayo, de la sangre de sus príncipes, y que reunia la prudencia al valor. Empezó la guerra con un puñado de soldados determinados y valientes; pero victorioso siempre, y nunca envanecido con la gloria de sus triunfos, jamas se precipitó imprudentemente; y al paso que iba arrojando á los moros de su vecindad, fortificaba las plazas conquistadas, poniéndolas al abrigo de cualquiera invasion repentina. De este modo se fueron formando los pequeños reinos de Oviedo y de Leon. Procuraron los mahometanos poner límites á este engrandecimiento; y los respectivos esfuerzos de los españoles para avanzar, y de los sarracenos para contener, duraron en continua lucha por mas de setecientos años, en cuyo dilatado espacio se vió la España cubierta de reinos católicos y musulmanes. La historia de estos tiempos, especialmente de los mas antiguos, se reduce en parte á expediciones militares é intrigas: muchos de los sucesos que han llegado hasta nosotros son muy semejantes. Bastará pues hacer mérito de los mas señalados; y como el viagero, que internándose en los

desiertos pone ciertas señales para reconocer el camino, fijaremos las datas convenientes para evitar confusion á nuestros lectores.

Murió don Pelayo en el año de 737, dejando su trono ya asegurado á su hijo don Favila; pero empeñado este en la caza de un oso, año de 739, y habiéndose alejado de los suyos, fue despedazado por la fiera sin que nadie pudiese socorrerle. Por su muerte eligieron los grandes á su cuñado don Alfonso I, llamado el *Católico*, quien se mostró digno de la eleccion contribuyendo á las victorias de Pelayo; porque aprovechándose de las revoluciones intestinas de los mahometanos supo estender los límites de su dominacion.

Su hijo don Fruela, que por su muerte le sucedió en 757, obligó, segun se dice comunmente, á los eclesiásticos á abandonar sus mugeres: abuso introducido en tiempo de Witiza, y que á pesar de los cánones continuaba con el mayor escándalo. Desbarató en varias ocaiones á los sarracenos, y singularmente á los que acaudillados por Haumar, rompieron á sangre y fuego por la Galicia, y dejó muertos en el campo cincuenta y cuatro mil hombres. Apaciguó las disensiones que, nacidas en la Cantabria, iban cundiendo por la Vasconia y Galicia, y hubieran podido malograr tantos años de victorias, trabajos y penalidades; pero manchó tan esclarecidas hazañas con la aspereza de su genio, y con el asesinato de su hermano Vimarano, cuya dulzura y amabilidad de carácter le habian conciliado la estimacion del pueblo. No quedó sin embargo mucho tiempo sin venganza accion tan detestable. Conjuróse contra él su primo Aurelio, le mató á puñaladas en el año de 768, y se apoderó del cetro.

774. Reinó este por espacio de seis años y medio, vivió en paz con los mahometanos, y murió en el de 774, sin hacer otra cosa memorable que la reduccion de los esclavos y libertos, los cuales, aprovechándose de las revoluciones de aquellos tiempos, habian tomado las armas contra sus señores.

Como no dejó hijos le sucedió en el trono su pariente don Silo; pero su mucha edad, y la ineptitud con que se consideraba para manejar con prudencia las riendas de un gobierno tan combatido de guerras, conspiraciones y alborotos, le precisaron á elegir por asociado á don Alonso, hijo del rey don Fruela; y despues de enfrenar una rebellion de los gallegos, venciéndolos en batalla campal cerca del monte Cebreros, falleció en Pravia en el año de 783, á poco mas de nueve de reinado.

783. Quedó por consiguiente la corona por don Alfonso II, con gran satisfaccion de la nobleza, que olvidada de la ferocidad de su padre don Fruela, no podia menos de admirar y hacer justicia á las virtudes del hijo; pero su tio Mauregato, que pretendia habérsele hecho agravio con esta eleccion, se puso al frente de algunos sediciosos; y abatiéndose á implorar el auxilio de los sarracenos, se apoderó del trono, y precisó al jóven príncipe á refugiarse en la Cantabria.

Se ha creido por mucho tiempo que para obtener Mauregato aquel socorro, se obligó á contribuir anualmente á Abderramen, rey de Córdoba, con el infame tributo de cien doncellas cristianas; pero prescindiendo de la ninguna necesidad que tendria de semejante tributo el moro, se halla actualmente desmentido como fabuloso este hecho, y condenado á servir de argumento única-

mente á crédulos romanceros. Lo que no tiene duda es que vivió en paz con los moros; que fue muy amigo del rey de Córdoba; y que si bien esta alianza le hizo odioso, no por eso dejó de ocupar con tranquilidad, por espacio de cinco años, un trono de que se habia apoderado con violencia.

A su muerte, ocurrida en 788, bien hubieran querido los electores restablecer en él á don Alonso su legitimo dueño; pero fuese temiendo su resentimiento, ó por cualquier otro motivo, le hicieron nueva injusticia dando la corona á su tio don Bermudo llamado el *Diácono*, por haber recibido este órden en su menor edad; si bien al parecer no aceptó el cetro sino para dar tiempo á que la conducta del sobrino desvaneciese los temores concebidos; y así que los vió disipados se le cedió voluntariamente á pesar de tener hijos. Parece pues que entre los godos estaba permitido el matrimonio á los diáconos, con tal que no ministrasen en el altar, ó por lo menos que don Bermudo estaria dispensado.

La historia conoce á don Alonso II bajo el nombre del *Casto*, á que pudiera añadirse tambien el de *Victorioso*. Enriqueció á Oviedo su corte con magníficos edificios: construyó la célebre Basílica del Salvador, y domó en varias ocasiones el orgullo sarraceno. Sin embargo, pudo serle funesta una imprudencia hija de su magnanimidad. Abrigó generosamente al rebelde Mahamut, que huyendo de la venganza de Abderramen II, rey de Córdoba, se acogió bajo su proteccion; pero olvidando el traidor el beneficio, se hizo fuerte en un castillo; y con el auxilio de los moros que le habian acudido de Andalucía, empezó á esparcir el terror y la

842. devastacion por la comárca. Súpolo don Alonso: marchó inmediatamente contra él, tomó la fortaleza por asalto pasando á cuchillo cincuenta y cuatro mil sarracenos; y cargado de gloriosos trofeos se restituyó á Oviedo, donde murió por los años de 842. A su tiempo se refieren los clandestinos amores de su hermana doña Jimena con el conde de Saldaña don Sancho Diaz, y las singulares proezas del fruto de estos amores el célebre Bernardo del Carpio, héroe de los novelistas y romanceros; pero carecen de fundamento histórico estos sucesos, siendo lo mas notable que acaso no existió la tal doña Jimena.

Son de sentir algunos escritores de que viéndose don Alonso próximo á la muerte, y careciendo de sucesion, recomendó á los grandes del reino á su sobrino don Ramiro; pero lo que no tiene duda es que efectivamente le sucedió, y que su reino fue una continua serie de rebeliones, invasiones y triunfos. El conde Nepociano, hombre poderoso y bienquisto, aprovechándose de una corta ausencia que Ramiro hizo á Castilla, juntó parciales, é intentó arrebatarle de la cabeza la corona. Voló Ramiro á cortar los progresos de la sedicion, encontró al rebelde en las márgenes del Narceya: fue preciso venir á las manos; y el conde, desamparado de los suyos, quedó vencido, y procuró salvarse con la fuga; pero le vendieron dos de sus parciales, y le entregaron al rey, quien le mandó sacar los ojos, y le recluyó en un monasterio donde acabó sus dias en eterna obscuridad.

Los normandos, que saliendo de entre los hielos del septentrion habian devastado las costas occidentales de Francia, pasaron á las de Cantabria,

¿ intentaron desembarcar en Gijon. Hallaron bien defendida la plaza y prevenidas á las gentes; y haciéndose á la vela para la Coruña, tomaron tierra, y cubrieron de estragos y desolacion toda la comarca. Presentóse con sus huestes don Ramiro; y despues de una completa derrota, les quemó setenta naves que se hallaban próximas á la playa. Pocos consiguieron librarse de la matanza; pero aun esos, no bien escarmentados, tomaron rumbo de mediodia costeando la península: doblaron el cabo de san Vicente; penetraron en el Mediterráneo por el estrecho; y á pesar de la resistencia de los moros, saquearon todas aquellas costas, y se retiraron cargados del mas rico botin.

Mal apagadas las chispas de la anterior insurreccion, ocasionaron un nuevo incendio, que si bien no produjo consecuencias muy fatales para el reino, contribuyó sin embargo no poco á perpetuar las inquietudes de Ramiro. Los condes Alderoito y Peniolo con sus siete hijos, caudillos principales de la sedicion, recibieron el castigo de su crimen, perdiendo unos la vida, y otros la vista. El valor y la prudencia con que libertó de tantos males á su reino, y el vigilante zelo con que le purgó de bandidos y de otros malvados, que con el nombre de hechiceros abusaban de la credulidad de los pueblos, le concilió la general estimacion, con la cual habiendo fallecido en 850, dejó preparada la subida al trono á su hijo Ordoño I; bien que este le dejó despues en 866 con mayor extension de dominios á su hijo Alfonso III, llamado el *Grande*: glorioso renombre que le gran-gearon sus hazañas, y la grandeza de ánimo con que logró resistir los embates de la adversidad. Su

850.

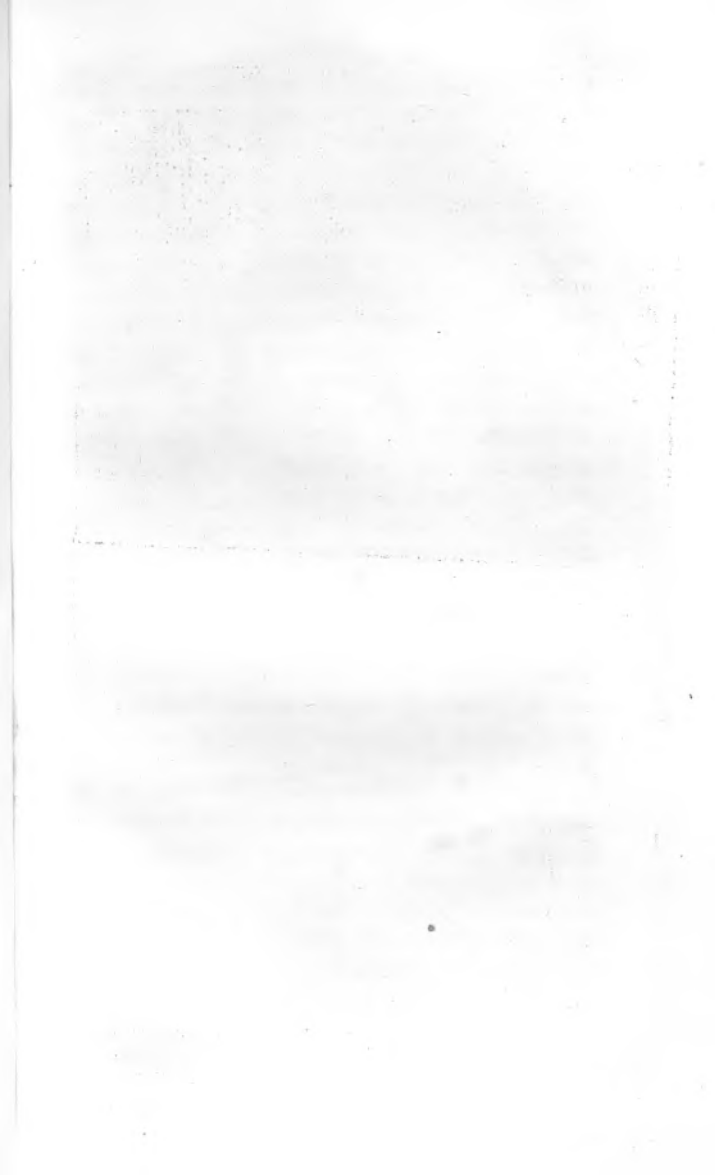
866.

reinado es una maravillosa alternativa de prosperidades y traiciones; y sin embargo de que apenas ciñó á su frente la diadema empezó á florecer su reino, se multiplicaban los rebeldes y sediciosos con una celeridad que asombra.

En los primeros años de su reinado se le sublevó don Fruela, conde de Galicia, el cual aprovechandose de su juventud se apoderó del solio, y le precisó á abandonar las Asturias y salvarse en Castilla. Sin embargo, no tuvo necesidad Alfonso de esgrimir la espada para vindicar sus derechos: los vasallos mismos de Fruela, exasperados con sus tiranías, le quitaron la vida y restituyeron al joven príncipe su corona usurpada. El mismo éxito tuvo una rebelion de los vascones. Eylon, su caudillo, cayó en manos de Alfonso, quien le tuvo encarcelado hasta el fin de sus dias.

Pero nunca se manifestó con mas impudencia este espíritu sedicioso como en sus últimos años. Puede decirse que en cada punto de sus dominios aparecia un rebelde mas ó menos temible por su poder; pero siempre lo bastante para afligir á un príncipe que habia sacrificado su reposo á la felicidad de sus vasallos.

A todos los sujetó Alfonso, y en medio de estas turbulencias no se descuidó en engrandecer el nombre español. Desalojó de las riberas del Duero á los moros toledanos que infestaban sus fronteras. Enrobustecido su poder con la alianza de don Sancho Iñigo Arista, primer señor de Navarra, que le dió en matrimonio una parienta suya llamada doña Jimena, entró por los dominios sarracenos esparciendo por todas partes el estrago y el terror. Cayeron en sus manos el castillo de





Abdicacion de Alfonso III.

Cansado de sufrir Alfonso III la obstinacion con que su hijo mayor D. Garcia aspiraba al trono, y que seguian su exemplo los otros, abdicó la corona de Leon en D. Garcia, y los Condados de Galicia y de Oviedo en D. Ordoño y D. Fruela. Conociendo ellos su error entonces, le rogaron que siguiése reynando; pero él habia conocido antes quan menor mal es ser vasallo que Rey y padre de príncipes ambiciosos.

Deza ó Langa, las ciudades de Atienza, Coimbra, Braga, Porto, Auca, Emina, Visco, Lamego, y otras muchas plazas y fortalezas de las fronteras: de suerte, que acompañado de la victoria, logró ensanchar los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana: empresa que ninguno de sus antecesores habia conseguido ni quizá intentado. Las famosas jornadas de Orbigo, de Cillorico, Pancorbo y de Zamora harán perpetuamente célebre su nombre, pudiendose contar sus triunfos por el número de sus expediciones militares.

Coronada su frente de laureles apetecia ya descansar en el seno de la paz; pero su familia misma, que mas que nadie parece debia proporcionarle que gustase sus dulzuras, contribuyó no poco á llenar en sus últimos dias de amargas inquietudes su anciano corazon. Rebelóse contra él su hijo primogénito don Garcia, sostenido quizá por su suegro Nuño Fernandez, caballero muy poderoso de Castilla, por la reina su madre, y por sus hermanos; y aunque el rey le tuvo preso tres años en el castillo de Gauzon, esta severidad, lejos de apagar el incendio, le añadió nuevo pábulo. Quejaronse todos abiertamente de este rigor, y se encendió entre la familia una guerra civil y sediciosa que puso en desconcierto el reino por espacio de dos años. Conociendo Alfonso que no podia hacerse respetar sino á costa de mucha sangre, y de una sangre que le era sumamente amada; y que aun así quedaria fluctuante su corona, resolvió abdicarla antes que se la arrebatasen. Congregó las Cortes de su reino en 909; y á presencia de sus ingratos hijos se esplicó en estos términos: "La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los

trabajos y fatigas de mi largo reinado. Mi conducta será la misma hasta el fin ; pero pues pedis para el trono á don García , resigno en él mi corona , dando el señorío de Galicia á don Ordoño , y el de Oviedo á don Fruela.” Nadie esperaba esta conclusion ; y los hijos , por un impulso de arrepentimiento de haber ofendido á tan buen padre , se arrojaron á sus pies ; y abrazandole tiernamente las rodillas , le suplicaron encarecidamente que conservase la diadema ; pero se mantuvo firme en su resolucion ; y aunque vivió un año todavía como particular , é hizo una gloriosa campaña contra los moros , solicitó el permiso de su hijo para ir á combatir. A este don Alfonso se le debe una crónica de los reyes sus predecesores.

Poco disfrutó don García el reino que tanto habia deseado , y que solo habia obtenido á costa de ingraticudes y violencias. Falleció á los cuatro años ; y como no dejó hijos , recayó en su hermano don Ordoño II , rey de Oviedo , la corona de Leon.

La historia de los primeros años del reinado de Ordoño es la de sus gloriosos triunfos : jamas midió la espada con los sarracenos sin salir vencedor , y si en la batalla de Junquera , en que se halló con sus tropas como auxiliares del rey de Navarra don Saicho Abarca , quedó indecisa la victoria ; por no dejar en duda su reputacion entró despues por las tierras de los moros , y llevando en su diestra el espanto y la destruccion , se apoderó de muchos pueblos y fortalezas en la Andalucía. Obscureció no obstante su memoria con una abominable perfidia. Empezó á mirar con desconfianza el engrandecimiento de los condes de Cas-

tilla. Estos señores feudatarios habian conquistado esta provincia, con los esfuerzos de su valor, en tiempo de Alonso el *Casto*; y aunque con cierta dependencia de la corte de Leon, la gobernaban, y tenian á cubierto de las invasiones de los sarracenos. Rezelando don Ordoño que los actuales condes Nuño Fernandez, Abolmondar el *Blanco*, su hijo Diego y Fernan-Anzures, obraban de concierto, y tenian tomadas sus medidas para erigirse en independientes del reino de Leon, les convocó para una junta á pretesto de comunicarles asuntos de mucha gravedad. Pusieronse los condes en camino sin ningun rezelo; y cuando llegaron al punto señalado, los mandó aprisionar y conducir á Leon, donde les quitó la vida. Resintieronse de tal injusticia algunos pueblos de Castilla, y se sublevaron contra él; pero consiguió sujetarlos inmediatamente, y murió á poco tiempo cerca de Zamora por los años de 924.

924.

Sucedióle su hermano don Fruela II, quien solo vivió en el trono catorce meses; pero con tan poca energía y actividad, que, segun se dice, los castellanos, descontentos ya por la indigna muerte de sus condes, aprovechandose de la indolencia de Fruela, intentaron sacudir el yugo, y determinaron gobernarse desde entonces por jueces, encargando á Nuño Rasura el gobierno político, y á Lain Calvo el ramo militar.

Habiendo fallecido don Fruela con sucesion volvió sin embargo la corona á la línea de don García su hermano mayor; pero como este no dejó hijos, entró á reinar el primogénito de don Ordoño II, llamado don Alonso IV, quien á los cinco años y medio de reinado abdicó la corona en

930.

su hermano don Ramiro II, y se retiró al monasterio de Sahagun. De aquí le vino el sobrenombre de *Monge* con que se le conoce en la historia; pero bien poco le duró su vocacion; pues apenas habia hecho don Ramiro aprestos de gentes para marchar contra los moros, cuando supo que el *Monge*, arrepentido ya de haber trocado la púrpura por la cogulla, se hallaba en Leon reclamando su renunciado solio. Irritado don Ramiro retrocedió sobre Leon: púsola sitio, rindióla pronto; y haciendo prisionero á don Alonso, le encerró en un calabozo con los hijos de don Fruela, que tomaron su defensa sublevando el reino de Asturias.

Restablecida la paz interior volvió don Ramiro contra los moros: entró por el reino de Toledo; se puso sobre Madrid, que ya debia ser entonces pueblo de importancia; allanó sus murallas, é incendió sus edificios para que los moros no se fortificasen. Deseoso de vengar estos daños Abderramen III, rey de Córdoba, entró á sangre y fuego por las tierras de Castilla; pero don Ramiro, avisado del peligro en que se hallaba el conde de Castilla Fernan Gonzalez, voló en su socorro; y unidas sus fuerzas desbarataron al enemigo cerca de Osma, tomándole infinitos prisioneros.

La felicidad de esta jornada le empeñó en otra no menos gloriosa para sus armas. Supo que Zaragoza no tenia suficiente guarnicion, y se dirigió contra ella á marchas forzadas; pero su gobernador Abu-Jahia, fuese temor ó artificio, se rindió antes de ser acometido, prestando vasallage al rey de Leon. Fióse este de sus demostraciones mas de lo que debiera, y le entregó todas las fortalezas y castillos de la comarca para que los man-

tuviera en su nombre ; mas apenas se retiró don Ramiro se reconcilió Abu-Jahia con Abderramen: juntaron sus fuerzas, y se arrojaron sobre Simancas con un poderoso ejército. Acudió el valiente Ramiro; los derrotó completamente, dejando muertos en el campo ochenta mil combatientes: siguióles el alcance hasta las riberas del Tormes ; renovóse la matanza ; y despues de la mas horrible carnicería, quedó por don Ramiro el campo.

Los condes de Castilla, que ya hacia tiempo sufrían con impaciencia el yugo de los reyes de Leon, pretendieron por entonces hacerse independientes armando mucha gente castellana para sostener su partido; pero logró Ramiro desconcertar este proyecto, aprisionando á los condes Fernan Gonzalez y Diego Nuñez; bien que luego no solamente los perdonó, sino que contrajo alianza con su sangre, casando á su hijo Ordoño con doña Urraca, hija del primero.

Desde entonces hasta su muerte, que acaeció en 950, solo hay de memorable la expedicion de Talavera, en que la pérdida de diez y nueve mil sarracenos, entre muertos y prisioneros, hizo ver á la España que la edad no habia disminuido el valor de Ramiro.

250.

Apenas empuñó el cetro su primogénito Ordoño III, cuándo se suscitó una rebelion por la parte que menos debia esperarla. Trató de destronarle su hermano don Sancho, auxiliado del conde Fernan Gonzalez y de don García, rey de Navarra; y se puso sobre Leon con un respetable ejército; pero halló la ciudad tan bien fortificada, que los confederados conociendo la dificultad de la empresa, se volvieron á sus casas. Entonces, fuese

por resentimiento, ó por haberse apasionado de la hija de un señor gallego llamada doña Elvira, dicen que se casó con ella, repudiando á la castellana; pero esta noticia carece de fundamentos sólidos, y hay bastantes razones para creer que no hubo tal repudio, ó que duró muy poco.

Sosegada apenas la tempestad apareció otra nueva conmocion en la Galicia, aunque se ignora el motivo: apaciguóla inmediatamente don Ordoño; y hallandose con fuerzas suficientes para hacer alguna tentativa contra los sarracenos, se entró por la Lusitania talando y arrasando campiñas y poblaciones; y despues de saquear á Lisboa, se retiró á Leon cargado de un rico botin.

Esta victoria le hizo formidable á todos sus enemigos y rebeldes; y el conde, su suegro, fue-se temiendo su poder y venganza, ó por necesitar de su auxilio contra los moros que habian llegado hasta san Esteban de Gormaz, cubriendo la tierra de sangre y estragos, solicitó volver á su gracia. Acordóselá el generoso Ordoño, le envió el socorro necesario, y el moro quedó vencido. Falleció en el año siguiente de 955, quinto de su reinado.

955.

Llegó por fin su hermano don Sancho, llamado por su gordura *el Craso*, á ocupar el solio que tanto apetecia; pero al segundo año de su reinado le derribó don Ordoño, llamado *el Malo*, hijo de don Alonso *el Monge*, con el auxilio del conde Fernan Gonzalez. Vióse don Sancho en la necesidad de recurrir á la proteccion de su tio don García rey de Navarra, quien á pretesto de que los médicos mahometanos hallarian algun remedio para disminuir la escesiva gordura que molestaba

al sobrino, le envió con una solemne embajada á Córdoba, pidiendo á Abderramen auxilio para recobrar el reino que le habian usurpado. Pudo aprovecharse el moro de las diferencias que reinaban entre Castilla y Leon para estender sus conquistas, y vengarse de las pérdidas que habia sufrido; pero no solo tuvo la generosidad de hacer que sus médicos le curasen con el mayor esmero y acierto, sino que le prestó sus fuerzas. Don Ordoño generalmente aborrecido por sus desórdenes y tiranía no se creyó en disposicion de resistirle: huyó á las Asturias, no se juzgó seguro, y se acogió á Burgos, en casa de su suegro; pero en ninguna parte halló defensa. El conde Fernan Gonzalez avergonzado de su cobardía, ó temiendo la justa indignacion del rey restablecido, quitó á don Ordoño la muger y los hijos, y le espelió de sus dominios: de suerte, que no encontrando asilo que le pusiese á cubierto del castigo de su crimen, se refugió entre los moros, y se sepultó en el olvido. Sospechan algunos escritores que en reconocimiento de este servicio se obligó don Sancho con los sarracenos á no estorbarles que se apoderasen del condado de Castilla; y efectivamente el resentimiento del rey de Leon contra el conde Fernan Gonzalez por haber auxiliado á su competidor; la complacencia con que naturalmente desearia ver humillado el orgullo de unos condes que insensiblemente caminaban á la independenciancia, y la conducta que observó don Sancho durante la irrupcion, justifican bastante aquella sospecha.

Lo que no tiene duda es que apenas se halló en pacífica posesion de su corona, se dejó caer el rey de Córdoba sobre los estados de Castilla con

un formidable ejército, sin que el rey de Leon hiciese la menor demostracion de socorrerla. El conde, á pesar de la cortedad de sus fuerzas para sostener por sí solo el peso de esta guerra, la mas critica sin duda que hasta entonces pudo habersele ofrecido, no se detuvo en atacar al rey de Córdoba, y presentarle el combate cerca de Hasiñas. Empeñose vivamente la accion por ambas partes; pero últimamente, despues de tres dias consecutivos de estrago y carnicería, quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

No podia el rey de Leon mirar con indiferencia la prosperidad y gloria del conde de Castilla; pero supo disimular, y le despachó una magnifica embajada para felicitarle, convidandole al mismo tiempo á la asistencia de unas Cortes en que suponian habian de tratarse asuntos importantes para el reino. El conde, que no ignoraba su resentimiento, temió alguna asechanza; pero no pudiendo excusarse decentemente, concurrió, aunque bien acompañado, de suerte que frustró por entonces las alevosas intenciones de don Sancho. Hallábase viudo el conde; y el rey de Leon, de inteligencia con el de Navarra don García, le propuso el matrimonio de su tia doña Sancha, infanta de Navarra: proposicion á que accedió inmediatamente, y que le hizo tomar de allí á poco la vuelta de Pamplona. Como no tenia el menor motivo para rezelar de don García, y se trataba de un asunto de jubilo, solo llevó consigo una corte bizarra, que mas sirviese de ostentacion que de defensa en caso necesario. Aprovechose el navarro de esta circunstancia, y aseguro al conde en una estrecha prision, de que solo pudo libertarle el amor de doña



La consorte fina.

Atraído á Leon por la perfidia del Rey D.ⁿ Sancho el Conde de Castilla Fernan Gonzalez, fué preso; pero D.^a Sancha, su esposa, volando á Leon con otro pretexto, y obtenido permiso del Rey para ver á su marido, trocó el traje con este, facilitó su fuga, y quedó en la prision por su esposo. El Rey sintió el engaño; pero hizo justicia luego al amor de la Condesa. Hay acciones tan grandes, que hasta del odio triunfan.

Sancha, en cuya compañía huyó hasta Burgos, donde se celebró un matrimonio en que ya el reconocimiento disputaba preferencias á la inclinacion y á la ternura.

Enfurecido don García de que se le hubiese huido de entre las manos la víctima que habia resuelto sacrificar á su envidia y á la del rey de Leon, añadiendo la injusticia á la alevosía, le declaró la guerra. Rompió con todas sus fuerzas por Castilla, presentó al conde la batalla, fue aceptada, y la perdió el navarro, quedando prisionero. Trece meses lloró entre los muros de una fortaleza su libertad perdida; y últimamente la debió á los ruegos de su hermana doña Sancha, y á la generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza.

No desmayó por eso el rey de Leon; al contrario, mas empeñado que nunca juzgó que el disimulo con que habia urdido la trama anterior le aseguraba el golpe, y no se engañó. Llamado nuevamente el conde á pretesto del bien comun, y desconfiando menos de lo que debiera de un enemigo, tanto mas temible quanto mas pérfido, se halló por su imprudencia preso en las redes que se le habian tendido; y hubiera acabado sus dias en un obscuro calabozo, á no haber segunda vez volado en su socorro el amor conyugal. Doña Sancha, esta matrona varonil, ornamento de su siglo, sobreponiendose á la debilidad de su sexo, y sin reparar en obstáculos cuando se trataba de la libertad de su adorado conde, fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del rey para ver á su esposo; y habiendo conseguido reducirle, no sin dificultad, á que trocase

con ella los vestidos y la dejase en la prision, unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Sorprendido el rey de Leon, y luchando por largo tiempo entre los afectos de admiracion y de saña, dudó si castigaria la accion como atrevimiento contra la magestad, ó si la aplaudiria como invencion artificiosa del amor. Acordóse por último de que habia nacido caballero; y esforzandose á borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad á la condesa, sino que encareciendo con los mayores elogios su industria, su valor y su amorosa pasion, la hizo conducir en triunfo hasta la corte de Burgos.

Mientras los reyes de Leon y Navarra hacian en el teatro de España papeles tan indecorosos, se ensayaban los moros y algunos descontentos para mas trágicas representaciones. En el mismo año en que salió de la prision el conde Fernan Gonzalez, entraron los moros por tierras de Leon, y tuvieron por largo tiempo sitiada la capital; pero fueron rechazados con bastante pérdida por el esfuerzo de sus habitantes. De allí á poco tiempo tuvo que pasar á Galicia el rey don Sancho para sosegar los disturbios promovidos por el conde don Gonzalo que gobernaba la parte superior del Duero. Apaciguólos brevemente, alcanzó al conde á las riberas del rio; pero este, confiando menos de sus fuerzas que de su perfidia, arrojó las armas, y pidió su perdon. Obtúvole fácilmente de don Sancho, resuelto á sacrificar su justa indignacion á la tranquilidad de los pueblos; pero como no siempre es la clemencia el mejor medio de reducir á los delincuentes, aquel infame conde cometió la

traidora baja de envenenar al rey con una manzana, de cuyas resultas falleció á pocos dias en el año de 967, dejando la corona al tierno don Ramiro III de este nombre. 967.

Se señaló el primer año de su reinado con la segunda irrupcion de los normandos, que arribando á las costas de Galicia con una formidable escuadra, arrasaron toda la comarca hasta Cebreros, sin dejar aldea, campiña ni fortaleza exenta del pillage y la devastacion. Reunióse toda la provincia bajo las banderas del conde don Gonzalo: salieron al encuentro de aquellos fieros esterminadores, y los acometieron con tal denuedo que fueron todos pasados á cuchillo, ó abrasados en el incendio de sus naves.

No gozaba Castilla de mayor tranquilidad. Penetraron en ella los sarracenos acaudillados por el señor de Alava don Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez, usurpador de sus estados; y aunque no se sabe que llegase á recobrarlos, por lo menos tuvo la bárbara complacencia de descargar sobre los inocentes pueblos los enconados golpes de su furor sanguinario, esponiendo nuevamente á su patria á gemir bajo el intolerable yugo sarraceno que empezaba á sacudir. Simancas, Dueñas, Sepúlveda, Gormaz, y otras muchas plazas, fueron presa de los árabes y asoladas con la mayor inhumanidad; y engreidos con estas prosperidades, olvidaron los tratados que tenian hechos con Leon, entraron por sus dominios con el mismo furor, sitiaron á Zamora, y la arrasaron hasta los cimientos. En vano intentó oponerse al torrente impetuoso el valeroso castellano. No eran ya capaces de contenerle sus débiles fuerzas, y así es-

970. tenuado por su edad, trabajos y disgustos falleció por los años de 970, dejando á Castilla la libertad é independencia de Leon, que continuó sosteniendo con denuedo su hijo don García Fernández.

La prudencia y el órden dirigieron los primeros pasos de Ramiro, entregado en sus pueriles años á la tutela de su madre y tia, príncesas cuyos raros talentos supieron contener á la ambiciosa nobleza sin exasperarla. Casaron á su pupilo; pero apenas se vió él emancipado por el himeneo, despreció sus consejõs, empezó á gobernarse por solo su cápricho; y la altivez y orgullo con que ultrajaba á los grandes, en quienes estribaba su defensa y recursos, le conciliaron su resentimiento, y le condujeron á la ruina. Los de Galicia, mas particularmente agraviados que ningunos otros, disimularon hasta que llegó el momento de su venganza; pero al punto que se presentó ocasion favorable se declararon contra el inesperto é imprudente Ramiro; y eligieron á don Veremundo ó Bermudo, hijo natural de don Ordoño III.

A novedad tan ruidosa despertó el rey de Leon de su letargo; y conociendo el daño cuando ya no era capaz de remediarle, marchó contra Galicia con un poderoso egército resuelto á vengar la dignidad de su cetro menospreciado. Presentósele Bermudo cerca de Arenas: pelearon ambos competidores con el mayor denuedo y encarnizamiento; pero quedó indecisa la victoria, y cada cual se volvió á sus estados. Sin duda hubo entre los dos príncipes alguna transaccion; pues finalmente, por muerte de don Ramiro en 982, se halló don Bermudo rey de Leon y de Galicia.

982.

Parece que no empuñó este el cetro sino para

ser el blanco de la desgracia. Los moros, que no desperdiciaban ocasión de volver á conquistar los dominios de que con tanto trabajo habian sido espelidos, supieron aprovecharse de las guerras intestinas que habian puesto en combustion los estados de Leon y de Galicia; de las facciones que tenian dividida la Castilla entre las poderosas casas de Velazquez y de Gustio; y de la debilidad á que habian reducido á la Navarra las campañas anteriores. Ya no se contentaban con invadir las fronteras como habian hecho en otras ocasiones; sino que acaudillados por el fiero Almanzor, entraron por las provincias cristianas á manera de un torrente impetuoso. Barcelona, Pamplona, Santiago y otros muchos pueblos volvieron á sufrir el yugo africano; y ni aun la misma corte de Leon se hubiera libertado de su ferocidad á no haberlos salido al encuentro don Bermudo con sus leoneses. Fue derrotado sin embargo; pero la crecidísima pérdida que sufrió el moro obligó á este por entonces á diferir sus proyectos de conquista hasta el año siguiente de 995, en que con nuevas fuerzas volvió sobre Leon. Habíase retirado á Oviedo don Bermudo, dejando por gobernador á un caballero gallego llamado don Guillen Gonzalez, denodado caudillo, que, á pesar de hallarse postrado en la cama, supo sostener valerosamente cerca de un año de sitio, hasta que viendo arruinados por todas partes los muros de la plaza, se hizo llevar en brazos donde era mayor el peligro, y murió gloriosamente con todos sus intrépidos soldados.

995.

Reducida Leon á una inmensa mole de ruinas, se apoderaron los mahometanos de Astorga y Valencia de don Juan, con otros muchos pueblos.

Convirtieron al año siguiente su furor contra las Asturias; pero hallando bien defendidas sus plazas, se arrojaron sobre Castilla. Berlanga, Osma, A-tienza y Alcocer vieron tremolar sobre sus muros las lunas africanas, y perdieron en esta expedicion á su conde don Garcia Fernandez, que quiso con sus gentes atajar los progresos de Almanzor. Dirigióse este despues hácia la Lusitania y Galicia. Cayeron en sus manos Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Porto, con otras muchas fortalezas y pueblos importantes. A todas partes llevaba Almanzor la muerte, el cautiverio, el pillage y la desolacion, y solamente la horrible disenteria que acometió á sus tropas pudo contener sus proyectos de esterminio. Sin embargo, apenas se hubo reparado, se puso en campaña con fuerzas capaces de sorberse todo el orbe. Puede decirse que ya no les quedaba por conquistar sino rocas escarpadas y montañas inaccesibles; y nada hubiera sido capaz de resistirle en España, si los príncipes españoles, desnudándose de los odios hereditarios, origen de todas sus desgracias, no hubieran procurado reconciliarse, uniendo sus fuerzas para la defensa comun.

Confederados el rey de Leon, el conde de Castilla y el rey de Navarra, marcharon contra el moro. Avistáronle junto á Calatañazor en las Gónteras de Leon y Castilla, y le derrotaron tan completamente, que despues de una horrible carnicería recobraron la mayor parte de las plazas que les habia usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido, se dejó morir de hambre en Medinaceli dos años despues del fallecimiento de don Bermudo, que acabó sus dias en 999.

Sucedió á don Bermudo su hijo don Alonso V, niño, y confiado por tanto á la tutela de los condes de Galicia don Melendo Gonzalez y doña Mayor, cuya prudencia y fidelidad hicieron felices los años de su regencia.

Ocurrió en su tiempo la desmembracion del reino de Córdoba, que en 758 fundó Abderramen I; y desde esta época empezó la decadencia del poder mahometano, pues no hay imperio, por sólidos que sean los fundamentos en que se apoye, capaz de resistir á la corrosiva caries de la discordia. Sublevóse contra Hissem, rey de Córdoba, un hijo de Almanzor llamado Abdelmelic: murió, y siguió sus huellas Abderramen su hermano; pero á poco tiempo se encontró abandonado de todos sus parciales. Mejor suerte logró otro moro mas osado y astuto llamado Mahomad Almahadi. Aporróse de Hissem, sepultóle en cierta prision oculta; y suponiendo su muerte, empuñó el cetro sarraceno. Acudió del Africa, en defensa de Hissem, Zulema su pariente: ensangrentáronse ambos partidos; y cuando debia esperarse que los príncipes españoles se aprovechasen de estas disensiones para esterminar la raza mahometana, les vemos con disgusto tomar parte en ellas. Declaráronse por Zulema los castellanos: los condes de Urgel y de Barcelona por la faccion de Mahomad; y si bien se armaron sus diestras, no tanto por el deseo de favorecerlos como por la ambicion de estender sus dominios, nunca podrá justificarse en política tan imprudente medio. Sin embargo, los disturbios crecieron á lo sumo: Hissem recobró el cetro, pero cuando su poder no era ya sombra de lo que habia sido; y todo el imperio mahometano de Es-

paña se halló de pronto convertido en tantas pequeñas soberanías cuantas eran las ciudades principales de que habia logrado apoderarse cada competidor. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Almería y otros pueblos, reconocieron señores independientes; y como no era fácil que los nuevos soberanos resistiesen desunidos á los que estando coligados no habian podido contener: los príncipes cristianos, conociendo mejor sus intereses, y abandonando el espíritu de rivalidad, que pudiera haberlos conducido á su ruina, trataron de reunir sus fuerzas para acabar con el enemigo comun. Entraron á sangre y fuego por sus tierras: recobraron las plazas usurpadas, y fueron entregados al pillage los reinos de Córdoba y de Toledo.

Alonso V convirtió sus esfuerzos hácia la Lusitania como límite con sus dominios: obligó á los sarracenos á repasar el Duero; y deseando arrojarlos de la otra parte del Tajo, se puso sobre Viseo; pero en el mismo sitio recibió un flechazo
1027. que le quitó la vida en el año de 1027, igualmente funesto para Leon que el anterior para Castilla.

Habia fallecido poco tiempo antes el conde de Castilla don Sancho, dejando casada á una de sus hijas, llamada doña Mayor, ó doña Elvira, con don Sancho rey de Navarra. Las circunstancias exigian al parecer que se fuesen estrechando mas y mas los vínculos que debian unir á los príncipes mas poderosos de la España, así para acabar de arrojar de la península á los mahometanos, como para quitar todo motivo de rivalidad, funesta siempre, y entonces mas perjudicial que nunca. Así pues la otra hija del conde, llamada doña Jimena,

en vida de su padre ó despues de su muerte, casó con don Bermudo III, sucesor de Alonso V; y el nuevo conde de Castilla don García trató de enlazarse con doña Sancha, hermana de don Bermudo. Señalóse la ciudad de Leon para celebrar con la mayor magnificencia estos desposorios; y deseoso don García de ver cuanto antes á su esposa, se adelantó á su numerosa comitiva dejándola en Sahagun, y se presentó en Leon acompañado únicamente de algunos hidalgos castellanos. No despreciaron esta coyuntura los enconados hijos de don Vela; y ansiosos por vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto conde, acometieron á su hijo don García en los umbrales de un templo, y allí le asesinaron.

Por su muerte recayeron en doña Mayor su hermana todos los derechos al condado de Castilla, y hé aquí por este medio engrandecido el poder del rey de Navarra. Sin embargo, aun parece que no estaba satisfecha su ambicion. Carecia de hijos el rey de Leon don Bermudo, y como en el caso que falleciese sin sucesion era forzoso que recayese la corona en su hermana doña Sancha, los naturales, que temian hallarse en la precision de obedecer á un príncipe estrajero, pensaron en buscar un medio para evitar este que miraban como un mal. Súpolo el rey de Navarra, y previendo que se le iba de entre las manos el cetro de Leon á que aspiraba, rompió por los dominios de Bermudo con crecidas fuerzas, y se apoderó sin resistencia de las regiones contenidas entre los rios Cea y Pisuerga. Arrinconado Bermudo en la Galicia, pero seguro del amor de sus vasallos, como de su poco afecto al Navarro, se halló bien pron-

to en disposicion de medir con él sus armas. Mediaron sin embargo prelados respetables, y se transigieron aquellas diferencias casando á don Fernando, hijo segundo de don Sancho, con doña Sancha, hermana de don Bermudo, la misma que debia haberse unido con el desgraciado conde don García, cediéndoles el navarro el condado de Castilla, permitiéndoles el leonés usar del título de reyes, y dándoles una parte de tierra de Campos, que acababa de conquistar don Sancho, para que sirviese de dote á la desposada.

Poco sobrevivió don Sancho á esta capitulacion; y dividiendo entre sus hijos sus dominios, falleció en 1035. Desembarazado don Bermudo de su poderoso rival, pensó en recobrar las posesiones cedidas en el tratado con la mayor repugnancia á su cuñado y hermana, y con efecto les despojó de alguos pueblos; pero no le permitió pasar muy adelante don Fernando. Las huestes castellanas y navarras unidas vinieron á las manos con las leonesas en el valle de Tamara, cerca de Carrion, año de 1037; y enardecido don Bermudo en lo mas recio del combate, rompió por los escuadrones enemigos buscando á los dos reyes hermanos; pero solo encontró la muerte en una lanza que le atravesó de parte á parte. Quedó el campo y el reino de Leon en un momento por don Fernando, como marido de doña Sancha; y de este modo se estinguió la segunda línea masculina de los reyes godos, que traia su origen de don Pelayo y de don Alonso el *Católico*; y que habiendo trabajado incesantemente por espacio de mas de trescientos años en libertar á España del yugo sarraceno, apenas habia recobrado en tan dilatado tiem-

po la mitad de lo que en cinco años ocuparon los mahometanos.

REYES DE CASTILLA.

En don Fernando I empieza pues la dinastía de los reyes de Castilla, nombre que tomó sin duda esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban, y sirvieron de asilo á varios señores españoles para resistir los esfuerzos de los mahometanos al tiempo de la invasion. A aquellos mismos parece que deben atribuirse con algun fundamento los progresos de su conquista en tiempo de don Alonso el *Casto*, quien aunque con ciertas señales de vasallage les permitió gobernarla con el título de condes, como lo hicieron por espacio de mas de dos siglos, estendiendo sus límites con las proezas de su valor. Llegaron con el tiempo á hacerse poderosos y temibles: aspiraron á la independencia de la corte de Leon, y aunque no se sabe cuando lograron sacudir completamente el yugo, se mantuvieron muchos años en continua lucha, hasta que por último los vió Castilla transformados en soberanos absolutos, aunque sin el título de reyes. Sus enlaces con las principales testas coronadas, su poder y sus hazañas, les proporcionaron hacer un papel muy distinguido en las agitaciones de aquellos infelices tiempos; y la memoria de algunos se conservará eternamente con aprecio en los fastos de la historia.

Sentado Fernando en el trono de Castilla y de Leon, se dedicó ansiosamente á grangearse el amor de sus vasallos; y la suavidad y la prudencia que caracterizaron su gobierno le proporcionaron esta

satisfacción. Reformó las leyes godas, substituyendo otras nuevas mas conformes á las circunstancias: procuró dulcificar los ánimos exasperados de los grandes, poco adictos á su servicio; y creció de tal modo su poder, que escitó la envidia de su hermano don García rey de Navarra. Pasó don Fernando á visitarle con motivo de haberle asaltado en Nájera una peligrosa enfermedad; y cuando era de esperar que tan cariñosa demostración disipase los zelos del enfermo, apenas le vió este en su poder resolvió aprisionarle, violentándole á un nuevo tratado de division y repartimiento de estados para reparar el perjuicio que suponía estar sufriendo. Llegó el proyecto á noticia de don Fernando; se huyó con disimulo; y don García, viendo malogrado el golpe, procuró calmar el justo resentimiento de su ofendido hermano con mil protestas de afectada inocencia. Supo que estaba enfermo, y con pretesto de pagarle la visita se presentó en Burgos para desvanecer sus rezelos y recobrar su confianza; pero conociendo don Fernando la perfidia que ocultaban aquellas exterioridades, le hizo arrestar en el castillo de Cea, cuyas prisiones, demasiado sensibles á la corrosiva lima del oro, le proporcionaron fácilmente la evasion. Ya entonces depuso todo miramiento. El furor y el deseo de venganza añadieron nuevo pábulo al odio reconcentrado en su pecho; y resuelto á lavar el agravio con la sangre de su mismo hermano, reunió todas las fuerzas de su reino, se enrobusteció con la alianza de los régulos de Zaragoza y Tudela, y á la manera de un toro agarrochado rompió por los dominios de Castilla, acampando en el valle de Atapuerca, donde ya le esperaba apercibido el egérci-

to castellano. Sin embargo, el generoso corazón de don Fernando presentia con dolor las consecuencias de esta fogosidad; y con el deseo de evitarlas despachó varias personas recomendables al campo de su hermano ofreciéndole partidos razonables; pero don García, sordo á las voces de la razón, de la sangre y de la humanidad, se arrojó con furor sobre las huestes castellanas, arrolló, derrotó, é hizo pedazos cuanto se le oponia, y ya casi gustaba el funesto placer de la venganza cuando cayó atravesado de una lanza enemiga. Su muerte, ocurrida en el año de 1054, decidió de la victoria, quedando todo el reino de Navarra á merced del vencedor; pero el magnánimo Fernando, superior á todo resentimiento, y conociendo la injusticia de envolver á un inocente hijo en la ruina de un temerario padre, tuvo la complacencia de ceñir la corona al huérfano don Sancho.

1054

Apenas se vió libre don Fernando de las emulaciones de Navarra, convirtió sus fuerzas contra los mahometanos, que segun parece intentaron una invasion en la Galicia, ó por lo menos provocarian la guerra con algunas correrías por sus fronteras. Opúsoles Fernando sus valerosos tercios: entró por la Estremadura á sangre y fuego, y se apoderó de casi todas las plazas que ocupaban entre el Tajo y Duero, contribuyendo no poco á realzar sus triunfos la vigorosa resistencia que le opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra. Noticioso de que los moros de la provincia de Cartagena y reino de Zaragoza infestaban con sus correrías las fronteras de Castilla, se puso inmediatamente en marcha para contenerlos. Nueva guerra, nuevos triunfos. Se hizo dueño de san Este-

ban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, santa María, con otras muchas fortalezas; y asegurados los confines de su reino por aquella parte, dirigió sus armas victoriosas contra la provincia de Castilla la Nueva. Cayeron en su poder Talamanca, Uceda, Guadalajara, Alcalá de Henares y Madrid; y la misma suerte hubiera sufrido Toledo si su rey Almenon, conociendo la debilidad de sus fuerzas, no hubiese pedido con la mayor sumision la paz al vencedor, ofreciéndose á mantener el reino en feudo de Castilla. Admitió Fernando la proposicion; pero bien pronto halló motivos para arrepentirse de su confianza y benignidad.

Tan señaladas acciones le grangearon el título de *Emperador*, con que le aclamaron sus vasallos. Creyó esto un insulto hecho á su dignidad el emperador de Alemania Enrique II; y logrando hacer entrar en sus miras á la Corte de Roma, fortalecido con los rayos del Vaticano, intimó al rey de Castilla que renunciase aquel dictado, y se reconociese feudatario suyo. A tan injustas proposiciones respondió Fernando con un ejército de diez mil combatientes, que á las órdenes del famoso Cid Rui Diaz, pasó los Pirincos, y penetró hasta Tolosa, donde consiguieron detenerle un legado del papa, y los embajadores del imperio. Aquí se examinó jurídicamente la causa: se ventilaron los derechos de ambas potencias, y se declaró á la monarquía española exenta del vasallage de todo príncipe extranjero. Este hecho sin embargo no merece absoluto crédito.

A favor de esta diversion parece que intentaron los sarracenos feudatarios sacudir el yugo.

Declaróse independiente el rey moro de Toledo, y se previno á sostener su rebelion con crecidas fuerzas. Por otra parte los mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas. Exhausto el erario con tan repetidas campañas, y recargados los vasallos con escesivas contribuciones, la resistencia parecia imposible; pero á todo ocurrió la heroicidad de doña Sancha. Sus joyas, sus pedrerías, y las rentas de sus propiedades, enagenadas las unas y empeñadas las otras, pusieron en pie un egército florido y numeroso, que conducido por Fernando, estendió sus dominios, y redujo á su deber á los vasallos sarracenos. Concluida esta espedicion le sorprendió una aguda enfermedad: conoció que se acercaba el fin de sus dias, y distribuyó entre sus hijos sus estados. Repugnaba la política esta desmembracion; pero era padre, y no podia mirar con indiferencia á sus hijos menores privados inocentemente de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde, que no estuvo en su mano evitar. Murió pues en 1065 habiendo adjudicado el reino de Castilla á Sancho su primogénito, el de Leon á Alfonso, y á García el de Galicia, dejando á Urraca por señora soberana de Zamora, y de Toro á Elvira con la misma soberanía. Vamos á ver las funestas consecuencias de esta division. 1065.

Apenas falleció la reina doña Sancha en 1067, empezó á manifestar abiertamente don Sancho su resistencia á la desmembracion dispuesta por su padre, que le privaba de una herencia que en su concepto le pertenecia esclusivamente como á pri- 1067.

mogénito. Resuelto pues á despojar de cualquier modo á sus hermanos, se puso inmediatamente en marcha contra los estados de Leon. Salió don Alonso á su defensa; y si en la batalla de Llantada le abandonó la fortuna, auxiliado de su hermano don García consiguió abatir en la de Volpejar el orgullo de don Sancho. Perdióle sin embargo su poca precaucion: las huestes castellanas, aprovechandose del descuido en que yacia su vencedor, le acometieron con denvedo al amanecer del dia siguiente; esparcieron el terror y el desórden por el campo; y el bravo don Alonso tuvo que retraerse á la iglesia de Carrion, donde fue preso y conducido á Burgos. Medió la infanta doña Urraca, y obtuvo el perdon de su infeliz hermano; pero bajo la condicion de que trocarse la púrpura por la cogulla. No le permitia su situacion reclamar esta violencia: le fue preciso condescender, y aunque por fuerza retirarse por los años de 1071 al monasterio de Sahagun. Poco se detuvo en él; y á persuasion de doña Urraca, pasó á Toledo donde el rey Almon se declaró protector suyo.

Ocupado el reino de Leon marchó don Sancho contra la Galicia, de que se apoderó sin resistencias. Huyó á Sevilla el destronado García, y propuso á su rey Abenhamet le auxiliase contra su hermano, ofreciendo conquistar para el moro el reino de Castilla. Pero este le respondió: *Quien no ha sabido conservar su reino, mal podrá quitar á don Sancho los de Castilla y Leon.* Desahuciado por esta parte, pasó don García á Portugal; y con un corto número de moros portugueses, y algunos vasallos que se le agregaron, se determinó á probar fortuna, emprendiendo la reconquista de algunas

plazas fronterizas de su reino; pero acudió don Sancho con sus tropas; le acometió cerca de Santaren, y don García quedó vencido y preso.

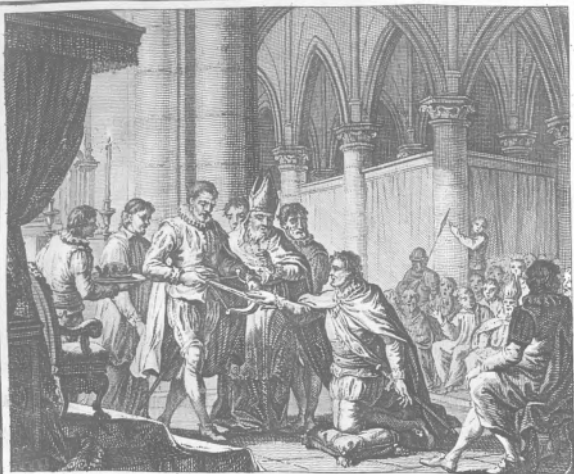
Ya no le faltaba al ambicioso don Sancho para entrar en el goce de la vasta monarquía de su padre sino apoderarse de Zamora y Toro, reducido patrimonio de sus dos hermanas. Marchó contra Zamora, y la sitió; pero encontró una resistencia que no esperaba, y que mortificó bastante su amor propio. Encerrada dentro de sus muros la infanta doña Urraca, con un corto número de tropas escogidas, y las disposiciones acertadas de su gobernador Arias Gonzalo, sostuvo un empeñado sitio, que terminó con la funesta muerte del sitiador. Engañado astutamente por un supuesto desertor con la promesa de descubrirle el parage mas débil de la plaza, se alejó de los suyos con tan poca precaucion, que el supuesto fugitivo logró asesinarle, refugiandose en Zamora inmediatamente. Quizá no tuvo nadie parte en esta alevosía; mas sin embargo, retada de aleve la ciudad presentó, segun dicen, en la liza tres caballeros esforzados, cuyo valor vindicó su inocencia.

Fue muerto don Sancho en el año de 1072; 1072. y noticioso don Alonso de lo que pasaba en Zamora, se despidió amistosamente de su huésped, y partió á reunirse con su hermana, que libre ya del castellano le esperaba ansiosamente para tomar las medidas oportunas en tan críticas circunstancias. Inmediatamente recobró don Alonso sus estados: le amaban sus vasallos con extremo, le habian llorado prófugo y desvalido, y le veian con júbilo reintegrado en todos sus derechos; pero Castilla, que por muerte de don Sancho recaía en su poder,

se resistió, según dicen, á reconocerle, á menos que jurase no haber tenido parte en el asesinato de su rey. Delicadeza afectada y peligrosa, que solo podia tener por objeto manifestar el disgusto con que se sometia. Contemporizó sin embargo don Alonso, pasó á Burgos; y á presencia de toda la nobleza castellana, prestó por tres veces, en manos del famoso Cid, aquel solemne juramento, con lo cual quedó reconocido por soberano de Castilla y de Leon.

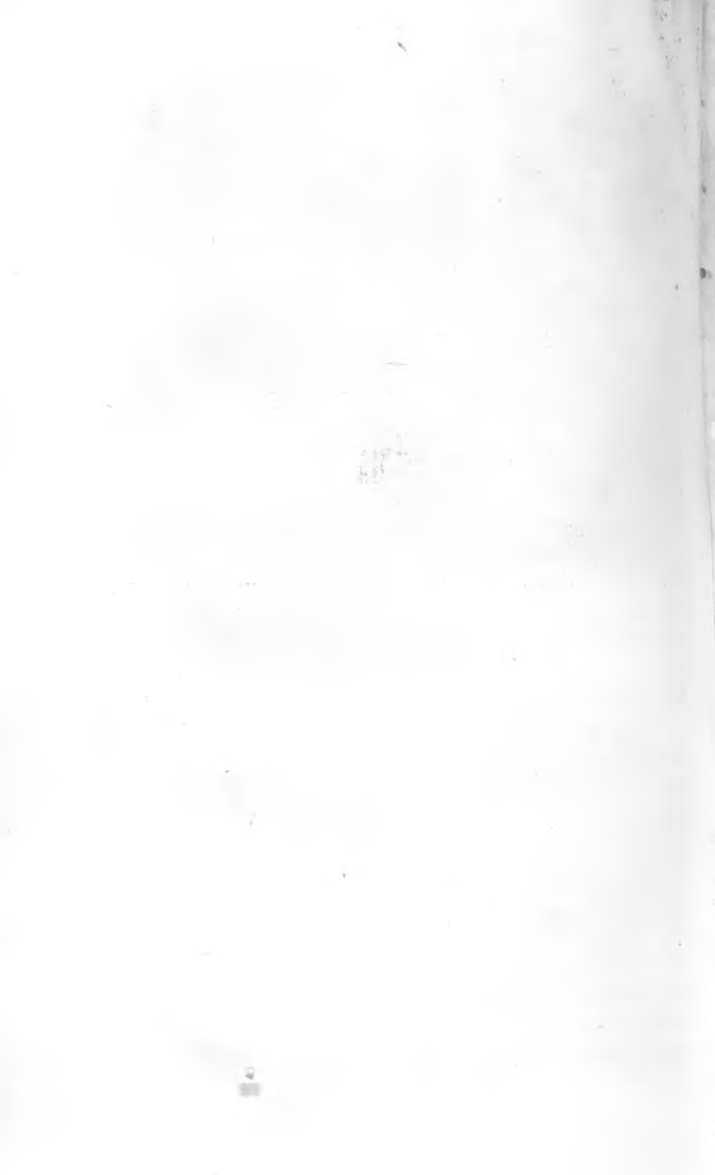
Como sucesor de don Sancho se creyó con derechos á la corona de Galicia, arrebatada á su hermano don García; pero como hijo de don Fernando parece que debió respetar su última disposicion. No obstante, el que poco antes reputaba usurpaciones las conquistas de don Sancho, cometió la inconsecuencia de apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones; y si bien no dejó de experimentar alguna oposicion por parte de los gallegos, al cabo la prision y la muerte de don García allanaron todos los obstáculos.

Desembarazado de competidores don Alonso, y pacífico poseedor de las tres mayores coronas de la España, empleó su robusto poder en la defensa del generoso Almenon, que se hallaba acometido por el rey de Córdoba. Habia encontrado don Alonso en su corte un asilo contra los reveses de la suerte: le habia Almenon colmado de favores, y franqueado sus tesoros quando mas podia necesitar de auxilios; y mediaba entre ambos un tratado de alianza, que no podia olvidar el reconocido Alfonso; pero muertos Almenon é Hissem su hijo, se consideró ya libre del empeño contraido; y fuese por su propio interes, ó á instancias de los tole-



El pundonor castellano.

Asesinado D. Sancho II. recayó el reyno de Castilla en D. Alonso VI, su hermano; pero antes de admitirle los castellanos le obligaron á jurar que no habia tenido parte en el asesinato de D. Sancho. Lo juró solemnemente en manos del Cid Rodrigo Díaz de Vivar; y purificado así de toda sospecha, subió á ocupar el trono. Mucha fidelidad debia el mismo soberano esperar de vasallos tan fieles á un Rey difunto.



danos, exasperados con la tiranía del nuevo soberano, formó la resolución de conquistar un reino tan poderoso.

Inmediatamente se reunieron bajo de sus banderas infinitos guerreros, que ansiosos por hallarse en esta memorable jornada, acudieron de Aragón, Navarra, Francia, Italia y Alemania. El hambre, la muerte y la desolacion fijaron por espacio de siete años su mansion horrible en los pueblos comarcanos de la capital, que despues de un obstinado asedio se rindió á discrecion del vencedor.

A la toma de Toledo, se siguió la de diferentes plazas fuertes. Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Madrid, Guadalajara, Consuegra, con otras infinitas desde el Tajo hasta Guadiana, vieron tremolar sobre sus muros las banderas de Castilla.

No tardaron sin embargo en marchitarse tan floridos laureles. Alfonso era alentado y guerrero, pero nada político; y cuando no dirige la prudencia los ímpetus de un espíritu belicoso, es muy difícil conservar en todo su esplendor la gloria de los triunfos.

Muertas sin dejarle sucesion sus tres primeras mugeres, Ines, Constanza y Berta, casó de cuartas nupcias con Zayda, hija de Abenhabet, rey de Sevilla, cuyo enlace ensoberbeció de tal manera al moro, que concibió el proyecto de apoderarse de toda la España sarracena. La empresa no aparecia difícil ni arriesgada en aquella sazón. Divididos los moros españoles en tantos reinos diferentes como ciudades considerables ocupaban, enflaquecidas con esta division sus fuerzas, y disminuido considerablemente su número en tantos años de continua guerra, solo débilmente podrian resistir

el yugo que les quisiese imponer un poderoso vencedor. Empeñado Alfonso por las instancias de su muger Zayda, entró en las miras de su ambicioso suegro: se despachó una embajada á Jucef Tefin, rey de los almoravides africanos, pidiéndole un respetable egército auxiliar; y aunque no se le ocultaban al príncipe castellano las consecuencias de tan imprudente paso, no estaba su corazón acostumbrado á defenderse de los encantos del bello sexo. Llegó efectivamente el socorro á las órdenes de Ali: juntáronse las fuerzas mahometanas; pero desavenidos en breve ambos caudillos, vinieron á las manos. Abenhabet perdió la vida en el combate: quedó por Ali cuanto poseian los moros en España; y envanecido con la prosperidad de este suceso, se erigió en señor independiente, y juzgó que le seria fácil subyugar á los cristianos. Entró por el reino de Toledo á fuego y sangre: las campiñas, las aldeas, las ciudades fueron abandonadas al saqueo y á la desolacion. Alfonso le salió al encuentro; pero dos veces derrotado, solo con su constancia pudo conseguir arrojarle de todos sus estados, penetrar hasta Sevilla, sitiarse en su misma corte, y obligarle á reconocer el señorío de la corona de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, que era como consecuencia de su desacierto, le impidió gozar tranquilamente la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Ali, desembarcó en España con un poderoso egército, le sitió en Sevilla, le obligó á entregarse, y le hizo cortar la cabeza. Temió Alfonso que por último descargase aquella tempestad sobre sus pueblos; procuró apercibirse;

y con el auxilio de varios príncipes obligó á Tefin á guarecerse en lo interior de sus estados, y finalmente á embarcarse para el Africa. Distinguíéronse principalmente en esta jornada Raymundo, conde de Tolosa, otro Raymundo, que lo era de Borgoña, y su deudo Enrique, cuyos servicios reconoció el rey de Castilla casando á los dos primeros con sus hijas Elvira y Urraca, la cual llevó en dote el condado de Galicia; y dando al tercero la mano de doña Teresa, hija también suya, y el condado de Portugal en calidad de feudo de la corona de Castilla.

Las revoluciones que ocasionó en Navarra la catástrofe de su rey don Sancho III, asesinado por dos hermanos suyos, empeñaron á don Alfonso en otra nueva guerra. Refugiáronse bajo su protección el hijo, los hermanos y parientes del difunto, huyendo del rigor de los fratricidas; y aunque fuese renunciando sus derechos á aquella corona, le suplicaron vengase la desgraciada muerte de su rey. No se detuvo Alfonso: apenas pisó los límites del reino se le entregaron toda la Rioja, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, y parte de la Navarra. Creyéndose con derecho el rey de Aragon don Sancho I para tomar también lo que pudiese por su parte, empezó á dilatar los confines de su reino, se apoderó de varias plazas; y persiguiendo á los asesinos que se habían refugiado entre los moros, puso sitio á la ciudad de Huesca. Tan rápidos progresos escitaron los zelos del rey de Castilla, que creía quitado á su corona cuanto el aragones iba añadiendo á la suya; y á pretexto de auxiliar á su confederado el rey de Huesca, envió contra don Sancho un buen ejército, que hubo de retirarse

con precipitacion sin poder socorrer á la plaza, la cual últimamente cayó en poder del sitiador despues de un obstinado y sangriento bloqueo, en que pereció tambien el rey de Aragon.

Aun le estaba reservado sin embargo al de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Parece que habia nacido para continuo juguete de la suerte; pues ora vencedor, ora vencido, su reinado fue un encadenamiento de inquietudes capaces de apurar el sufrimiento á un monarca menos intrépido. Murió Jucef Tefin dejando la corona y los estados á su hijo Ali, el cual, aprovechándose de las revoluciones de los tiempos, desembarcó en España con un prodigioso ejército, que engrosaron todavía mas los moros españoles. La Castilla fue el sangriento teatro en que dos partidos rivales y encontrados se disputaron obstinadamente el dominio y la libertad; y no permitiéndole á Alfonso sus achaques ponerse al frente de sus tropas, cometió el mando á su hijo único don Sancho, jóven de corta edad, acompañado de su ayo el conde don García de Cabra, y de otros seis condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres, precedido del espanto y de la muerte: avistó al castellano en las cercanías de Uclés, le embistió con furor, le arrolló, y quedaron tendidos en el campo de batalla el malogrado Sancho con los siete condes, y una multitud de cristianos. Alfonso, inconsolable por la muerte de su hijo, en quien fundaba todas las esperanzas, y enardecido en deseos de vengarla, sobreponiéndose á su ancianidad y dolencias, volvió á aparecer á la cabeza de un ejército no despreciable; y entrando por la Anda-

lucía á sangre y fuego, persiguió á sus enemigos hasta las murallas misinas de Sevilla, y se retiró cargado de riquísimos despojos. Borró la afrenta de la anterior jornada: pero no cerró la herida que recibió su corazon, la cual mas incurable cada dia le ocasionó una grave enfermedad, de que murió en Toledo año de 1109, dejando los estados de Castilla y de Leon á su hija doña Urraca, viuda ya del conde Raymundo de Borgoña. A su tiempo se refieren las célebres victorias del Cid en los confines y reino de Valencia.

1109.

Así que falleció el rey de Castilla entró poderosamente por sus tierras don Alonso de Aragon con el designio de apoderarse de una corona, que suponía pertenecerle por derecho de sangre y su cualidad varonil. Sus fuerzas debieron ser muy grandes, ó muy débiles las castellanas, cuando no hubo otro recurso para desarmar su furia que efectuar su casamiento con la reina, á pesar de su inmediato parentesco, y de la repugnancia con que esta y toda la nobleza entraban en el concierto. Restablecióse por este medio la quietud de los pueblos; pero no podian menos de ser peligrosas las consecuencias de tan violento enlace. La reina afectando escrúpulos sobre su matrimonio, ó quizás mas bien huyendo de las amonestaciones y aun los castigos con que procuraba el de Aragon contener su conducta, que se dice no fue muy arreglada; abandonó el palacio y la corte de su marido, y se pasó á Castilla, donde se formó un considerable partido de los descontentos con el gobierno de un príncipe extraño. Fuese para atajar las consecuencias de este desórden, ó bien para sujetar á los gallegos, que por su parte habian proclamado rey al

niño don Alonso Ramon , hijo de Urraca y de Raymundo , se presentó en Castilla el rey de Aragon con un egército capaz de hacer temer y respetar su nombre á leoneses y castellanos: puso guardaciones aragonesas en todas las principales plazas y fortalezas; y por último, habiendo encontrado las huestes de la reina en los campos *de la Espina* inmediatos á Sepúlveda , se trabó una sangrienta batalla , en que hubo de reconocer Castilla la superioridad del enemigo. Animado el Aragonés con la victoria pasó el Duero por tierra de Campos, y se entró por Leon á sangre y fuego , arrollando otro segundo egército que intentó oponérsele al paso, y apoderándose de Nágera, Burgos, Palencia y Leon, con otras muchas plazas. Pero se cambió la suerte: los vencidos castellanos, apelando á los últimos esfuerzos , consiguieron derrotar en varios encuentros á su vencedor; y este , advirtiendo la continua disminucion de sus fuerzas, trató de comprar la paz aun á costa de reconocer y confesar la nulidad de su matrimonio. Como por este medio quedó excluido del gobierno de Castilla , convirtió sus armas contra los sarracenos que infestaban las fronteras de sus dominios , y se coronó de laureles.

Fenecidos los disturbios entre los dos esposos, empezaron nuevas discusiones entre madre é hijo. Durante las revoluciones anteriores fue reconocido por rey de Leon y de Galicia el infante don Alonso; pero luego que doña Urraca se vió libre del aragonés , pretendió egercer su autoridad absoluta aun en los dominios de su hijo. Resistióse la nobleza exasperada con la sospechosa privanza que con la reina disfrutaba don Pedro de Lara; y por espacio de seis años de enemistad y enconos, se

vieron convertidos los reinos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias, asesinatos, y de cuantas calamidades puede producir la discordia. La muerte de la reina acaecida en 1126, puso fin á todas ellas, quedando reunidas en la cabeza de su hijo don Alonso VII las tres coronas de Castilla, de Leon y de Galicia. 1126.

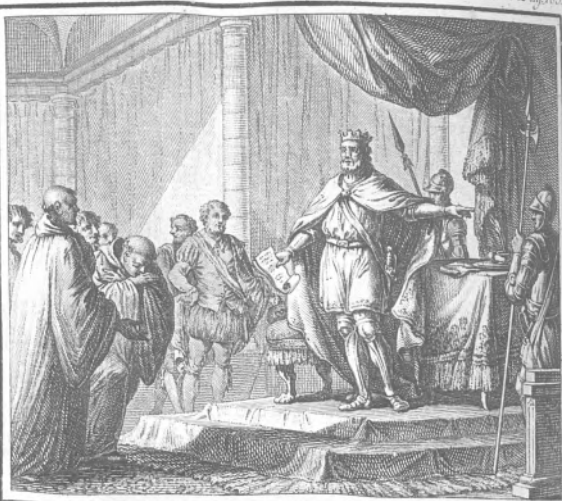
Aun tuvo que vencer algunos obstáculos el joven rey de Castilla para acabar de desalojar á los aragoneses, que con diferentes pretextos continuaban ocupando algunas plazas; pero últimamente se pusieron de acuerdo ambas potencias, y quedó restablecida la paz y la amistad. Inmediatamente convirtió don Alonso sus armas contra los mahometanos; y los disturbios que reinaban en Córdoba le dieron motivo para entrar por las Andalucías. Conjurados los moros de Córdoba contra su régulo Zafaola, intentaron estirpar hasta su descendencia; pero se defendió como pudo, y últimamente se acogió bajo la proteccion del rey de Castilla, cediéndole todos sus dominios. Dióle este en recompensa ricos estados en Toledo y Estremadura, envió sus tropas contra los cordobeses al mando de don Rodrigo Gonzalez, el cual volvió cargado de triunfos y despojos. Tegefin Aberhali, hijo del rey de Marruecos, se dirigió con fuerzas numerosas hácia Toledo; y avisado don Alonso por Zafaola, le obligó á retroceder, y á comprar la paz con la sumision y el vasallage.

No nos detendremos en referir por menor el número de victorias que don Alonso obtuvo de los moros. Es bien sabido que entonces apenas se dejaban las armas de la mano, ni duraban las treguas por mas tiempo que el necesario para refor-

zarse y volver á la lid. Baste pues decir que el rey de Castilla hizo su nombre respetable á los sarracenos; que no solo traspasó las márgenes del Guadalquivir, que, segun parece, ninguno de sus predecesores se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, se apoderó de Córdoba y de las importantes plazas de Jaen, Guadix, Baeza y Almería; y en una palabra, á no haberse distraido con sus ambiciosas pretensiones á las coronas de Aragon y de Navarra, hubiera conseguido si no subyugar completamente el poder mahometano, ensanchar por lo menos á su costa los dominios castellanos. Falleció en el lugar de Fresneda por los años de 1157, volviendo de una espedicion contra los moros de Andujar, que rehusaban satisfacer los tributos que les habia impuesto.

Volvieron á verse desunidas á su muerte las coronas de Castilla y de Leon, ciñendo la primera su hijo don Sancho, llamado el *Deseado*, y don Fernando la segunda: division que produjo los mismos efectos que las antecedentes, á saber: desunion, debilidad en los príncipes cristianos, y ventajas de los sarracenos. En vano para atajar el mal se reunieron los dos hermanos por medio de una solemne confederacion: pues los subyugados infieles, no contentos con negar los tributos que debian satisfacer al rey don Sancho, arrojaron de sus ciudades los presidios que puso en ellas don Alonso VII; y en un momento perdió Castilla las villas feudatarias de Baeza, Andujar, Pedroches, Alarcos y otras muchas conquistadas por el difunto rey.

Aprovechándose de estas revoluciones don Sancho de Navarra se entró por la Castilla á pre-



La Orden de Calatrava.

Sitiada Calatrava, y quando nadie creía posible defenderla, Fr. Raymundo, Abad de Fitero, á quien hoy veneramos glorioso, y Fr. Diego Velazquez, se ofrecieron á ello. Apreció tanto el Rey D. Sancho la oferta, que les donó la plaza, si la conservasen. Lo hicieron; y de aquí tomó principio la Orden de Calatrava. Casi nada les donó el Rey; pero á esta donacion debe España millares de sus mas illustres guerreros.

testó de vengar ciertos agravios recibidos en otro tiempo de don Alonso; y no paró hasta Burgos, dejándolo todo arrasado con la mayor barbaridad. El castellano, estrechado por dos partes, acudió adonde era mas urgente el peligro, enviando prontamente sus tropas contra el navarro á las órdenes de don Ponce, conde de Minerva, caballero catalan, aunque establecido en Leon, que por algunos agravios que habia recibido del monarca leonés se habia pasado al servicio de Castilla. Halló el conde á don Sancho en la llanura de Valpiedra cerca de Bañares, le acometió de sorpresa y le derrotó. Reforzados los navarros con un crecido cuerpo de franceses auxiliares, renovaron el combate; pero fueron vencidos otra vez, quedando prisioneros muchos nobles. Dióles don Ponce libertad diciendo: *Solo he venido á castigar la insolencia de vuestro rey; pero no á derramar la sangre de vasallos fieles*; y obligó tanto al rey de Castilla el valor de este generoso caudillo, que medió con su hermano el de Leon para que le restituyese á su gracia.

Restablecida la paz con el escarmiento del navarro, procuró el rey de Castilla contener dentro de sus límites á los mahometanos andaluces, cuya insolencia habia llegado hasta apoderarse de varios pueblos y fortalezas de Castilla, y amenazaban á la importantísima plaza de Calatrava. Los caballeros Templarios, encargados de su defensa por el difunto don Alonso que la conquistó de los moros, miraban como imposible la resistencia; pero se presentaron al rey de Castilla dos monges cistercienses Fr. Raymundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, el cual habiendo sido en el siglo

soldado valeroso, conservaba en el claustro el espíritu que habia manifestado en la campaña, y se ofrecieron á tomar á su cargo la defensa. Aceptó el rey la proposicion; y para mas empeñarlos, les hizo dueños de Calatrava, si lograban mantenerla por Castilla. La energía de Fr. Raymundo congregó inmediatamente bajo de sus banderas mas de veinte mil hombres, monges la mayor parte, que encerrados dentro de la plaza, y ligados con la regla del Cister, supieron contener el ímpetu de los mahometanos. En el año de 1164 obtuvieron de Alejandro III una bula confirmatoria de su regla y militar estatuto, haciendo con el tiempo importantísimos servicios á los príncipes cristianos en las guerras contra los sarracenos. Esta parece la época del establecimiento de las Ordenes Militares; pues pocos años antes, inflamados contra los moros por el ermitaño Armando, dos caballeros salamantinos llamados don Gómez y don Suero, fundaron de sus bienes un castillo muy fuerte inmediato á la ermita de san Julian del Pereiro, que fue la cuna de la orden militar de Alcántara, tan célebre en la dignamente obstinada empresa de la restauracion de España, y que en el tiempo de Julio I, y con su autoridad, quedó agregada á la monacal del Cister. No mucho despues, aunque ya en tiempo de don Alonso VIII, apareció la ilustre caballería de Santiago. Las continuas correrías de los mahometanos, que infestaban los caminos de Compostela, é intimidaban á los devotos peregrinos que de todas las provincias de Europa acudian fervorosos á visitar el sepulcro de aquel Apóstol, movieron á los canónigos de san Eloy, á establecer de trecho en trecho ciertos hospicios que pro-

tegiesen la seguridad de los fieles, á cuya piadosa gratitud debieron las cuantiosas rentas que llegaron á poseer con el tiempo. Animados con su ejemplo algunos caballeros castellanos aguerridos, bien acomodados y zelosos por libertar á su patria del yugo sarraceno, determinaron reunir sus bienes y sus fuerzas á los canónigos de san Eloy, abrazaron su instituto, y obtuvieron la aprobacion de la Silla Apostólica, nombrando su primer maestro á don Pedro Fernandez de Fuente Encalada, caballero leonés.

Apenas duró un año el reinado de don Sancho, pues falleció en 1158, dejando un hijo de tres años espuesto á las resultas del encono con que dos facciones poderosas se disputaban su tutela para gobernar en su nombre. Pretendió el rey de Leon, don Fernando II, remover la causa de los zelos tomándola á su cargo; pero consiguieron los Laras apoderarse del niño don Alonso, arrancándole de entre los Castros á quienes estaba confiada su educacion; y retirándole de ciudad en ciudad, y de fortaleza en fortaleza, obligaron á don Fernando á desistir de su empeño, dejando á su sobrino en poder de don Manrique de Lara. Desembarazados ambos partidos de este tercer competidor, prosiguieron el empeño con todo el furor que sugieren la enemistad, la envidia y la ambicion. Encendióse una sangrienta guerra de poder á poder, y las ciudades ya de los Castros, ya sucesivamente de los Laras, exhaustas, yermas y asoladas, sufrían todos los males que puede producir la mas horrible anarquía. El rey de Navarra por su parte no se descuidaba en indemnizarse de las pasadas quiebras, invadiendo los estados de un desgraciado pu-

pilo hecho juguete de la porfia de sus ambiciosos tutores; y aun hubiera sido mas funesta la suerte de Castilla, si los moros andaluces, murcianos y valencianos hubieran sabido apagar el fuego de la division que los hacia descuidar sus verdaderos intereses. Siete años duró la confusion y el desorden sin ceder ninguno de los dos partidos, hasta que por fin don Alonso, declarado mayor de edad por el reino antes de serlo, y enlazado con doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, restituyó á sus pueblos la calma de que tanto necesitaban. Su prudencia y la amabilidad de su carácter le ganaron en breve el amor de sus vasallos: las plazas usurpadas por sus inquietos vecinos sacudieron el yugo, y se restituyeron á porfia á la obediencia de su antiguo dueño, cuyo poder, creciendo de dia en dia, llegó con el tiempo á hacerse muy temible, y á despertar la envidia y los rezelos de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra. Coligaronse todos contra don Alonso, pero le respetaron; y no atreviéndose á romper abiertamente con él, quedó frustrado por entonces el objeto de la liga. No despreciaron sin embargo la ocasion de humillar á su contrario. Preciso don Alonso á hacer frente al miramamolin Jacob Aben-Jucef, que con un formidable ejército habia pasado el estrecho en socorro de los moros andaluces, y cubria toda la España de terror y espanto, contaba para la empresa con las fuerzas auxiliares que le podian prestar aquellos príncipes. El interes era comun: debia esperarse que depuesta toda rivalidad y encono acudiesen ansiosos á reunirse; pero una morosidad estudiada dejó á Alfonso vendido en medio del peligro: tuvo que arrostrar por sí so-

lo el furor de una muchedumbre alentada; y á pesar de su valor, perdió una sangrienta batalla en que se vió empeñado junto á Alarcos. Impaciente por vengar la deshonra de su derrota, volvió á las armas inmediatamente que le fue posible; proclamó una cruzada contra los sarracenos; y reforzado su ejército con la multitud de religiosos militares que acudieron de todo el orbe cristiano, hizo conocer á sus enemigos en varios encuentros, que no se le vencía impunemente. Por desgracia las tropas auxiliares extranjeras, luego que ganaron las indulgencias, empezaron á resentirse de la falta de víveres, y del ardor del clima; y algunas serias, aunque inevitables contestaciones, contribuyeron no poco á avivar en ellas el deseo de regresar á los hogares patrios. La retirada de cuarenta mil cruzados dejó tan debilitado el ejército, que ya no dudó Jacob Aben-Jucef en aventurar una acción decisiva. Le salió al encuentro don Alonso en las estrechuras de Losa; y confiado en la naturaleza del sitio, presentó la batalla. Quedaron en el campo doscientos mil sarracenos, y su gefe huyó precipitadamente á Andalucía, pasando á ocultar su vergüenza en los desiertos del Africa. Se refiere que un aldeano ó pastor contribuyó infinito á la victoria, enseñando á los castellanos cierta senda desconocida, que les proporcionó una situación muy ventajosa; y como no faltan personas afectas á todo lo maravilloso y extraordinario, unos le suponen angel, y otros un santo enviado por Dios en aquel conflicto al socorro de sus siervos. Nadie podrá negarlo abiertamente sin temeridad; pero tampoco es repugnante creer que fuese efectivamente un pastor acostumbrado á apacentar

sus ganados, y á cazar por aquellos contornos, como él mismo aseguraba sin rebozo, y práctico por consiguiente en el conocimiento del terreno; y cuando pueden esplicarse naturalmente los sucesos, parece que no hay necesidad de recurrir á medios sobrenaturales. Despues de esta memorable jornada, conocida en la historia por *la de las Navas de Tolosa*, continuaron haciendo felicísimos progresos las armas victoriosas de don Alonso VIII por la

1214. Andalucía, hasta que en el año de 1214 le sorprendió la muerte en Garci Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo. Bien sabida es la historia de los amores que se le suponen con cierta hermosa hebrea toledana: amores que, segun quiere persuadirse, le hicieron abandonar á su esposa, descuidar la administracion del reino, y mantenerse por espacio de siete años encerrado en la capital con el objeto de su pasion, hasta que conjurados ciertos nobles estinguieron con la muerte de la amada una llama tan funesta. El hecho podrá ser cierto; pero la dificultad de acomodar estos siete años de apatía en todo el largo reinado de un príncipe ocupado continuamente en recorrer sus dominios, ó en expediciones con los sarracenos; el crecido número de hijos que en proporcionados intervalos hubo de su muger, y otras circunstancias, hacen casi increíble la narracion.

Poco mas de diez años tendria el heredero don Enrique I, cuando subió al trono de su padre bajo la tutela de su madre la reina doña Leonor; pero falleció esta veinte y seis dias despues que su marido, y hubo de tomar la tutela á su cargo la infanta doña Berenguela, hermana del niño rey. En breve se la obligaron á renunciar las intrigas

de la casa de Lara, que empeñada siempre en apoderarse del mando para triunfar de sus émulos, consiguió entonces poner á la frente del gobierno de Castilla á don Alvaro Nuñez, mayor de la familia; y al punto se renovaron los males que afligieron los principios del reinado anterior. Venganzas, tiranías, exacciones, dilapidaciones del real erario... En vano procuró atajar estos desórdenes con sus amonestaciones la infanta doña Berenguela, pues el insolente don Alvaro Nuñez de Lara, lejos de darla oídos, cometió la injusticia de despojarla violentamente de los pueblos que la pertenecian, llegando su osadía hasta intimarla su salida de Castilla; y á no haberse encontrado sostenida por varios caballeros poderosos, se hubiera visto precisada á ceder á la fuerza. Desde entonces como si se irritase mas con la resistencia el furor vengativo del ambicioso Lara, se declaró abiertamente contra la infanta y todos sus defensores: aquellos pueblos que habian tenido bastante resolución para desaprobár su despotismo, sufrieron todos los horrores de una guerra civil; y solo una imprevista desgracia pudo impedir que se consolidase el poder de este opresor. Hallábase con su pupilo hospedado en el palacio del obispo de Palencia; y estando cierto dia recreándose en el patio el jóven don Enrique con otros muchachos de su edad, se desprendió una teja del alero, y le dió en la cabeza un golpe tan fatal, que murió á los once dias, en 6 de junio de 1217.

1217.

Bien procuró don Alvaro mantener oculto este accidente; pero inmediatamente se difundió por todas partes la noticia, y llegó á oídos de doña Berenguela, sucesora del trono de Castilla. Habia

estado casada esta señora con don Alonso IX rey de Leon; y de este matrimonio, declarado despues nulo á causa del inmediato parentesco de los dos esposos, hubieron un hijo llamado don Fernando, á quien la historia de Castilla reconoce con el sobrenombre del *Tercero* ó el *Santo*, y que á la sazón se hallaba en Toro al lado de su padre. Enviole á llamar la infanta bajo de un pretesto especioso; y traspasando en él todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por toda la nobleza y el pueblo que le acompañaba. No tardaron en declararse por el nuevo rey varias plazas de las adictas á los Laras; y no pudieron otras resistir á los esfuerzos del jóven príncipe, que puesto á la frente de un crecido número de vasallos fieles, procuraba hacerse reconocer y respetar; pero últimamente, prefiriendo el bien de los pueblos á las ventajas de una sangrienta guerra, se trató de concordia con don Alvaro. Negóse este á todo partido: continuaron por ambas partes las hostilidades con el mayor tesón; y cayó el rebelde en manos de don Fernando, el cual mas generoso que lo que permitian las circunstancias, le restituyó la libertad luego que cedió las plazas y fortalezas que mantenía á su devoción.

Duró poco la tranquilidad. Acostumbrados á dominar los Laras, no era fácil que se acomodasen á la dependencia; y aprovechándose de los zelos con que miraba el rey de Leon el engrandecimiento de su hijo, avivaron su resentimiento, y supieron pintarle como fácil la conquista de un reino que, en concepto de aquel rey, se le habia usurpado injustamente.

Nada mas se necesitó para encender una es-

candalosa guerra, en que atropellándose las relaciones mas sagradas, hubieran venido á las manos padre é hijo, á no haber sabido este desarmar la cólera de aquel con sus reverentes súplicas. Redújose pues la expedicion á algunas hostilidades cometidas por los leoneses en tierra de Campos, y á algunas correrías que por via de represalias hicieron los castellanos en los dominios de Leon; y restablecida la armonía entre los dos príncipes, la muerte de don Alvaro, y de las principales cabezas de su familia, restituyó la serenidad, calmando las agitaciones que habian escitado la intriga y la ambicion.

La espulsion de los sarracenos persuadida por la política, y aprobada por la religion, era un punto que no podia perder de vista un príncipe tan zeloso defensor de la creencia de sus padres, como don Fernando; y así, apagadas las disensiones intestinas, y purgado el reino de bandidos y hereges, convirtió sus armas contra aquellos formidables conquistadores de la España, logrando en siete campañas casi continuadas debilitar su poder y facilitar para en adelante las reconquistas de Córdoba y de Sevilla, que han hecho tan célebre su nombre. Ocurrió entre tanto el fallecimiento de su padre don Alonso, dejando en su testamento por herederas de la corona de Leon á sus dos hijas doña Sancha y doña Dolce, habidas de su muger doña Teresa de Portugal; y un acontecimiento de esta naturaleza, que privaba á don Fernando de un derecho que legítimamente le pertenecia, alarmó á doña Berenguela. Es verdad que su matrimonio con don Alonso de Leon se habia declarado nulo; pero dejando á los juris-

consultos que ventilen la célebre cuestion de si los hijos que nacen de un matrimonio ilegítimo contraído con buena fe son herederos legítimos de sus padres, quedando hábiles para todos los efectos favorables que les concede el derecho: lo que no tiene duda es que segun la costumbre de aquellos tiempos la ilegítimidad de un matrimonio de tales circunstancias no era suficiente razon para escluir á los hijos que procedian de él; que al paso que Inocencio III declaró nulo el matrimonio de Alonso con Berenguela, dió por legítimo á Fernando, confirmando el tratado que hizo despues aquel con el rey de Castilla reconociéndole por su legítimo sucesor; que si la nulidad del matrimonio con Berenguela hubiera podido ser obstáculo para don Fernando, no debian considerarse asistidas de mejor derecho las dos infantas instituidas, respecto á que tambien procedian de un enlace vicioso, que igualmente se anuló; y por último que en igualdad de circunstancias parece no pudo justamente don Alonso anteponer dos hembras para la sucesion de unos estados, en que siempre la masculinidad se habia considerado como cualidad preferible. Fue pues indispensable que don Fernando suspendiese por entonces sus gloriosas expediciones, presentándose en Leon en compañía de su madre; y quando creyeron tener que vencer infinitos obstáculos, encontraron tan favorables los ánimos de la principal nobleza, que sin dificultad fue don Fernando reconocido y jurado rey de Leon en la catedral. No faltaron sin embargo personas empeñadas en cumplir el testamento de don Alonso, colocando en su trono á las dos princesas; pero la mediacion de algunos respetables prelados, consiguió apagar

en su principio estas desavenencias , haciéndolas presentes los funestos efectos que han producido siempre , la importancia de su reunion para acabar de esterminar á los sarracenos , y que quedando , como quedaba asegurada la decorosa manutencion de las princesas con el situado de treinta mil doblas anuales que les señalaba el rey de Castilla, nada mas podian apetecer. Reunidas de esta manera en las sienes de don Fernando III las dos coronas de Castilla y de Leon , lo quedaron ya para siempre. Continuaremos la relacion de los gloriosos hechos de este monarca luego que llenemos el vacío que se advierte en la historia de los reyes leoneses , desde la desmembracion acaecida en 1157 por muerte de don Alonso VII. Importa poco que se invierta el orden cronológico de los tiempos cuando se justifica esta inversion con la claridad que de ella resulta. 1157.

DE LOS REYES DE LEON.

Dejamos colocado en el trono de Leon al príncipe don Fernando II, cuyo genio sospechoso y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reino. Alguno de ellos, el conde de Minerva don Ponce, injustamente despojado de sus bienes, se vió en la precision de acogerse huyendo de su opresor al abrigo del rey de Castilla. Sus señalados servicios en la guerra de Navarra empeñaron á don Sancho III en reconciliarle á toda costa con su hermano, como ya se ha dicho, haciendo que le restituyese sus estados.

Las revoluciones de Castilla con motivo de la minoridad de don Alonso VIII ofrecian una favo-

rable coyuntura á don Fernando para alzarse con el gobierno á pretesto de apaciguarlas, tomando á su cargo, como tercero en discordia, la tutela del niño; pero era preciso vencer la vigorosa resistencia de los Laras y los Castros; y solamente un numeroso egército podia facilitarlo. Corrian sus armas libremente por toda la Castilla, cuando don Alonso Henriquez, primer rey de Portugal, se entró por los dominios leoneses para tomar venganza de agravios recibidos, y se apoderó de Badajoz por los años de 1168. No pudo don Fernando mirar con indiferencia el riesgo que amenazaba á sus estados; y abandonando unos proyectos que con dificultad podria ver realizados, se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcántara, é intimidó al portugués en tales términos, que al salir de Badajoz en precipitada fuga tropezó con la puerta, se rompió una pierna, y fue hecho prisionero. Tratóle sin embargo don Fernando con la mayor cortesanía, hizo curar la fractura, y le puso en libertad; y la necesidad y el agradecimiento restablecieron entre ambos la armonía, quedando don Fernando en posesion de las plazas recobradas.

Aun no bien reparado el reino de Leon de los desastres de la pasada guerra, se vió amenazado de otra igualmente peligrosa; pero cuyo éxito feliz coronó á Fernando de nuevos laureles. Acaudillados los moros andaluces por el formidable Aben-Jacob, entraron en Portugal, se apoderaron de la fortaleza de Torres-Novas; y precisados por don Alonso Henriquez á levantar el campo, se dejaron caer sobre los dominios leoneses. Marchó inmediatamente don Fernando al socorro de Ciudad Rodrigo, ahuyentó á los mahometanos, y sin duda

contribuyó infinito al éxito feliz de esta jornada algún manejo oculto de don Fernando Ruiz de Castro, que fugitivo de Castilla por miedo de los Laras, había hallado entre los moros favorable acogida. Desde esta época hasta la muerte del rey de Leon, acaecida en Benavente por los años de 1188, 1188. solo hay de memorable otra expedición contra los sarracenos, en que, coligado don Fernando con los reyes de Castilla y Portugal, el arzobispo de Santiago y el obispo de Oporto, dió sobre los invasores con tal acierto y denuedo que dejó veinte mil en el campo. Su mismo caudillo cayó tres veces del caballo en el calor de la refriega, y á la tercera fue muerto, y atropellado por los fugitivos.

Dejó la corona don Fernando á su hijo don Alonso IX de este nombre; cuyo primer cuidado fue captarse la benevolencia de su primo don Alonso VIII de Castilla, concurriendo á las Córtes que este celebró en Carrion, y recibiendo en ellas de su mano el orden de caballería; pero sin embargo tardó poco la envidia en malograr tan favorables disposiciones. No podían mirar sin zelos las testas coronadas españolas el engrandecimiento del príncipe castellano; pero muy cobardes, ó poco satisfechas de los fundamentos de su rivalidad, para acometerle sin rebozo se conspiraron para prepararle secretamente su ruina. Reducido al último apuro por las armas esterminadoras del miramolin Jacob Aben-Jucef, creyó poder contar con el auxilio de unos príncipes cuya religion, intereses y relaciones personales clamaban por la mas pronta reunion de sus fuerzas. Todos sin embargo cometieron la bajeza de abandonarle á la merced del vencedor; y esta conducta del leo-

nés, respecto de una persona íntimamente unida con los mas sagrados vínculos, no solamente le grangeó la censura y el odio de sus contemporáneos, sino que el transcurso de los siglos posteriores no ha bastado á borrar este lunar que obscurece su memoria. Pero aun no fue lo peor esto. Cuando mas ocupado estaba el rey de Castilla en contener los rápidos progresos de aquel formidable enemigo, entró el rey de Leon por las fronteras castellanas, y le puso en la mayor consternacion. La oportuna retirada del sarraceno á las Andalucías le dejó en libertad para medir sus armas con este nuevo agresor: avistáronse los dos egércitos, y hubieran venido á las manos á no haberse interpuesto algunos obispos, y aun la misma reina de Castilla doña Leonor. Restablecióse la tranquilidad, aunque con alguna repugnancia, sellándose la concordia con el matrimonio del rey de Leon, y la infanta de Castilla doña Berenguela, que se celebró á mediados de 1197. Mandólos separar al año siguiente el papa Inocencio III, por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero las prendas recomendables que adornaban á la infanta, hacian tan sensible la separacion al leonés, que con diversos pretextos, excusas y diligencias consiguió diferirla siete años. Repetia entre tanto sus conminaciones el cardenal legado, y puso entredicho al reino de Leon; pero la legitimacion de los hijos de este matrimonio, la necesidad de restituir á Castilla los pueblos, ciudades y fortalezas que habia llevado en dote doña Berenguela, y mas que todo el tierno amor de los esposos, eran otras tantas dificultades que impedian se le obedeciese inmediatamente. No deja sin

embargo de parecer algo estraño el empeño de aquel pontífice en negarse á dispensar el parentesco segun se le suplicaba, cuando pocos años antes habia dispensado la Silla romana en don Ramiro de Aragon el impedimento del órden sacro ó monástico; y no era mas estraordinaria la dispensa en el uno que en el otro. Llegó el momento de la cruel separacion en el año de 1204, quedando legítimos los hijos por la buena fe de los contrayentes, y en poder de don Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho; pero antes de restituirse á Castilla la infanta doña Berenguela, fue reconocido y jurado el príncipe don Fernando por heredero y sucesor en el trono de su padre. La muerte de don Enrique I de Castilla, y la cesion de doña Berenguela, le colocaron algunos años despues en el de este reino; y aunque parecia natural que don Alfonso mirase con particular satisfaccion esta corona en las sienes de un hijo de madre tan querida, hallamos irritada la envidia que abrigaba su pecho por las intrigas de los Laras. Los campos de Castilla vieron con dolor próximas á venir á las manos dos personas que habian nacido para amarse recíprocamente con la mayor ternura; pero habló don Fernando, y tanto la razon como el amor paterno recobraron todo el ascendiente que habian perdido sobre el corazon de don Alonso. Terminada felizmente tan odiosa como voluntaria guerra, movió el rey de Leon con mas acierto sus valerosas huestes contra los moros estremeños. Se apoderó de Cáceres, presentóse delante de Mérida, y cayó en su poder sin efusion de sangre. Deseando Aben-Hut, rey de Sevilla, reparar

tan considerables pérdidas, se puso en marcha con un ejército de ochenta mil combatientes para sorprender á don Alonso en Mérida; pero este le salió al encuentro con el reducido número de sus tropas: pasó de noche el Guadiana, que baña los muros de la plaza: descubrió al enemigo; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, le embistió y quedó vencedor. Desde el campo marchó contra Badajoz, la rindió, dejó guarniciones en algunas fortalezas abandonadas por los sarracenos, y regresó á Leon cargado de riquezas y trofeos; pero cuando animado con esta prosperidad pensaba volver á coronarse de nuevos laureles, le sorprendió la muerte en Villanueva de Sarria, pueblo de Galicia, por los años de 1230, dejando á su hijo don Fernando la gloria de acelerar con un terrible golpe la ruina del imperio mahometano.

SIGUEN LOS REYES DE CASTILLA Y LEON.

Efectivamente parece que la fortuna de acuerdo con las intenciones de este digno príncipe, habia tomado á su cargo remover todos los obstáculos, y facilitar los medios de engrandecerle. Ella supo con la muerte de los principales Laras oponer un dique á las ambiciosas pretensiones de esta familia, y neutralizar las agitaciones que habian cubierto de ruinas y cadáveres las risueñas campiñas de Castilla. La imprudencia y la injusticia de su padre le pusieron á punto de perder la corona de Leon: la vió colocada sobre unas cabezas imbeciles, previó las consecuencias; y aunque tenia bastante generosidad, y toda la virtud necesaria para renunciar sus legítimos derechos, no le permitió

su buen corazón mirar con indiferencia la suerte que esperaba á los infelices pueblos. Reclamó los agravios de una disposición viciosa: la fortuna preparó los ánimos de los leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Retirados los moros en Córdoba y Sevilla como en sus últimos y más inexpugnables atrincheramientos, habían sabido resistir por largo tiempo á los frecuentes esfuerzos de infinitos príncipes aguerridos. Córdoba y Sevilla eran el foco de donde se lanzaban los ardientes rayos que asolaban las provincias cristianas. Don Fernando se propuso acabar con estos temibles restos de los dominadores de la España, y la fortuna le facilitó una empresa tan aventurada, fomentando las divisiones intestinas de los mahometanos andaluces. La tiranía de los gobernadores de Córdoba había escitado el descontento de los habitantes agraviados: aspiraban estos á la venganza, y trataron con los cristianos que hostilizaban los contornos de entregarles el arrabal de la ciudad. Pusiéronse de acuerdo los adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas; y protegidos de la obscuridad de la lluviosa noche del 8 de enero de 1236, llegaron hasta los muros del arrabal. El silencio y el descuido les permitieron arrimar sin dificultad las escalas; y disfrazados en traje africano subieron al muro algunos valientes españoles que sabían el árabe. Tropezaron con unos centinelas, se fingieron contrarondas, y los arrojaron desde la muralla con el auxilio de uno de ellos, que casualmente se descubrió ser de los conjurados. Corren todo el muro, asesinan en silencio á cuantos se les oponen, se apoderan de la puerta de Martos, y la franquean á la caballería cristiana.

Los descuidados habitantes despiertan llenos de pavor y asombro: procuran ponerse en salvo desnudos ó á medio vestir, y caen bajo la cortadora cuchilla del enemigo. En breve se cubrieron las calles de cadáveres y moribundos: la guarnicion se alarma, acomete impetuosamente, hace retroceder por tres veces á los cristianos; pero últimamente no pudiendo resistir á la firmeza y denuedo con que volvian á cargar, tuvo que guarecerse dentro de la ciudad, dejándolos dueños del arrabal.

La noticia del éxito feliz de esta primera tentativa llegó inmediatamente á los oidos del rey, que se hallaba en Benavente. Iba á sentarse á la mesa; pero sin detenerse mas que lo necesario para tomar de pie un bocado: *Caballeros*, dijo á los circunstantes, *quien sea mi amigo y buen vasallo sígame*. Montó al punto á caballo, y acompañado de muchos hidalgos y caballeros, que se le reunieron en el camino, se presentó delante de Córdoba. La estacion era lluviosa; pero sin embargo no sirvió de obstáculo para que, atravesando rios y barrancos sumamente crecidos, acudiesen los caballeros de las órdenes militares, é infinito número de gentes ansiosas por combatir al lado de su rey. Consternados los moros cordobeses con tan formidables preparativos, tuvieron por inevitable su ruina, é inmediatamente dieron aviso á Aben-Hut, que estaba en Ecija á la sazón; pero creyendo este mas conveniente acudir al socorro de su amigo Zaen, rey de Valencia, contra el victorioso don Jayme de Aragon, que oponerse á don Fernando, débil enemigo en su concepto, partió para embarcarse en Almería, donde le ahogó en el baño Aben-Ramin, gobernador de aquella plaza. El mo-

tivo ó pretesto no se sabe; pero sea como quiera, este accidente y el incremento progresivo que iba tomando el ejército cristiano, infundieron tal desaliento en los sitiados, destituidos ya de la mas mínima esperanza de socorro, que capitularon la entrega de la ciudad con tal que se les concediese libertad para retirarse adonde mejor les pareciese.

La rendicion de Córdoba y la muerte de Aben-Hut debilitaron en tales términos las fuerzas de los mahometanos andaluces, que el rey don Fernando se confirmó mas y mas en la esperanza de realizar sus proyectos de reconquista. Dividido el reino de Sevilla en pequeños gobiernos ó partidos, apenas podia oponer una corta resistencia á la intrepidez de este animoso guerrero; y solo el de Granada parece que iba elevándose sobre las ruinas de los otros. Erale pues de la mayor importancia atajar los progresos de un imperio que podria malograr sus esperanzas con el tiempo; y creyendo que la conquista de Jaen facilitaria la de Granada, ó reduciria á este reino á una situacion precaria nada temible, se puso sobre aquella plaza en el año de 1244. El buen estado en que se hallaba su defensa, y los esfuerzos de Ben-Alamar, rey de Granada, dilataron por algun tiempo su rendicion; pero últimamente, un plan de operaciones bien concertado, y no menos bien dirigido, la puso el año siguiente en manos de los sitiadores. El mismo soberano granadino se presentó en los reales de don Fernando para prestarle vasallage, besando aquella mano que habia sabido vencerle.

1244.

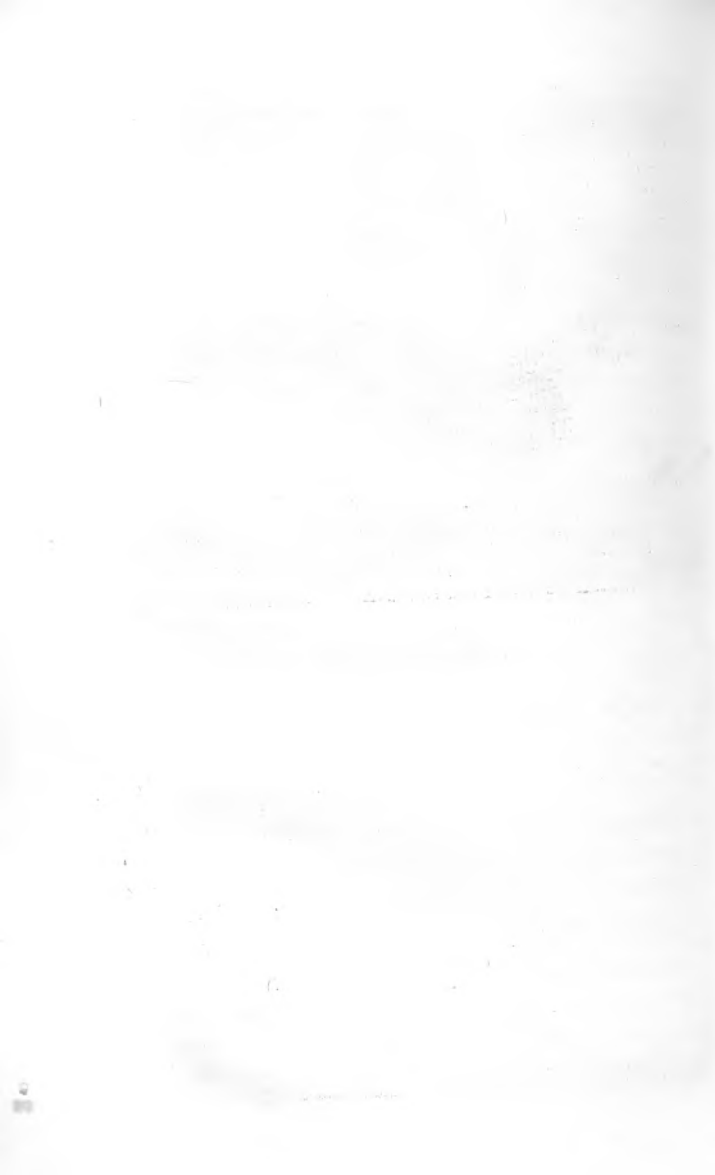
Esta feliz combinacion de circunstancias indicaba ya al parecer la conquista de Sevilla, que no perdía de vista el príncipe castellano. La em-

presa era no obstante muy aventurada, pues no se habia descuidado en fortificarla competentemente su gobernador Jaraf; pero esto solo contribuyó á que hiciese don Fernando mayores preparativos. Pidió al rey de Granada los auxilios con que debia asistirle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que los condujo él mismo, rompiendo con quinientos caballos por las tierras de Sevilla mientras se reunia su infantería, cubriendo de estragos la comarca, y reduciendo á cenizas mieses, árboles, casas y poblaciones. El ejército castellano, engrosado con los socorros que enviaban sucesivamente los obispos, órdenes militares, comunidades y concejos, transformaba aquellas fértiles campiñas en áridos desiertos. Se apostaron trece naves á la boca del Guadalquivir, de suerte que privada la ciudad por mar y tierra de todo humano socorro, era inevitable su entrega. Resueltos sin embargo sus valerosos defensores á sepultarse entre sus ruinas sufrían obstinadamente el asedio. No pudieron impedir que se interceptase la comunicacion de Triana con Sevilla cortando el puente que las une; pero supieron resistir y rechazar con denuedo los innumerables asaltos de los sitiadores. Se rindieron por último en 1248; pero solo trataron de capitular los habitantes cuando la ciudad llegó al extremo de hallarse abierta por todas partes al impulso de los arietes, y reducida al mayor apuro por falta de comestibles y municiones. Cuatrocientas mil personas de todas edades y sexos, sin contar infinitos judíos, salieron de Sevilla para pasar al Africa, temiendo persecuciones nuevas, ó para dispersarse por los pueblos mahometanos de la Andalucía, y quedó la ciudad



Conquista de Sevilla.

Quitadas á los moros Córdoba y Jaen, y sujeta Granada al vasallage por el santo Rey Fernando, llevó este sus armas victoriosas sobre Sevilla, que á pesar de la mas obstinada resistencia se le rindió en el año de 1248; quedando desde entonces libre de la dominacion sarracena casi toda España. Quando la política concurre á las empresas como solo sierva de la religion, el cielo la asegura los triunfos.



casi desierta ; pero el cuidado y vigilancia del conquistador consiguieron repoblarla muy en breve.

Dueño don Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla desde el Guadalquivir hasta el estrecho ; y creyéndose libre de los temores que pudiera infundirle algun poderoso enemigo doméstico , determinó pasar al Asia para unirse á los cruzados que combatian por la conquista de la Tierra Santa : piadoso , pero mal entendido proyecto en aquellas circunstancias. Dios sin duda, que parece velaba incesantemente sobre las acciones de este digno príncipe , no quiso permitir tomase parte en las atrocidades con que frecuentemente se desfiguraba el carácter de la religion cristiana en aquellos mismos paises que la habian visto nacer. Agravósele la hidropesía que ya hacia tiempo le aquejaba, y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente , recibiendo de rodillas, sobre un lecho de ceniza, con una soga al cuello, y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes le ve España con la mayor satisfaccion y júbilo, y todos los católicos le veneramos colocado en el número de los Santos por el pontífice Clemente X.

Sucedióle su hijo don Alfonso X, conocido con el glorioso renombre del *Sabio*, que le granjearon su amor y aplicacion á las letras. Sus *tablas astronómicas*, el código de *las siete Partidas* que compuso para uniformar el sistema legislativo de sus dominios, la *crónica general de España desde su poblacion hasta los tiempos de don Ordoño II*, la que escribió desde el *principio y origen de los godos hasta la muerte de su padre don Fernando*, con otras muchas obras, así en prosa como en ver-

so, que han llegado hasta nuestros dias, prueban que si no mereció aquel concepto en todo el rigor del término, poseia al menos una multitud de conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo. En el discurso de su vida se encuentran á la verdad algunas acciones que desdican de una gran sabiduría; pero en tiempos en que las ciencias política, económica y gubernativa no estaban muy adelantadas, tampoco deberán ser muy estraños los deslices de aquel hombre mismo que habia conseguido sobreponerse á la general ignorancia; ni deben estos lunares obscurecer la memoria de un príncipe tan digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Los continuos alborotos de los moros valencianos, acaudillados por el sedicioso Alazdrach, movieron al célebre don Jayme de Aragon, llamado el *Conquistador*, á promulgar contra ellos un decreto de espulsion ó estrañamiento. Pudo muy bien hacerle ilusorio el respetable cuerpo de sesenta mil hombres armados que tenian los rebeldes; pero sin embargo, salieron del reino cuantos no quisieron abrazar el cristianismo, y pasaron á engrosar con sus familias el poder de los reyes de Granada y Murcia. Impacientes ya entonces estos príncipes de sufrir el yugo castellano se declararon en insurreccion; y auxiliados por el rey de Marruecos, no solamente resolvieron sostener su independencia, sino apoderarse de toda la península, acabando primero con el rey de Castilla y toda su familia. Los preparativos necesarios para una empresa de esta naturaleza eran tan formidables, que no pudieron ocultarse á don Alonso. Se retiró con disimulo de Sevilla, dejandola en el mejor estado

de defensa; y pasandose á Córdoba, envió algunas tropas para contener á la morisma que se internaba por sus fronteras. El corto número de los castellanos, y la estacion del invierno, que se iba adelantando, dejaron á los sarracenos en proporcion de apoderarse de cerca de trescientos pueblos; y conociendo el rey de Castilla que sin un esfuerzo extraordinario no le seria fácil sujetarlos, imploró el auxilio de su suegro don Jayme de Aragon. Venida la siguiente primavera del año de 1263, mientras se aprontaban las huestes aragonesas para arrojarse sobre Murcia, segun se habia concertado, entró don Alonso á sangre y fuego por los dominios de Granada. Salieron al encuentro los reyes coligados, vinieron á las manos, y quedaron vencidos; pero llegó del Africa un refuerzo tan considerable, que hubiera malogrado el éxito feliz de aquella empresa si hubiera sido mas prudente el granadino. La deferencia y el singular aprecio que empezó á manifestar á las tropas africanas, se caracterizaron de desaire por los principales moros andaluces; y creyendose humillados con aquella preferencia, se rebelaron casi todos. Los gobernadores de Guadix, Málaga, Comares y otros se hicieron tributarios del rey de Castilla, le ofrecieron sus auxilios contra el de Granada, y no desperdició don Alonso esta feliz casualidad. Reducido al mayor apuro el granadino, habiendo de luchar al mismo tiempo con enemigos domésticos y con un poderoso extraño, no tuvo mas recurso que el de sujetarse nuevamente al vasallage de Castilla, obligandose á pagar anualmente doscientos cincuenta mil maravedis, y ofreciendo sus tropas á don Alonso contra el rey de Murcia, con tal que aban-

1263.

donase la alianza de los gobernadores rebeldes en tanto que se renovaba entre ellos la armonía.

No eran en Murcia menos felices los progresos de las armas aragonesas. El guerrero don Jayme, puesto á la frente de sus tropas, habia ya sujetado varios pueblos, y se disponia para la conquista de Murcia cuando se presentó en su ayuda don Alonso. Arreglaron el plan de sus operaciones para no embarazarse, y prestarse recíprocamente los auxilios necesarios: cayó Murcia, y su rey sufrió la misma suerte que el de Granada.

Tantos años de expediciones y de gloria habian contribuido sin duda infinito á hacer temible el nombre castellano; pero el erario se resentia escesivamente de dispendios tan crecidos como necesarios; y no atreviendose don Alonso á recargar con nuevas imposiciones á sus vasallos, estenuados ya con anteriores desembolsos, creyó salir del apuro rebajando el valor intrínseco ó la ley de la moneda. Una determinacion tan opuesta á los principios económicos no podia menos de producir consecuencias diametralmente contrarias á las que se prometia. Creció el precio de los géneros en proporcion á la pérdida del numerario: tomó la providencia de fijarle, y nadie quiso vender. La escasez general atrajo el descontento de los pueblos; y de él tomaron ocasion algunos grandes poderosos para declararse en rebelion, patrocinados por las armas del rey de Granada. Procuró don Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor suavidad y moderacion: dió satisfaccion á las quejas, y cedió de su derecho cuanto sin comprometer su dignidad real le era permitido. Nada fue bastante para tranquilizar á aquellos revoltosos, que aspiraban á una



El recurso pernicioso.

Viendo agotado casi el Real erario con sus gloriosas expediciones D. Alonso X, para repararle sin afligir con nuevos tributos á sus vasallos rebaxó la ley de la moneda; pero lejos de conseguir su laudable objeto con este arbitrio, tan funesto siempre, aumentó las miserias y calamidades del reyno. Atender solo al interes falaz del momento es correr tras las pérdidas duraderas.



absoluta dominacion; y por último, acaudillados de don Nuño Gonzalez de Haro, y del infante don Felipe, hermano del rey, se desnaturalizaron de Castilla, pasandose al servicio del enconado granadino. Propúsoles no obstante don Alonso varios partidos razonables; negaronse á todo, y amenazaron invadir los estados de Castilla. Ya no pudo desentenderse el rey de tales desacatos, y encargó su venganza á su hijo primogénito don Fernando de la Cerda, quien pasando á Córdoba con un cuerpo de tropas escogidas, procuró antes de llegar á las manos tentar nuevos medios de reconciliacion. Los rebeldes juraron sin embargo no rendirse sino bajo de ciertas condiciones bastante inadmisibles; pero últimamente á todo se convino don Alonso, no tanto por el bien de la paz, como por quedar en libertad para convertir hácia otra parte su atencion.

Murió el emperador de Alemania Federico II; y divididos los pareceres de los electores imperiales en el nombramiento de sucesor, resultó elegido el rey de Castilla don Alonso por dos votos mas contra tres que obtuvo Ricardo, conde de Cornwall. Pretendió hacer valer su derecho por medio de cartas y de embajadores. Su legitima eleccion y su inmediato parentesco con la casa imperial, como nieto del emperador Felipe, suegro de san Fernando, eran los fundamentos; pero su ausencia, la presencia y manejos de Ricardo, y mas que todo la proteccion de la Corte de Roma, declarada abiertamente á favor de este, arrebataron de sus sienes una corona que por todos titulos parecia pertenecerle. Jamas abandonó, á pesar de todo, sus pretensiones á ceñirla. Era preciso salir de España

para que fuesen mejor escuchadas sus reclamaciones; pero se lo impedían las disensiones intestinas. Fue muerto entre tanto su competidor Ricardo; y deseando don Alonso aprovechar esta favorable coyuntura, se dió prisa á apaciguarlas de cualquier modo que fuese. La Corte de Roma, que en aquellos tiempos se creía autorizada para disponer á su arbitrio de los tronos, se habia erigido en árbitra componedora de una diferencia que de lo contrario podia terminarse en su perjuicio. El Imperio por otra parte se consideraba entonces como un feudo de la Silla romana; y esta no podia olvidar nunca los males con que la habia afligido en el siglo precedente el emperador Federico Barbaroja. Don Alonso procedia de su familia; y así es que ninguno de los papas Alejandro, Urbano y Clemente, todos cuartos de su respectivo nombre, habia favorecido su causa. Sucedióles Gregorio X, quien, siguiendo el espíritu de sus predecesores, á pesar de las reclamaciones del rey de Castilla y de las protestas de algunos principes del Imperio, se declaró por Rodulfo conde de Hapsbourg, y este quedó electo. Insistió sin embargo don Alonso; pero solo obtuvo desengaños. La respuesta del papa fue constantemente que abandonase sus pretensiones, prometiéndole en recompensa las indulgencias que podria ganar combatiendo en la conquista de la Tierra Santa; pero sin duda no debio acomodarle este partido, pues viendo que nada podia adelantar por los términos de la moderacion y la dulzura, determinó enviar algunas tropas á Italia, así para sostener su causa vigorosamente, como para hacer frente á Carlos de Anjou, que como feudatario del papa se habia propuesto perseguir á cuantos no

eran de su partido. No dejó de hacer alguna impresion este movimiento en el ánimo de Gregorio: procuró avivar la rivalidad de Rodulfo, amonestándole repetidas veces que no se descuidase un momento en defenderse; y llegó á tanto su animosidad que, abusando de las censuras eclesiásticas, se arrojó á escomulgar á las repúblicas de Génova y Pavia, que se mantenian por don Alonso. Ya no pudo este mirar con indiferencia tan irregular procedimientó; pero cuando, segun el estado de las cosas, parecia lo mas natural que abandonando infructuosas negociaciones recurriese á los medios enérgicos propios de un hombre con razon y con poder, le vemos incurrir en la debilidad y la imprudencia de abandonar sus dominios en la situacion mas crítica, dejando por gobernador á don Fernando de la Cerda, por pasar á Francia con ánimo de avistarse con el papa. Viéronse con efecto en Belcayre; pero las resultas de sus conferencias fueron las que debian esperarse á vista del carácter firme de Gregorio. Tambien era tenaz Alfonso; pero acaso no tenia bastante resolucion ó tino para elegir los medios oportunos de conseguir su empeño; y se las habia por otra parte con un hombre de refinada política, ante quien don Alonso era en esto tan fácil de deslumbrar como un niño. Desengañóse finalmente; volvió á Castilla sumamente disgustado; y despues de diez y ocho años de pretension, tuvo que contentarse con usar del título de *Electo rey de romanos*, y con escribir á varios príncipes de Alemania é Italia que *no habia desistido, ni pensaba desistir de su derecho al Imperio*. Lo primero importaba bien poco; y lo segundo en sustancia solo eran vanas esperanzas, incapaces de realizarse

en mucho tiempo atendida la situación del reino, y con mucho trabajo aun cuando mejorase. Pero ni aun este desahogo le consintió Gregorio: pues así que llegó á su noticia, espidió un breve al arzobispo de Sevilla, mandandole amonestase al rey que se abstuviese de turbar la paz de la cristiandad, usando de un título que no le pertenecía habiendo emperador legítimo ungido y coronado: que le escomulgase sino se conformaba; pero que le concediese en su nombre los diezmos eclesiásticos para continuar la guerra contra los moros en caso de que obedeciese. El rey, fuese temiendo los rayos del Vaticano, fuese por aprovecharse de un subsidio que le era muy oportuno en aquellas circunstancias, desistió de un empeño, que la prudencia caracterizaba ya de temerario, no pudiendo conservar la mas remota esperanza de su logro. De este modo quedaron á beneficio del real erario las que llamamos *tercias reales*, al principio durante la guerra contra los moros, y despues perpetuamente, por gracia de Inocencio VIII y otros pontífices.

Con dificultad podrá ciertamente justificarse esta tenacidad de don Alonso. Muy desde los principios debió conocer que aunque la fama de sus prendas, ingenio, riquezas y poder, habia hecho en toda Europa respetable su nombre, la distancia le perjudicaba infinito para el logro de sus desigñios; que habiendo de luchar con la asombrosa influencia de la Silla romana en todos los gabinetes, le era preciso defender su causa, no como quiera personalmente, sino á la frente de un vigoroso ejército, que no podia sostenerse en aquellas remotas regiones sin un nuevo gravámen de sus va-

ballos; que estos no se hallaban ya en disposicion de soportarle; y por último, que aunque por esta parte no se le ofreciese el menor obstáculo, la prudencia no le permitia abandonar sus dominios al fuego de la sedicion que brotaba por todas partes, ni dejarlos espuestos al furor de tan indomable enemigo como el moro, pronto siempre á aprovecharse de toda favorable coyuntura para sacudir el yugo que sufría con impaciencia.

Y efectivamente, apenas volvió la espalda don Alonso, cuando coligado el rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con un formidable ejército, dividido en dos cuerpos, sobre Ecija y Jaen. Acudió inmediatamente en su socorro el adelantado de aquella frontera don Nuño de Lara; y á pesar de la desproporcion de sus fuerzas con las del enemigo, no dilató el medir con él sus armas. Sus fuertes, aunque reducidos escuadrones, rompieron con tal denuedo por las filas mahometanas, que temió su general una completa derrota; pero últimamente, oprimidos los cristianos por la multitud, tuvieron que ceder el campo despues de haber vendido á buen precio la victoria. Este funesto azar avivó los preparativos del príncipe don Fernando de la Cerda; y juntado arrebatadamente en Burgos la gente que pudo, se puso en marcha hácia la frontera despues de encargar á todos los concejos y mesnaderos que alistasen sus tropas y le siguiesen. Llegó hasta Ciudad-Real, donde postrado á la violencia de una aguda enfermedad, falleció en breves dias por los años de 1275, recomendando muy encarecidamente sus hijos y muger á don Juan Nuñez de Lara, hijo y

sucesor de don Nuño, y rogandole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor don Alonso heredase la corona despues de los dias del rey su abuelo. Era tal en aquellos tiempos el poder de la casa de Lara, que no la hubiera sido imposible llevar á efecto los deseos del príncipe; pero apareció un poderoso competidor que desconcertó sus proyectos.

El infante don Sancho, hermano segundo del difunto don Fernando, caminaba desde Burgos á la frontera de Andalucía con la gente que habia conseguido reclutar cuando tuvo la noticia del fallecimiento de aquel. Aceleró su marcha hácia Ciudad-Real, y supo con tal arte grangearse el afecto de los ricos-hombres, que todos le reconocieron por inmediato sucesor al trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos del difunto primogénito don Fernando, que como nietos del rey distaban un grado mas. Atrajo á su partido al poderoso don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, que á la sazón habia concurrido con sus tropas para la defensa comun; y para captarse mas el amor de los vasallos hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, y asegurando á los pueblos de su inmediato socorro en todo trance, les encargó observasen los movimientos del enemigo, poniendo en salvo los ganados y demas efectos de consecuencia en caso de riesgo. Pasó á Sevilla, conoció que el mejor medio de terminar bien pronto aquella guerra era colocar en el estrecho una escuadra que interceptase los continuos socorros que llegaban del Africa; y temiendo el rey de Fez que le cortasen la retirada, se replegó hasta el puerto de Algeci-

ras. La falta de víveres y municiones le obligaba de día en día á regresar á Marruecos ; pero como sus naves no podian sostener el choque con la escuadra castellana , se hallaba bastante embarazado discurriendo un medio de verificar la salida sin venir á las manos. Por su fortuna llegó de Francia á la sazón el rey don Alonso. Las derrotas que habian sufrido sus tropas en algunos anteriores encuentros , la muerte del príncipe don Fernando , y mas que todo el deplorable estado del erario real , llegaron finalmente á convencerle de que seria conveniente conceder algunas treguas á sus pueblos , faltos de gentes y dinero. Propuso al marroquí un armisticio de dos años , y este no pudo menos de aceptar una propuesta que le era tan favorable en aquellas circunstancias , aunque reservandose los puertos de Tarifa y Algeciras. Solo el granadino consideró esta tregua como un obstáculo á sus vastísimos proyectos ; pero no pudiendo solo resistir á los cristianos , no tuvo otro arbitrio que dejar tambien las armas por entonces.

Terminada de este modo la guerra , pasó á Toledo el príncipe don Sancho , solicitando de su padre que le declarase inmediato sucesor al trono con exclusion de los hijos del primogénito don Fernando y de su muger doña Blanca de Francia , hija de san Luis. Murió tambien á la sazón don Juan Nuñez de Lara , que los tenia en su poder y tutela , por cuya razon pasaron á la de su madre ; pero rezeloso don Sancho de que la reina doña Violante abogaria por sus nietos , procuró ganar la voluntad del rey por medio de su amigo y confidente don Lope Diaz de Haro. Pintóle este al rey con el mas brillante colorido los méritos que habia

contraido don Sancho durante su ausencia, defendiendo con su talento y pericia militar un reino próximo á su total ruina: hizole ver que la nobleza, el pueblo, todos admiraban sus apreciables cualidades; que tenian puestas en él todas sus esperanzas, y que solo deseaban que un príncipe tan digno ocupase con el tiempo el solio de sus mayores. Bien lo conocia don Alonso; pero temiendo privar á sus nietos de aquel derecho que pudiesen tener, no se atrevió á resolver sin consultar á su consejo. Acababa el rey de componer el código de *las Partidas*, en el que, con arreglo á la jurisprudencia romana, á los hijos del príncipe que muriese antes que su padre, se les declara la representacion de la persona de este para entrar á la sucesion y herencia del abuelo. Los ministros consultados no se atrevieron á oponerse á unas opiniones que el rey acababa de proponer como mas seguras; y solamente el infante don Manuel, tio de don Sancho, fue de dictámen que la corona no debia hacer tránsito al nieto, sino pasar regularmente primero desde el rey que la ceñia al hijo mayor que le quedaba, como si este hubiese sido el primogénito. Las leyes godas así lo determinaban; y efectivamente nadie tuvo dificultad en conformarse con el dictámen del infante fundado en la legislacion de sus mayores, de suerte que en las Córtes celebradas en Segovia al efecto, fue don Sancho jurado sucesor inmediato de su padre. No creyó la reina que don Sancho lograria tan fácilmente su designio; pero viendo frustradas sus esperanzas, trató de poner la vida de sus nietos á cubierto de las asechanzas del tio. Llevólos secretamente á Aragon en compañía de su madre doña Blanca, desde donde, bajo la

proteccion del rey don Pedro III, creyó la sería fácil desconcertar las intrigas del jurado príncipe heredero don Sancho.

Cuando en Francia se supo el fallecimiento del príncipe don Fernando de la Cerda, pasó á Castilla Juan de Brena, hijo del rey de Jerusalem, en calidad de embajador, á pedir á don Alonso en nombre del rey Cristianísimo el dote de doña Blanca, y su permiso para que así ella como sus hijos pudiesen volver á Francia, aunque despues de declarar heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos. Don Alonso habia ya respondido que el dote y arras de la princesa estaban asegurados en Castilla: que la sucesion de la corona pertenecia á su segundogénito don Sancho, y que por entonces no convenia saliesen de Castilla doña Blanca ni sus hijos. Picóle tanto la respuesta al rey de Francia, que desde luego se previno á romper con Castilla, emprendiendo una sangrienta guerra, que impidió por entonces la mediacion del papa. Contentóse pues con despachar en el año de 1277 nuevos embajadores reiterando las mismas peticiones; y don Alonso respondió lo mismo que anteriormente en orden á la sucesion del reino; y como en aquella época habian ya pasado á Aragon los infantes Cerdas, añadió: que así estos como su madre doña Blanca se hallaban privados de cualquier derecho que pudieran haber tenido á la corona y rentas dotales, por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Esta nueva repulsa renovó la animosidad del frances, y declaró la guerra; pero medió tambien la Corte de Roma, y tampoco tuvo efecto.

1277.

Concluyóse el armisticio con los mahometa-

nos; y don Alonso, que habia resuelto apoderarse de Algeciras, y tenia apostada en el estrecho una armada de cien velas para interceptar los víveres, municiones y cuantos socorros pudiesen enviar del Africa, convocó sus tropas en Sevilla, y bajo las órdenes de su hijo el infante don Pedro las destinó al bloqueo de la plaza. Tomaron con tal acierto los puntos de circunvalacion, que la ciudad, reducida al mayor apuro, solo diferia la rendicion por la esperanza del socorro que desde Tanger la habia prometido Aben-Jucef, quien solamente aguardaba una ocasion favorable para introducirle. Presentósele, y no la desperdió. El príncipe don Sancho, comandante de la escuadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para mantenerla en el estrecho; y la tripulacion desnuda, hambrienta y enferma, tuvo que saltar á tierra y alojarse en unas miserables chozas. Súpolo el marroquí; y armando catorce galeras que tenia en Tanger, dió sobre la flota cristiana; quemó, apresó y echó á pique quantas naves se le presentaron, y la plaza quedó socorrida. Ya entonces se consideró inútil la continuacion del sitio por tierra: las enfermedades y la desercion hacian por otra parte considerables estragos en el ejército, el cual tuvo que retirarse precipitadamente, dejando á la merced del enemigo las máquinas de guerra y otros pertrechos; de suerte que don Alonso, viendose sin armada ni soldados, hizo treguas con Aben-Jucef, aunque para no perder su derecho á las tercias empezó á prepararse contra el granadino.

No se descuidaban entre tanto las negociaciones para que volviesen á Castilla la reina doña

Violante y los infantes de la Cerda. Consiguíose la venida de aquella; pero el rey de Aragon no quiso entregar de ningun modo los infantes, y solamente se obligó á no dejarlos pasar con su madre á Francia, Aun no habia echado en olvido esta potencia sus pretensiones acerca de la sucesion de los infantes Cerdas. Las repetidas instancias de los papas eran infructuosas: pues decia sin rebozo que llevaria adelante aquel empeño con el mayor teson, y que mientras no se revocase la jura de don Sancho, ó por lo menos se dividiesen otra vez los reinos de Leon y Castilla, dando el uno al hijo mayor de don Fernando, recurriria á todos los arbitrios que podria proporcionarla su poder. Las cosas habian llegado á un estremo que ni por cartas ni por embajadores se podia adelantar cosa alguna. Determinaron avistarse los dos reyes, trataron del asunto con la mayor porfia, y por último ya se contentaba el frances con que don Alonso de la Cerda fuese reconocido rey de Jaen feudatario de Castilla; pero el príncipe don Sancho supo manejarse de modo que no consintiendo su padre en enagenar cosa alguna, quedaron las cosas como estaban. Retiróse el rey de Francia, vióse de paso con el de Aragon, y le encargó sobre manera que protegiese á los infantes Cerdas contra todos los insultos de Castilla; pero no necesitaba el aragones de este encargo, porque le convenia mucho tener en su poder estos rehenes. El príncipe de Castilla, que ya se miraba al pie del solio, habia de procurar por temor de que favoreciese la causa de los Cerdas no romper la buena inteligencia que reinaba entre ambos; y el rey de Aragon, seguro de la alianza del príncipe castellano, tenia un

1281. poderoso enemigo que oponer á la Francia en caso de que continuando las tiranías con que oprimia á la Sicilia, desconcertase las pretensiones del aragones á aquel estado. Así pues no contento con poner á los infantes en el inespugnable castillo de Játiva, ajustó en 1281 con el rey de Castilla y el príncipe su hijo un tratado de alianza y confederación *de amigo de amigo, y enemigo de enemigo* contra cualquiera del mundo, consolidando el pacto con la responsabilidad de veinte y cinco mil marcos de plata á que quedaba sujeto el primero que violase el concierto. Esto sonaba en público; pero secretamente trataron de reunir sus fuerzas contra la Navarra, partírsela entre sí Castilla y Aragon; y aun el príncipe don Sancho renunció á favor de su tío el rey de Aragon la parte que le cupiese, con la condicion de que despues de los días de su padre le favoreciese en la sucesion al reino. No debemos pues estrañar que la causa de los desventurados Cerdas hiciese en adelante tan pocos progresos, y mucho menos si paramos la consideracion en el encadenamiento de circunstancias que se declararon á favor de don Sancho.

No podia don Alonso borrar de su memoria la catástrofe de su egército y armada en el sitio de Algeciras: reconocia en el príncipe su hijo el autor de tan irreparable daño; pero no atreviéndose á descargar sobre él los efectos de su enojo, hizo prender al recaudador del dinero, que era un hebreo poderoso llamado don Zag de la Malca. Se le reconvino por haber entregado á don Sancho el caudal destinado para la espedicion, y porque, ya que á esto no se hubiera podido resistir, no habia avisado al rey con tiempo para remediar el mal,

Bastante especiosos eran semejantes cargos; pero como el objeto era encontrar alguna victoria que poder inmolar impunemente al resentimiento de don Alonso, se graduó de enorme crimen lo que en realidad fue solo una inconsideracion, y se le condenó á muerte. El castigo no dejaba de ser con esto solo bastante desproporcionado; pero queriendo manifestar el rey que su enojo se estendia tambien contra quien tenia la mayor culpa del daño, mandó que fuese arrastrado el miserable por delante de la habitacion del príncipe hasta el lugar del suplicio. Intentó don Sancho bajar á libertarle; y ya que no pudo conseguirlo por habérselo estorbado sus hermanos, prorumpió en amargas quejas contra su padre, y juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. No podia presentársele ocasion mas favorable para quitarse la máscara con que hasta entonces habia disfrazado sus designios, que la que se le ofrecia á la sazón. Pertrechados los pueblos con sus fueros municipales, resistian el código de *las Partidas* que don Alonso tenia empeño en hacerles admitir. Seducida la nobleza con las palabras de don Sancho, solo veia en la desmembracion del reino de Murcia, que don Alonso habia resuelto ceder al infante de la Cerda, una odiosa venganza, que podia ser funesta á Castilla, y origen interminable de guerras y disensiones. La sangre del infante don Felipe y la del señor de los Cameros, muertos en un suplicio sin saberse la causa, clamaban por una pública satisfaccion. Todos abandonaban á don Alonso; y el partido del príncipe se hacia de dia en dia mas respetable, así con los nuevos parciales que se le agregaban, como con las alianzas de Aragon, Portugal y Gra-

nada, que procuró contraer y conservar. No ignoraba don Alonso todas estas tramas, y veía amenazada su autoridad; pero no persuadiéndose á que las cosas llegarían al estremo, procuró componerlas pacíficamente. Solicitó avistarse con su hijo para satisfacer á sus quejas; pero este, no contento con detener temerariamente á los embajadores de su padre, reunió en Valladolid sus partidarios, los cuales le reconocieron por su rey, y se obligaron á mantener en su nombre los castillos y fortalezas, y á contribuirle con las rentas reales. Repitió sin embargo don Alonso sus oficios de paz ofreciéndole varios partidos; pero el príncipe solo queria reinar, y á nada se rindió. Con este desengaño debia esperar el rey verse destronado si no atajaba la insurreccion con una providencia vigorosa; pero no hallándose con fuerzas para hacerse obedecer, imploró el auxilio del papa, el de Francia, el de Aragon, Portugal, Granada y Marruecos. Todos le desampararon á escepcion del papa y el marroquí, únicos á quienes debió algun socorro, al primero de censuras eclesiásticas, y al segundo de dinero y naves bien tripuladas; pero como en aquellos tiempos se miraba con desconfianza á todo el que no era cristiano, empezó á correr la voz de que el marroquí Aben-Jucef solo traia el designio de sacar partido de las disensiones de Castilla. Podria ser cierta la especie; pero no habia el menor motivo para darla asenso. Sea como quiera, el moro, resentido de que su generosidad fuese tan mal agradecida, repasó el estrecho con su gente, y privó á don Alonso de un socorro que podia haberle sido muy oportuno en aquellas circunstancias. Su retirada sin embargo no sirvió de obstaculo para que

de día en día fuese creciendo el partido del rey. Las amonestaciones del papa y de los obispos que amenazaban con las penas espirituales á cuantos no guardasen á su rey la fidelidad que le habian jurado, redujeron muy en breve á su deber á los principales caudillos de la sedicion, y con ellos á una multitud de pueblos. El rey juntó sus Córtes en Segovia, promulgó un solemne manifiesto patentizando al mundo las injurias que habia recibido de don Sancho su hijo, desheredándole, y fulminando contra él su temible maldicion; de suerte que aterrado el príncipe, pensaba ya en los medios de implorar el perdon de todos sus desaciertos á los pies de su irritado padre, cuando este falleció en Sevilla á 4 de abril de 1284. No se mostró insensible don Alonso á las muestras de arrepentimiento de don Sancho; y como el amor paterno pone fácilmente en olvido las ingratitudes de los hijos, hay quien dice que don Alonso reformó su testamento á la hora de la muerte, nombrando sucesor suyo á don Sancho. Lo que no tiene duda es que apenas murió don Alonso, fue aclamado generalmente por todos los pueblos, que desde dos años antes gobernaba como absoluto: que le prestaron obediencia aun los que se habian mantenido por su padre; y que su hermano el infante don Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, apoyado en la primera disposicion testamentaria del rey difunto.

Una respuesta muy descortés é intempestiva de don Sancho le concilió desde luego el resentimiento de un poderoso enemigo, á quien deberia haber tratado con alguna consideracion. Aben-Jucef no deseaba la guerra, pero tampoco la rehusaba;

y viendo desairadas sus proposiciones de paz y amistad, pasó el estrecho con gruesa armada; sitió á Jerez, y cubrió de estragos y destrozos la comarca de Sevilla. Preparábase don Sancho á resistirle, cuando se le presentó un mensaje del rey de Francia solicitando no auxiliase al de Aragon en la guerra que aquel le habia movido por despojarle de sus estados; pues habiéndole merecido sus pretensiones á la Sicilia la escomunion del papa, y hallándose adjudicados por él mismo sus dominios á Carlos de Valois, no podia evitar la nota de temerario cualquiera que le favoreciese. El temor á los Cerdas hacía á don Sancho mirar como absolutamente necesaria su alianza con el aragonés; pero la guerra de Andalucía era un obstáculo para que pudiese distraer sus fuerzas en socorro de su confederado. Así pues deseando contener un poco la tempestad, despidió con una respuesta equívoca á los embajadores, prometiendo enviar otros á Francia para ventilar este negocio. No pudo sin embargo deslumbrar al frances; y sin esperar esta nueva embajada, rompió con un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragonés. Presentóse delante de Gerona, y redujo la plaza á la mayor consternacion. No se hallaba el rey de Aragon con fuerzas suficientes para arrojar de sus dominios á tan formidable enemigo; pidió á Castilla los auxilios estipulados, y don Sancho se escusó con el sitio de Jerez, y correrías de los moros andaluces. No debió quedar muy satisfecho el aragonés; pero disimulando su resentimiento hasta mejor ocasion, procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de una multitud aguerrida. Murió poco despues, sucedióle don Alonso III su hijo; y temiendo el rey de

Castilla que concluida la guerra de Francia vengase á su abandonado padre, apoyando las pretensiones de los Cerdas, le despachó una embajada pidiendo se los entregase, y asegurándole de sus deseos de continuar la alianza que ya hacia tiempo unia á las dos coronas. Desazonado con la respuesta vaga que obtuvieron sus embajadores, conoció que se hallaba muy próximo un rompimiento. La amistad de la Francia le era en este caso muy importante; pero como el mero hecho de solicitarla era ya un paso decisivo contra el aragones, y nada le interesaba tanto como tenerle de su parte, determinó celebrar Córtes en Alfaro, donde á presencia de la nobleza, del clero y del pueblo se discutiese el punto, y se deliberase cual de las dos confederaciones podia serle mas útil. Quizás se eligió la peor, pues fue preferida la de Francia; pero á lo menos tuvo don Sancho la satisfaccion de verse vengado en este congreso de los agravios de don Lope Diaz de Haro, cuya insolencia habia llegado hasta el extremo de tratar como pais enemigo á los estados del rey su favorecedor. Este hombre desagradecido, que tantos motivos tenia para temer el resentimiento de su señor, se presentó en el congreso con el mayor descaro: empezó á abogar con calor por el aragones contra el dictámen de la reina, de los prelados, y de todo el consejo real; y don Sancho, que le advirtió empeñado en la disputa, formando en aquel momento el designio de apoderarse de su persona, y obligarle por este medio á restituir el fruto de sus usurpaciones, se salió de la sala; tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado don Lope; y apercibió su gente para cualquier lance. Volvió el rey á la

sala , é intimó á don Lope que se entregase preso: la respuesta de don Lope fue gritar á los suyos, y arrojarle furiosamente con un cuchillo hácia la puerta en que estaba el rey; pero interponiéndose la guardia , le cortaron de un tajo la mano derecha , y cayó muerto al golpe de una maza. El infante don Juan, amigo de don Lope, y compañero en sus maldades , intentó igualmente abrirse paso con otro puñal , é hirió con efecto á algunos; pero hubiera tenido la misma suerte que su amigo á no haberse acogido al regazo de la reina. Fue no obstante preso y conducido á Burgos; y de este modo recobró don Sancho en breves dias los castillos y fortalezas que su hermano y don Lope le tenían usurpados.

No calmó sin embargo este acontecimiento las inquietudes de Castilla. La viuda de don Lope , á pesar de las protestas de don Sancho sobre no haber tenido parte en la muerte de su marido , hizo tomar las armas á su hijo don Diego Diaz de Haro ; y juntando mucha gente se pasaron á Aragon, solicitando la libertad de los Cerdas. La consiguieron inmediatamente , porque el aragones solo deseaba una coyuntura favorable para vengarse del castellano. Aclamaron rey de Castilla y Leon á don Alonso el mayor de los infantes Cerdas; y por influjo de don Diego contrajeron ambos Alfonsos la mas estrecha alianza : pero murió á poco don Diego , y se acabó el resentimiento.

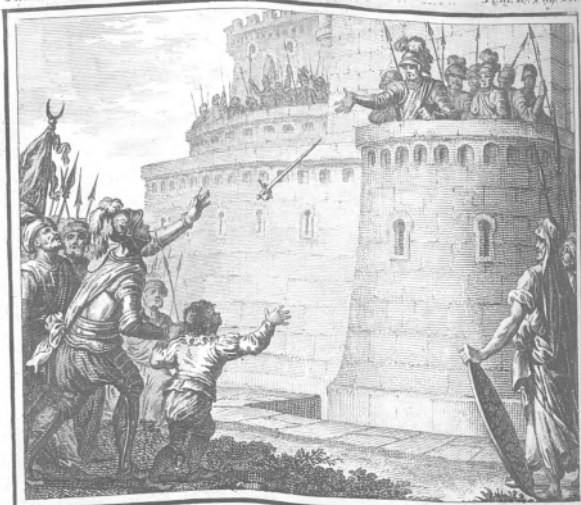
Ocupado el rey de Aragon con la guerra de Francia y de Sicilia , y con ciertas revoluciones domésticas , lejos de poder emplear sus fuerzas en auxilio de nadie , solo debia pensar en defenderse; y como don Alonso de la Cerda no tenia otro apo-

yo, se halló convertido en rey sin corte, estados ni tropas para sostener su dignidad. El infante reclamó sin embargo del aragones el empeño que tenía contraído con él; hizole promesas no despreciables si *con sus armas le ponía en posesion de los reinos de Castilla y Leon, que su tio don Sancho le tenia usurpados*; de suerte que ya no pudo el aragones desentenderse. Dióse priesa á apaciguar las divisiones intestinas; aumentó su egército con mas de cien mil hombres; y se puso en marcha contra don Sancho, que con fuerzas respetables le esperaba en las fronteras. Todo anunciaba un combate general y decisivo; pero todo vino á parar en algunos retos de parte á parte, que no tuvieron efecto, y en algunas correrías y asaltos á la villa de Almazan.

Falleció poco despues don Alonso de Aragon; y aunque el infante de la Cerda procuró hacer entrar en sus intereses á su sucesor don Jayme II, las cosas habian ya mudado de semblante. Don Sancho, bienquisto de sus pueblos y amigo de la Francia, era ya un enemigo temible; y asi el prudente don Jayme juzgó mas oportuno confederarse con el castellano que comprometer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. Don Sancho hizo saber al rey de Francia este nuevo tratado con el aragones, procuró conciliar las dos potencias, y bajo de algunas condiciones y seguridades mútuas consiguió transigir, ó á lo menos suspender por entonces, unas disensiones que parecian interminables.

Toda la precaucion de que se valia don Sancho para manejar ciertos genios revoltosos, que hacian titubear sobre su cabeza una corona violen-

tamente adquirida, no habia logrado extinguir el fuego de la sedicion, que, encubierto bajo de cenizas frias al parecer, se avivaba al mas ligero viento. El infante don Juan jamas abandonó sus pretensiones. Debia su libertad á su generoso hermano; pero como su corazon no era accesible á nobles sentimientos, parece que solamente la habia recibido para abusar de ella torpemente. Al punto que se vió libre, se unió á los descontentos Laras, y empezó á fomentar la insurreccion; pero don Sancho procuró atajarla en sus principios, y don Juan se vió en la precision de huir á Portugal. Una persona tan inquieta no podia menos de ser peligrosa en cualquiera parte. El rey don Dionís le mandó salir de sus estados á ruegos de don Sancho; y habiéndose embarcado para Francia, un viento contrario le condujo á Tanger; pero demasiado astuto para desconcertarse por este acontecimiento, solo trató de sacar partido de las circunstancias. Persuadió á Aben-Jucef á que venia en su servicio; y hallándose el marroquí meditando una espedicion contra Castilla, logró don Juan le diese el mando de cinco mil caballos con destino á la conquista de Tarifa. Presentóse con efecto delante de la plaza, que defendida por don Alonso Perez de Guzman el Bueno, rechazó con denuedo los repetidos y formidables asaltos de los sitiadores. Conoció el infante la dificultad de la empresa; pero mas irritado con una resistencia que ofendia su amor propio, juró no abandonarla hasta conseguirla, sino con su valor por cualquiera medio. Supo que don Alonso, temiendo los peligros del bloqueo, habia sacado de Tarifa á su hijo único, niño de pocos años, y le habia trasladado á un pueblo cercano. Inme-



Guzman el Bueno.

Intimó el Infante D. Juan á D. Alonso Perez de Guzman el Bueno que rindiése al ejército moro la plaza de Tarifa, ó le mataría su hijo único que tenía en su poder; pero Guzman, tirando desde el muro su espada, dixo: Si falta acero ahí está el mio; y vió luego con serenidad morir á su hijo. Asombrado de tal fidelidad el enemigo levantó el sitio. Sacrificar así el amor paterno al honor es sobreponerse á los héroes.

diatamente dispuso se le llevasen al campo; y participando á su padre que le tenia en su poder, le intimó luego que si no rendia la plaza pereceria el niño al filo de su espada. El noble don Alonso haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: asomóse á la muralla, y aseguró al infante defender á Tarifa hasta exhalar sus últimos alientos. “No tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea el premio de una vileza; y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaría gustoso por mi patria y por mi honor; y así, infante don Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero:” arrojó su espada al campo, y con la tranquilidad mas heroica se retiró á comer. Percibióse de allí á poco una extraordinaria gritería en el campamento, corrió á los adarves don Alonso, y fue testigo de la escena mas horrible é inhumana, pues vió quitar la vida á su inocente hijo; pero llevando hasta el extremo su heroismo: “No es nada, prorumpió regresando á los suyos; creí que era otra cosa: imaginé que los enemigos escalaban el muro...” y se volvió á la mesa. Los mahometanos conociendo por este rasgo que eran inútiles sus tentativas, levantaron el sitio y repasaron todo el Estrecho, excepto el infante que se retiró á Granada.

1292.

Entre tanto no cesaba el rey don Sancho de aumentar sus fuerzas de mar y tierra para el sitio de Algeciras; y conociendo Aben-Jucef que no bastarian las de la plaza para defenderla, advirtió á su gobernador que pues no era posible enviarle socorro alguno por entonces, la cediese al rey de

Granada encargándole de su defensa. De este modo, faltos los africanos de un puerto donde guarecerse, dejaron de infestar con sus piraterías las costas españolas. A poco tiempo, en 26 de abril de 1295, falleció el rey don Sancho, nombrando por sucesor á su hijo don Fernando, á la sazón de nueve años, y encargando su tutela y el gobierno de sus reinos durante la menor edad, á su muger la reina doña Maria de Molina. Si la grandeza de ánimo y la constancia con que supo llevar adelante sus empresas le grangearon el sobrenombre de *Bravo*, la desmedida ambicion que le hizo atropellar las obligaciones filiales le privó del de *Virtuoso*, á que debia haber aspirado con preferencia.

La madre del nuevo rey don Fernando IV, era una de las princesas mas hábiles y virtuosas que han ocupado el trono; y para formar idea de su mérito basta considerar las críticas circunstancias en que se halló, y la prudencia y tino con que supo salir de estos apuros. Rodeada de príncipes y grandes turbulentos, que muchas veces consiguieron hacerla perder la confianza de su hijo, supo con su amor y ternura recobrarla de nuevo, grangéandose al mismo tiempo la estimacion de los pueblos por su bondad, equidad y acierto en el manejo de los negocios mas delicados. Don Fernando hubiera sido constantemente venturoso bajo de su direccion; pero despreció algunas veces sus consejos, y pagó siempre demasiado caro el desacierto de no seguirlos.

Apenas fue proclamado el nuevo rey, empezó desde Granada el ambicioso infante don Juan á apellidarse de palabra y por escrito rey de Castilla y Leon, amenazando apoderarse de la corona con

un ejército de moros halagados con la esperanza del botín. Don Diego de Haro, caballero poderoso, se hizo al mismo tiempo dueño de una parte de Vizcaya, é infestaba con sus correrías las fronteras de Castilla. El remedio de todos estos males exigia un príncipe esperto y valeroso: el que habia era muy niño; pero estaba á la sombra de una madre dotada de un extraordinario talento. Imploró la proteccion de don Juan y don Nuño de Lara, poderosos hermanos á quienes el difunto don Sancho habia encargado la custodia y amparo del príncipe y su madre. Ofreciéronse á partir contra don Diego; pero luego que hubieron percibido los caudales que la reina les franqueó para la empresa, cometieron la vileza de abandonarla uniéndose al rebelde.

Luego que llegaron á la corte estos rumores, concibió el infante don Enrique, tio del rey, el ambicioso proyecto de apoderarse de la tutela del sobrino y del gobierno de sus estados; logró seducir con sus promesas á una gran porcion de pueblos; y viendo la reina que se iba haciendo este partido cada vez mas temible, determinó llamar á Córtes en Valladolid, á fin de que ratificasen la obediencia jurada al niño don Fernando. Procuró don Enrique impedir que las ciudades enviasen sus procuradores, pintóles á la reina sumamente irritada, y pronta á vengar sus ofensas con tiránicas imposiciones, sostenida por las numerosas huestes que la acompañaban; pero solo consiguió que se presentasen armados, y que intimidados los habitantes de Valladolid únicamente permitiesen la entrada al príncipe y á su madre. La reina conoció que en esta asamblea hubieran sido vanos to-

dos sus esfuerzos contra las pretensiones del infante. Sola, y en medio de una porción de vocales, la mayor parte adictos á aquel, era preciso que cediese; y si bien consiguió reservarse la crianza de su hijo, el gobierno de la corona con el título de tutor quedó encargado á don Enrique. Apenas habia salido de este apuro la llegaron mensageros de los Laras, pidiendo la Vizcaya para don Diego de Haro, amenazando con que de lo contrario proclamarían á don Alonso de la Cerda, que estaba á la sazón en Navarra. Despachó la reina al maestre de Calatrava y algunos otros sugetos, para que procurasen reducirlos á un partido razonable; pero estos se convinieron con los rebeldes y volvieron diciendo á la reina, que si se negaba á las pretensiones de los Laras y Haros, la abandonarían también ellos. La reina hubiera sin dificultad hecho este sacrificio en obsequio de la paz; pero se oponían los vizcainos á reconocer otro señor que al infante don Enrique, hijo de don Sancho, que murió poco despues; y así era preciso imaginar otros medios de conciliacion.

El infante don Juan, por otra parte, recorría entre tanto los pueblos de Estremadura y Leon, disponiéndolos á su favor; y aunque eran muy cortos ó ningunos sus progresos, protegía sus pretensiones el rey don Dionís de Portugal, y era de temer que las cartas que se esparcían á su nombre por las ciudades fronterizas recomendando los supuestos derechos del infante, llegasen por último á indisponer los ánimos contra un gobierno combatido á la vez por tantas facciones poderosas. El nuevo tutor se encargó de desengañar al portuges, y de reducir al infante don Juan: la reina de tran-

sigir las diferencias de los Laras; y todo se consiguió felizmente. Contento el portugues con que se le cediesen algunas plazas que suponía pertenecerle, no solamente abandonó el partido de don Juan, sino que consintió en el matrimonio de su hija Constanza con el rey don Fernando, para cuando lo permitiese la edad de los esposos. El infante don Juan se convino á volver al servicio de su rey, con tal que se le restituyesen los estados que le pertenecian en el reino de Leon; y el carácter bullicioso de los Laras y Haros, manejado por la prudencia de la reina madre, prometió alguna tranquilidad despues de tantas borrascosas inquietudes.

Poco duró la paz. Los espíritus revoltosos están en ella fuera de su centro, y así es que no tardaron en reunirse para llevar adelante sus miras el infante don Juan, el partido de los Laras y don Alonso de la Cerda. Lograron seducir de nuevo al inconstante portugues; hallaron igualmente dispuestos contra Castilla á los reyes de Aragon y Granada; y parecia imposible resistir á un cuerpo tan formidable de aliados, que lisonjeándose con la seguridad de la victoria, repartian entre sí los estados del miserable pupilo, aun antes de haberlos conquistado. La razon principal que publicaban los rebeldes para declararse contra don Fernando, y procurar arrancarle de las sienas la corona, era que habiendo sido nulo por incestuoso el matrimonio de sus padres, era bastardo é incapaz de suceder. Rompió la guerra el egército combinado, compuesto de cincuenta mil hombres, entrando por Monteagudo, Almazan y San Esteban de Gormaz, apoderándose de cuantos pueblos y fortalezas encontraban adictas á su legítimo rey y que no to-

maban inmediatamente la voz de don Alonso de la Cerda. Reuniéronsele en el camino los parciales del infante don Juan, y de don Juan Nuñez de Lara; y todos juntos atravesaron la Castilla cubriéndola de estragos. Llegaron á Leon; y no oponiendo la ciudad resistencia alguna, aclamaron al infante rey de Galicia, Leon y Sevilla, y partieron á ocupar la Castilla en nombre de don Alonso de la Cerda. Próclamado este en Sahagun rey de Castilla, Toledo, Córdoba y Jaen, trataron de averiguar si Jaen, Córdoba, Toledo y Castilla consentirian en reconocerle: esto es, de acabar por donde deberian haber empezado; y como Burgos habia de dar el tono al resto de Castilla, estrechaba don Alonso porque se sitiase y combatiere en caso de declararse contraria. Pero como al infante don Juan nada le interesaba realmente la suerte de los Cerdas, y solo sí consolidarse en un reino de que á la sazón solo podia contar por suya á la capital, se resistia á la conquista de Castilla, que en su concepto debia dejarse para mucho despues. La priesa de los Cerdas no permitia estas demoras, y lo único que pudo conseguir el infante fue que se pusiese sitio á Mayorga, dejando para despues de rendida esta plaza la marcha contra Burgos. La reina madre, que no ignoraba los principios de desunion que reinaban en el campo coligado, se anticipó á poner la plaza en el mejor estado de defensa; y así es que su guarnicion y vecindario supieron frustrar con la mayor bizarría los esfuerzos de los sitiadores. Las campiñas y pueblos comarcanos no quedaron, es verdad, exentos del pillage y la devastacion, y se apoderaron los aliados de Villagarcía, Tordesillas, Medina de

Rioseco, la Mota y otros lugares; pero acometidos de un voraz contagio hubieron de abandonar la empresa con la mayor precipitacion, y la liga quedó disuelta por entonces. El rey de Portugal por otra parte se convino de nuevo con Castilla; y el de Aragon, distraido con sus expediciones en Italia, apenas podia corresponder con débiles auxilios á las eficaces solicitudes y profusas liberalidades de los Cerdas.

No por eso quedaron estinguidas las turbulencias de Castilla. Los Cerdas y el infante don Juan no desistian tan fácilmente de sus empeños; y el infante don Enrique, lejos de mirar por los intereses de su pupilo, solamente procuraba sacar partido de las circunstancias para engrandecerse y satisfacer su ambicion, aunque disfrazándola con la especiosa máscara del bien general. La reina habia llegado á penetrar el fondo de su carácter, y ya en varias ocasiones habia logrado desconcertar con destreza sus péfidos proyectos; pero temia su prepotencia, y en la crítica situacion en que se hallaba comprometida, era menos malo tenerle por amigo poco seguro, que por declarado enemigo. La legitimacion de los hijos de don Sancho, y el matrimonio del rey don Fernando con doña Constanza de Portugal, la parecieron el expediente mas oportuno para poner fin á tantos males, y freno á las maquinaciones de tan sospechoso tutor; pero don Enrique procuró estorbarlo previendo la conclusion de su gobierno y tutela. Los esposos, parientes en grado muy inmediato, no podian llevar á efecto su matrimonio sin la dispensacion del pontífice; y así esta como la legitimacion de don Fernando no podian obtenerse sin satisfacer los dere-

chos de la Curia romana. El reino, junto en las Cortes celebradas en Valladolid en 1301, habia otorgado á la reina varios pedidos; pero una gran parte de ellos habia tenido que invertirse en la pacificacion del infante don Juan, que desconfiando por entonces de poder sostener su fantástica corona, habia determinado renunciar á favor de su sobrino cualquier derecho que pudiese tener á los estados de Leon, volviendo al servicio del rey. Don Enrique se apoderó del resto so-color de ocurrir á los gastos que exigia la fortificacion de las fronteras; mas sin embargo, la reina halló medio de obtener nuevos pedidos en las Cortes de Burgos del año de 1302, sin comprometer á don Enrique. Llegaron las bulas de legitimacion y dispensa, se celebró el matrimonio, y se desvanecieron los pretextos de la rebelion.

La reputacion que habia adquirido la reina en medio de tales turbulencias, la ganó tambien el corazon de su hijo, quien, aunque emancipado, y en la edad de diez y siete años, todavia la permitia la mayor influencia en el gobierno. Sus consejos reglaban la conducta del jóven rey; pero el infante don Enrique, no pudiendo perdonarla jamas el haber sido mas diestra, ni mirar con indiferencia una union que descomponia sus proyectos para en adelante, se propuso dividirlos; ya que la inespierencia del jóven monarca le aseguraba de su triunfo. Convidóle á una partida de caza; y tomando ocasion de la limitada licencia que le habia concedido la reina para detenerse: "¿Hasta cuándo, dijo, ha de permitirse que el rey de Castilla y Leon viva sujeto á la voluntad agena? Temed, señor, las astucias de vuestra madre, cuya

desmesurada ambicion no aspira menos que á prolongar vuestra vergonzosa esclavitud para gobernar á su arbitrio. Vuestra edad y talento os aseguran del acierto con que sabreis manejar las riendas de la administracion pública: desechad cualquiera desconfianza que os inspire la modestia; y tened entendido, que si no sacudís el yugo, siempre sereis muchacho, pobre, y nada mas que una sombra de monarca.”

No podia haberse valido de resorte mas poderoso. Lisonjeada la vanidad del jóven, fácilmente se dejó seducir; y si bien le era harto conocida la virtud de su madre ¿qué aventuraba en detenerse en la compañía de un tio que se manifestaba tan zeloso protector de su decoro? Entregóse del todo en manos de don Enrique; y como este nada deseaba tanto como arrancarle del lado de la reina y alejarle de ella todo lo posible, le persuadió pasase con el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara á recorrer los pueblos de Leon. Algunas distinciones, y cierta predileccion con que desde luego se mostró sensible á las lisonjas del Lara, despertaron los zelos de don Enrique; y para poder este equilibrar la preponderancia que debia temer de este partido, se unió con don Diego de Haro, que siguiendo el de la reina, publicaba que si los que se habian apoderado del rey intentaban la menor cosa contra su gobierno, Leon y Castilla se abrasarian en guerras civiles. La reina logró apaciguarlos, asegurando que nada intentarían mientras lo pudiese estorbar; pero el fuego de la discordia, reconcentrado en los cimientos del edificio político, apenas se sofocaba por una parte, cuando en otra desplegaba su voracidad.

1303.

En el año de 1303 convocó don Fernando Córtes de los leoneses en Medina del Campo; y los concejos casi todos, al ver la convocatoria solo en nombre del rey, enviaron diputados á la reina, asegurándola que no concurrirían si ella no lo mandaba. La misma villa de Medina del Campo se ofreció á cerrar las puertas al rey y á cuantos le acompañasen; pero la reina, que solo deseaba ver restablecida en el reino la tranquilidad que no lograba mucho tiempo hacia, no solo se opuso á toda novedad, sino que á ruegos de su hijo autorizó con su presencia la asamblea. Los concejos sin embargo no pudieron disimular el enojo que les causaba ver al rey en poder del Lara y del infante, cuyas maldades les habian hecho dignos de la execracion general, y propusieron á la reina que les permitiese retirarse á sus casas, obligándose á concurrir donde quiera que les mandase: pero mientras esta señora empleaba todos los medios que la sugeria su prudencia para detenerlos, el infante don Juan, y don Juan Nuñez de Lara, se valian de todos los recursos que les dictaba su perverso corazon para desconceptuarla con el rey su hijo, haciéndole creer que era la causa de todos los males que afligian á la monarquía, y que se habia propuesto casar á su hija doña Isabel con don Alonso de la Cerda, colocándolos en el trono de Castilla. No podia el rey persuadirse cupiesen en su madre maldades tan horribles, pues tenia sobradas pruebas de su generosidad; pero hechizado con los halagos de sus dos tiranos, no se atrevia tampoco á graduar de calumnia sus informes. Aprovecháronse pues de su debilidad; tuvieron ardid para apoderarse de los pedidos acordados por el reino

en estas Córtes y en las siguientes celebradas en Burgos; y no desconfiando de conseguir un triunfo decisivo, se propusieron llevar adelante su sistema. El infante don Enrique, conociendo que de ellos no podia esperar cosa favorable á sus intereses, propuso á la reina se confederasen ambos contra unos enemigos que tanto la aborrecian. La politica se lo aconsejaba; pero su amor á su hijo y á la paz lo repugnaban. Sin embargo, convencida por último de que el medio mas oportuno quizá para arrancar al rey del poder de aquellos malos caballeros seria oponerles un partido poderoso, se determinó á contemporizar con don Enrique, y hé aquí una confirmacion de los cargos que se la habian imputado: hé aquí un nuevo motivo para alimentar la desconfianza de don Fernando respecto de su madre. El rey, intimidado por aquellos sediciosos, se prestó á una alianza que le propusieron contra el partido de la reina; de suerte que todo amenazaba un rompimiento general. Ambos partidos procuraban con el mayor empeño hacer entrar en sus miras al rey de Aragon; y el de don Enrique, reforzado cada dia mas con el crecido número de pueblos, que despreciaban y aborrecian á un rey tan abatido y obcecado contra la razon, se ofrecia, á pesar de la repugnancia de la reina, á colocar en el solio de Castilla á don Alonso de la Cerda. Por fortuna el infante don Juan, cansado de turbulencias, y desengañado finalmente de que la reina doña Maria frustraria siempre sus ideas, convino en comprometer al dictámen de ámbros los derechos que pudieran tener los infantes de la Cerda al reino de Castilla. Murió entre tanto don Enrique y se llevó á efecto el

compromiso, en el que si no obtuvo don Alonso de la Cerda todo el reino á que aspiraba, se le abjudicó por lo menos un crecido número de pueblos y heredades, cuyas rentas deberian componer la suma de quinientos mil maravedís, quedando obligado el rey de Castilla á completarla en caso de que las asignadas no cubriesen la cantidad.

Pero no por eso se restableció en Castilla la tranquilidad. Los Laras y los Haros habian sido siempre rivales, y varios honores concedidos por el rey á estos en remuneracion de sus servicios, avivaron los zelos de aquellos. La esperiencia habia desengañado á don Fernando, rompiendo el velo que disfrazaba en ardiente zelo la desmesurada ambicion de sus mentidos amigos; y mas dócil á la razon y á la justicia buscaba en los consejos de su madre el norte que debia reglar su conducta. Por consiguiente habia decaido mucho el favor del infante y de don Juan de Lara; y estos, que antes habian aspirado al dominio absoluto por engrandecerse, mal podian acomodarse á una situacion precaria cuando necesitaban vengarse y oprimir á un partido que les hacia sombra. Intentaron persuadir al rey que el errado sistema gubernativo de los ministros conducia al reino precipitadamente á su inevitable ruina, y que era forzoso deponerlos y sustituir en su lugar otros capaces de reparar lo perdido; pero el rey conoció desde luego adonde se encaminaba tan falsa suposicion; y deseando evitar mayores daños, de acuerdo y consentimiento de su madre, puso en el ministerio al infante y á otras personas de su parcialidad. Consiguio atajar por entonces los funestos efectos de sus inquietudes; y aprovechandose de este vislumbre de serenidad,

determinó emprender la guerra de Granada, cuya conquista le presentaban como fácil las divisiones intestinas que tenian á este reino en una violenta agitacion.

El desgraciado Aben-Alamar, ciego, é incapaz de resistir á las intrigas y ambicion de su cuñado Ferræen, habia pasado repentinamente desde el esplendor del solio al abatimiento y obscuridad de una clase subalterna: el arræez de Almería se habia alzado con el título de rey de esta ciudad, y casi todos los gobernadores y principales gefes mahometanos, aprovechandose de este desórden, solo trataban de repartirse los restos de la autoridad despedazada. Los reyes de Castilla y de Aragon unieron sus fuerzas; confiando demasiado en el éxito de la empresa, dieron principio á la guerra, el primero con el sitio de Algeciras, y el segundo con el de Almería, plazas que servian de abrigo á los africanos que pasaban á España, y de que era muy oportuno despojarles desde luego. Sin embargo el aragones, despues de dos años de señaladísimas victorias, se vió en la precision de levantar el sitio, obligado por el mal temporal, y por las turbulencias que habian empezado en Cataluña; y el rey de Castilla, abandonado de casi la mitad de su gente por las intrigas del perverso infante don Juan, hubo de acceder á las proposiciones de los habitantes, sin sacar mas fruto de esta jornada que la toma de Gibraltar: conquista demasiado costosa, por haber perdido en ella al célebre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heroicamente combatiendo en el campo de la gloria. Al salir la guarnicion de la plaza se llegó al rey un oficial sarraçeno de los mas ancianos, y le dijo: "¿Cuál será,

señor, la causa del empeño con que vuestra familia me persigue? Don Fernando, vuestro bisabuelo, me arrojó de Sevilla, de Jerez vuestro abuelo don Alonso, don Sancho vuestro padre de Tarifa, V. A. me hace salir de Gibraltar: no sé si en Africa, adonde paso ahora, hallaré un lugar seguro y retirado en que pueda acabar mis dias con tranquilidad.”

La traicion del infante habia irritado al rey en términos que estaba resuelto á castigarla con la última de las penas; pero no era empeño muy asequible sin el consentimiento y auxilio de don Juan Nuñez de Lara. Logróse sin embargo que este se prestase á la voluntad del rey; y cuando se iba á descargar el golpe, llegó á traslucirlo el infante, á pesar del secreto con que se le preparaba el lazo, y procuró salvarse en Burgos á uña de caballo. Medió sin embargo la reina, mediaron algunos obispos, y se le concedió un indulto que no merecia.

Los grandes de Castilla, cansados de inquietudes que no les producian las ventajas que se prometieron, llegaron poco á poco á conformarse con cierto sistema de tranquilidad, que dejaba al rey en proporcion de continuar sus espediciones. Sin desauimarse por el desgraciado éxito de la anterior guerra de Granada, aprestó nuevo ejército, y se presentó en Andalucía. Hallábase en Martos cuando supo que estaban allí dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, gravemente indiciados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palencia; y el rey, sin mas pruebas ni procesos, los hizo prender y los condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña. Reclamaron los infelices su derecho á ser oi-



Los Carvajales.

Sin proceso, pruebas ni audiencia, y solo por indicios de asesinato, condenó D. Fernando IV á los dos hermanos Carvajales á ser arrojados de la cumbre de una peña en Martos. En tal conflicto emplazaron al Rey para que dentro de 30 dias compareciese ante Dios á responder de su injusticia; y a los 30. dias fué hallado muerto en su cama. Nada tan impropio en un Rey como ser injusto; pero nada peor que parecerlo.



dos en justicia; negóseles duramente este consuelo; sin que pueda concebirse la razon de semejante inhumanidad, atendido el carácter benigno y apacible de don Fernando; y los miserables hubieron de sufrir la pena protestando su inocencia y emplazando al rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del Juez Eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo, el rey, que ya anteriormente se sentia indispuerto, fue hallado muerto en su cama; y este notable suceso, que pudo ser efecto de una casualidad, confirmó en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, y dejó al rey don Fernando IV con el sobrenombre del *Emplazado*. Fue su fallecimiento en 7 de Setiembre de 1312.

1312.

Al punto fue aclamado el niño don Alonso XI, cuya edad no pasaba á la sazón de poco mas de un año; y Castilla, aun no bien restablecida de los males ocasionados por las anteriores turbulencias, se vió de nuevo hecha teatro de las escandalosas escenas que caracterizan las menoredades del siglo XIV. Aparecieron en el momento dos partidos aspirantes á la tutela y gobierno: ambos poderosos y obstinados, y ambos demasiado orgullosos para sacrificar el mas mínimo de sus caprichos en beneficio de la pública tranquilidad. Casi todos los pueblos de la Andalucía seguian la faccion del infante don Pedro, tio del rey, que unido con la reina abuela doña María, confederado con el rey don Jayme II de Aragon, y auxiliado por don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, contaba con un ejército de doce mil combatientes para imponer silencio á su competidor el infante don Juan. Tenia este á su devocion algunos pueblos de Castilla: engrosaban su

partido los parciales de la reina viuda doña Constanza, los Cerdas, el infante don Felipe, tio tambien del rey, don Juan Nuñez de Lara, y otros personajes de importancia; pero sus fuerzas eran inferiores á las de don Pedro, y no osaba don Juan esponerse á una accion decisiva. Apoderarse de la persona del rey niño era el medio mas seguro, y en su concepto mas fácil, para dar despues la ley y hacerse obedecer aun de las Córtes; y como á los principios de las inquietudes lo habia retirado la reina á Avila, poniendole bajo la custodia del obispo don Sancho, teniendo de su parte á la madre creyó que solo tardaria en conseguirlo lo que deseariese el emprenderlo. Encargóse de la egecucion don Juan Nuñez de Lara; y nada hubiera retardado su logro si la reina doña María, conociendo la adhesion de su nuera al partido del infante don Juan, no hubiese despachado con algunas tropas al infante don Pedro para hacerle retroceder hácia Burgos. Creiase que el único medio de restablecer la tranquilidad era convocar unas Córtes, comprometiendose los pretendientes á su determinacion, y se celebraron efectivamente en Palencia; pero como las ciudades estaban divididas, lo estaban tambien sus procuradores, y no les fue posible convenirse. El infante don Pedro y la reina doña María su madre, obtuvieron el voto de las ciudades afectas; y el infante don Juan y la reina doña Constanza obtuvieron el de las que seguian esta faccion.

La reina doña María, á pesar de su edad, y abandonando el reposo que la hacian tan necesario los afaes padecidos, no omitió medio para sosegar estos disturbios; pero ni su dulzura, ni su distin-

guido talento eran bastantes para reconciliar dos partidos tan enconados; y aunque por la muerte de su nuera decayó un poco el del infante don Juan, no tardó en agregarsele un poderoso amigo en el adelantado de Murcia don Juan Manuel. El camino de las armas, por otra parte, solo podía conducir á exasperarlos, y hacerlos mas implacables enemigos: era preciso elegir un medio término: propuso la reina que se confiriese la tutela y gobierno á los dos infantes, para que cada uno desempeñase estos cargos por las ciudades que los habian elegido en Palencia; y las Córtes de Burgos, celebradas en 1315, se prestaron gustosas á esta resolucion. La muerte del inquieto don Juan Nuñez de Lara contribuyó infinito á una pacificacion tanto mas urgente quanto era preciso contener á los moros granadinos que asolaban impunemente las fronteras. El infante don Pedro se encargó de sujetarlos; juntó un egército no despreciable; se presentó en la vega de Granada; y las primeras acciones de esta campaña quedaron señaladas con otras tantas victorias. Su prosperidad despertó de nuevo la inestinguible envidia del infante don Juan. Temió que don Pedro llegase á hacerse dueño de una gran parte del reino de Granada: que las ciudades de Leon y Castilla, que hasta entonces habia tenido de su parte, deslumbradas por la gloria de su rival, se hiciesen de su partido; y que don Pedro, á la sombra de esta favorable revolucion, se alzase con el gobierno absoluto y con la tutoría. Don Juan debia enviarle tropas y dinero para sostener la guerra; pero tomó el partido de desentenderse de la necesidad que padecia de uno y otro auxilio, considerando que era el seguro me-

dio de esponerle al malogro de las ventajas adquiridas hasta entonces, y por consiguiente á la pérdida de su reputacion. En vano reclamaba don Pedro: fue preciso que la política de la reina doña María, á quien no se ocultaba la causa de aquella desavenencia, empeñase al infante don Juan á tomar parte en la guerra, prometiendole la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á don Pedro por el papa Juan XXII. Presentaronse los dos infantes en la frontera acaudillando sus respectivos tercios; tomaron por asalto varias plazas, y se pusieron con intrepidez á vista de Granada; pero viendose ya dueños de un rico botin, y aquejados de los ardores del estío, trataron de retirarse. Acometieron entonces los moros con el mayor denuedo, trabóse un obstinadísimo combate, fueron arrollados los vencedores, y los dos gefes rendidos de la fatiga quedaron en la accion.

Fue muy sensible á la reina este funesto accidente. Habia quedado sola en la tutoría del rey su nieto y gobierno de su corona; y aunque á la verdad con la muerte del infante don Juan solo habia perdido Castilla un perpetuo enemigo de la tranquilidad pública, quedaban todavía otros no menos inquietos; y la edad de aquella señora, cansada de luchar tan largo tiempo con tantos y tan díscolos genios, no se hallaba en disposicion de arrostrar las nuevas turbulencias que amenazaban. Desde luego se declaró pretendiente á la tutela don Juan Manuel; y á pretesto de que la reina sola no podria sustentar un cargo tan penoso, consiguió el voto de algunas ciudades. Llegó su insolencia hasta el extremo de abrir sello particular, despachando con él como tutor y gobernador absoluto,

y prohibiendo que las causas, aun en grado de apelacion, pasasen á la chancillería del rey como era de costumbre. El infante don Felipe, hijo de la reina abuela, se propuso atajar su ambicion ó disputarle la tutoría. Dos ó tres veces estuvieron para venir á las manos; pero la reina, siempre cuidadosa de impedir toda efusion de sangre, consiguió hacerles deponer su enemistad, y que se aviniesen á repartir entre sí el gobierno y la tutela como lo habian hecho los infantes don Juan y don Pedro.

Pero he aquí que aparecen en la liza otros dos competidores no menos poderosos. Don Juan el *Tuerto*, hijo del infante don Juan, se presenta en Burgos, obtiene de la ciudad y su concejo el nombramiento de tutor, y queda asegurada su eleccion con un solemne juramento. Llega despues don Fernando de la Cerda, solicita lo mismo, se le otorga, y un nuevo juramento sale tambien garante de su nombramiento. Reúnense despues estos dos facciosos, forman un respetable partido contra el de la reina y sus dos contutores, labran su sello de hermandad; y dueños de Burgos y de una gran parte de Castilla, resuelven no obedecer en cosa alguna las órdenes del soberano. Por otra parte las ciudades de Andalucía que habian elegido á don Juan Manuel le abandonaron repentinamente, y nombraron al infante don Felipe. Diariamente se mada de partido entre los cinco tutores; y por último, la muerte de la reina doña María puso el colmo á tantas desventuras. Esta virtuosa señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, que sin duda harian mas graves sus pesares y aflicciones, falleció en Valladolid en el año de 1321, 1321.

encomendando la persona del rey su nieto á los caballeros, ricos-hombres, y concejo de aquella ciudad.

Si durante su vida, y á pesar de su infatigable zelo, no habia sido posible contener el fuego de la sedicion, puede inferirse la voracidad que cobraría despues de su muerte. Los desórdenes con efecto llegaron á lo sumo, y el desórden atrajo la confusion en el sistema gubernativo y la incertidumbre en la suerte de los pueblos. Los tutores solo trataban de despojarse mútuamente, y de sacrificar á su resentimiento á cuantos no eran de su faccion. Como no eran tutores por nombramiento de las Cortes, sino por el de algunas ciudades, estas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de cualquiera de los competidores. Atacadas la seguridad y propiedad de los ciudadanos en el recinto de sus habitaciones y en los caminos públicos, era preciso recurrir á la fuerza para resistir á la violencia de una plaga de salteadores y asesinos que impunemente hacian mas calamitosa la situacion del reino; y ¡cuántas veces la parcialidad y el encono echaron mano de estos foragidos para satisfacer sus deseos de venganza! Cuatro años se pasaron despues de la muerte de la reina en tan violenta agitacion: cumplió por fin el rey los catorce de su edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se vieron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion.

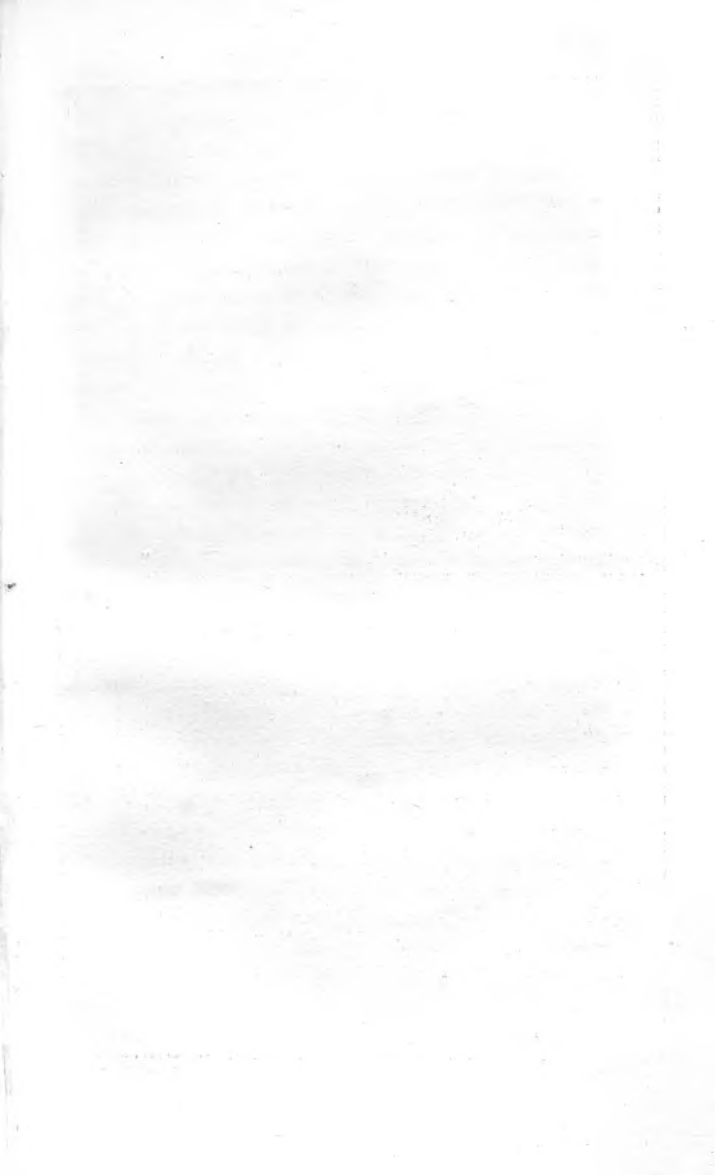
1325.

La prudencia del rey empezó á restablecer el órden: vieronse amenazados de un severo castigo los genios revoltosos: y don Juan Manuel y don Juan el *Tuerto* que habian contribuido mas que ningunos otros á las pasadas inquietudes, y estaban

por consiguiente mas espuestos al resentimiento de don Alonso , trataron de hacerse fuertes contra la tempestad que iba á descargar sobre sus cabezas. En Cigales , pueblo de don Juan el *Tuerto* , renovaron sus antiguas alianzas: un solemne juramento estrechó mas los vínculos formados por la intriga y el espíritu de partido ; y la mano de doña Constanza , hija de don Juan Manuel , debia consolidar para siempre la union entre las dos familias. El rey previó las consecuencias de tan poderosa coalicion , y trató de prevenirlas; pero ya que ni la prudencia ni su situacion le permitian recurrir á la fuerza , la política le presentaba en el carácter de don Juan Manuel el mas seguro medio de fomentar entre ambos una implacable enemistad. Despachóle un mensaje pidiendole con el mayor secreto á su hija por esposa; y este ambicioso , tan mal caballero como infiel amigo , lisonjeado con la fortuna de ver á su hija ocupar el trono de Castilla , y con la esperanza de tener una grande influencia en el gobierno del estado , abrazó ansiosamente la ventajosa propuesta , sin avergonzarse de faltar á todas sus palabras , promesas y juramentos. Celebróse con efecto el matrimonio , aunque nunca llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado don Juan el *Tuerto* , lleno de cólera y de desconfianza , se acogió á la proteccion de don Jayme de Aragon pidiendole la mano de su nieta doña Blanca , despertó la amortiguada animosidad de don Alonso de la Cerda , y aun procuró confederarse con el rey de Portugal. Enrobustecido su gran poder con tales alianzas , amenazaba á Castilla con una nueva guerra civil , que poniendo á cubierto su persona de cualquier insulto le proporcionase la sa-

tisfaccion de vengar el agravio hecho á su amor y á su amistad. Debíó temerle don Alonso; porque mal restablecida la tranquilidad de sus estados, exhausto el erario por las dilapidaciones de los tutores, y con pocos recursos para exigir nuevos subsidios de los pueblos recargados, no se hallaba en disposicion de esponer su autoridad y corona al desventajoso choque de tan poderosos enemigos. Era preciso desarmar al rebelde; pero no era menos necesaria la prudencia para conseguirlo. Hizole llamar á Toro so color de transigir sus diferencias, y combinar los planes de la guerra que se proyectaba contra los moros: sospechó don Juan que esto fuese un pretexto para deshacerse de él, y se escusó; pero el rey, poco seguro mientras se hallase este revoltoso en proporcion de llevar adelante sus tramas, resolvió valerse del engaño para conseguir lo que no habia logrado la política. Ciertas ofertas fingidas, y el salvoconducto que se le despachó, disiparon sus temores. Presentóse finalmente en Toro, y el agradable acogimiento del rey acabó de tranquilizarle; pero al dia siguiente fue muerto á puñaladas á la entrada del palacio con dos caballeros que le acompañaban. Las maldades de don Juan le habian hecho sin duda acreedor á un severísimo castigo: la pública tranquilidad pedia su cabeza; pero un asesinato tan premeditado no está en el orden de la justicia, ni es digno de la magestad de un monarca que tenia empeñada su fe y su real palabra.

Apenas se esparció la noticia, don Juan Manuel, que no tenia menos motivos para temer igual suerte que don Juan el *Tuerto*, y no se consideraba muy resguardado, á pesar del inmediato parentesco que le unia con el rey, abandonó el adelan-





Furor de los sorianos.

Seducidos por D. Juan Manuel los principales de Seria, ó temiendo que Garcilaso y sus tropas iban para prender á algunos de sus convecudanos, al tiempo que oían misa Garcilaso y los suyos se arrojaron sobre ellos con tal furor que muy pocos lograron salvar sus vidas. ¡Quantas víctimas! ¡quantos horrores! ¡quantos sacrilegios! Tales son las que el hombre abandonado á su furor califica de hazañas.

tamiento de la frontera de Andalucía, y se guareció en Chinchilla, plaza suya sumamente fuerte. La situación era bastante crítica; porque el rey había emprendido la guerra de Granada, y las fuerzas del adelantado podían hacerle suma falta. Envióle á llamar desde Sevilla para que concurriese con sus mesnadas; pero se negó á ello, y aun empezó á decirse que pensaba confederarse con el granadino. Su desobediencia justificaba estos temores, y el rey en castigo, ó mas bien porque el amor no había tenido parte en este enlace, repudió á doña Constanza; y dando oídos á las ventajosas proposiciones del rey de Portugal, casó con su hija doña María. Don Juan Manuel despechado se desnaturalizó de Castilla; se confederó con los reyes de Aragon y Granada para que le ayudasen á vengar la afrenta de su casa; y fueron incalculables los daños que ocasionó con este motivo. Despachó el rey á su confidente Garcilaso de la Vega, Justicia mayor de su casa, para que con algunos caballeros alistase en tierra de Soria algunas tropas, y las condujese á la frontera contra los moros y las gentes de don Juan Manuel. Los de Soria ó seducidos por este, ó temiendo iban á prender á algunas personas, tomaron las armas; y aprovechando el momento en que oían misa Garcilaso y sus compañeros, se arrojaron furiosamente sobre ellos, y solo se salvaron algunos pocos disfrazados en hábito de religiosos.

Resuelto don Alonso á vengar un exceso que atribuía á don Juan Manuel, se negó á toda composición, sin embargo de que el papa procuraba por medio de sus legados reconciliar aquellos ánimos enconados. El rey asolaba los pueblos de don

Juan; este por su parte destruía los del rey; y se renovaron en Castilla las funestas escenas de horror, sangre y depredacion que tenían transformados los pueblos en tristes esqueletos descarnados. La insurreccion cundia por todas partes; Valladolid, Toro, Zamora y otras ciudades principales empezaron á declararse contra don Alonso; y como nunca faltan pretextos especiosos para cohonestar la conducta mas abominable, la privanza que disfrutaba el conde de Trastamara don Alonso Nuñez de Osorio sirvió en esta ocasion para justificar semejantes desacatos. El rey castigaba con el mayor rigor á los rebeldes que podia haber á las manos; pero quizá esta severidad, que parecia necesaria en aquellas circunstancias, contribuyó infinito á hacer mas difícil la reduccion de los demas. Por último, la necesidad de convertir toda su atencion á la guerra de Granada, en que si al principio habia conseguido algunas ventajas, se hallaba en la actualidad espuesto á sufrir considerables pérdidas, ya por haberse reforzado el ejército granadino con nuevas tropas despachadas en su auxilio por Albohacen, rey de Marruecos, ya por hallarse divididas sus fuerzas, habiendo de resistir al mismo tiempo á don Juan Manuel, le obligó á tentar algunos medios de reconciliacion; pero nada pudo conseguir. Tenia don Juan muy presente la alevosa muerte de don Juan el Tuerto, y en cada proposicion de don Alonso creia advertir un lazo armado contra su vida. La rebelion por otra parte, ademas de asegurar su independenciam, le ponía á cubierto del castigo que le amenazaba; y patrocinado por el granadino, y por don Juan Nuñez de Lara, hijo de don Fernando de la Cerda, ¿cómo

había de temer á un príncipe sujeto á luchar con las fermentaciones intestinas, y el formidable enemigo que asolaba casi impunemente las fronteras andaluzas?

En efecto, dueños los sarracenos de la importante plaza de Algeciras, se habian puesto sobre Gibraltar, cuya guarnicion hambrienta, desnuda y desprovista de todo por traicion de su alcayde Vasco Perez de Meyra, no era posible resistiese largo tiempo. Diariamente llegaban avisos de hallarse cada vez mas apurada: el rey prometia marchar inmediatamente en su socorro; pero no se atrevia á dejar á Castilla espuesta á los estragos con que la amenazaban don Juan Manuel y los demas rebeldes. Determinóse finalmente á partir; pero ya la plaza habia caido en manos de los sitiadores. Su reconquista no se presentaba fácil, porque los moros que la guarnecian aparecian resueltos á defenderla con el mayor denuedo; pero esta misma resistencia empeñó mas el valor de don Alonso, y se emprendió el asedio con el mayor ardor. Caian los muros al impulso de las máquinas; dábanse repetidos asaltos, que rechazaban los sitiados con valor; y la plaza abierta por varias partes hubiera tenido finalmente que rendirse, si la hambre y la desercion no hubieran puesto el campo castellano en el mayor conflicto. Por fortuna la proximidad del invierno, y mas que todo quizás las turbulencias que empezaban á agitar el reino de Granada, obligaron á los moros á hacer proposiciones de paz; y el rey de Castilla, noticioso tambien de los inmensos daños que durante su ausencia ocasionaban los sediciosos en su reino, hubo de aceptarlas, y abandonar un sitio que no po-

dia continuar sin imprudencia. Presentóse en Castilla resuelto á acabar de una vez con la raza inquieta, que con mengua de su autoridad traia desde tanto tiempo divididos los pueblos; y aterrados los rebeldes con los egemplares castigos que sufrían los sediciosos que podia haber á las manos, desamparados de sus mas poderosos parciales, prófugos delante de un príncipe irritado, que les iba despojando de las plazas y fortalezas que les servian de abrigo para egercer impunemente sus iniquidades, sin asilo, y espuestos noche y dia á caer en su poder de un momento á otro, trataron de dejar las armas, y abandonando sus proyectos ambiciosos encomendarse á la bondad de don Alonso bajo las correspondientes seguridades. No les salieron fallidas sus esperanzas: el rey, desentendiéndose generosamente de los agravios recibidos cuando se le presentaba mas fácil la venganza, y aparentando creer arrepentimiento lo que solo era efecto de la fuerza, no solo oyó con gusto sus pacíficas proposiciones, sino que concediendo un general indulto los recibió benignamente en su servicio.

Restablecida la tranquilidad interior de Castilla, así por la reduccion de estos rebeldes, como por la voluntaria renuncia que habia hecho anteriormente don Alonso de la Cerda de todos sus derechos á la corona, dirigió el rey sus armas contra las fronteras de Portugal para tomar satisfaccion de la guerra que le habia movido el portuques en el año anterior, tomando la demanda por los caballeros rebeldes. El saqueo de sus campiñas y de un sinnúmero de pueblos, y mas que todo la sangrienta batalla que en las aguas del Océano ga-

nó la armada castellana á las órdenes del almirante don Alonso Jofré Tenorio sobre la escuadra portuguesa, le dejaron tan escarmentado que hubo de solicitar un armisticio. Otorgóle don Alonso de Castilla por respetos del papa y del rey de Francia, que habian mediado con empeño en la reconciliacion; y como por otra parte corrían voces de que el rey de Marruecos prevenia á toda priesa una poderosa escuadra para renovar la guerra de Granada, era temeridad empeñarse tenazmente contra una potencia, cuya amistad podia serle muy útil en aquellas circunstancias.

En efecto, la paz ajustada en el sitio de Gibraltar era mas bien una tregua, que debia espirar á los cuatro años; y habiéndose concluido, Albohacen, que se habia propuesto nada menos que reconquistar toda la España, hacia formidables aprestos de galeras y tropas, que pasando el Estrecho eran recibidas con el mayor júbilo por el moro granadino. Era muy oportuno interceptar esta comunicacion; y los reyes de Aragon y Castilla, que tenian igual interes en desconcertar los designios de su enemigo comun, reunieron sus escuadras, y las apostaron al paso. Quedaron por este medio como bloqueados los mahometanos que habian desembarcado, pues tenian á la frente un ejército de tierra inferior en número, pero formidable por el esfuerzo de los tercios que le componian. Empezáronse las hostilidades por pequeños combates, en que fueron siempre batidos los sarracenos; de suerte que Abomelic hijo de Albohacen, y general encargado de la expedicion, creyó necesario hacer una salida que escarmentando á los cristianos les llenase de terror. Movi6 sus numerosas huestes

hacia los campos de Jerez, amenazando apoderarse de Alcalá de los Gazules, y jurando no dejar en toda la frontera un solo cristiano. Supo que en la plaza de Lebrija habia un considerable acopio de víveres para abastecer al ejército enemigo, y resolvió desde luego apoderarse de ellos á viva fuerza, destinandolos á remediar la escasez á que la falta de comunicacion con el Africa, y el crecido número de gentes sobrevenidas habian reducido las plazas de Gibraltar, Algeciras y otras muchas fortalezas. Mil y quinientos caballos le parecieron fuerzas mas que suficientes para la empresa: los despachó, y contando con la victoria, determinó esperar su regreso reduciendo sus marchas, y entreteniendo á sus tropas en el robo de las campiñas y alquerías comarcanas; pero luego que tuvo aviso del proyecto el alcayde de Tarifa don Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de los adelantados de aquel distrito, y defendió la villa con tal denuedo, que los moros hubieron de retroceder vergonzosamente hacia Jerez, aunque llevandose de paso un crecido número de ganados. Ni aun esta ventaja quiso permitirles el valiente Portocarrero; y reforzada su pequeña tropa con nuevos tercios, que á su voz acudieron de Utrera y de Sevilla, les siguió al alcance noche y dia, consiguió cortarlos, y los embistió con tal furia que quedaron casi todos tendidos en el campo.

Alentado con esta victoria el ejército castellano, resolvió medir sus fuerzas con el mismo Abomelic: se puso en marcha, y alcanzandole en la vega de Pagana, cerca del rio Patute, sorprendió su campo al amanecer, acometió con denuedo, y se empeñó el combate con quinientos ginetes sar-

racenos, que despertaron á los gritos de *Santiago, Santiago*. No es posible adivinar la causa del descuido que reinaba en el cuartel de Abomelic: parecia natural que la gritería de los combatientes, el ruido de las armas, y los lamentos de los heridos hubiesen alarmado inmediatamente todo el campo; pero en tanto que parecia aquel corto número de bravos guerreros, dormian los demas tranquilamente en los brazos de la confianza. A breve tiempo quedaron hechos pedazos los moros que sostenian el combate, entraron los castellanos en el real enemigo sin la menor oposicion, mataron, destrozaron, redujeron á cenizas cuanto se les opuso; y mal despiertos los moros corrian aquí y allí despavoridos para encontrar con las lanzas y cuchillas de sus vencedores. Huyeron á Algeciras y montes comarcanos los que pudieron, y á poco tiempo se encontró Abomelic desamparado de todos los suyos, sin caballo para ponerse en salvo, y cubierto de heridas. La maleza de un arroyo vecino le ofreció un asilo contra la esclavitud y la muerte, que le rodeaban por todas partes: arrojóse en ella como muerto, pues la sangre y el polvo de que estaba cubierto aseguraban en cierto modo la ficcion; mas sin embargo, uno de los castellanos empeñados en el alcance de los fugitivos, se acercó por casualidad, y advirtiendo que respiraba el que parecia muerto, le atravesó con su lanza sin conocerle. Completóse la derrota con pérdida de diez mil sarracenos, y los pocos que lograron librarse de la carnicería se creyeron muy dichosos en poder llevar á los suyos tan funesta nueva.

Inconsolable Albohacen por la muerte de su hijo y el desgraciado éxito de aquella jornada, de-

terminó apresurar su partida con ánimo resuelto de tomar una venganza terrible. Procuró sin embargo antes de todo reforzar las plazas de Gibraltar y de Algeciras con nuevas tropas de refresco, que supieron burlar la vigilancia de los almirantes españoles; y poco despues, noticioso de haberse retirado la escuadra aragonesa, por haber perdido á su gefe en una pequeña refriega, y seguro de que la castellana no estaba en disposicion de hacerle frente por haber acabado las enfermedades con la mayor parte de su tripulacion, se hizo á la vela para España con ciento y cincuenta naves bien fuertes y equipadas, y al abrigo de la noche fondeó en Algeciras. Efectivamente, la armada castellana, compuesta de poco mas de veinte y siete velas, hubiera intentado vanamente disputarle el paso; y conservando la ventajosa posicion que ocupaba en el Estrecho, aguardaba resuelta á que la marroquí emprendiese pasar al Mediterráneo. Sin duda era este el mejor partido que podia tomarse atendiendo á la desigualdad de las fuerzas; pero el almirante Jofré, vilmente calumniado ante el rey de haber dejado pasar la escuadra enemiga pudiendo impedirlo, se vió obligado á variar de plan, y á emprender una accion temeraria que aun á riesgo de su vida volviese por su mancillado honor.

Partió pues contra los bajcles enemigos, y seguido de algunos pocos suyos, acometió como un desesperado; pero las galeras castellanas, no pudiendo sostener por largo tiempo tan desigual combate, fueron abordadas ó echadas á pique, y á poco rato quedó la capitana luchando sola denodadamente contra cuatro marroquíes empeñadas en el



Combate temerario.

Para desagraviar el célebre D. Alonso Jofré Tenorio su reputacion calumniada, acometió à la esquadra del moro con pocas de sus galeras; y aunque la suya quedó sola contra quatro enemigas, en vano estas intentaron tres veces aborrlarla, hasta que murieron Jofré y los suyos. ¡Quan frecuente es en las cortes censurarlo todo los que de nada saben, y que por charlatanes se sacrificuen los beneméritos!



abordage. Tres veces le intentaron, y otras tantas fueron rechazadas por el valiente Jofré y su animosa tropa resuelta á vender bien cara su vida, hasta que por último, inmolados todos sobre la cubierta, se decidió la victoria á favor de los mahometanos.

La situacion del rey de Castilla era de las mas críticas: sin escuadra que impidiese el tránsito de los moros; sin proporcion para construirla en tan breve tiempo como era necesario; y sin gente apenas para resistir á mas de doscientos mil africanos que habian logrado desembarcar en España, era casi inevitable la pérdida de toda la península si los príncipes españoles no aceleraban la reunion de sus fuerzas para la defensa comun. Despachó á todas partes mensageros pidiendo socorro; dióse prisa á reparar algunas naves que se habian librado del anterior desastre; y con el auxilio del rey de Portugal, del de Aragon, y quince galeras genovesas que tomó á sueldo, consiguió apostar en el Estrecho una escuadra, si no muy numerosa, suficiente á lo menos para impedir se hiciesen los moros cada vez mas fuertes.

Entre tanto se habian puesto sobre Tarifa con numerosas tropas Albohacen y el rey de Granada; y empezaron á combatirla con tal furor, que hubiera tenido finalmente que rendirse, si no hubieran partido en su socorro los reyes de Castilla y Portugal con un ejército de doce mil infantes y ocho mil caballos. Inmediatamente levantaron el sitio los sarracenos, y resueltos á esperar á los cristianos ocuparon un cerro inmediato, previniéndose al combate en tan ventajosa posicion. Corria entre los dos campos, separando los ejércitos, el pe-

queño rio del Salado, que era preciso vadear á no ocupar un puentecillo resguardado por un destacamento de dos mil y quinientos caballos. Embistiéronle animosos con ochocientos hombres dos caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega; y despues de ponerle en fuga, franquearon el paso á las demas tropas, empezándose la pelea por ambas partes con el mayor encarnizamiento y porfia. Un pequeño destacamento de cristianos que se separó de la batalla, dando vuelta á unas colinas se arrojó impetuosamente sobre el cuartel de Albohacen, y aterrados los moros que le custodiaban, huyeron precipitadamente hácia Tarifa. Salió á este tiempo la guarnicion de la plaza; los acometió con denuedo y quedaron hechos pedazos. El rey de Castilla, dejándose caer sobre el ala derecha de Albohacen y cogiéndola por el flanco, la desordenó; y los fugitivos, presurosos por guarecerse en los reales, cayeron bajo la cuchilla de los cristianos, que despues de haberlos ocupado bajaban por el cerro precedidos de la muerte, del espanto y horror. Transformóse la batalla en sangrienta carnicería de los mahometanos: doscientos mil quedaron en el puesto, y esclavos los demas ó fugitivos, abandonaron al vencedor el campo de batalla cubierto de cadáveres y de inmensas riquezas. Esta famosa batalla, comparable por muchas circunstancias con la de las Navas, y en que, segun se dice, solo perecieron quince ó veinte cristianos,

1340.

se refiere al año de 1340, y á ella se siguió poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real, Priego, Benamagí y Algeciras.

Es memorable el sitio de esta última plaza, así

por haberle precedido otra nueva victoria naval conseguida por la armada castellana, como porque durante él se introdujo el servicio de la *alcabala*, temporal en su principio, y que despues se ha radicado perpetuamente á favor de la corona de Castilla; por haberse advertido por primera vez el uso de la pólvora ó de cosa semejante á sus temibles efectos; y finalmente, por haber proporcionado á don Alonso una ventajosa tregua de diez y echo años con los mahometanos, quedando obligado el granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro.

Por algun tiempo disfrutó Castilla de los beneficios de la paz. Escarmentados los moros con las repetidas quiebras padecidas guardaban religiosamente la fe de sus tratados; y aunque no perdia de vista don Alonso la conquista de la plaza de Gibraltar que, siendo la llave del Estrecho, mantenía con el Africa una comunicacion muy peligrosa para España mientras permaneciese en poder de los sarracenos el reino de Granada: la guerra última, y sobre todo el obstinado sitio de Algeciras, habian dejado los pueblos tan exhaustos de caudales y soldados, que en vano se hubiera querido intentar empresa alguna. Presentóse no obstante una favorable coyuntura, y don Alonso resolvió no desperdiciarla. La sublevacion de uno de los hijos de Albohacen habia puesto en combustion el reino de Marruecos; y Albohacen, precisado á defender sus derechos y su vida contra un poderoso partido, no podia prudentemente dividir sus fuerzas estenuadas por socorrer á su aliado el granadino. Don Alonso reunió las tropas y naves que le fue posible, y se presentó delante de Gibraltar, que á pesar de lo

bien pertrechada y abastecida que se hallaba, hubiera caído finalmente en sus manos, si el voraz contagio que se declaró en el campo castellano no hubiese malogrado las oportunas disposiciones adoptadas para conseguirlo. Persuadiéronle á que se retirase y levantase el sitio; pero el rey, superior al inminente riesgo que le rodeaba por todas partes, prefirió la muerte, que le sobrevino poco tiempo despues, al menoscabo de su reputacion; y el ejército castellano, casi del todo arruinado por la peste, hubo finalmente de levantar el campo y retirarse.

1350. Murió el rey don Alonso en 27 de marzo de 1350; y es lástima que un príncipe tan digno hubiese obscurecido la brillante carrera de sus dias con una vergonzosa pasión, que solamente la muerte pudo desvanecer. Sorprendido su jóven y tierno corazon por la belleza de doña Leonor de Guzman, dama sevillana tan hermosa como noble, viuda en la edad de diez y ocho años de don Juan de Velasco, é indiferente don Alonso á las prudentes amonestaciones con que varias personas respetables procuraban atajar las consecuencias de un trato escandaloso, parecia que solo habia nacido y que solo existia para amar á su Leonor. Nueve hijos por lo menos y una hija fueron el fruto de este amor de nueve años. Algunos de ellos murieron poco despues de ver la luz: otros fueron víctimas de la crueldad del rey don Pedro, salvándose únicamente el famoso don Enrique, conde de Trastámara, que con la muerte de don Pedro vengó despues las de sus hermanos, y se ciñó la corona de Castilla.

Como de su legitima muger doña María solo

habia dejado don Alfonso un hijo que á la sazón contaba quince años, este fue inmediatamente reconocido y jurado por el reino. Llamábase don Pedro, único de este nombre entre los monarcas castellanos, y único tambien, según parece, en la crueldad y tiranía. Bien quisiéramos ocultar bajo un velo impenetrable los horrores que ennegrecen la memoria de un príncipe harto desgraciado en no haber sabido conservar con el trono el aprecio de sus pueblos; pero entregado á la execración general por todos sus contemporáneos, escrita su historia con caracteres de sangre, y débilmente defendida su inocencia y justificación por un cortísimo número de apologistas, ¿cómo podremos dejar de presentar el cuadro horrible de sangrientas escenas que tanto desfiguraron en el reinado de don Pedro los augustos atributos de la magestad? Nos queda sin embargo el consuelo de creer que la mayor parte de los hechos, aunque ciertos en el fondo, quizá se habrán pintado siempre con los mas feos colores por el resentimiento y el espíritu de partido, que todo lo exageran: y por lo mismo, imparciales en medio de las acriminaciones y las apologías, espondremos sencillamente los sucesos mas generalmente contestados, sin coartar la libertad de revestirlos del colorido que á cada uno le parezca mas propio.

En efecto: don Pedro subió al trono, y al momento empezó á hacerse temible. Los zelos y la ojeriza de la reina su madre señalaban la primera víctima; y la infeliz doña Leonor de Guzman, arrastrada indignamente de prision en prision, y de fortaleza en fortaleza, fue muerta en el alcázar de Talavera por haber amado á don Alonso. Sin duda

habia previsto esta señora la suerte que la amenazaba; pues creyendo ponerse á cubierto del odio de sus enemigos con una alianza poderosa, aceleró el tratado casamiento de su hijo don Enrique con doña Juana Manuel, hermana de don Fernando, señor de Villena; pero este enlace, repugnado por los reyes, solo sirvió para apresurar su desgraciado fin, y obligar á don Enrique á refugiarse en Asturias, huyendo de un pais en que no debia estar su vida muy segura. Se le buscaba con efecto para asesinarle; porque don Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo habia pasado á gran privado del rey, procuraba servirse diestramente de la animosidad de madre é hijo para irse deshaciendo poco á poco de cuantos pudieran hacerle sombra; y la casa de don Fernando Manuel era bajo este respecto de las mas temibles.

Tan abominable conducta debió muy desde luego provocar el odio de las personas mas espuestas á los tiros del favorito. Los grandes del reino, demasiado ambiciosos de suyo para permitir que nadie ocupase el lugar distinguido á que ellos habian aspirado siempre, ¿cómo podrian sufrir con resignacion una privanza de que torpemente se abusaba en su perjuicio? don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, fue el primero que manifestó públicamente su resentimiento retirándose á Castilla la Vieja, donde sus grandes propiedades le aseguraban la proporcion de hacerse fuerte y sublevar la tierra; pero murió al principio de sus preparativos, y el mal aconsejado rey, como si no hubiese otro medio de atajar las consecuencias de los abusos del poder, resolvió apoderarse de todos sus estados: resolucion que aunque se quisiera gra-

duar de castigo de la rebelion de Lara, no podrá evitar los caracteres de injusta y tiránica, habiendo de ir acompañada del asesinato de un niño de tres años, hijo de don Juan. Sin embargo se decretó su muerte, si bien la vigilancia y actividad de su nodriza, libertándole con una precipitada fuga del puñal asesino, salvó al niño la vida y al rey don Pedro de un crimen tan horrible; pero su carácter vengativo necesitaba una víctima inocente que inmolar á su furor. Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, é hijo del otro asesinado en Soria, sin mas proceso ni mas delito quizá que aparecer afecto á don Juan Nuñez de Lara, fue muerto á mazadas en el mismo palacio real, y arrojado su cadáver á la calle pública. Corrianse toros á la sazón en Burgos; y el rey, como si no fuese bastante criminal una injusticia sin ir acompañada de un rasgo de barbarie, quiso disfrutar la horrible complacencia de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despojos por el tropel de reses acosadas y por los caballos de sus lidiadores. A poco tiempo falleció el hijo de don Juan, y el monarca, aprisionando á dos hermanas niñas que dejaba, y engañando á sus vasallos, logró apoderarse del señorío de Vizcaya y demas estados.

El egemplar de don Juan Nuñez de Lara hizo conocer á Alburquerque la disposicion en que se hallaban los ánimos de la nobleza, y cuán efimero sería su imperio si no lograba imposibilitarla de intentar cualquiera novedad. Su poder era grande; la demasiado independiente movilidad de los pueblos de Behetría le hacia todavía mas formidable; y era preciso descargar sobre este cuerpo privilegiado un golpe terrible que reduciéndole á situa-

cion mas precaria, consolidase al mismo tiempo la arbitrariedad del favorito. Creyó este conseguirlo aboliendo de una vez para siempre las behetrías; pero como era indispensable manejar este punto con la mayor delicadeza para que las Córtes convocadas al intento en Valladolid por los años de 1351. entrasen sin repugnancia en el proyecto, se presentó el interes particular de Alburquerque mañosamente disfrazado con la máscara seductora de la quietud de los hijosdalgo y la tranquilidad de los pueblos. El punto se discutió sin embargo con el mayor calor: las behetrías no se abolieron, porque la mayoridad de los miembros de la asamblea llegó á penetrar quizá las miras del valido; y solamente salió decretado el casamiento del rey con doña Blanca, hija segunda de don Pedro, duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre real de Francia.

En tanto que los mensajeros despachados á París con el objeto de pedir la mano de esta señora desempeñaban su honrosa comision, se avistó el rey en Ciudad-Rodrigo con su abuelo don Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido don Enrique. Procuró el respetable monarca reconciliar á los dos hermanos, y lo consiguió; pero el agradecimiento de don Enrique fue retirarse al principado de Asturias, alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas y hacerse fuerte en Gijon. Don Pedro acudió inmediatamente con algunas tropas, y como nadie se atreviese á hacerle frente, consiguieron todos su perdon con su espontáneo rendimiento.

Acompañábale en esta jornada su favorecido Alburquerque, quien para cautivar mejor su cora-

zon con uno de los servicios que mas pueden li-
songear á un jóven , le presentó en Sahagun una
doncella de su muger , llamada doña María , hija
de don Diego García de Padilla, y de doña María
Hinestrosa, señores de Villagera. La hermosura de
esta dama dejó á don Pedro sin arbitrio para de-
fenderse del atractivo de sus gracias. Conoció fácil-
mente que era amado ; y enrobustecida su pasion
con la correspondencia, se abandonó á ella sin res-
peto á las costumbres. Revocó , segun parece, los
poderes dados á los embajadores despachados á Pa-
ris : hay quien dice que se casó ocultamente con el
idolatrado objeto de sus amores ; pero ó no hubo
tal revocacion , ó no llegó á tiempo. Como quiera,
los embajadores llegaron á Valladolid con la prin-
cesa á tiempo que el rey se hallaba en Torrijos
todo entregado al placer de verse reproducido en
una hija que acababa de dar á luz doña María de
Padilla. Fácilmente se comprende el disgusto que
le ocasionaria la noticia de la llegada de doña Blan-
ca. No la amaba, ni el estado de su corazon le
permitia escuchar con docilidad las persuasiones de
la prudencia ; y por otra parte no veia en la prin-
cesa sino un objeto importuno, que venia á pertur-
bar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su
querida. Sin embargo, los parientes de doña Maria
empezaban á tener con el rey un valimiento incom-
patible con la privanza de Alburquerque : la esce-
na iba á cambiarse de un instante á otro , si el ze-
loso favorito no entorpecia la accion de las causas
que apresuraban la ruina de que se veia amenaza-
do. No era doña María , como habia creído en al-
gun tiempo, un móvil destinado únicamente á obe-
decir el impulso que le quisiera dar su ambicion ;

pero como enagenándola el corazón del rey quedaban sus parientes sin apoyo, no podía haber llegado doña Blanca en una ocasión mas favorable para Alburquerque. Las consideraciones debidas á la princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debia temerse de la Francia, y por último la pérdida de su riquísima dote, eran otras tantas razones, que manejadas diestramente seria casi imposible que no surtiesen buen efecto. Habló el privado; cedió el rey, y se celebró el matrimonio en Valladolid con la mayor solemnidad; pero como el amor no habia presidido este himeneo, don Pedro abandonó á doña Blanca á los dos dias, y voló á los brazos de su amada, que habia quedado en el castillo de la Puebla de Montalvan. Los mismos parientes de doña María no pudieron ménos de afearle una resolución tan chocante como injusta, consiguieron reducirle á que volviese á Valladolid, y no desairase tan pronto á su nueva esposa; pero como si no fuese posible vivir mas de dos dias al lado de esta, la abandonó de nuevo, y resuelto á no verla jamas, mandó que fuese arrestada en Arévalo.

La ruina de don Juan Alonso de Alburquerque se completó por fin: fueron desposeidos todos sus hechuras de los respectivos empleos que ocupaban en la casa real, y reemplazados por los parientes de doña María de Padilla. Es preciso no obstante confesar, en honor de la razon y de la verdad, que estos favores, aunque lisongeros á esta dama, lejos de ser solicitados eran quizá desaprobados en secreto por ella misma. Su corazón pacífico y benigno repugnaba la conducta violenta del rey; pero no supo ó no pudo contenerla siempre. Como

quiera , don Juan Alonso de Alburquerque , desgraciado con el monarca , vivamente perseguido y prófugo de castillo en castillo , hubo de poner su vida á cubierto dentro de las fronteras de Portugal. El rey en despique se apoderó de algunos de sus pueblos ; y no pudiendo vencer la obstinada resistencia de las fortalezas de Alburquerque y Cobdesera , dejó en Badajoz por fronteros contra dichas plazas á sus hermanos don Enrique y don Fadrique , y á don Juan de Padilla , hermano de doña María , con el competente número de tropas , y regresó á Castilla donde le llamaba otra nueva pasión.

El carácter duro y sanguinario de don Pedro , aunque suavizado algun tanto por el amor , no era posible depusiese toda su fiereza ni aun á los pies de su querida. Debieron mediar algunos desabrimientos ; porque doña María , á pesar de todo su cariño , resolvió retirarse á un monasterio para acabar sus dias ; y el rey , ó porque le duraba todavía el resentimiento , ó porque la belleza de doña Juana de Castro habia entibiado su pasión , consintió sin repugnancia en una resolución que le hubiera llenado de dolor en otros tiempos. Doña Juana , dama de ilustre sangre , y viuda de don Diego de Haro , señor que habia sido de Vizcaya ; no podia admitir su amor sino con la calidad de esposa. El matrimonio del rey con doña Blanca era un impedimento ; y así era preciso ó romperle , ó renunciar á la posesion de doña Juana mientras viviese la legítima esposa. El rey sin embargo halló un medio espedito para salir del embarazo , procurando persuadir á la dama que su matrimonio habia sido nulo como contrario á su voluntad ;

y declarándole tambien libre de aquel vínculo los obispos de Avila y de Salamanca, ¿ cómo podria prudentemente la alucinada señora resistir por mas tiempo á las pretensiones de un amante que la ofrecia con su mano el trono? Casáronse en efecto en la villa de Cuellar; pero, ó porque el fastidio sucedió inmediatamente á los transportes de la passion, ó porque la presencia del rey era muy necesaria en otra parte, el matrimonio solo duró veinte y cuatro horas; y doña Juana, abandonada al dia siguiente, hubo de contentarse con la villa de Dueñas, que la cedió su fementido esposo, y con el vano dictado de reina de Castilla, de que á pesar del rey usó toda su vida.

Entre tanto aprovechándose de la ausencia de don Pedro, se confederaron con don Juan Alonso de Alburquerque, don Enrique, don Fadrique, y los demas caballeros que habian quedado en Badajoz. Restablecer á doña Blanca en el estado correspondiente á su dignidad y virtudes y resistir á las violencias del rey, eran los pretestos especiosos de la liga; pero los verdaderos objetos de este movimiento eran remover á los Padillas, dejándolos sin influjo, ocupar su lugar, y vengarse al mismo tiempo de algunos agravios recibidos. Súpolo el rey en el mismo dia de su matrimonio con doña Juana por don Juan de Padilla, que logró huirse de la prision en que le pusieron los confederados. Partió el rey inmediatamente á Toro; y para precaver cualquier acontecimiento, mandó trasladar á la reina desde Arévalo al alcázar de Toledo.

Los caballeros toledanos, compadecidos de esta desgraciada señora, quisieron suavizar en el modo posible los rigores de su suerte, haciendo que el

alcázar destinado para su prision la ofreciese un seguro asilo que protegiese su inocencia; y llamando en su defensa á los infantes don Enrique, don Fadrique y don Tello; á los infantes de Aragon don Fernando y don Juan; al agraviado don Fernando de Castro, hermano de la burlada doña Juana; á don Juan de la Cerda, y á don Juan Alonso de Alburquerque. Las ciudades de Cuenca, Córdoba, Jaen, Talavera, Ubeda y Baeza tomaron inmediatamente la voz de Toledo para amparar á doña Blanca; y de las fuerzas reunidas de esta liga llegó á formarse un ejército de seis mil caballos, y un crecido número de peones, que siendo muy superior al que podia presentar el rey, le obligó á refugiarse en la fortaleza de Tordesillas.

Probaron sin embargo á reducirle por medios suaves; y como la Padilla, lejos de llevar á efecto sus proyectos de retirarse á un claustro, habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, le ofrecieron que si la alejaba de sí, si removia á todos sus parientes, y haciendo justicia al mérito de doña Blanca, la restablecia en el goce de los derechos que la conferia su calidad de reina y legítima consorte, todos aquellos caballeros, prontos á esgrimir sus aceros y derramar su sangre en la defensa de tan justa causa, depondrian inmediatamente sus armas y continuarian sirviéndole con la mayor fidelidad. La reina madre, creyéndoles de buena fe animados de las sanas intenciones que manifestaban, se declaró por su partido y los hizo dueños de la ciudad de Toro; pero el rey, que no se hallaba en disposicion de otorgar ni repugnar cosa alguna, procuraba entretenerlos con esperanzas, dando tiempo á que entibiada con la di-

lacion su fogosidad , y debilitada la liga con la separacion de los que lisongcaba con sus promesas seductoras , pudiese dar un golpe seguro y decisivo.

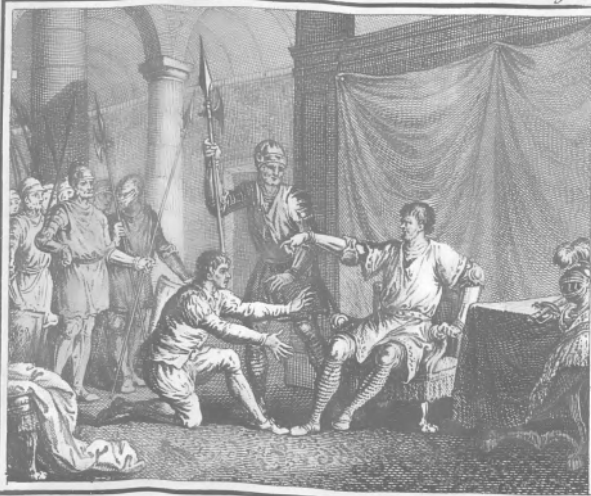
Debieron conocerle finalmente; y para desconcertar sus proyectos, con pretesto de transigir mejor las diferencias, lograron hacerle pasar á Toro, donde con una accion precipitada é imprudente hicieron mas dificil la composicion. Todos los Padillas fueron desposeidos de sus empleos , y reemplazados por caballeros de la faccion opuesta: en presencia del rey mismo fueron ignominiosamente presos algunos criados de su confianza; y el monarca de Castilla, poco menos que detenido en su posada , y rodeado de gentes que le eran sospechosas, apenas tenia proporcion para oír ni hablar á nadie. Cansóse por último de una prision tan vergonzosa; y aprovechándose de la libertad que le permitian para salir á caza, se huyó una mañana muy nuhlada con doscientos ginetes que pudieron seguirle, y tomó el camino de Segovia.

Inmediatamente se le reunieron los infantes de Aragon , y aquellos caballeros que habia podido seducir con sus mercedes y promesas; y los demas que habian quedado en Toro , sobrecogidos con la noticia de los grandes preparativos que hacia don Pedro para sujetarlos, solamente pensaron en salvarse huyendo. Don Fadrique se retiró á Talavera que estaba á su devocion; don Tello pasó á Vizcaya; don Fernando de Castro se refugió á Galicia; y de toda aquella formidable coalicion solo quedaron unas miserables reliquias á las órdenes del conde don Enrique y de la reina madre. Rechazaron sin embargo con denuedo los ataques del irritado monarca; pero hubiera sido infructuosa su

resistencia á no haber ocurrido un acontecimiento que llamó la atención á don Pedro. Hervía en facciones la ciudad de Toledo, pues de los caballeros que la defendían había algunos tan cobardes, que temiendo la inminente venganza del rey, votaban por una espontánea rendición; otros, que amaban á doña Blanca, y confiaban en su valor mas que en el perdón que pudiesen obtener, se hallaban resueltos á perecer en la demanda; y no faltaban algunos mas prudentes y menos arrestados que opinaban por una capitulación. Toledo en estas circunstancias era del primero que se presentase; y su ocupación era tan importante, que no dudó don Pedro en abandonar á Toro por embestir á Toledo. El conde don Enrique, previendo el riesgo que amenazaba á su hermano don Fadrique refugiado con su gente en Talavera, partió inmediatamente en su socorro; unieron sus tercios, y aprovechándose de la detención del rey en Torrijos, se presentaron delante de Toledo con ánimo de hacerse fuertes en esta plaza casi inespugnable. No se les permitió la entrada á pretexto de hallarse pendientes ciertas negociaciones de paz con el rey; pero mal satisfechos de la excusa, dieron vuelta á la ciudad, entraron en ella por el puente de Alcántara guardado por parciales suyos, é hicieron una matanza horrible en los que se habían opuesto á su entrada. Presentóse el rey al día siguiente por la parte opuesta: disputáronle el paso los dos hermanos con el mayor denuedo; pero últimamente, creyéndose mal seguros en una ciudad que el temor y su venganza sanguinaria habían hecho toda de su enemigo, tuvieron que ceder, y retirarse á Talavera por donde habían entrado.

Dueño de Toledo, empezó el rey á esgrimir su furor vengativo contra los que habian favorecido á los de la liga: perecieron muchas personas de todas clases; y su cólera llegó al estremo de ser insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad. A sus pies se arrojó un afligido jóven de diez y ocho años, hijo de un octogenario platero comprendido en el número de los proscriptos; peligraba la vida de su anciano padre, cuyos breves dias le eran aun mas preciosos que los suyos propios: clamó, gimió, suplicó, é imploró la bondad del rey para obtener, no el perdon de su infeliz padre, sino la gracia de morir en su lugar; y tan generoso rasgo de piedad filial, solo pudo interesarle para condescender en tan horrible trueque.

Restablecida en Toledo la tranquilidad por medio del terror, volvió el rey contra Toro, adonde se habian refugiado nuevamente sus hermanos. La oportuna combinacion de los planes de ataque redujo en breve tiempo la ciudad á tal apuro, que don Enrique, creyendo inevitable su rendicion, partió á Galicia bajo un pretesto especioso: pero en realidad, huyendo de caer en manos del rey, cuyo resentimiento habia provocado tantas veces. La escasez de vituallas hacia cada dia mas penosa la situacion de los habitantes: continuamente se pasaban muchos al cuartel de los sitiadores; y por último trataron secretamente algunos de abrir al rey las puertas de la ciudad. Don Fadrique tuvo la fortuna de saberlo con tiempo, y la precaucion de solicitar y obtener el perdon del vencedor, quien dueño con efecto de Toro por medio de aquel tratado secreto, dejó en los eemplares castigos que hizo egecutar una memoria indeleble de crueldad y



La merced inhumana.

Condenado á muerte un platero octogenario, imploró con la mayor eficacia la piedad del Rey D. Pedro I, postrándose á sus pies un jóven de 18 años, hijo del desgraciado; y reduciendo su súplica á que se executase en él la pena decretada contra su anciano padre, aquel monarca fué tan inhumano que condescendió en este horrible trueque. Tales son, y no otras, las mercedes á que saben acceder los crueles.

de dolor. La reyna madre, no pudiendo soportar tantos horrores, se pasó á Portugal; y doña Juana Manuel, muger de don Enrique, sumergida en una estrecha prision, debió su libertad únicamente al favor y astucia de un caballero amigo de su marido.

No podia haber escogido el rey un medio mas eficaz que el terror para sujetar á los rebeldes. Las sangrientas egecuciones de Toledo y Toro habian llenado de consternacion á todos; y el que no deponia las armas inmediatamente solicitaba con ansia el seguro del rey para volver á su servicio. Así lo hizo don Tello desde Vizcaya, donde se habia refugiado; y el rey, que nada descaba tanto como ver reunidos bajo de su poder á todos los hermanos para deshacerse mas fácilmente de ellos, le concedió el seguro que solicitaba, sintiendo solo la demora que por la distancia era indispensable. Don Tello, sin embargo, conociendo ó sospechando por lo menos la red que se le tendia, difirió todo lo que pudo el presentarse; pero solo un imprevisto accidente pudo libertar por el pronto á don Fadrique de la perfidia del rey su hermano.

Hallábase este divertido con la pesca de los atunes en las almadrabas del puerto de santa María, á tiempo que arribó para tomar refrescos una escuadra aragonesa destinada al socorro de la Francia contra Inglaterra. Encontró surtos en la rada dos barcos placentinos cargados de aceite para Alejandria; y sin respetar la neutralidad del puerto, los apresó á pretexto de que así ellos como su cargamento pertenecian á genoveses enemigos de Aragon. Reclamó el rey de Castilla esta violencia del

derecho de gentes, mandó al almirante aragónes que restituyese la presa; y por último le intimó, que hallándose resuelto á no tolerar un insulto de esta naturaleza, ó se le daba una satisfaccion competente, ó la prision ó embargo de bienes seria la suerte de cuantos comerciantes catalanes hubiera á la sazón en Sevilla. El almirante, sin dar oídos á tan justas reclamaciones, se hizo á la vela para su destino: llevó á efecto su amenaza el ofendido castellano; y persuadido á que semejante desacato no podria haberse cometido sin consentimiento de su señor, le pidió una satisfaccion. Negóse á dársela el monarca aragones, así porque no tenia parte en el hecho de su almirante, como porque la tropelia cometida con unos súbditos suyos le conferia un derecho mas fundado quizá para exigirla: de suerte, que de quejas en quejas, y de reconvencciones en reconvencciones, vinieron á un absoluto rompimiento. El aragones se hallaba á la sazón empeñado en la guerra de Cerdeña, y por consiguiente con menos proporcion para resistir al castellano; pero mas político y astuto que este, procuró enrobustecer su ejército atrayendo á su servicio al conde don Enrique, y demas caballeros agraviados y fugitivos de Castilla, y dividir las fuerzas de su enemigo, suscitando rebeliones en varios puntos de sus estados. A pesar de sus intrigas la guerra se empezó con tan mal suceso por su parte, que á no ser por la tregua ajustada á mediacion de un legado despachado por el papa, se hubiera quizá visto precisado á comprar la paz con poco ventajosas condiciones.

Entre tanto el rey de Castilla, lejos de aprovecharse de la tregua para apercibirse y continuar

con mas ardor la guerra , parece que solo trataba de conciliarse el odio general de los pueblos, y debilitar el nervio de sus fuerzas asesinando á una multitud de caballeros, cuyo poder debia serle muy útil en aquellas circunstancias. Motivos tendria sin duda para mirar á todos con desconfianza; pero ni era aquella la ocasion oportuna de castigar sus desafueros, ni el modo de vengar los ultrajes de su autoridad debia llevar impresos los caracteres de injusticia y de tiranía. Entre las miserables victimas inmoladas á su resentimiento y encono, fueron los principales su hermano don Fadrique y el infante de Aragon don Juan. El primero, mas confiado de lo que debiera en la sospechosa amistad que el rey le manifestaba, y en los servicios que acababa de hacerle en la última guerra, fue muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla. El segundo, hecho juguete de la superchería de don Pedro, y vilmente engañado con mentidas promesas, sufrió la misma suerte en Bilbao; y aun don Tello no se hubiera librado de su saña á no haber burlado su diligencia con una fuga sumamente precipitada.

De tan sangrientas egecuciones solo pudo distraerle la noticia de haberse renovado las hostilidades. El conde don Enrique, sumamente irritado y ardiendo en deseos de vengar la desastrada muerte de su hermano, rompió furiosamente por la comarca de Soria; y el infante don Fernando de Aragon, que desde el principio de la guerra habia abandonado á don Pedro, y tampoco podia mirar con indiferencia el asesinato de su hermano don Juan, entró por el reino de Murcia con el mayor encarnizamiento. La guerra se emprendió nueva-

mente por mar y tierra con ardor, y con suceso vario por ambas partes: fueron infructuosas todas las negociaciones de un nuevo legado pontificio para restablecer la paz, porque ni don Pedro la deseaba, ni el aragones se hallaba en situacion de admitirla con las irritantes condiciones que le proponia su competidor; pero últimamente, despues de una larga serie de escaramuzas, despojos y recíprocas hostilidades, sin que ninguna de las dos potencias se aventurase á una accion decisiva, la política del aragones puso á don Pedro de Castilla en la precision de acomodarse á un partido razonable, obligándose á restituir las plazas conquistadas en el discurso de la guerra, con tal que su contrario despidiese de sus reinos al conde don Enrique, á don Tello y don Sancho, sus hermanos, y á los demas caballeros fugitivos de Castilla.

Hacia ya mucho tiempo que el imperio de los mahometanos españoles, despojado de toda la brillantez con que habia figurado en las revoluciones de la península, apenas dejaba percibir entre sus ruinas algunas miserables reliquias del poder que le habia hecho tan formidable. Debilitado con tantos años de continua y desventajosa lucha con unos indomables habitantes, á quienes en vano habia procurado sujetar enteramente, se vió por fin hecho juguete de la preponderancia de algunos moros ambiciosos, que repartiendo entre sí los infelices restos de la soberanía despedazada, parece que solo se habian propuesto completar su destruccion. Al órden, á la regularidad uniforme, á la dulzura y equidad del sistema gubernativo, que en tiempos mas felices habian elevado esta monarquía al mas alto grado de esplendor, sucedieron el desór-

den, la confusion, la horrible anarquía, y nada mas comun en esta desgraciada época de su decadencia que las usurpaciones de la autoridad soberana en todos sus ramos, sostenidas por la opresion, la intriga, el soborno y las discordias intestinas. Mahomad Aben-Alamar, por sobrenombre el *Bermejo*, á la frente de una faccion poderosa consiguió sentarse sobre el trono granadino, arrojando de él á Mahomad Lago, legítimo soberano, que le ocupaba á la sazón. Las relaciones de alianza y amistad que unian al destronado Lago con el rey don Pedro de Castilla, hicieron temer al usurpador el empeño con que este iba á tomar á su cargo la defensa de su amigo; y como en este caso necesitaba ponerse al abrigo de una alianza poderosa contra don Pedro, de nadie podia esperar favor con mas seguridad que de su enemigo el rey de Aragon. Este con efecto le prometió su proteccion; pero como no podia asistirle por el pronto con ningun socorro, por necesitar de todas sus fuerzas para sostener la guerra de Cerdeña y la de Castilla, y por otra parte deseaba ansiosamente hallar un medio, que sin manifestar debilidad pudiese fin á esta última, de la cual ninguna ventaja se prometia: persuadió astutamente á Aben-Alamar á que rompiese por las fronteras castellanas. Tuvo don Pedro noticia de las disposiciones del moro; y precisado á acudir adonde podian ser mayores los perjuicios, hubo de aceptar la paz que se le propuso, y deponer la arrogancia con que anteriormente le habia resistido.

Retiró pues sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo replegar hácia Sevilla con ánimo de castigar la insolencia de Alamar, y restablecer al

desposeido Lago; pero hubo de haçer treguas con su resentimiento para entregarse al mas acerbo dolor por la muerte de doña María de Padilla, acaecida en esta época. Su pasion, aun mas eterna que el objeto que la habia encendido, le hizo prorumpir en demostraciones del mas vivo pesar. De órden suya vistieron un luto general todos los pueblos; y doña María, á quien viva no se habia atrevido á considerar sino como una adorable amiga, fue despues de su fallecimiento elevada al rango de reina de Castilla, reconociéndola por su legitima consorte.

Este acontecimiento puso á don Pedro en una situacion bastante crítica. Libre ya del objeto de sus amores, solo una aversion declarada, y por lo mismo tanto mas indisciplpable, podia mantenerle separado de doña Blanca. El reino todo, sensible á las desgracias y virtudes de esta infeliz señora, habia manifestado siempre deseos de su reunion; y en el dia ningun especioso pretesto pudiera deslumbrarle. Pero don Pedro la aborrecia; y esto era en su concepto suficiente motivo para no asentir al voto general de la nacion, y tomar una resolucion tiránica é injusta, que le desembarazase de un objeto que entonces habia llegado á serle mas incómodo que nunca. Determinó su muerte; y por medio de un criado de su médico, se la envió en un veneno á Medinasidonia, donde se hallaba detenida la princesa bajo la custodia de don Iñigo Ortiz de Zúñiga. Resistióse este noble caballero á intervenir en hecho tan detestable, é hizo dimision de sus cargos á los pies del rey; pero este, firme sin embargo en su abominable proyecto, comisionó á uno de sus ballesteros, que menos deli-



Muerte de la Reyna D. Blanca.

Con el fallecimiento de D.^a María de Padilla se esperaba que el Rey D. Pedro reconociese la injusticia con que tenía presa á la Reyna D.^a Blanca; pero él, aborreciendo mas cada día sus virtudes, resolvió y consumó su muerte por medio de un veneno que la administró un vil criado. Virtuosa, aborrecida y ofendida siempre, debió mas á D. Pedro en su decreto iniquo, que al recibir la mano de tan feróz esposo.

cado y mas cruel , desempeñó sin repugnancia ministerio tan bárbaro.

Crecian entre tanto los preparativos de Alamar; y don Pedro, reforzado con cuatrocientos caballos que pudo reunir su amigo Lago, creyó que no debía diferir por mas tiempo su venganza. Rompieron sin oposicion los dos reyes coligados por las comarcas granadinas. Algunas pequeñas derrotas, sufridas en varios encuentros, hicieron conocer á Alamar la dificultad de resistirles, y procuró ganar á don Pedro con aparentes demostraciones de generosidad. Restituyó la libertad á un gran número de caballeros distinguidos que habia hecho prisioneros: los devolvió á su soberano con un magnífico presente; y por último, viendo que no podia separarle del empeño de proteger á su enemigo, él mismo se presentó en la corte de Castilla, acompañado únicamente de la pequeña comitiva necesaria para la custodia de su persona, y congregar los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Fuese temor ó prudencia, sus proposiciones fueron bastante racionales, pues no exigia otra cosa de don Pedro, sino que retirando sus tropas, dejase á los dos rivales en libertad para ventilar con las armas sus respectivos derechos; y que en caso de hallarse absolutamente empeñado en restablecer sobre el trono á Mahomad, le permitiese retirarse á Berbería. Su respuesta fue un crimen horrible: treinta y cinco caballeros moros, pérfidamente sorprendidos por su orden en un banquete, y vilmente despojados de sus magníficos trages, fueron degollados en un campo destinado para el suplicio de los malhechores; y el imprudente Alamar, despues de inicuaamente ultrajado y escarnecido, pere-

ció á manos del mismo don Pedro, que quiso tener el bárbaro placer de completar con semejante bajeza la acción mas detestable.

Concluida por este medio la guerra de Granada, era casi indispensable que se renovase la de Aragon, suspendida por una paz que don Pedro consideraba como desventajosa, y que solamente la necesidad le habia precisado á admitir. La ausencia del aragones, ocupado á la sazón en contener los latrocinios de una multitud de bandidos, que conocidos bajo el nombre de *compañías blancas* amenazaban al Rosellon, le permitia hacerse impunemente dueño de un número considerable de ciudades y plazas importantes; y despues de haber empeñado con un trato capcioso en su alianza al incauto rey de Navarra, se puso sobre Calatayud, que hubo de entregarse á discrecion. Sorprendido el aragones con tan inesperada noticia, y hallándose por el pronto sin fuerzas suficientes para resistirle, llamó apresuradamente en su defensa al conde don Enrique, á sus hermanos don Tello y don Sancho, y demas caballeros castellanos, retirados todos desde la paz en la Provenza; pero vivamente resentidos por la mala fe con que los abandonó el rey de Aragon en el tratado, le negaron constantemente sus auxilios, hasta que sus repetidas instancias, sus lisonjeras promesas, y mas que todo quizá el interes del mismo don Enrique, les determinaron á abandonar la resistencia.

En efecto, hacia ya mucho tiempo que el conde tenia puesta la mira en la corona de Castilla, que veia ceñir las sienes de un soberano generalmente aborrecido; pero arrancársela de la cabeza era empresa superior á sus fuerzas, y á pesar de

su ambicion no era tan temerario que se aventurase á intentarlo sin el auxilio de una potencia interesada igualmente en la ruina de su competidor. Aragon necesitaba urgentemente de su socorro para arrojar de sus dominios al furioso castellano ; pero Aragon no debia obtenerlo sin prestarse á favorecer sus proyectos ; y así es que solo bajo esta condicion , y un gran número de fianzas que respondiesen de su cumplimiento, y de la buena fe de los contratantes , se puso en marcha don Enrique con mil y quinientos caballos. Animado con los sucesos de la primera campaña , pasó á Francia, reclutó las *compañias blancas*, que vagaban entregadas al pillage ; y á las órdenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Caureley , pasaron á España una multitud de tropas aguerridas, y resueltas á colocarle en el trono de Castilla. Inmediatamente se reunió bajo sus banderas un gran número de caballeros poderosos aragoneses y castellanos, desafectos á don Pedro ; y con un ejército tan formidable, rompió en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra. Aquí fue reconocido y proclamado rey de Castilla por todos los que le seguian ; y alentado con la inaccion de su hermano que , encerrado en Burgos, se dejaba despojar sin resistencia, tomó la resolucion de acometerle en la misma capital.

Don Pedro acobardado con la proximidad de su victorioso enemigo, huyó á Sevilla precipitadamente ; y la ciudad de Burgos, abandonada á la merced del conquistador, y absuelta por su mismo soberano del juramento de fidelidad , no solo franqueó espontáneamente las puertas á don Enrique, sino que fue con gran placer testigo de la ceremonia

de su coronacion, celebrada en el monasterio de sus
1366. Huelgas en el año de 1366.

Toda Castilla la Vieja, á escepcion de un cortísimo número de pueblos, inmitó inmediatamente á su capital. La ocupacion de Toledo, conseguida despues de una pequeña oposicion, dejó enfrenada á Castilla la Nueva; y las profusas liberalidades del nuevo soberano, conocido desde entonces por este motivo con el renombre de *don Enrique el de las Mercedes*, no solamente le aseguraron el afecto de sus antiguos parciales, sino que le grangearon otros nuevos, y en breve se halló don Pedro despojado aun de aquellos que eran al parecer mas leales.

Ya solo restaba á don Enrique arrojar á su hermano de sus últimos atrincheramientos, obligándole á firmar una vergonzosa renuncia de todos sus derechos, y con este objeto se puso en marcha para Sevilla. Poco seguro don Pedro en una ciudad que le aborrecia, y profesaba demasiado afecto á don Enrique, solo pensó en poner en salvo su familia y sus tesoros, refugiándose por el mar en Portugal: pero la oposicion del portugues á recibirle en sus dominios, y la pérdida del tesoro que su almirante Bocanegra apresó traidoramente, y puso en poder de don Enrique, le dejaron en el mayor conflicto. Acordóse por último de don Fernando de Castro, que oculto todavía en el seno de Galicia, y olvidado de sus agravios, no habia querido tomar parte en unas revoluciones que le aseguraban la venganza; y eligiendo esta provincia para su asilo, partió sin mas comitiva que su desgraciada familia. Don Fernando le acogió favorablemente; con su auxilio y con el del arzobispo de Santiago logró po-

ner en campaña un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, á cuya frente debía marchar don Pedro hácia Logroño, que se mantenía á su devocion; pero arredrado por el riesgo de la travesía, creyó mas seguro embarcarse para Bayona, é implorar la proteccion del rey de Inglaterra, que la poseia á la sazón.

Partió con efecto, dejando horrorizados á todos los gallegos con el infame asesinato cometido de su órden en la persona del mismo arzobispo, que tanto habia coadyuvado en su defensa, y no tenia mas delito que ser natural de Toledo. La conquista de la Andalucía completó el plan de don Enrique; y la ausencia de don Pedro, las paces ajustadas con el granadino, y la indiferencia con que los monarcas españoles miraban esta lucha de los dos hermanos, dejaron por algun tiempo al vencedor gustar de las delicias de un trono fácilmente adquirido. Pero le perdió su nimia confianza en el afecto de los pueblos, y en la imposibilidad en que creia ver á su competidor de intentar en mucho tiempo la menor empresa que pudiese darle cuidado. Las *compañías blancas* le habian servido con el mayor afecto; pero verificado el objeto de su venida, parecia ya inútil y demasiado gravosa su manutencion, y eran muy dificiles de precaver los daños que causaba en el pais su falta de subordinacion. Así pues las despidió colmadas de regalos, y generosamente recompensadas, quedándose únicamente con mil y quinientas lanzas á las órdenes de Beltran Claquin.

Entre tanto procuró don Pedro interesar en sus desgracias al rey de Inglaterra: y con efecto, sus ruegos y magnificas promesas le habian propor-

cionado un número crecido de tropas escogidas, que á las órdenes del príncipe de Gales se presentaron en las fronteras de Navarra. El rumor de estos preparativos habia ya difundido tal espanto por las provincias castellanas, que muchos pueblos y ciudades principales abandonaron á don Enrique con la misma precipitación con que se habian declarado á su favor; pero la llegada de su irrito y vengativo soberano, aumentó la desercion en términos increíbles. Don Enrique conoció, aunque tarde, su imprudencia. Su ruina parecia casi inevitable; pero sin embargo, el remedio mas oportuno para contenerle era ocultar sus temores, procurando que ni su semblante ni sus acciones indicasen la menor sombra de debilidad; y así, resuelto á vencer ó morir en la demanda, reunió las tropas que le fue posible, y á su frente partió en busca del ejército combinado. En las inmediaciones de Nágera, á las márgenes del Nagerilla, se encontraron los dos hermanos armados de la saña mas ardiente que puede sugerir el odio encarnizado, la rivalidad, el deseo de venganza y el temor de perder la reputacion. Las consecuencias fueron una sangrienta batalla, en que al valor y á la prudencia substituyeron la temeridad, el arrojo y el furor de la desesperacion. Don Pedro venció por fin. Abandonado don Enrique en el mayor ardor de la refriega de un gran número de los suyos, y traidoramente vendido por su hermano don Tello, que en lo mas urgente del peligro desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, en vano procuró impedir su derrota. Su victorioso hermano quedó dueño del campo, del botin, de una multitud de prisioneros de consideracion, y por último, de casi todo el

reino, que se le entregó sin resistencia; y él tuvo que refugiarse en Francia precipitadamente, donde el vengador de doña Blanca no podía menos de encontrar asilo y medios para lavar la afrenta de su vencimiento.

No le engañaron sus esperanzas, pues el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox, y otros muchos caballeros distinguidos, le franquearon á porfía abundantes caudales, por cuyo medio logró poner en campaña un ejército, si no muy numeroso, suficiente por lo menos para salir con honor de las primeras tentativas; y solo descaba una ocasion favorable, que segun todas las apariencias no podia estar muy remota, y que por último se presentó á poco tiempo.

La inhumanidad con que empezó don Pedro á usar de su victoria, ensangrentandose bárbaramente con todos los vencidos y parciales de su hermano, al paso que hizo mas intolerable su dominacion y reanimó el partido de don Enrique, llenó de indignacion al príncipe de Gales y preparó su desunion. La mala fe de sus promesas, la capciosidad de sus tratos y las supercherías con que procuraba demorar el pago de las tropas auxiliares, agriaron los ánimos, acelerando el rompimiento y su partida.

Don Enrique se aprovechó de este acontecimiento: se presentó en las fronteras, y al momento se declararon por él un gran número de ciudades principales. Alentado con tan favorables disposiciones, siguió sin detenerse hasta Calahorra; y apenas pisó los dominios castellanos, se arrojó del caballo, se postró de rodillas, y formando una cruz sobre la arena, juró solemnemente no volver á sa-

lir de Castilla, arrostrando intrépidamente en ella la suerte que pudiese sobrevenirle. Pasó á Burgos, donde fue recibido con el mayor júbilo por todos sus habitantes; y desde allí se derramó, precedido de la victoria, por Leon, Asturias y ambas Castillas, no hallando obstáculo hasta llegar á Toledo, que le opuso una obstinada resistencia. Reforzado nuevamente con quinientas lanzas, que á las órdenes de Beltran Claquin le envió su aliado el rey de Francia, se determinó á salir al encuentro á don Pedro, que, unido con el granadino, se dirigia en su busca, despues de haber combatido vanamente la ciudad de Córdoba y cubierto la Andalucía de estragos y desolacion. Sorprendióle descuidado en los campos de Montiel; le derrotó completamente y le obligó á encerrarse en un castillo inmediato, que rodeó al momento de paredes fuertes, y donde la falta de agua y bastimentos, la desercion y la ninguna esperanza de socorro, hacian diariamente mas inevitable su rendicion.

Don Pedro no podia sufrir la idea de haber de verse en poder de un enemigo que no habia de respetar mejor que él las relaciones fraternales; pero la fuga era imposible, á no ganar anticipadamente á alguno de los capitanes sitiadores, y creyó que no le sería difícil conseguirlo, valiendose de la antigua amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Beltran Claquin. Era el frances demasiado afecto á don Enrique para dejarse corromper, y muy astuto para malograr la ocasion que se le presentaba de hacerle un gran servicio; y á pretesto de reflexionar sobre las ventajas del partido que se le proponia, se tomó un breve plazo, que aprovechó, descubriendo á su señor toda la in-

triga que se meditaba. Don Enrique, sumamente reconocido á la lealtad de su aliado, le hizo las mismas mercedes que le prometia su hermano, y le propuso engañase á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á don Pedro, si este se determinaba á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Poco se necesitaba para que ambos cayesen en la red. Don Pedro no advirtió el engaño, ni el peligro á que imprudentemente se habia arrojado hasta que se apeó en la tienda de Claquin, y se vió sorprendido por su hermano. Este, que le habia desconocido, asegurado por los circunstantes de que aquel era don Pedro, le acometió furiosamente con la daga; y despues de herirle en el rostro, empezaron ambos una obstinada lucha, que terminó matando don Enrique al rey su hermano.

Parecia que este acontecimiento, acaecido en 23 de marzo de 1369, dejaba asegurado de una vez para siempre á don Enrique sobre el trono de Castilla; pero como si en castigo de su ambicion estuviese condenado á no probar jamas las dulzuras de un reinado pacífico, la muerte de don Pedro solo sirvió para suscitarle una multitud de competidores, determinados á arrancarle una diadema criminalmente adquirida. El reino casi todo, á la verdad, desentendiendose del horrible fratricidio, se congratulaba interiormente de un suceso que le habia librado de un monarca aborrecido, y besaba con placer la ensangrentada mano de su libertador. Del corto número de pueblos que se habian mantenido fieles á su antiguo soberano, apenas habia alguno cuya resistencia á admitir al sucesor pudiese alterar en lo mas mínimo el órden de las cosas. Las profusas liberalidades de don Enrique,

1369.

y las apreciables cualidades de su carácter, le presentaban á los ojos de todos sus nuevos vasallos como un príncipe nacido para reinar haciendolos felices; pero don Enrique procedía de una union ilegítima, y aunque don Pedro no habia dejado descendencia legítima, no faltaban personas que podian oponer títulos bien fundados á la corona usurpada. El primero que se presentó en la liza fue el portugues don Fernando, á quien realmente pertenecia, como descendiente legítimo de don Sancho IV por su hija doña Beatriz, casada con don Alfonso IV de Portugal. Con el favor de las ciudades que se negaban á reconocer al nuevo soberano, empezó á titularse *Rey de Portugal y Castilla*, y se unió con el granadino, el aragones y el navarro, que temian el resentimiento de don Enrique, aquel por su amistad con don Pedro, y estos por la traicion con que le habian despojado de algunos pueblos durante las pasadas revoluciones. El político Enrique tuvo destreza para desbaratar tan temible coalicion, negociando la paz con el granadino, contentando al navarro con la mano de su hija primogénita doña Leonor para el infante primogénito de aquel príncipe, y obligando al aragones á solicitar humildemente su amistad; con lo que el portugues abandonado se vió en la precision de firmar la renuncia de todas sus pretensiones. Pero no tardó en aparecer otro competidor. El duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, instigado secretamente por el rey de Aragon, se declaró protector de los derechos de su muger doña Constanza, hija del difunto don Pedro y doña María de Padilla. En el reino habia muy pocos persuadidos de la legitimidad del matrimonio de que

procedia esta señora ; pero sea como quiera , el rey don Pedro , en las Córtes de Sevilla del año de 1362 , habia declarado solemnemente á doña María por su legítima consorte : su descendencia , legitimada en las Córtes en virtud de esta declaración , habia adquirido un nuevo derecho al trono de Castilla en su última disposicion otorgada en el mismo año , en que nombró sus sucesoras á sus hijas doña Beatriz , doña Constanza y doña Isabel por órden sucesivo : el retiro de doña Beatriz á un monasterio habia transferido en doña Constanza todos los derechos que la pertenecian á aquella ; y últimamente , aun cuando no hubiera existido semejante matrimonio , y los hijos habidos en él quedasen en la clase de naturales , bastardo por bastardo parecia mas justo que sucediese un hijo del rey que no su hermano. A la sombra del nuevo pretendiente volvieron á levantar sus estandartes los reyes de Portugal y de Aragon ; pero de ambos supo triunfar el valeroso Enrique ; y el duque de Alencastre , casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el rey de Francia , hubo de abandonar una empresa que habia abrazado con poca reflexion.

Asegurado don Enrique en un trono adquirido con tantas fatigas , y desembarazado de todos sus rivales , dirigió su atencion á mejorar la suerte de sus vasallos con acertados reglamentos , y tuvo la satisfaccion de ver que el éxito correspondia á sus desvelos. El reino todo empezó muy desde luego á mudar de aspecto , y los miserables pueblos , que habian pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sangriento á la paz y tranquilidad de uno humano y justo , y

veían asegurado su honor, sus propiedades y su felicidad bajo los auspicios del suave dominio de un príncipe tan digno, dirigían al cielo fervientes y sinceros votos por su conservacion.

1379. Por desgracia estaba demasiado cerca el término de su carrera. Agravado de la gota que padecía falleció en 30 de mayo de 1379, recomendando eficazmente á su hijo don Juan la amistad con la Francia, que tan bien le habia servido, y dándole saludables consejos acerca de la conducta que debia observar en lo sucesivo: "Si quieres reinar en paz, le dijo, no debes perder de vista que tu reino se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia: unos que siguieron constantemente mi partido: otros que con la misma constancia se declararon por don Pedro; y otros que se mantuvieron neutrales. Conserva á los primeros los empleos que obtienen y las mercedes que les he concedido; pero ten presente siempre su inconstancia y deslealtad. Confía sin reparo á los segundos los cargos de la mayor importancia: ellos permanecieron constantemente fieles á su soberano en su fortuna próspera ó adversa; y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, les empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores. Para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien común han preferido siempre su particular interes." Tachan á don Enrique de demasiado pródigo, y lo fue con efecto; pero las circunstancias de aquellos tiempos de inquietud disculpan algun tanto su prodigalidad. Necesitaba de amigos que sostuviesen su partido, y no podia adquirirlos sino á costa de

grandes y excesivas mercedes; pero ya que la necesidad le obligó á estos sacrificios, procuró corregir el mal en lo posible, escluyendo en su testamento á los parientes transversales de la sucesion en la herencia de aquellos estados, que hubo de ceder con profusion, y admitiendo en ella solamente á los hijos y descendientes legítimos por línea recta. Oportuno remedio con que una gran porcion de pueblos, derechos y bienes enagenados por sus donaciones en aquella época, han vuelto con el tiempo á incorporarse á la corona real.

La primera diligencia de don Juan I fue ratificar su alianza con la Francia, despachando en su socorro una escuadra que pudo serla muy útil para arrojar casi enteramente á los ingleses de la Aquitania, que tenian ocupada; mas avivó el resentimiento de estos para hacer que el duque de Alencastre renovase sus pretensiones á la corona de Castilla. Con efecto, se supo que en su nombre un hermano del rey de Inglaterra se disponia para pasar á Portugal con dos mil hombres de desembarco; y que el portugues, infiel á sus tratados, no solamente se hallaba en ánimo de darle acogida, sino que apercibia numerosas tropas para favorecer la irrupcion que meditaba por las fronteras castellanas. Conoció don Juan cuán ventajoso le era anticiparse á sus enemigos; y haciendo salir su escuadra contra la portuguesa, logró desbaratarla casi enteramente, con pérdida de veinte galeas. Esta importante victoria, frustrando el desembarco del ingles, dejaba dueño absoluto del mar al castellano; pero el almirante vencedor tuvo la imprudencia de abandonar el crucero, retirandose á Sevilla ufano con su presa, y los ingleses lograron

entre tanto arribar á Lisboa sin la menor oposicion.

El rey don Juan se hallaba á la sazón empeñado en el sitio de Almeyda, plaza situada en las fronteras de Portugal; y á pesar de la vigorosa resistencia de los defensores, procuró acelerar su rendicion para salir al encuentro al ejército coligado y precaver su invasion. Avistóle en Yelves resuelto á la batalla; pero no faltaron mediadores de uno y otro campo que lograron transigir estas diferencias, con la condicion de que el rey de Castilla restituyese las galeras apresadas, y franquease sus bajeles para el regreso de las tropas inglesas; cediendo por su parte el portugues la mano de su hija primogénita doña Beatriz para el infante don Fernando de Castilla, hijo segundo del rey, que apenas tenia un año. El partido, no hay duda, era poco ventajoso para don Juan, que ciertamente se hallaba en disposicion de dar la ley mas bien que de recibirla; pero la debilidad de su complexion influia tanto en su espíritu, y le reducía á tal pusilanimidad, que por no aventurarse al éxito incierto de una acción decisiva, hubiera admitido condiciones todavía mas gravosas. Así es que los tratados se cumplieron religiosamente por su parte, si bien el matrimonio estipulado no llegó á verificarse, así por la edad del esposo, como por haber ocurrido al mismo tiempo un incidente que hizo mudar de aspecto el estado de las cosas.

El rey don Juan, que de resultas del último concierto ajustado por su padre con el rey de Aragon, habia casado con la hija de este doña Leonor, perdió desgraciadamente á su muger de resultas de un parto; y como aun se hallaba en la

flor de su edad, recibió un mensaje del portugues, ofreciendole por esposa á su hija doña Beatriz, ya que la edad del infante obligaba á diferir su enlace tanto tiempo, y nada podia ser mas perjudicial á los intereses de ambas potencias que semejante dilacion. Esto era así sin duda; y don Juan, que lo conocia, no se detuvo en admitir la propuesta, aunque á costa de renunciar el derecho que la calidad de marido de doña Beatriz pudiera conferirle al trono de Portugal despues de los dias de su padre. En efecto, la nacion portuguesa, rival siempre de la castellana, con dificultad habia de consentir en la reunion de ambas coronas sobre las sienes del príncipe que rigiese á Castilla; y así para evitar los disturbios que en adelante pudieran sobrevenir con este motivo, fueron las condiciones del concierto: "Que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal, heredaría el reino su hija primogénita doña Beatriz, permitiéndosele á su marido el rey de Castilla intitularse rey de Portugal; pero reservandose el gobierno del estado á la reina viuda doña Leonor, durante su vida, ó hasta que doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, en quien recaeria en este caso el gobierno y dictado de rey de Portugal, que deberian abandonar sus padres." A pocos meses de este matrimonio falleció el rey de Portugal, y los acontecimientos ocurridos con este motivo, acreditaron suficientemente que aun no se habian previsto bastante en las capitulaciones los efectos de la animosidad portuguesa contra Castilla. Esta llegó al extremo de atropellar los derechos que la sangre, la voluntad del rey difunto, y aun la misma nacion, asintiendo al anterior contrato, ha-

bian conferido á doña Beatriz, que no era castellana, y cuyo enlace con el rey de Castilla no la habia despojado de los legítimos títulos que la aseguraban la corona de sus mayores. La nacion sin embargo se negó unánimemente á reconocerla, y solo disentia en la eleccion de la persona que se habia de substituir. El infante don Juan, hermano natural del rey difunto, y el maestro de Avis, fruto bastardo de la misma union que don Juan, eran, segun parece, los inmediatos sucesores en defecto de doña Beatriz, y ambos tenian sus partes; pero la ausencia del primero, y su prision en los dominios castellanos, favorecian infinito al partido del maestro, quien finalmente, dueño de la voluntad general, y de las principales plazas, fue aclamado rey de Portugal.

Muy desde los principios conoció el rey don Juan las muchas dificultades que le habian de embarazar la posesion de la nueva herencia de su muger; y así determinó hacer su entrada en Portugal pacíficamente, aunque seguido para qualquiera acontecimiento de un ejército numeroso, que le hiciese respetable. Detenido en los preparativos indispensables que este partido exigia, no pudo impedir con tiempo la exaltacion del maestro; de suerte que llegó á las fronteras cuando ya apenas tenia nada en Portugal. La superioridad de sus fuerzas le allanó sin embargo el camino hasta Lisboa: encerró en ella al maestro, y este hubiera tenido finalmente que rendirse implorando la merced de su agraviado vencedor, á no haberse declarado en el campo castellano una furiosa peste, que en breves dias le cubrió de cadáveres, y obligó al rey á levantar el sitio retirandose á Castilla.



El Mendoza mas célebre.

En la desgraciada batalla de Aljubarrota mataron el caballo al Rey D. Juan I, cuyo azar le hubiera costado la libertad ó la vida; pero su Mayordomo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, cediendole el suyo para que asegurase la fuga, se arrojó á pie á las tropas enemigas, y logró muriendo la gloria de los héroes. Este sabía que si en la muerte de otro se pierde solo un hombre, con la de un Rey puede perderse un reyno.

Impaciente por sujetar á aquella nacion refractaria, volvió al año siguiente con un egército de treinta mil hombres, arrasando el pais por donde transitaba; encontró á su enemigo cerca de Aljubarrota, y sin reparar en la ventajosa posicion que ocupaba, ni en el cansancio de los suyos, le embistió con denuedo; pero ni sus esfuerzos, ni el brio y superioridad de sus tropas, pudieron impedir su completa derrota. Quedaron en el campo diez mil valientes castellanos; pereció entre ellos la flor de la nobleza, y el rey debió su vida á la generosidad de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza, que cediéndole su caballo, se entregó á la muerte por proteger su fuga.

Ufano el portugues con tan señalada victoria, entró por Badajoz á sangre y fuego, despues de recobrar las plazas que le habian ocupado los castellanos, y envió relacion de la derrota al duque de Alencastre, instándole para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla, que por su muger le pertenecia, y que en su concepto no estaba don Juan en disposicion de defender; y en efecto, no tardó en presentarse el duque en Portugal con tres mil hombres de tropas auxiliares, tan satisfecho del éxito feliz de esta jornada que no dudó en traer consigo á su muger y á sus tres hijas.

El castellano sin embargo no se hallaba desapercibido; y con el crecido número de tropas que habia podido juntar, y las que en su socorro le habian enviado de Francia, se creia bastante poderoso, no solo para hacer frente al egército combinado, sino tambien para arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del altivo portugues; pero en medio de estos marciales preparati-

vos, el pacífico don Juan prefirió una composición amigable á las ventajas que le prometian sus esperanzas. Sabido el objeto de las querellas del duque, conciliar en lo posible los intereses de la casa reinante en Castilla con los de la que se suponía agraviada, además de ser un rasgo fino de política moderada, ponía fin á unas inquietudes, que hubieran durado eternamente. Esto procuró don Juan, y esto lo consiguió por medio del matrimonio de su hijo primogénito don Enrique con doña Catalina, hija del duque y de su muger doña Constanza, y estos fueron los primeros príncipes que en Castilla empezaron á usar el dictado de *Príncipes de Asturias*. El portugués, abandonado de su amigo al mejor tiempo, hizo todos sus esfuerzos para continuar la guerra por sí solo; pero últimamente se vió en la precision de ajustar unas treguas por seis años.

De este modo consiguió don Juan aquella situación tranquila, análoga á su carácter y que deseaba ansiosamente para aplicarse con ardor al gobierno de sus pueblos. Desconfiaba sin embargo de poder hacerlos tan felices como deseaba, y se le advirtió alguna vez casi resuelto á dejar la corona; pero el reino, que conocía y apreciaba sus bellas cualidades, se opuso constantemente á esta resolución.

Bien pronto una imprevista desgracia le privó de su amable monarca. Presenciaba el rey las evoluciones que al modo africano hacían unos soldados á caballo; y queriendo imitarlos, dió de espuelas al suyo, que enardecido con la fogosidad de los otros, le precipitó á los treinta y tres años de
1390. edad en 9 de octubre de 1390.



Muerte de D. Juan I.

Presenciaba D. Juan I las evoluciones que al estilo africano hacian 30. christianos asalariados por el Rey de Marruecos; y queriendo imitarlos arrimó la espuela á su caballo, que con este estímulo, y enardecido con la fogosidad de los otros, corrió por un barbecho, tropezó, cayó, y derribó al Rey con tal fuerza que perdió la vida. En una diversion sobrecogió la muerte al que había respetado en campaña.

Poco mas de once años contaba á la sazón su hijo Enrique III cuando subió al trono, bajo la dirección y gobierno de una multitud de tutores nombrados por su padre en su última disposición. Todos eran poderosos, todos querían ser absolutos; y esta circunstancia da á conocer bastante que la menor edad del nuevo soberano no estuvo exenta de las agitaciones que han hecho siempre tan odiosas las regencias. En efecto, su escandaloso número, su rivalidad, y su ambición desmesurada, produjeron tales desórdenes en el gobierno político del estado, que mas de una vez se vió Castilla amenazada de una sangrienta división, sin que bastasen los remedios paliativos que adoptaron las Córtes, ya para disminuir el número de aquellos pequeños déspotas, ya para establecer un sistema menos tumultuoso de administración. Llegó por fin Enrique á los catorce años; y deseando poner remedio á unos males que desde mucho tiempo traían afligido su corazón, pero que no había estado en su arbitrio evitar, hizo declarar su mayoría en las Córtes de Burgos, celebradas en el año de 1393, manifestando que desde aquel punto cesaban las funciones de los que con la máscara de tutores y gobernadores solo habían procurado elevar sus propias fortunas y riquezas sobre la ruina y miseria de los pueblos. Entonces fue cuando el arzobispo de Santiago, uno de los contutores y gobernadores del reino, que quizá no había contribuido menos que sus compañeros á las turbulencias anteriores, se propuso convencer con una prolija arenga al jóven príncipe del infatigable zelo de los regentes en superar los obstáculos que las circunstancias les habían opuesto, exagerando con impudencia su tra-

bajo y rectas intenciones, é indicándole sin mucha ambigüedad que para asegurar el acierto debía seguir indispensablemente sus mismas máximas, y no separarse de sus consejos; y entonces fue cuando Enrique, indignado de oír tan capcioso razonamiento, le respondió con entereza: "Mientras fui pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester; pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones."

El primer cuidado de Enrique fue asegurar la paz á sus vasallos; y con su prudencia y moderacion, no solamente se concilió la amistad de los príncipes españoles, sino que obligó á dejar las armas á sus mayores enemigos. Sin embargo, estuvo muy á pique de malograrse el fruto de sus pacíficas disposiciones por una necedad caballeresca. El maestre de Alcántara don Martin Yañez de la Barbuda, seducido por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria, defendiendo con las armas en la mano la santidad del cristianismo y sus ventajas respecto de la creencia musulmana; y formando para esto un pequeño cuerpo de imprudentes campeones, sin reparar en las treguas que mediaban entre Granada y Castilla; en el enojo que podria ocasionar á Enrique, ni en las consecuencias de tan temerario arrojo, envió un cartel de desafio lleno de insultos al soberano granadino, convidándole á un combate que se ofrecia á sostener con una mitad menos de gente en proporcion á la que él acaudillase. Eran entonces muy frecuentes esta especie de retos, aunque por lo regular tenian por objeto alguna aventura galante, ó

el patrocinio de las viudas, huérfanos y otros desvalidos que no podian tomar satisfaccion de sus agravios; pero no dejó tambien de mezclarse alguna vez en estas sangrientas escenas el imprudente zelo por una religion que detesta la violencia y no respira sino paz, caridad y dulzura. Como quiera, el rey hizo conocer á aquel caballero el disgusto con que miraba una empresa tan aventurada, tan intempestiva, tan contraria á sus miras políticas, y funesta quizá para su reino; pero alucinado con los halagüeños presagios del visionario Sago, respondió: "Que no podia abandonar sin mengua un empeño en que se hallaban comprometidas su piedad y reputacion, y en que tenia segura la proteccion del cielo confirmada con indudables vaticinios." Partió con efecto llena de confianza aquella tropa de fervorosos guerreros, y precedida de una cruz se introdujo osadamente en la comarca de Granada; pero como los moros no se creian obligados á respetar esta insignia misteriosa, ni las predicciones del ermitaño, los acometieron con la satisfaccion que les daba la superioridad de sus fuerzas, y los hicieron pedazos sin que ninguno pudiese salvarse del estrago. Enrique sintió mucho esta desgracia; y como le era tan interesante conservar la buena inteligencia con el granadino, y aplacar su justo resentimiento, procuró darle una satisfaccion asegurándole de la ninguna parte que habia tenido en aquella empresa, no solo meditada sin su mandato, sino tambien llevada á efecto contra su voluntad.

A pesar de la sinceridad de estas protestas no se vió libre Castilla de una imprevista irrupcion, que como por via de represalias hicieron los moros

de Granada algunos años despues. Don Enrique no solo se propuso contenerlos , sino que concibió el vastísimo proyecto de arrojarlos de toda la península ; pero sus dolencias habituales , que con el tiempo habian llegado á hacerse mas peligrosas, le obligaron á ceder esta gloria á sus sucesores , y le llevaron al sepulcro en 25 de diciembre de 1406. dejando por heredero á su hijo primogénito don Juan.

Las inquietudes de la menor edad de Enrique, y la severidad con que procuró reprimir las turbulencias que en los años siguientes suscitaron algunos grandes demasiado inquietos , han servido de fundamento á una anecdota que no merece mucho crédito sin embargo de que la refieren algunos escritores de nota. Cuentan que las dilapidaciones y rapacidad de los tutores y gobernadores redujeron á tan deplorable estado la real hacienda, que Enrique á pesar de la frugalidad á que habia querido ceñirse por no gravar á sus vasallos , volviendo en una ocasion de caza se encontró sin tener que comer , sin dinero , sin prendas , y sin crédito para comprar las mas despreciables vituallas, al paso que los grandes del reino prodigaban recíprocamente sus riquezas en espléndidos banquetes: que tuvo que deshacerse de su capa para que se le pudiese preparar una escasa y grosera cena la noche misma en que tenian preparada aquellos señores en casa del arzobispo de Toledo una en que competian la delicadeza y la abundancia : que noticioso de ello Enrique , pero acostumbrado á no fiarse con facilidad de relaciones ajenas , resolvió cerciorarse con sus propios ojos , para lo cual se introdujo disfrazado en la sala del festin , donde

confundido entre la muchedumbre de sirvientes, pudo observar que nada le habian exagerado, y admirar la impudencia con que los convidados hacian alarde de las riquezas que debian á sus rapiñas: que los hizo llamar al dia siguiente bajo un pretesto especioso, y luego que estuvieron reunidos se presentó con la espada desnuda, armado de todas armas, y dirigiendose al arzobispo, le preguntó cuántos reyes habia alcanzado en España: "Señor, respondió el prelado, á vuestro abuelo, á vuestro padre y á vos. Pues yo, repuso el rey, siendo tan jóven he conocido veinte; y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de que lo sea yo solo y de que perezcan todos los demas:" que hizo una seña, y al momento se descubrieron los soldados que tenia prevenidos, un verdugo, el tajo, la cuchilla y los cordeles de la muerte, á cuya vista llenos de terror los grandes, se arrojaron á sus pies implorando su clemencia, y poniendo á su disposicion sus personas y sus bienes: que les concedió la vida el generoso Enrique; pero exigiéndoles estrecha cuenta del erario público que habian manejado, obligándoles á restituir las cantidades en que eran alcanzados; á ceder en beneficio del patrimonio real las gruesas pensiones que durante la tutela y de propia autoridad habian osado consignarse, y precisándoles á entregar las fortalezas y castillos de que por fuerza ó artificio se habian apoderado; y por último, que solo alcanzaron su libertad despues de haberle satisfecho puntualmente. Pudo ser cierto este suceso; pero ademas de tener todas las señas de fabuloso, hay fundamentos bastante razonables para creer que sea una patraña forjada sesenta años despues.

1407.

Como aun no tenia veinte y dos meses el príncipe heredero don Juan II cuando murió su padre, quedaron depositadas la autoridad real y la tutela en la reina viuda su madre, y en su tío el infante don Fernando, príncipe de raro talento, íntegro, amable, valiente, y el único sin duda á quien podia confiarse con seguridad un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias. La generosidad con que renunció la corona de Castilla, que inmediatamente le ofrecieron algunos espíritus revoltosos, y su zelo, actividad y noble desinterés en conservar ileso á su inocente pupilo un patrimonio que intentaban hacer giras los mismos que debieran ser sus defensores, acreditan el acierto que tuvo Enrique en la eleccion.

Su prudencia y moderacion no le libertaron sin embargo de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Desconceptuado con la reina madre por las cavilaciones ó intrigas de los cortesanos, vió con dolor próxima á romperse la armonía que debería reinar entre los dos regentes; y previendo las peligrosas consecuencias de una completa desunion, apresuró la division y repartimiento del gobierno del reino prevenidos por el rey difunto, para que cada uno de los dos tutores gobernase su parte con absoluta independencian y separacion.

Los moros granadinos infestaban las fronteras con repetidas correrías, y era forzoso que partiese el infante á sujetarlos; y así dejando al cuidado de la reina el gobierno de las provincias pertenecientes á Castilla la Nueva, se encargó del de Castilla la Vieja, en que se hallaban entonces comprendidas las provincias andaluzas. Presentóse en ellas á la frente de sus valerosos tercios; batió á los ma-

hometanos en varios encuentros ; los derrotó completamente en las aguas de Cádiz y en las campiñas de Archidona ; se apoderó de la importante plaza de Antequera , y los obligó á pedir la paz. Llamado al trono de Aragon , que muerto el rey don Martin le correspondia por derecho de sangre y legitima eleccion de aquellos reinos , hubo de abandonar á Castilla , aunque sin descuidar los intereses de su menor , en cuya proteccion continuó con la mayor legalidad ; pero su muerte , acaecida demasiado pronto , dejó á don Juan II espuesto á las borrascas que se levantaron casi inmediatamente.

1410.

1412.

1416.

La tutela y gobierno recayeron en la reina madre , quien apenas los desempeñó dos años con bastante acierto , cuando murió tambien ; y el rey , que ya contaba trece años , hubo de ponerse á la frente del gobierno bajo la direccion de don Alvaro de Luna , criado en su compañía desde su edad mas tierna , y que habia adquirido el mayor ascendiente sobre su corazon. A la verdad necesitaba el rey de un ministro de su confianza , que con sus talentos y firmeza supliese su indolencia é irresolucion , y supiese poner la autoridad real á cubierto de los ataques de la ambicion y del poder. Don Alvaro poseia todos estos dotes ; y el cariño que el rey le profesaba , nacido entre los juegos de la infancia y creciendo con los años , le elevó á una intimidad y privanza de que ofrecen muy pocos egemplos las historias.

1417.

1418.

Esto escitó la envidia y el encono de las personas que se habian lisongeadó de sacar el mayor partido de la debilidad del rey ; y formaron una secreta conjuracion para perder al favorito , cuya perspicacia desconcertaba siempre sus proyectos am-

biciosos. El primero que empezó á quitarse la máscara fue el infante don Enrique, maestre de Santiago é hijo del generoso don Fernando, difunto rey de Aragon; pero demasiado astuto para descubrir todo su plan fuera de tiempo, emprendió una guerra oblicua contra don Alvaro, alejando diestramente de la corte á todas sus hechuras, substituyendo personas de su confianza, y confinando al rey en Tordesillas á pretesto de mantenerle en seguridad; pero realmente con el objeto de erigirse en dueño absoluto de su voluntad y de sus estados. Inmediatamente penetraron todos las miras del maestre, y no faltó quien intentase romper las cadenas que oprimian al infeliz don Juan; pero como esto no podia realizarse sin grandes conmociones, funestas siempre á los inocentes pueblos, el prudente don Alvaro prefirió por entonces el partido de la paz y de la tolerancia, contemporizando en lo posible con su mayor enemigo. Sin embargo pensó que no debía desperdiciar las ocasiones favorables para arrancarle el prisionero; y á pretesto de una partida de caza logró pasarle al castillo de Montalvan, confiándole á la custodia de algunos caballeros amigos. El maestre, luego que lo supo, se presentó delante del castillo con un crecido número de tropas; y sin dar oidos á los preceptos y amonestaciones del rey, sitió la fortaleza con todo el rigor de una guerra encarnizada, y la redujo al mayor apuro por falta de manutencion; pero noticioso de las grandes fuerzas que venian en socorro de ella, hubo de retirarse apresuradamente á Ocaña, donde su genio díscolo le ofreció inmediatamente nuevos pretestos para continuar la discordia.

Habia casado el maestre con la infanta doña

Catalina , hermana del rey , el cual en castigo de sus desacatos , y por algun otro motivo político , habia diferido hasta entonces ponerle en posesion del marquesado de Villena , asignado en dote á aquella señora ; y últimamente revocó por inoficiosa la donacion. Exasperado don Enrique se apoderó por fuerza de aquel estado ; pero el rey envió al momento sus tropas , le recobró , y revocó la gracia de que pasasen á los descendientes del infante las rentas del maestrazgo. Esta exorbitante gracia la habia solicitado don Enrique durante la detencion del rey en Tordesillas , y la obtuvo porque entonces le imponia la ley ; pero libre ya el monarca de la opresion que le habia tiranizado , juzgó don Alvaro oportuno corregir aquella demasia , debilitando al mismo tiempo el poder del maestro. Como quiera , esta resolucion hubiera tenido consecuencias muy funestas á no mediar la reina viuda de Aragon , aplacando la cólera de su hijo , disuadiéndole del intento de marchar con todas sus fuerzas en busca del rey , como tenia resuelto , y reduciéndole á adoptar otros medios mas suaves y seguros de terminar aquellos desabrimientos. Enrique con efecto se presentó en la corte , procuró sincerarse , y aun hizo algunas propuestas ; pero interceptaron por entonces unas cartas del condestable de Castilla Ruy Lope Dávalos , parcial de don Enrique , y se descubrió la horrible trama que forjaban ambos escitando al granadino para que rompiese poderosamente por Castilla , donde seria sostenido por ellos y todos sus amigos. En vano protestó el maestro su inocencia y la falsedad de semejantes cartas : cometióse el examen del negocio al consejo del rey ; pero entre tanto fue conducido

preso al castillo de Mora ; y el condestable, aunque debió su libertad á la precipitada fuga con que logró salvarse en el reino de Valencia, perdió todos sus cuantiosos bienes, los cuales fueron adjudicados por el rey á varios caballeros, cabiéndole á don Alvaro la dignidad de condestable.

Fueron tan repetidas las instancias del rey é infantes de Aragon para que se pusiese en libertad á don Enrique su hermano, que don Juan, á pesar de su repugnancia, tuvo finalmente que condescender. Bien preveia don Alvaro las fatales consecuencias de semejante condescendencia; pero desde las fronteras de Aragon amenazaba á Castilla un poderoso ejército; don Enrique tenia muchos parciales en ella; el éxito de tan peligrosa guerra era demasiado incierto, y por lo tanto parecia preciso ceder á la necesidad. Con efecto, la primera diligencia del infante fue unirse con su hermano don Juan, que acababa de subir al trono de Navarra, y que si al principio habia reprobado la conducta de aquel, ahora entró gustosamente en el proyecto de sojuzgar al rey de Castilla con la esperanza de mayores ventajas. El condestable don Alvaro oponia sin embargo un insuperable obstáculo mientras subsistiese á su lado: les era preciso removerle por cualquiera medio, y no habia otro mas seguro que desconceptuarle con el rey y con el reino. Al momento empezaron á esparcirse las calumnias mas atroces, se le atribuyeron los delitos mas execrables, se le señalaba como la causa principal de las desgracias que afligian á Castilla, y se pedia con ansia su castigo. Estrechado el rey por todas partes, tuvo la debilidad de comprometer la decision de este negocio en cuatro parciales del infan-

te don Enrique; y don Alvaro fue sentenciado á destierro de la corte con todas sus hechuras; pero indignado el rey de la ambicion con que sus enemigos se disputaban sus empleos y el gobierno del reino, revocó la sentencia de los compromisarios, llamó inmediatamente al condestable, y para precaver ulteriores disturbios, prohibió las asociaciones clandestinas y mandó que se retirasen de la corte todos los caballeros que le eran sospechosos.

El maestre y el navarro penetraron al punto que el golpe se dirigia principalmente contra ellos; y este nuevo triunfo del condestable, avivando el aborrecimiento y el encono que ambos le profesaban, fue el anuncio de mayores inquietudes. Unidos con su hermano el rey de Aragon don Alonso V, que desde mucho tiempo solo esperaba una ocasion favorable para desmembrar impunemente una monarquía tan agitada, se presentaron en las fronteras con un grueso egército, creyendo sorprender al castellano y darle bien pronto motivos para arrepentirse de su volubilidad. Pero como no perdía de vista el condestable los movimientos del aragones, y por otra parte todo lo debia temer de una familia conjurada para arruinarle, se habia preparado con tiempo, y don Juan se halló al momento en disposicion, no solo de hacer una vigorosa resistencia, sino de imponerles temor. La mediacion del cardenal de Fox, legado pontificio en Aragon, y las persuasiones de la reina doña Leonor, viuda del generoso don Fernando, lograron impedir una sangrienta batalla que estaban para darse ambos egércitos en las llanuras de Ariza. Procuraron con el mayor esfuerzo tranquilizar aquellos ánimos alterados y reducirlos á la

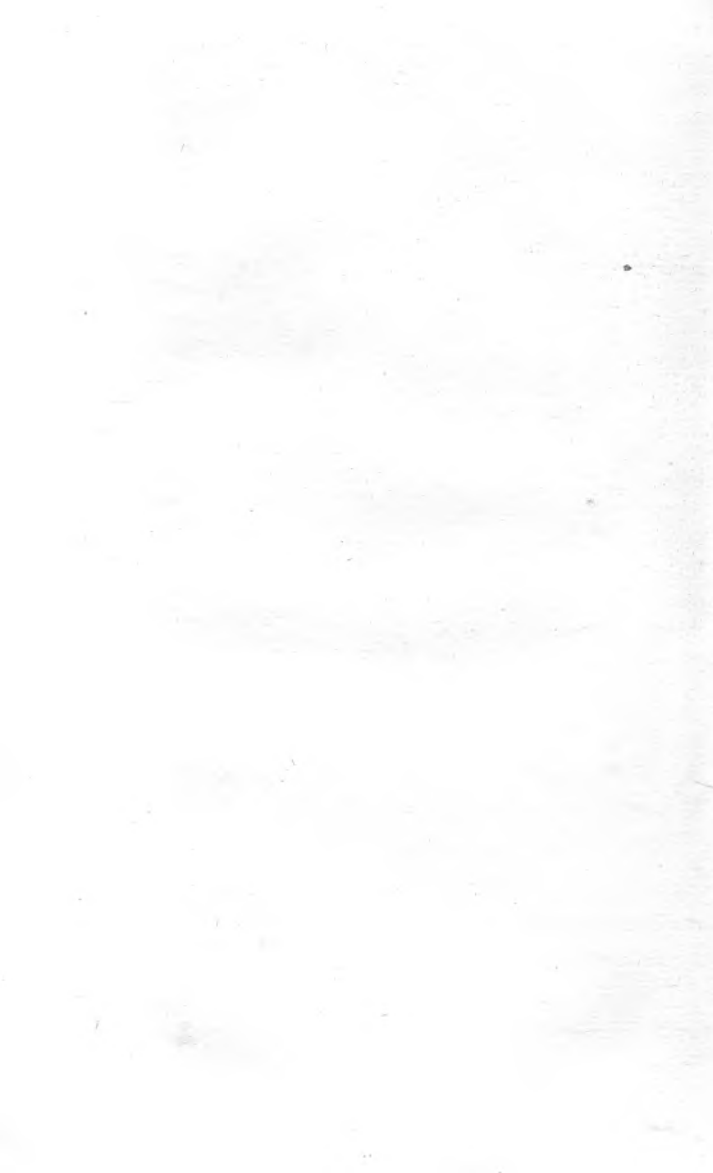
paz; y don Juan, que solo habia emprendido aquella guerra por la necesidad de defender sus pueblos y su independencia, accedió inmediatamente, con tal que el rey de Aragon se separase de la alianza que habia prometido á sus hermanos.

Negóse el aragones á tan razonable partido, y fue preciso recurrir á las armas. Entró el rey de Castilla por los dominios de Aragon, precedido del terror y la muerte, mientras sus adelantados de la frontérea de Navarra entregaban al pillage, incendio y devastacion las ciudades, aldeas y campiñas de aquel miserable reino; y despues de haberse hecho temible, pasó á la Estremadura, donde se habian hecho fuertes el maestre y su hermano don Pedro. Don Alvaro de Luna, y el conde de Benavente don Rodrigo Pimentel habian ya conseguido arrojarlos de algunas plazas importantes, y bloquearlos en Alburquerque; pero el rey creyó necesaria su presencia, ya para animar á sus tropas, y ya por ver si conseguia restablecer la tranquilidad. A este efecto hizo publicar bajo los muros de la plaza un general indulto para todos los culpados en aquellos movimientos, prometiendo recibir en su servicio á los infantes luego que se entregasen y dejasen las armas; pero apercibiéndoles de que serian tratados con todo el rigor de la guerra, como rebeldes y reos de lesa magestad, si insistian en su temerario empeño. La respuesta fue una lluvia de flechas y de metralla. El rey, sumamente ofendido con este nuevo desacato, resolvió castigarle con la mayor severidad; pero bien persuadido por otra parte de la dificultad de rendir una plaza que se defendia desesperadamente, congregó sus Córtes en Medina del Campo, donde



Cortes de Medina del Campo.

Justamente irritado el Rey D. Juan II por los escandalosos desacatos de los Infantes sus primos, juntó cortes en Medina del Campo; y privándoseles en ellas de quanto poseían en Castilla, se distribuyó todo entre los Grandes y Caballeros leales, castigando y premiando así los crímenes y servicios. Aunque no hubiera justicia, la conveniencia sola clamaria siempre por premios y castigos.



acusados los infantes de todas sus traiciones y delitos, fueron condenados á perder los estados que poseian en Castilla, adjudicados estos á varios grandes y caballeros leales, y dando en administracion al condestable don Alvaro de Luna el maestrazgo de Santiago.

Este era con efecto el medio mas seguro de dejar á los rebeldes sin arbitrio para continuar tan desastrada guerra; pues despojados de unas cuantiosas rentas, que solo se invertian en la destruccion del reino, y por otra parte sin esperanza de socorro, cuando Aragon y Navarra, debilitados con repetidas pérdidas, desconfiaban de poder resistir á los terribles armamentos con que les amenazaba el castellano, casi no les quedaba otro recurso que pedir la paz. Pidiéronla con efecto; pidiéronla tambien los reyes coaligados, aunque con tanto orgullo, y bajo unas condiciones tan duras, que hubieran sido inadmisibles para otro que la hubiera deseado menos que don Juan, y quisiese prevalerse de las ventajas de su situacion politica. Sin embargo, se firmó una tregua de cinco años, que rompieron inmediatamente los infantes don Enrique y don Pedro, auxiliados por el maestro de Alcántara don Juan de Sotomayor, y que solo pudo restablecerse con la prision de don Pedro, con la ocupacion de la fortaleza de Alcántara, y la deposicion del maestro Sotomayor.

Humillado don Enrique con tan repetidos golpes, destituido de recursos para continuar sus ambiciosas pretensiones, y temiendo la ruina que le amenazaba, imploró la mediacion del rey de Portugal para obtener su perdon y la libertad de su hermano. Fácilmente consiguió uno y otro del pa-

cífico don Juan, aunque bajo la precisa condicion de restituir las plazas que hubiese ocupado en Estremadura y de dejar en paz á Castilla, retirándose á Aragon con el infante don Pedro, segun estaba acordado en las capitulaciones anteriores.

Apenas se habia desembarazado Castilla de estos irreconciliables enemigos de su tranquilidad, cuando sin dejar las armas, se vió comprometida en otra guerra, aunque menos peligrosa. Mahomad el *Izquierdo*, que arrojado del trono de Granada por otro Mahomad llamado el *Chico*, debió su restablecimiento á la compasion de don Juan, infiel á su deber y á su palabra, tuvo la ingratitude de negarse á continuar satisfaciendo el tributo estipulado, y de conjurar contra su protector todo el poder del rey de Tunez. Logró don Juan desbaratar con tiempo esta alianza, manifestando al tunecino la mala fe y peor correspondencia de su ahijado, y empeñando su honradez para no patrocinar una injusticia: entró en la Andalucía á sangre y fuego; dejó treinta mil hombres tendidos en la vega de Granada, y aun se hubiera apoderado quizá de este último atrincheramiento de los mahometanos, á habérselo permitido la estacion, y estar apercebido de víveres, municiones, máquinas y demas pertrechos necesarios. Volvió no obstante á la siguiente primavera; derrotó á sus enemigos en varios encuentros; les quitó algunas plazas importantes, y auxiliando el partido de Jucef Abenalmáo, competidor de Mahomad, dejó á este sin la corona, que habia asegurado en su cabeza, retirándose á Castilla despues de haber castigado por este medio su ingratitude. La muerte de Jucef, el restablecimiento de Mahomad, y el furor

que le animaba á la venganza , renovaron á poco tiempo , y con el mismo éxito , las sangrientas escenas de la campaña anterior. Batido casi siempre el granadino , arrasadas sus campiñas , asaltadas sus mas inexpugnables fortalezas , precisado á luchar al mismo tiempo con las intestinas divisiones que conmovian su trono , y reconociendo finalmente la superioridad de su enemigo , dejó las armas , y se concluyó la guerra.

Muy poco tiempo disfrutó Castilla del sosiego interior que la proporcionaron la retirada de los infantes y su ocupacion en la guerra que sostenia en Italia su hermano el rey de Aragon. Eran muchos los envidiosos de la privanza de don Alvaro; y aunque disimulaban mientras se conocian débiles , maquinaban en secreto su ruina con la mayor constancia; y todos se hallaban prontos á arrojar la máscara luego que algun osado ó poderoso desplegase el pendon de la discordia. En medio de esta aparente calma descubrió el condestable una conspiracion próxima á estallar sobre su cabeza , que teniendo á su frente al adelantado Pedro Manrique , uno de sus mas irreconciliables enemigos , ó habia de conseguir su ruina , ó anegar á Castilla en la sangre de sus infelices habitantes. La prision de aquel gefe le pareció á don Alvaro , que al paso que intimidaria á los conjurados , desconcertaria su plan; y sin forma de proceso , ó alegando un pretesto especioso , fue asegurado en el castillo de Fuentidueña. Esta resolucion , que se creyó tan saludable , produjo sin embargo efectos absolutamente contrarios; pues el adelantado halló medio de evadirse de su prision , y al momento se pusieron sobre las armas todos sus parientes y amigos

clamando contra la arbitrariedad del condestable, exhortando al rey á sacudir el yugo que le esclavizaba y tenia oprimidos á sus vasallos, y haciéndole responsable de los males que amenazaban á su reino si con una pronta é ignominiosa remocion de tan perjudicial favorito no impedia los abusos de su intolerable despotismo, daba satisfaccion á sus pueblos aquejados, y restituia la tranquilidad. La capciosidad de estas reclamaciones sedujo bien pronto los ánimos de la multitud; y engrosados los rebeldes con un crecido número de parciales que diariamente acudian á alistarse bajo de sus banderas, patrocinados por el príncipe heredero don Enrique, que aborrecia á don Alvaro, y auxiliados por el maestre don Enrique y su hermano don Juan, rey de Navarra, que habian ya vuelto de su espedicion, se hallaron muy en breve en disposicion de dar la ley. En vano apuró el condestable todos los recursos de su ingenio para contener los progresos de la insurreccion: en vano recurrió á la fuerza para quebrantar el formidable poder de los rebeldes, y proteger sus estados invadidos con el mayor furor. Dueños sus enemigos de las principales ciudades y fortalezas del reino, y superiores á cuantos obstáculos pudieran oponérseles, triunfaron de la debilidad del rey, consiguiendo que hiciese salir desterrado al condestable por seis años á los pueblos que le señalaron, y quedando interceptada con el mayor rigor su comunicacion con el monarca.

Las miras de los rebeldes se estendian sin embargo mas allá de lo que prometian en la apariencia; y aunque la separacion del condestable se habia anunciado como el único medio de salvar los

intereses del reino, solo era necesaria en realidad para los ambiciosos que deseaban reemplazarle. Pero estos no podian ocupar todos á un mismo tiempo su lugar, ni á él podia arribarse sino por la tortuosa senda de la intriga, caminando sobre la ruina de todos los demas. La rivalidad, los zelos y la desconfianza, que eran consiguientes, no pudieron menos de producir la desunion; y el condestable se hubiera visto vengado con las armas de sus mismos enemigos, si previendo ellos las consecuencias de la discordia, no se hubiesen convenido en renunciar el supremo favor, con tal que nadie le lograra. Para esto se creyó indispensable no perder al rey de vista, confinarle en ciertos y determinados lugares, separarle de toda comunicacion, y no permitir á nadie, sin mucha precaucion, la entrada en su palacio. Se espiaban recíprocamente los pasos y las acciones: procuraban adivinarse los pensamientos; las espresiones mas indiferentes, proferidas al descuido, se examinaban por todos sus aspectos, y bastaba para alarmar á todos hablar al rey en secreto dos palabras. A tal estremo redujeron al monarca de Castilla los mismos que calumniaban á don Alvaro con acusaciones injustas, y que se suponian animados únicamente por el deseo de salvar la magestad de una vergonzosa esclavitud; pero aun llegó á ser su prision mas rigurosa luego que sospecharon en el condestable algunos manejos ocultos para arrancarle de su poder. Con efecto, este hombre gravemente ofendido, pero superior á los reveses de su fortuna, y á los resentimientos que en otro hubiera escitado la instable conducta de don Juan, hacia ya mucho tiempo que meditaba desde su retiro el

modo de romper sus cadenas, y solo esperaba un momento favorable cuando la desunion de sus mismos opresores se anticipó á sus deseos, y le facilitó la egecucion.

El príncipe heredero don Enrique, que no pudo perdonar á su padre el tener un favorito, habia depositado su confianza toda en don Juan Pacheco, cuyo favor é influencia le constituian verdaderamente temible á aquellos envidiosos cortesanos, y le habian hecho por lo mismo el blanco de su zelosa desconfianza. Pacheco, aun cuando despreciase los simulados tiros que le dirigian por todas partes, no se creyó dispensado de vengarse; y rasgando el engañoso velo que ocultaba la ambicion de aquellos revoltosos, descubrió al jóven príncipe toda su inicua trama, que disfrazada con la máscara del bien de los pueblos, solo habia tenido por objeto subyugar al rey en términos tan injuriosos como intolerables. Exasperado el príncipe, y resuelto á poner en libertad á su oprimido padre, solo faltaba discurrir los medios de conseguirlo, cuando con el mayor secreto recibió un aviso del condestable ofreciéndole auxilios para tan digna empresa, y doblar la cerviz á aquellos insolentes. Ya se creyó entonces superflua la menor dilacion: se pusieron ambos de acuerdo, unieron sus fuerzas, y sostenidos por el crecido número de vasallos leales, que se disputaban la gloria de librar á su rey, se hallaron bien pronto en estado de poder medir las armas con sus enemigos. Estos, aunque desde luego se habian preparado alistando sus tercios, y redoblando las prisiones del rey, no pudieron evitar su evasion, y menos la derrota que sufrieron bajo los muros de Olmedo,

pereciendo de sus resultas el maestre don Enrique, y quedando prisionero el almirante de Castilla, uno de los principales corifeos de la rebelion.

Se creyó que con esta victoria , mas memorable que sangrienta , iba á renacer en Castilla la serenidad ; y con efecto , muerto el inquieto maestre , presos ó fugitivos los mas temibles cabezas de aquellos movimientos , y aplicados al fisco sus estados , era de esperar que los demas rebeldes por miedo , impotencia ó falta de apoyo , dejarian por algun tiempo descansar al reino de tantas inquietudes ; pero inmediatamente aparecieron otras mas escandalosas y de mayor trascendencia , cuya causa no es muy dificil señalar. Habia recobrado el condestable todo su ascendiente sobre el corazon del rey , cuya mediacion le proporcionó el maestrazgo de Santiago , y cuyo afecto , declarado en repetidas honras y mercedes , hizo bien pronto conocer á Pacheco la inutilidad de sus esfuerzos para conservar en la corte , mientras aquel subsistiese en ella , el absoluto influjo que por medio del príncipe se habia lisonjeado egercer. Creyóse desairado en tanto que no lograrse deshacerse de tal competidor ; y nada mas seguro para conseguirlo que debilitar al protector y su partido , avivando en secreto el enconado rencor de los descontentos , y dejarle abandonado al éxito de una lucha desventajosa , que ciertamente habia de terminarse con mengua de la magestad. Este era el momento mas favorable á Pacheco. El rey , avasallado por un poder á que no habria podido resistir , é incapaz de sacudir el yugo que le oprimia , sufriria sin repugnancia , como en otras ocasiones , la ley que le dictase el partido vencedor ; y era segura la remocion del

condestable, á quien la revoltosa nobleza jamas perdonaria el favor que disfrutaba, ni el malogrado suceso de todos sus esfuerzos para derribarle. El príncipe, por otra parte, algo ambicioso, y dócil siempre á las insinuaciones de Pacheco, se prestaria facilmente á cualquiera resolucion que le diese alguna superioridad respecto de su padre, y tratándose de abatir á un sugeto á quien miraba con envidia hacer el primer papel, coadyuvaria con gusto á cualquiera intriga para arruinarle. En efecto, habló el sagaz favorito desfigurando con el mas feo colorido la conducta del condestable; los castigos impuestos á los caballeros rebeldes se pintaron como otros tantos abusos del influjo que egercia sobre un monarca débil; y exhortándole á tomar bajo su proteccion aquella multitud de víctimas, que se decian inmoladas á la seguridad de un hombre vengativo, le convenció á huir precipitadamente de una corte en que suponía reinar la arbitrariedad y la tiranía.

A todos sorprendió su inesperada fuga; pero el condestable conoció bien pronto el principal resorte de este movimiento, comprendió toda la estension de la intriga, y previendo sus consecuencias, temió por la tranquilidad de Castilla y la seguridad de su persona. El rey, acongojado con la idea de nuevas inquietudes, y entonces demasiado débil para hacerse respetar, se creyó en la necesidad de precaverlas por cualquiera medio; pero el príncipe su hijo se negó á toda composicion mientras no se sobreseyese en el castigo de los descontentos, que decia sin rebozo haber tomado bajo su proteccion, y se remunerase á Pacheco largamente el buen servicio de haber contribuido á la libertad

del rey. Esto era en cierto modo exigirle el precio de su rescate; pero aun cuando hubiese sido mas costoso todavía, en la dura alternativa de otorgarían insolentes propuestas, ó de esponer el reino á los desastres de una escandalosa guerra, apenas le quedaba libertad para elegir partido menos arriesgado y vergonzoso. Los rebeldes con efecto aseguraron su impunidad: don Juan Pacheco obtuvo el marquesado de Villena; y aun para tenerle mas grato, hizo el rey que los comendadores de Calatrava eligiesen maestre de la órden á su hermano don Pedro Giron.

En vano hubiera deseado el condestable hallar algun arbitrio para enfrenar á sus implacables enemigos y conservar ilesa la autoridad soberana; porque para salir con honor de tan críticas circunstancias, era indispensable contar con fuerzas muy respetables, y con un carácter mas firme y mas enérgico que el de don Juan II. Pero ya que no les pudo arrebatár este triunfo, por lo menos se confirmó en la idea, que ya tenia concebida anteriormente, de buscar un apoyo que le preservase de la ruina que le amenazaba. No se le ocultó que este acontecimiento no habia sido mas que un ensayo, cuyo éxito feliz aseguraba á los rebeldes el buen suceso de ulteriores tentativas; que todo lo debia temer de la ojeriza de tan enconados rivales, y que tenia sobradas pruebas para desconfiar del favor de un monarca débil y pusilánime. El casamiento de don Juan, viudo entonces de doña María de Aragon, con doña Isabel de Portugal, le pareció que al paso que conciliaba á Castilla una alianza poderosa, que no osarian menospreciar los insurgentes, le proporcionaba igualmente al lado del rey un in-

flujo constante, que manejándole á su arbitrio como se lisonjeaba, desconcertaria las intrigas de los envidiosos y le sostendria contra la inconstancia del monarca. Solo habia que vencer la repugnancia que á este enlace manifestaria don Juan, cuya aficion á Rodegunda, hija del rey de Francia, era demasiado notoria; pero no era este inconveniente capaz de arredrar á un hombre acostumbrado á disponer libremente de la voluntad del rey; ademas de que ocultándole el proyecto hasta que ya se hallase concluida la negociacion, estaba bien seguro de que no le dejaria desairado cuando recibiese la noticia.

1447.

Con efecto, sucedió así puntualmente. El rey, si bien manifestó al principio algun disgusto, admitió por fin sin repugnancia y aun con amor la esposa que le presentó su favorito; pero jamas pudo perdonarle un abuso tan intolerable del poder que habia adquirido á la sombra de su debilidad. La nueva reina fue el primer testigo de su resentimiento, pues muy desde luego la descubrió el monarca su resolucion de sacudir el yugo que vergonzosamente le tenia oprimido; pero que vacilaba en la eleccion de los medios de conseguirlo sin grande conmocion; y la princesa, sobrado interesada en no sufrir competidor sobre el corazon de su esposo, se anticipó á sus deseos, encargándose con gusto de la egecucion de este proyecto. El disimulo se creyó sin embargo muy necesario hasta la ocasion oportuna; y esta no tardó en presentarse cuando menos se esperaba, y por un medio que no era de imaginar.

La osadía con que el príncipe don Enrique se declaró en favor de la nobleza descontenta, y el temor de exasperarle cuando no podia refrenarle su

padre, proporcionaron, como ya dijimos, la impunidad á los caballeros rebeldes. Obtuvieron con efecto su libertad los que se hallaban presos; y solo el conde de Alba, confundido á pesar de su lealtad entre los desleales, quedó por mucho tiempo todavía sepultado en una dura prision. Queriendo vengar este agravio su hijo don García de Toledo, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita, en que se hizo fuerte, empezó á saquear los pueblos del distrito. Por consejo de don Alvaro determinó pasar el rey á sujetarle con algunas tropas; pero el conde de Plasencia don Pedro de Zúñiga, que se hallaba retirado en Bejar, creyó que esta expedicion era una estratagemata del condestable, enemigo de los Zúñigas, para sorprenderle indefenso; y uniéndose con sus amigos y deudos, formó el arrojado proyecto de acometerle en su misma casa, prenderle, ó matarle si hiciese resistencia. En aquellos tiempos en que don Alvaro se hallaba sostenido por el cariño del monarca, hubiera sido imposible llevar á efecto esta resolucion; pero entonces habian mudado las cosas de semblante, y la reina, sobrado empeñada en la ruina del favorito que la habia puesto en el trono, aprovechó la ocasion. Inmediatamente que se presentaron en la corte aquellos caballeros, hallaron autorizado su designio con un despacho del rey, escrito de su puño, en que se decretaba la prision de don Alvaro de Luna. Nada mas fue necesario. Don Alvaro fue preso, entregado de orden del rey al juicio de un consejo formado precipitadamente de personas que quizá no le serian muy afectas, y condenado á perder la cabeza en un cadahalso por tirano y usurpador de la autoridad real. Conducido al lugar de la egecu-

cion, y viendo allí inmediato al caballero del príncipe don Enrique, dicen que le dirigió estas palabras: "Dirás á tu señor que á sus leales servidores les premie de otro modo que el rey me premia á mí." Examinó con tranquilidad la escarpija en que habia de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta que llevaba prevenida para que le atasen las manos; y despues de adorar un crucifijo que habia sobre el tablado, entregó al cuchillo su garganta. Así acabó en Valladolid, despues de tantas vicisitudes y reveses, este hombre singular, este monstruo de la fortuna; siendo lo mas particular que fuese enterrado de limosna en el cementerio de los malhechores el mismo que habia llegado á la cumbre del poder y tenido á su disposicion los tesoros de la corona. Se ha pretendido obscurecer su memoria con acusaciones bien denigrativas; pero quizá su único defecto fue ser ministro hábil de un débil monarca; y lo que no tiene duda es que don Juan II de Castilla pagó muy mal á don Alvaro de Luna el zelo con que le habia servido, y la libertad que le debió en repetidas ocasiones, arrancándole ya del poder de los infantes de Aragon, ya del de sus mismos vasallos.

Así es que aquellos grandes de Castilla, que tanto habian inquietado, apenas se vieron desbarazados de este espíritu denodado y firme, empezaron á mostrarse mas insolentes y atrevidos; y aunque para abatirles el orgullo, quiso el rey valerse de las armas, y con las riquezas del condestable logró formar un cuerpo numeroso de tropas, tuvieron ellos demasiado poder y osadía para hacer ilusorios sus proyectos. Ni ¿cómo un príncipe débil, sin caracter, sin autoridad, sin fuer-



D. Alvaro de Luna.

Fué tal la confianza con que D. Juan II distinguió á D. Alvaro de Luna, que parecia reynaba para solo obedecer á su Ministro; pero este se adquirió por lo mismo tantos y tales émulos, que al fin lograron del Monarca que decretase su prision y la muerte que sufrió en un cadalso. Si tanto pueden las quejas y la envidia; como és que hay quien aspire y se exponga tranquilamente á ser envidiado y á tener quejosos?

zas, y despreciable á los ojos de muchos de sus vasallos mismos, pudiera salir bien de una empresa superior aun á la constancia, á la política y fino talento de un don Alvaro de Luna? Empeñado en este objeto se hallaba sin embargo, cuando le acometieron unas cuartanas dobles y tenaces, que le condujeron al sepulcro en 21 de julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad, cuarenta y siete de reinado, y trece meses de la muerte de su favorito. Dejó dos hijos de su segundo matrimonio: la muerte prematura del primero, llamado don Alonso, puso con el tiempo, como ya diremos, la corona de Castilla sobre las sienes de su hermana doña Isabel, conocida por el famoso renombre de la *Católica*. Se dice que don Juan era sumamente apasionado á la historia y á la poesía; y que á pesar de su limitado talento, las composiciones que en este último género han podido conservarse, no son del todo despreciables. Quizá esta sería la causa de que mirase con mortal aversión los negocios serios de la monarquía; y no deja de ser bastante reprehensible en un príncipe, destinado á hacer la felicidad de sus pueblos, el no saber sacrificar sus inclinaciones particulares á este único y preferible objeto.

Enrique IV de este nombre, su hijo y sucesor, habia casado en vida de su padre con doña Blanca de Navarra; pero no habiendo podido lograr sucesion de esta señora en mas de doce años que vivieron juntos, solicitó y obtuvo de la Curia romana la rescision de un matrimonio, que consideraba nulo por impotencia respectiva. Quedaron por consiguiente ambos en la libertad de unirse con quien mejor les pareciese; y restituida á Na-

varra la princesa, no trató don Enrique de pasar á segundas nupcias, hasta que colocado en el trono de su padre, pensó muy seriamente en borrar la nota de su impotencia, asegurando la sucesion de sus reinos. Habiéndole celebrado mucho la hermosura de doña Juana infanta de Portugal, la pidió, se otorgaron las capitulaciones, y celebrado el desposorio por poderes, fue recibida en Castilla la nueva reina con el mayor aparato y obsequio. Era con efecto la novia muy hermosa; pero una de sus damas, llamada doña Guiomar de Castro, aunque no lo era tanto, logró mas ascendiente sobre el corazon del rey.

Una de las torpezas que cometió don Enrique desde el momento en que empezó á reinar, fue exasperar á la grandeza, elevando á los primeros empleos á personas de baja estraccion, que no tenían otro mérito que la recomendacion de sus favoritos. La nobleza necesitaba de muy poco para renovar las disensiones anteriores; pero ciertamente no es extraño llevase con impaciencia que los honoríficos cargos de canciller y condestable recayesen en un simple criado del marques de Villena: que el maestrazgo de Alcántara se destinase para un pobre hidalgo de Cáceres; y que don Beltran de la Cueva pasase repentinamente de page de lanza del rey á ser su mayordomo mayor, y declarado favorito, cuando los principales ricos-hombres se creian desatendidos y humillados.

Los primeros que empezaron á manifestar su descontento fueron el arzobispo de Toledo, el almirante don Fadrique Enriquez, don Pedro Giron, mestre de Calatrava, el marques de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente, y otros

muchos poderosos. Quejaronse altamente al rey de la malversacion de sus rentas en los profusos y disparatados festejos á que le inducian sus malos consejeros; de la impunidad con que se multiplicaban los delitos, hallando los delinquentes abrigo en quien debia castigarlos; de la licencia y desfreno con que hasta en las clases mas ínfimas se burlaba el rigor de las leyes; y de la indolencia con que se miraba la felicidad del estado. Tantos y tan crecidos males indicaban, en su concepto, como necesaria la convocacion de unas Cortes en que se proveyese de remedio; pero el principal motivo era que como estaban seguros de la mayoría de los vocales, esperaban arreglarlo todo á su voluntad, arrojando de la corte al favorito y sus hechuras, y realizar el proyecto que habian ya propuesto al rey de hacer declarar príncipe heredero de la corona á su hermano el infante don Alonso. Era el pretesto la impotencia de don Enrique, que al parecer se confirmaba en su segundo matrimonio; pero el objeto seria sin duda poder formar, á la sombra de una persona autorizada, un partido de oposicion, que el rey no podria menos de tratar con algun miramiento. Tenian un egemplar en el mismo don Enrique, á quien habian visto, sostenido por la nobleza, dar la ley á su indolente padre en el reinado anterior; pero quizá esto mismo fue tambien la causa de que el rey, penetrando sus miras, ensordeciese á sus quejas, y desechase sus propuestas. Ocurrió á poco tiempo la novedad de dar á luz la reina una hija; y para quitarles toda esperanza de lograr sus intenciones, dispuso el rey inmediatamente que el reino la reconociese y jurase por prin-

cesa heredera del trono de Castilla.

Resistióse no obstante mucha parte de la grandeza á prestar el juramento, habiéndose esparcido ciertos rumores de que la recién nacida no era hija del rey. No faltaba quien sin rebozo la señalase por padre á don Beltran de la Cueva; y aun se añadía que este no habia hecho otra cosa que acceder á las insinuaciones del mismo don Enrique. Todo lo hacian creible sus deseos de desmentir el concepto de impotente en que generalmente era tenido; y la reina quizá, por otra parte, no dejaria de dar motivos suficientes para que tales juicios, aunque vergonzosos, no fuesen infundados. Como quiera desde entonces empezó á fraguarse una formidable conspiracion que tenia por objeto no menos que destronar al rey y substituir en su lugar al infante don Alonso. Claro es que sus principales corifeos serian los caballeros descontentos; pero ahora se les habian agregado las mejores familias del reino y los prelados mas respetables, soplando el fuego de la sedicion el mismo marques de Villena, que no podia perdonar á don Enrique el ensalzamiento de su rival don Beltran de la Cueva. Sostenidos al mismo tiempo por los reyes de Aragon, que deseaban el enlace de su hijo don Fernando con la infanta doña Isabel, y veian muy opuesto á don Enrique, sé hallaron muy pronto en disposicion de atreverse á dirigir al rey, en nombre de los tres estados, un escrito formal, quejandose del ningun efecto que habian producido sus diferentes reclamaciones, para que procurase reformar la administracion de justicia y corregir los enormes excesos, que decian cometidos por el mismo rey, por los suyos, y particularmente por

don Beltran de la Cueva, que le tenia oprimido y tiranizado, deshonorando su real persona y casa; ocupando cosas debidas únicamente á la magestad; obligando á la grandeza y pueblo á jurar por primogénita y sucesora de los reinos á doña Juana, dandola el título de princesa, que sostenian no corresponderla, como constaba al rey y á don Beltran; apoderandose de los infantes don Alonso y doña Isabel sus hermanos, á la sazón presos en Segovia, y cuya muerte se procuraba con esfuerzo para que nadie disputase la sucesion á la Beltraneja; y protestaban por último, que si el rey no ponía freno á estos desórdenes, y sobre todo sino declaraba un sucesor legítimo de la corona, procurarían ellos defender con las armas sus derechos.

Don Enrique conoció muy bien que los que así le hablaban podrian sostener lo que decian; pero creyó atajar el incendio, entregando al marques de Villena el infante don Alonso para que fuese jurado su sucesor en la corona, con la condicion de haberse de casar con doña Juana luego que tuviese competente edad. Como al mismo tiempo se ponía en duda la legitimidad de la princesa, y esto cedia en oprobio suyo, tomó el ridículo partido de hacer una sumaria informacion de su potencia, comisionando para el caso á los obispos de Cartagena y Astorga; y estos respetables prelados se vieron ocupados en recibir declaraciones para averiguar si doña Juana era realmente hija del rey ó adulterina por algun engaño. En suma, las resultas fueron que hasta los doce años no se habia notado en don Enrique defecto alguno natural; que enervada sin embargo con el tiempo su potencia no habia podido lograr sucesion de doña Blanca, su

primera muger; pero que habia tenido la fortuna de recobrarla despues. Cada uno podrá formar el juicio que le parezca, en órden á esta pérdida y recobro de potencia generativa; pero estas declaraciones tienen ciertamente muchos visos de haber sido forjadas á placer de quien mandaba recibirlas.

Impacientes los coligados de llevar al cabo su proyecto de arrojar del trono á don Enrique, apenas tuvieron en su poder al infante don Alonso, se reunieron junto á los muros de Avila para representar una escena bien extraordinaria. Sobre un espacioso tablado, construido en una despejada llanura inmediata á la ciudad, erigieron un magnífico trono, en que colocaron una estatua de don Enrique révestida de las reales insignias; y á presencia de una prodigiosa multitud de nobles y plebeyos convocados al intento, se le formó una especie de juicio, condenandole á perder la corona en castigo de los crímenes, injusticias y notables escesos que pretendian habersele justificado. La sentencia se leyó en voz alta á todos los circunstantes; y en su egecucion fue inmediatamente despojada la efigie de los adornos de la magestad, arrojada con ignominia del trono, y recemplazada en él por el infante, á quien al punto aclamaron rey de Castilla.

Insulto semejante no era disimulable; y así inmediatamente juntó sus tropas don Enrique, marchó contra los sediciosos, y los derrotó bajo los muros de Olmedo; pero ni este contratiempo, ni la muerte del infante don Alonso, acaecida de allí á poco, bastaron para que abandonasen su intento. Enviaron una diputacion á la infanta doña Isabel, que se hallaba á la sazón en Avila, ofreciendola el

trono de Castilla, que suponian pertenecerla como inmediata sucesora en el derecho de don Alonso; pero la noble princesa desechó la proposicion con generosa constancia, y recordó á los malcontentos la fidelidad que debian á su legítimo soberano; contentandose con que se hiciese reconocer públicamente su derecho á la corona despues de los dias de su hermano don Enrique, con exclusion de doña Juana. Tan inesperado rasgo de desinteres les dejó sorprendidos y les indicó su deber. Convinieron todos en dejar las armas, si bien no fue posible sosegar los ánimos hasta que admitió el rey las condiciones con que se ofrecieron á volver á su obediencia. Estas se reducian á olvidar todo lo pasado, á restituir á cada cual lo que le pertenecia, y á declarar princesa heredera y sucesora en el reino á la infanta doña Isabel; y en efecto, á pesar de las protestas de la reina á nombre de su hija, y de sus apelaciones al papa, que quizá no era el juez mas competente en este asunto, fue jurada doña Isabel por los tres órdenes del estado, y declarado írrito por un legado pontificio, que se hallaba presente, el juramento prestado á doña Juana.

No duró á pesar de eso la tranquilidad sino hasta tanto que volvieron á chocarse los intereses de los cortesanos. Este reinado y el anterior pueden llamarse con particularidad los de los favorecidos y de los zelosos. Emulos unos de otros, todos aspiraban á destruirse mutuamente, y cada cual anhelaba por apoderarse del gobierno. El marques de Villena habia recobrado todo su influjo, y constituido por la prodigalidad del rey y su propia política en una situacion que destruia el equilibrio del poder, hacia demasiada sombra á los de su cla-

se para que le mirasen sin envidia. El arzobispo de Toledo particularmente se declaró su antagonista. Habia sido uno de los principales agentes en la anterior conmocion, y su genio altivo y dominante no le hacia soportable la idea de que otro le arrebatase el fruto de sus intrigas. Ambos se miraban con desconfianza, ambos se aborrecian, y no desperdiciaban la menor circunstancia que pudiese mortificar al otro. Favorecia el arzobispo las pretensiones del príncipe don Fernando de Aragon; y esto bastó para que Villena se propusiese contradecirlas, casando á la infanta doña Isabel con el rey de Portugal ó con el duque de Berri. La corte se dividió en bandos. Unos patrocinaban las ideas del arzobispo, otros sostenian las de Villena: unos y otros parciales eran poderosos y tenaces; pero los del arzobispo llevaban la ventaja de defender el gusto de la infanta. A pesar de todo era tal el empeño de Villena por embarazar el matrimonio de esta señora con don Fernando de Aragon, que no se hubiera celebrado, á no ser por el desvelo del arzobispo. El trazó el plan, dió las disposiciones, franqueó caudales, venció cuantos obstáculos se le opusieron, que no fueron pocos; y cuando ya estuvo todo preparado, partió disimuladamente la infanta del lugar de su retiro para reunirse con el arzobispo. Intentó Villena detenerla en el camino; y aquel salió inmediatamente á su defensa con trescientos caballos escogidos, que la fueron escoltando hasta Valladolid. Ya que no pudo Villena impedir esta reunion, despachó órdenes estrechas á las fronteras para que no permitiesen el paso á don Fernando. El príncipe sin embargo, avisado por el arzobispo de cuan urgente era

su entrada, se arrojó al peligro sin reparo, se introdujo disfrazado en Castilla, y con solas cuatro personas llegó sin obstáculo hasta Valladolid, donde se celebró el desposorio.

De este modo quedaron burladas las precauciones del marques de Villena, y frustrados todos sus designios; pero desde luego convirtió su encono contra los príncipes, é intentó con el mayor esfuerzo privarles de la corona, haciendo revivir el derecho ya olvidado, y que él mismo habia combatido, de la desgraciada Beltraneja. Temia, y con razon, que si reinaban en Castilla estos príncipes, no solo perderia el marquesado de Villena y otros estados que habian sido del rey de Aragon, padre de don Fernando, sino la mayor parte de los que poseia en Castilla, arrancados con astucia al pródigo Enrique, á pretesto de remuneraciones por los servicios que habia hecho en favor de doña Juana. Procuró pues persuadir al rey á que esta efectivamente era hija suya, y que no podia tolerarse que viviendo ella, y habiendo sido jurada princesa y sucesora suya, pretendiese usurparla el reino doña Isabel su hermana. El rey, que se hallaba por otra parte sumamente irritado por el matrimonio, quedó fácilmente persuadido; anuló la declaracion que habia hecho en favor de doña Isabel, y publicó otra en favor de doña Juana. Considerando Villena cuan útil le seria interesar en sus intrigas á alguna Potencia estrangera, habia ofrecido la mano de doña Juana al rey de Portugal; pero despues, mas confiado quizá en las fuerzas de la Francia, no tuvo reparo, á pesar de su empeño con el portugues, en proteger la pretension del duque de Berri, que solicitaba el mismo enlace. Este fue por consecuen-

cia el preferido, y se celebró su casamiento en el valle de Lozoya á presencia de una corte numerosa congregada al intento. En esta asamblea ocurrió lo que no tendrá quizá egemplar. Los embajadores del duque, que no debian estar muy satisfechos de la legitimidad de la novia, exigieron juramento públicamente á la reina de que aquella señora era verdaderamente hija de su marido. Habiéndolo afirmado, pasaron á exigirle al rey; y este, que unas veces vacilaba, otras lo creia, y otras lo negaba abiertamente, tampoco tuvo dificultad en asegurar lo que no sabia ni podia saber.

Por desgracia murió el duque antes que su esposa saliese de Castilla; y Villena, que no perdía de vista su plan, hubo de contentarse con la alianza que habia despreciado antes; si bien el portugués se creyó, y con razon, bastante desairado para no admitir entonces la propuesta. Puso los ojos Villena en don Enrique Fortuna, hijo póstumo del infante don Enrique, hermano del rey de Aragon; y sin duda estuvieron muy adelantadas estas negociaciones. Debió sin embargo disgustarse muy en breve de su nuevo ahijado, pues no solo se le advirtió muy tibio en concluiras, sino que reconvenido por el rey, respondió: "Que su hija debía casar con un rey poderoso que supiese vindicar su derecho; pero que si á pesar de todo insistia en casarla con el infante, debía prevenir un ejército respetable, y veinte millones para pagarle."

Los príncipes entre tanto, dedicados á ganar el afecto de los pueblos, hacian unos progresos que llenaban de temor á sus contrarios. Ya se habian declarado en su favor infinitas ciudades; su partido se engrosaba diariamente á costa del de doña



La célebre concordia.

Convenidos sobre la sucesion del reyno Henrique IV y los Príncipes D. Isabel y D. Fernando, pasaron estos sin escolta alguna á Segovia, donde el Rey los recibió con tales muestras de cariño, que llevó del diestro el caballo de la Princesa por la ciudad que los aclamaba gozosa. Sirven los pueblos á los príncipes en sus desavenencias; pero descan y reciben la paz como el mayor premio de sus servicios.

Juana, y solo faltaba ganar el ánimo del rey para desconcertar absolutamente las intrigas de Villena. Valiéronse para ello de los marqueses de Moya, sumamente afectos á la princesa; y aunque al principio se presentaron bastantes dificultades, supieron estos aprovechar la ocasion en que el rey, sumamente disgustado de su muger, empezaba á mirar con indiferencia los intereses de su hija, y á separar de su confianza al marques de Villena. Redoblaron entonces sus esfuerzos; y al cabo consiguieron con sus buenos oficios, y los del cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, que el rey se prestase á una reconciliacion, aunque bajo las competentes seguridades de no inquietar ni invadir sus estados, de permitirle gozar en paz de la corona mientras viviese, de ayudarle á recobrar los pueblos enagenados, y de no molestar en nada á los caballeros de su servicio. No podian los príncipes negarse á tan razonables condiciones; y para captar su confianza, pasaron á Segovia sin ninguna escolta. Allí los recibió el rey con demostraciones tan particulares de cariño, que él mismo se presentó en las calles de la ciudad, conduciendo por el diestro el caballo de la princesa. Todos creyeron que habia llegado el término de tantos disgustos é inquietudes. Villena, sin embargo, compareció en la corte, sedujo nuevamente al rey con sus astucias, y se mudó la escena. El débil Enrique asintió sin repugnancia al proyecto de apoderarse de los príncipes; y aunque estos descubrieron con tiempo la conspiracion, quedaron bien convencidos de cuán poco debian esperar de su inconstancia. Con efecto, ni los esfuerzos del arzobispo de Toledo, ni los del cardenal de España, ni los de

cuantas personas estaban interesadas en la reunion, pudieron adelantar cosa alguna mientras vivió Villena; y los dos meses que le sobrevivió el rey, apenas dieron lugar para pensar el modo de desimpresionarle.

1474. Murió Enrique IV en 12 de diciembre de 1474; y aunque pasa en el concepto de piadoso, amante de la paz y enemigo de la crueldad; su inconstancia, debilidad é irresolucion obscurecieron cualesquiera prendas que pudiera tener. Su liberalidad, que puede mas propiamente llamarse prodigalidad indiscreta, enriqueció á sus favoritos; pero arruinó á sus vasallos y empobreció la corona. En una palabra, el juicio mas favorable que puede hacerse de este príncipe es que deseaba ser buen rey; pero que su genial indolencia le impidió acertar con los medios de conseguirlo.

Apenas falleció don Enrique se declaró el reino todo por los príncipes don Fernando y doña Isabel, cuyo infatigable zelo, y acertadas providencias para corregir el desórden y los abusos que habian reducido la monarquía á tan lamentable situacion, hicieron inmediatamente concebir las mas lisonjeras esperanzas. Toda su política, su moderacion y su equidad no fueron sin embargo bastantes á sofocar el germen de la discordia, y poner freno á la ambicion. La debilidad de sus antecesores habia dado ocasion á egemplares muy perjudiciales, que los espíritus sediciosos se creian siempre con derecho de renovar; pero hallaron estos en la firmeza de los nuevos monarcas una oposicion que no esperaban, é hicieron sufrir al reino el contragolpe.

El nuevo marques de Villena, digno sucesor

de su padre, no habiendo podido obtener el maestrazgo de Santiago, resucitó el partido de doña Juana, se puso al frente, y para sostenerle supo determinar al portugués á aceptar la mano de esta señora, prometiendo ponerle en posesion de la corona de Castilla, que suponía injustamente detenida. Por otra parte el arzobispo de Toledo, sumamente picado de que los reyes no le recompensasen con una absoluta deferencia á sus ideas los desvelos y fatigas que habia sufrido por colocarlos en el trono, se retiró de la corte repentinamente; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los reyes para aplacarle, no pudieron evitar que finalmente se adhiciese á la faccion de Villena. Este y el arzobispo se figuraban que podian contar por suya á toda ó casi toda la principal grandeza; y no hay duda en que si esto hubiese sido cierto, con dificultad hubieran podido los reyes mantener la corona sobre su cabeza; pero se lisonjaban demasiado, y la mayor parte de los grandes, que ellos creian amigos, los desampararon cuando llegó el caso.

Sea como quiera, el portugués se introdujo inmediatamente en Castilla á la frente de un ejército muy lucido; penetró sin oposicion hasta Plascencia; allí se desposó con doña Juana; y los mismos que antes habian dudado de la legitimidad de esta señora, fueron los primeros que la aclamaron reina con las acostumbradas ceremonias. Pasaron despues á Arévalo: Zamora y Toro se les entregaron sin resistencia; pero aquí los sorprendió don Fernando con sus vigorosos tercios, y los obligó á hacerse fuertes dentro de la plaza. La precipitacion con que se vió forzado á acudir al peligro, y la

esperanza de terminar la guerra con sola una batalla, le impidieron conducir un egército bien abastecido, y para largo tiempo; pero no habiendo podido empeñar al portugues en una accion decisiva, creyó conveniente abandonar un sitio largo y penoso, y partió al socorro de Burgos, oprimida por su gobernador y obispo á causa de su lealtad.

De esta retirada se aprovechó el portugues para internarse en Castilla, y llegó sin dificultad hasta Peñafiel; pero la reina pasó inmediatamente á Palencia con toda la gente que pudo reunir, y apostó varias partidas por los contornos de Peñafiel, ya para observar los movimientos del enemigo, ya para molestarle con repetidos encuentros y escaramuzas. El conde de Benavente, que acompañaba á la reina, fue uno de los caballeros que tomaron á su cargo esta empresa; y desde la villa de Valtánas, que ocupó con su mesnada, empezó á batir al portugues con tal viveza, que este creyó necesario desalojarle. Valtánas era un pueblo abierto sin mas reparo ni fortificacion que el valor de sus defensores; pero á pesar de eso y de haberle embestido por ocho partes á un tiempo con el mayor ardor, fue dos veces rechazado por el valeroso conde. La superioridad de sus fuerzas, su teson, y mas que todo el cansancio de la poca gente que le quedaba al conde despues de un obstinado combate de diez horas, le hicieron finalmente dueño de uno de los portillos de la villa. El conde sin embargo, resuelto á disputarle á palmos el terreno, le hizo frente en una de las calles, la cubrió de cadáveres enemigos, y sostuvo por largo espacio un choque bien sangriento, hasta que por último, cubierto de heridas, sin gente, y oprimi-

do por la multitud, tuvo que renunciar á la esperanza de salvar la villa, y entregarse á la merced del vencedor. La mediacion de la condesa de Plasencia le restituyó la libertad, aunque bajo la condicion de no volver á servir á la reina de Castilla, y entregando en rehenes las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga, y ademas su hijo primogénito don Alonso; pero tan leal como valiente se reunió inmediatamente á su soberana, ofreciéndola continuar sus servicios, aunque perdiese todos sus estados.

Entre tanto se introducian en Portugal á sangre y fuego don Alonso de Cáceres, que se decia maestro de Santiago, y el duque de Medinasidonia, causando cada uno por su parte inapreciables daños. El rey, despues de socorrer á Burgos escarmentando á los traidores, se apoderó de Zamora; y el portugues, temiendo ser cortado, se replegó precipitadamente á Toro. Las pérdidas que infructuosamente habia sufrido en esta expedicion, y las ventajas que diariamente reportaba su enemigo, le pusieron en el caso de librar sus esperanzas en el éxito de una batalla, y el castellano que por su parte no la rehusaba, luego que avistó á su competidor en las llanuras de *Pelayo Gonzalez*, le atacó denodado; y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, consiguió una victoria tan completa, que dejó al portugues imposibilitado de continuar la guerra.

Villena y los demas rebeldes, destituidos de apoyo, imploraron el perdon de los reyes, cuya generosidad y clemencia no fueron sin embargo bastantes á reducir al arzobispo de Toledo, que cada vez mas obstinado continuó escitando al portugues á que volviese á Castilla. Los reyes, que deseaban

ganarle por medios pacíficos y suaves, disimularon mientras les fue posible; pero se vieron últimamente precisados á recurrir á la violencia para reprimir su audacia. Despacharon tropas en su busca, le hicieron secuestrar las rentas arzobispales, y ya entonces, sin arbitrios para sostener su porfía, se acogió á la piedad de unos monarcas, que sabían olvidar fácilmente sus agravios, y que vivieron en adelante satisfechos de su lealtad.

No fue tan sincera la reconciliacion de Villena y de algunos otros revoltosos, pues con un pretexto frívolo levantaron de nuevo el estandarte de la rebellion, y llamaron en su auxilio al portugues, que aun no bien escarmentado volvió á probar fortuna; pero en breve quedaron sujetos los rebeldes, y bastante destruido el rey de Portugal para pedir la paz, que solo obtuvo con la obligacion de abandonar todas sus pretensiones á la corona de Castilla, y la proteccion de doña Juana.

Esta desgraciada señora, miserable juguete de la fortuna, y víctima de la paz, no habiendo podido conseguir rehabilitacion de la dispensa para realizar su matrimonio, concedida por el papa y anulada despues, se retiró del mundo, que tanto la habia desairado, y tomó el hábito en el monasterio de santa Clara de Coimbra.

La muerte de don Juan II de Aragon, padre de don Fernando, ocurrida entonces, proporeionó la incorporacion de esta corona con la de Castilla; por lo que este lugar parece el mas propio para su particular historia.

T A B L A

DE LAS MATERIAS DEL TOMO OCTAVO.

P OLONIA. <i>Entre la Pomerania, el Brandembourg, la Silesia, la Moravia, Rusia, Tartaria, Hungria y el mar Báltico.</i>	3
<i>Producciones.</i>	<i>id.</i>
<i>Comercio.</i>	<i>id.</i>
<i>Costumbres.</i>	4
<i>Gobierno.</i>	<i>id.</i>
<i>Miticia.</i>	<i>id.</i>
<i>Reyes antiguos.</i>	5
<i>Lesko I.</i>	6
<i>Viscimir.</i>	<i>id.</i>
<i>Palatinos ó Vayvodas.</i>	<i>id.</i>
<i>Vanda.</i>	<i>id.</i>
<i>Premislao.</i>	7
<i>Lesko II.</i>	<i>id.</i>
<i>Popielo.</i>	8
<i>Piasto.</i>	<i>id.</i>
<i>Ciemovito.</i>	<i>id.</i>
<i>Ciemonislao.</i>	<i>id.</i>
<i>Micislao I.</i>	<i>id.</i>
<i>Boleslao I.</i>	9
<i>Micislao II.</i>	<i>id.</i>
<i>Casimiro I.</i>	<i>id.</i>
<i>Boleslao II.</i>	10
<i>Ladislao I.</i>	12
<i>Boleslao III.</i>	<i>id.</i>
<i>Ladislao II.</i>	<i>id.</i>
<i>Boleslao IV.</i>	<i>id.</i>
<i>Micislao III.</i>	13

<i>Casimiro II.</i>	13
<i>Lesko III.</i>	14
<i>Boleslao V.</i>	15
<i>Lesko IV.</i>	<i>id.</i>
<i>Enrique I.</i>	<i>id.</i>
<i>Primislao y Ladislao III.</i>	<i>id.</i>
<i>Wenceslao de Bohemia.</i>	<i>id.</i>
<i>Casimiro III.</i>	16
<i>Luis de Hungría.</i>	<i>id.</i>
<i>Eduvigis.</i>	17
<i>Jasellon, Ladislao IV.</i>	18
<i>Ladislao V.</i>	19
<i>Casimiro IV.</i>	<i>id.</i>
<i>Alberto.</i>	20
<i>Alejandro.</i>	<i>id.</i>
<i>Segismundo I.</i>	<i>id.</i>
<i>Segismundo II.</i>	22
<i>Enrique II de Anjou.</i>	24
<i>Esteban I, Batori.</i>	26
<i>Segismundo III.</i>	28
<i>Ladislao VI.</i>	29
<i>Casimiro V.</i>	<i>id.</i>
<i>Miguel Coribut.</i>	31
<i>Juan Sobieski.</i>	32
<i>Federico Augusto I.</i>	36
<i>Estanislao Lekzinski.</i>	37
<i>Federico Augusto II.</i>	38
<i>Federico Augusto III.</i>	39
<i>Estanislao Poniatowski.</i>	<i>id.</i>
<i>Desmembracion de la Polonia.</i>	43
<i>Renuncia Estanislao la corona.</i>	45
<i>Estincion del reino de Polonia.</i>	<i>id.</i>
INGLATERRA. <i>Isla en el Océano, á lo largo de la Alemania, que comprende la Esco-</i>	

	469
<i>cia, y se ha unido á la Irlanda.</i>	46
<i>Heptarquía.</i>	47
<i>Ethelberto, rey de Kent.</i>	<i>id.</i>
<i>Oton, rey de Mergia.</i>	<i>id.</i>
<i>Monarquía.</i>	48
<i>Alfredo el Grande.</i>	<i>id.</i>
<i>Eduardo I.</i>	51
<i>Atlestan.</i>	<i>id.</i>
<i>Edmundo I.</i>	<i>id.</i>
<i>Edredo.</i>	<i>id.</i>
<i>Edwy.</i>	<i>id.</i>
<i>Edgardo.</i>	<i>id.</i>
<i>Eduardo II.</i>	52
<i>Ethelredo.</i>	<i>id.</i>
<i>Edmundo II.</i>	53
<i>Canuto el Grande.</i>	<i>id.</i>
<i>Haroldo I.</i>	54
<i>Hardi-Canuto.</i>	<i>id.</i>
<i>Eduardo III.</i>	55
<i>Haroldo II.</i>	<i>id.</i>
<i>Guillermo I.</i>	56
<i>Guillermo II.</i>	61
<i>Enrique I.</i>	63
<i>Matilde.</i>	65
<i>Esteban.</i>	<i>id.</i>
<i>Enrique II.</i>	66
<i>Ricardo I.</i>	71
<i>Juan.</i>	74
<i>Enrique III.</i>	80
<i>Eduardo IV.</i>	88
<i>Orígen del título de Príncipe de Gales.</i>	90
<i>Eduardo V.</i>	92
<i>Eduardo VI.</i>	96
<i>Ricardo II.</i>	99

<i>Enrique IV.</i>	102
<i>Enrique V.</i>	104
<i>Enrique VI.</i>	105
<i>Eduardo VII.</i>	111
<i>Eduardo VIII.</i>	112
<i>Ricardo III.</i>	113
<i>Enrique VII.</i>	116
<i>Roberto Simnel, impostor.</i>	117
<i>Pierkin, impostor.</i>	118
<i>Enrique VIII.</i>	121
<i>Ana Bolena.</i>	123
<i>Principio del cisma.</i>	124
<i>Juan^o Seymour.</i>	126
<i>Ana de Cleves.</i>	128
<i>Catalina Howard.</i>	129
<i>Catalina Par.</i>	130
<i>Eduardo IX.</i>	132
<i>María.</i>	134
<i>Isabel.</i>	138
<i>Jacobo I.</i>	142
<i>Cárlos I.</i>	145
<i>Cromwæel, protector.</i>	152
<i>Cárlos II.</i>	159
<i>Jacobo II.</i>	172
<i>Guillermo y María.</i>	175
<i>Ana.</i>	177
<i>Jorge I.</i>	178
<i>Jorge II.</i>	179
<i>Jorge III.</i>	182
<i>ESCOCIA, Parte septentrional de la Inglaterra.</i>	183
<i>Habitantes.</i>	184
<i>Gobierno.</i>	<i>id.</i>
<i>Costumbres.</i>	<i>id.</i>

	471
<i>Historia antigua de Escocia.</i>	186
<i>Malcolmo I.</i>	187
<i>Indulfo.</i>	<i>id.</i>
<i>Duffo.</i>	<i>id.</i>
<i>Culno.</i>	<i>id.</i>
<i>Keneto II.</i>	<i>id.</i>
<i>Constantino.</i>	189
<i>Grimo.</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo II.</i>	190
<i>Duncan I.</i>	<i>id.</i>
<i>Macabeto.</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo III.</i>	192
<i>Duncan II.</i>	194
<i>Edgardo.</i>	<i>id.</i>
<i>Alejandro I.</i>	<i>id.</i>
<i>David I.</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo IV.</i>	195
<i>Guillermo.</i>	196
<i>Alejandro II.</i>	<i>id.</i>
<i>Alejandro III.</i>	<i>id.</i>
<i>Interregno.</i>	197
<i>Juan Bailleul.</i>	199
<i>Roberto Brucio.</i>	202
<i>David II.</i>	205
<i>Roberto II.</i>	206
<i>Roberto III.</i>	207
<i>Jacobo I.</i>	208
<i>Jacobo II.</i>	213
<i>Jacobo III.</i>	214
<i>Jacobo IV.</i>	219
<i>Jacobo V.</i>	221
<i>Maria Stuard.</i>	225
<i>Jacobo VI.</i>	231

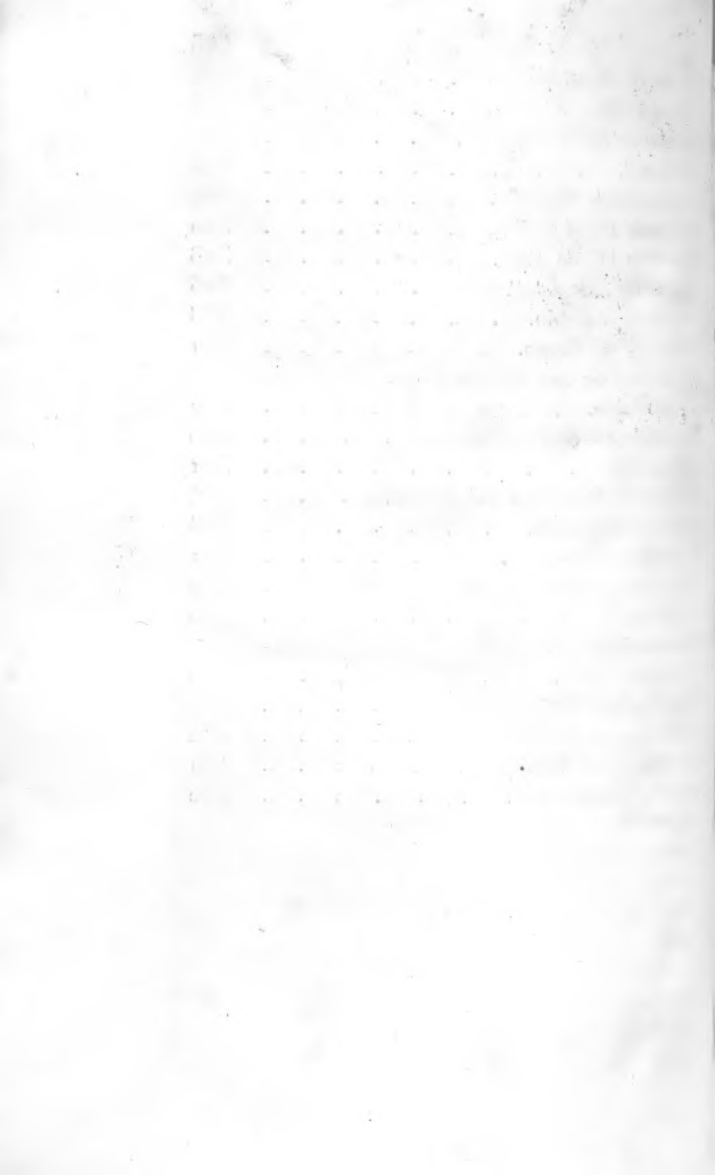
IRLANDA. *A lo largo de la Inglaterra y la*

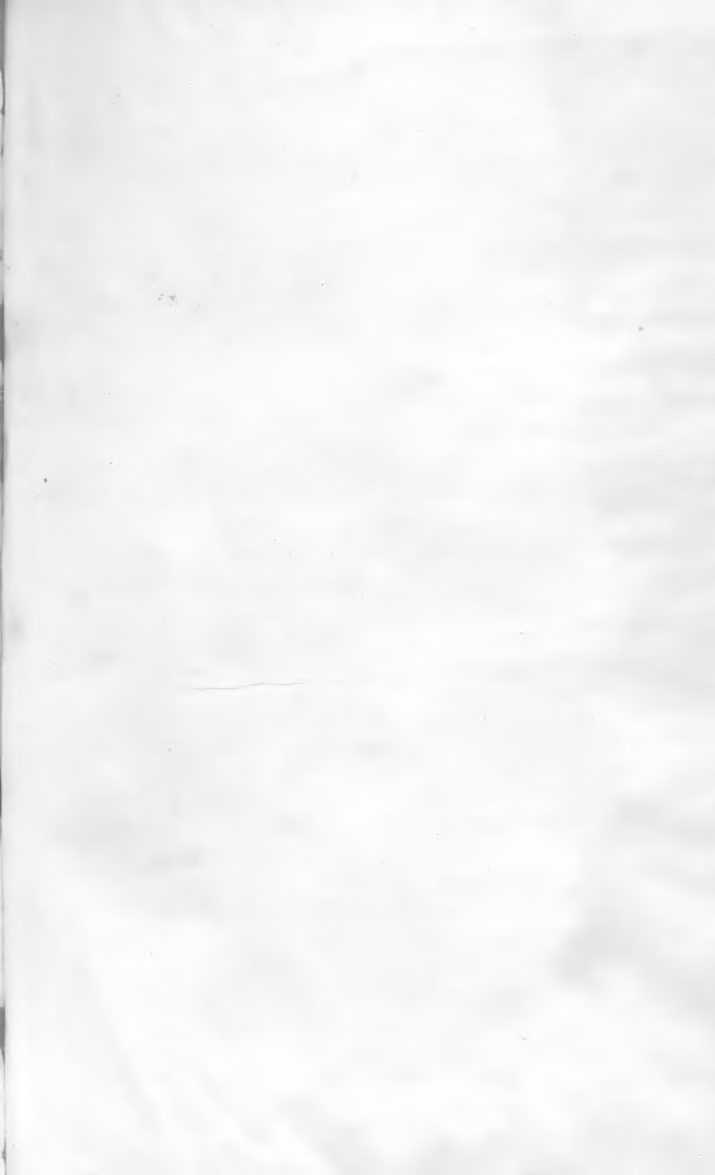
<i>Escocia.</i>	234
<i>Su descripcion.</i>	<i>id.</i>
<i>Habitantes.</i>	<i>id.</i>
<i>Costumbres.</i>	235
<i>Gobierno.</i>	<i>id.</i>
<i>Industria.</i>	236
<i>Religion.</i>	237
<i>Turgesio.</i>	238
<i>Malaquías I.</i>	<i>id.</i>
<i>Malaquías II.</i>	239
<i>Brieno.</i>	<i>id.</i>
<i>Roderik-O-Conor.</i>	240
<i>ESPAÑA. Entre el mar Océano, el Mediterráneo y la Francia.</i>	
<i>Sus primeros pobladores.</i>	<i>id.</i>
<i>Sus producciones.</i>	247
<i>Carácter de la nacion.</i>	248
<i>Ataulfo, primer rey godo en España.</i>	250
<i>Sigerico.</i>	<i>id.</i>
<i>Walia.</i>	<i>id.</i>
<i>Teodoredo.</i>	252
<i>Turismundo.</i>	<i>id.</i>
<i>Teodorico.</i>	253
<i>Eurico.</i>	<i>id.</i>
<i>El Fuero Juzgo.</i>	254
<i>Alarico.</i>	<i>id.</i>
<i>Gesaleyco.</i>	<i>id.</i>
<i>Amalarico.</i>	<i>id.</i>
<i>Teudis.</i>	256
<i>Teudiselo.</i>	<i>id.</i>
<i>Agila.</i>	257
<i>Atanagildo.</i>	<i>id.</i>
<i>Interregno.</i>	258
<i>Liuva I.</i>	<i>id.</i>

	473
<i>Leovigildo.</i>	258
<i>San Hermenegildo.</i>	<i>id.</i>
<i>Recaredo I.</i>	259
<i>Liuva II.</i>	260
<i>Witerico.</i>	<i>id.</i>
<i>Gundemaro.</i>	<i>id.</i>
<i>Sisebuto.</i>	<i>id.</i>
<i>Recaredo II.</i>	261
<i>Suintila.</i>	262
<i>Sisenando.</i>	<i>id.</i>
<i>Chintila.</i>	<i>id.</i>
<i>Tulga.</i>	<i>id.</i>
<i>Chindasvinto.</i>	263
<i>Recesvinto.</i>	<i>id.</i>
<i>Wamba.</i>	<i>id.</i>
<i>Primera tentativa de los sarracenos.</i>	265
<i>Ervigio.</i>	<i>id.</i>
<i>Egica.</i>	267
<i>Witiza.</i>	<i>id.</i>
<i>Rodrigo.</i>	269
<i>Irrupcion de los sarracenos.</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Jerez.</i>	<i>id.</i>
<i>España conquistada por los sarracenos.</i>	270
<i>Pelayo, que dió principio á la restauracion de España.</i>	272
<i>Favila.</i>	273
<i>Alonso I el Católico.</i>	<i>id.</i>
<i>Fruela I.</i>	<i>id.</i>
<i>Aurelio.</i>	<i>id.</i>
<i>Silo.</i>	274
<i>Mauregato.</i>	<i>id.</i>
<i>Bermudo I el Diácono.</i>	275
<i>Alonso II el Casto.</i>	<i>id.</i>
<i>Ramiro I.</i>	276

<i>Ordoño I.</i>	277
<i>Alonso III el Grande.</i>	<i>id.</i>
<i>Renuncia y divide la corona en sus hijos.</i>	279
<i>García.</i>	280
<i>Ordoño II.</i>	<i>id.</i>
<i>Fruela II.</i>	281
<i>Alonso IV el Monge.</i>	<i>id.</i>
<i>Ramiro II.</i>	<i>id.</i>
<i>Ordoño III.</i>	283
<i>Sancho I el Craso.</i>	284
<i>Ordoño IV el Malo.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho I, segunda vez.</i>	285
<i>Rasgo de amor conyugal de la condesa de Castilla doña Sancha.</i>	287
<i>Ramiro III.</i>	288
<i>Bermudo II.</i>	290
<i>Irrupcion de Almanzor.</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Calatañazor.</i>	292
<i>Alonso V.</i>	293
<i>Principio de la decadencia del poder de los moros.</i>	<i>id.</i>
<i>El conde de Castilla don García es asesinado.</i>	295
<i>Bermudo III.</i>	<i>id.</i>
<i>Reyes de Castilla.</i>	297
<i>Fernando I.</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Atapuerca.</i>	298
<i>Sancho II.</i>	301
<i>Alonso VI.</i>	303
<i>Batalla de los siete condes.</i>	308
<i>Urraca.</i>	309
<i>Alonso VII el Emperador.</i>	311
<i>Sancho III el Deseado.</i>	312
<i>Origen de la Orden de Calatrava.</i>	313
<i>De la de Alcántara.</i>	314

	475
<i>De la de Santiago.</i>	314
<i>Alonso VIII.</i>	315
<i>Batalla de las Navas.</i>	317
<i>Enrique I.</i>	318
<i>Berenguela la Grande.</i>	319
<i>Fernando III el Santo.</i>	320
<i>Fernando II, de Leon.</i>	323
<i>Alonso IX, de Leon.</i>	325
<i>Alonso X el Sabio.</i>	333
<i>Sancho IV el Bravo.</i>	351
<i>Hercicidad de don Alonso Perez de Guzman</i> <i>el Bueno.</i>	357
<i>Fernando IV el Emplazado.</i>	358
<i>Alonso XI.</i>	371
<i>Batalla de Pagana ó del Patute.</i>	384
<i>Batalla del Salado.</i>	388
<i>Pedro I el Cruel.</i>	391
<i>Don Enrique II el de las Mercedes.</i>	417
<i>Don Juan I.</i>	420
<i>Heroicidad de don Pedro Gonzalez de Men-</i> <i>doza.</i>	425
<i>Don Enrique III el Enfermo.</i>	427
<i>Juan II.</i>	432
<i>Enrique IV el Impotente.</i>	451
<i>Isabel y Fernando V.</i>	462













ANQUETIL
HIST; UNIVERSAL



AH 1503